

AN

TRAS

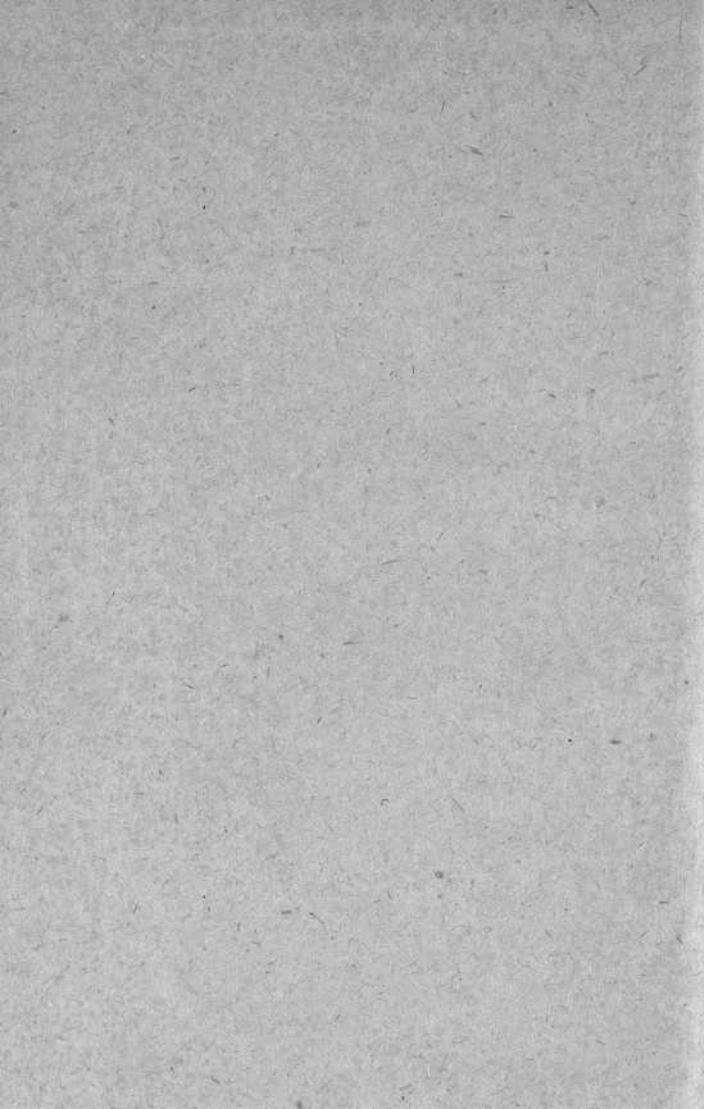
CO

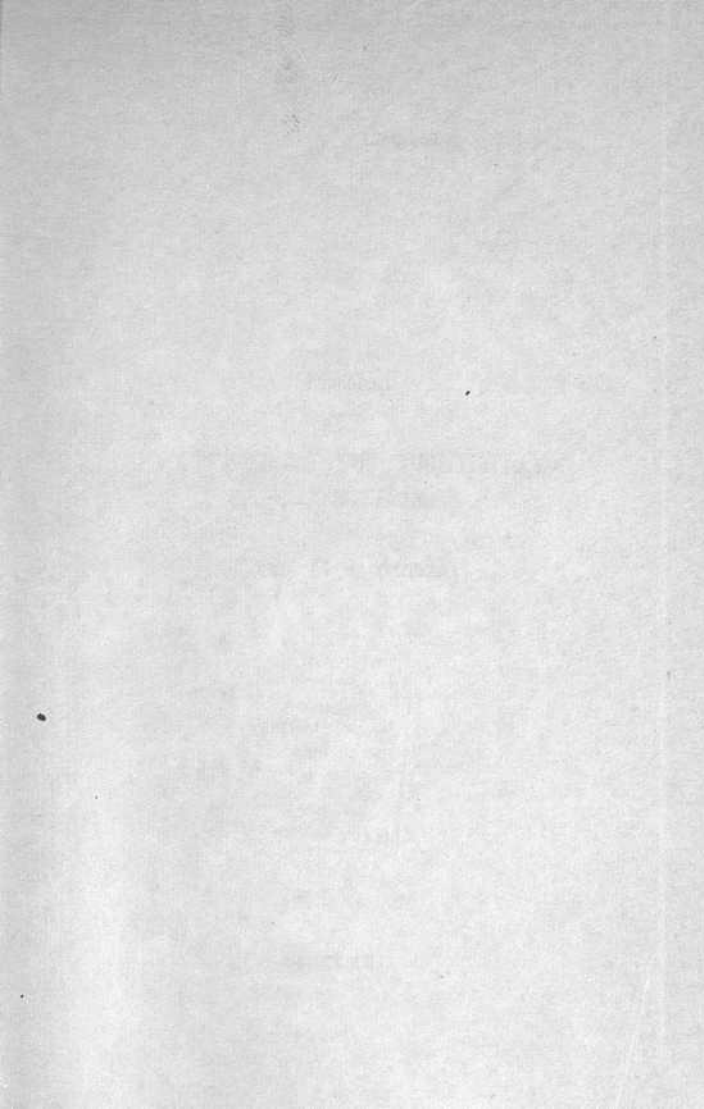
R
06



1179282

DR 0506





A. Riduejo -

Fenelón

**AVENTURAS DE TELÉMACO
HIJO DE ULISES**

TOMO II Y ÚLTIMO

Ministerio de
Industria y Comercio
25 %
Aumento transitorio
Comisión Reguladora
de Industrias Químicas
Rama del Papel

MCMXXXII



FENELÓN

Aventuras de Telémaco

Hijo de Ulises

Versión castellana por F. S. B.

TOMO II Y ÚLTIMO



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Sorta

606

MADRID, 1932

ES PROPIEDAD
Madrid, 1932
Published in Spain

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

Talleres ESPASA-CALPE, S. A., Ríos Rosas, 24.—MADRID

LIBRO XI

ARGUMENTO: Telémaco, intrigado por la tardanza de Mentor, hace abrir las puertas de Saiento y marcha hacia el campo enemigo. Su presencia contribuye a que sean aceptadas las condiciones de paz que Mentor había ofrecido en nombre de Idomeneo. Entrada amistosa de los reyes confederados en la ciudad de Saiento. Entrega de rehenes. Sacrificios para sellar la alianza jurada.

Impaciente Telémaco por saber lo que ocurre a Mentor, corre a las puertas de la ciudad, hácelas abrir autoritariamente y corre hacia el enemigo ante la admiración de Idomeneo, que le ve correr a campo traviesa hacia Néstor. Este, conociéndole en seguida, se adelanta para recibirle, haciendo un esfuerzo en sus pesados y lentos pasos. Telémaco se echa en sus brazos, sin poder hablar; por fin, exclama:

—¡Padre mío! No dudo llamaros así, porque no habiendo hallado a mi padre verdadero, las bondades con que me habéis favorecido me impulsan a llamaros padre. ¡Por fin vuelvo a veros! ¡Oh, si pudiese volver a ver a Ulises! Si algo puede consolarme de su pérdida, es encontraros a vos, que tanta semejanza tenéis con él.

A tales muestras de afecto Néstor no podía contener las lágrimas, sintiendo un íntimo placer viendo cómo también corrían abundosa por las mejillas de Telémaco. La hermosura, la decisión y la confianza con que este desconocido joven atravesaba, sin tomar precaución alguna, las filas enemigas, había llenado de sorpresa a los confederados; y se decían entre sí: «Será el hijo de este anciano que ha venido a hablar con Néstor. Aquél es la flor y éste el fruto sazonado».

Mentor había visto con gusto el amable recibimiento que había hecho Néstor a Telémaco y, aprovechándose de esta circunstancia, dijo:

—Ved ahí al hijo de Ulises, tan amado en toda la Grecia y tan amado también de vos, ¡oh, sabio Néstor! Ahí le tenéis, os lo entrego en rehenes, como la prenda más segura que ha de sellar la fidelidad de Idomeneo. Bien sabéis que no quisiera yo que a la pérdida del padre siguiera la del hijo, ni que la infortunada Penélope reconviniere justicieramente a Mentor por haber sacrificado al hijo de Ulises a las ambiciones del rey de Salento. Con esta prenda, que por sí misma ha venido a ofrecerse y que los dioses amantes de la paz os envían, vengo, ¡oh pueblos!, a haceros proposiciones para establecer una paz duradera y estable.

Cuando pronunció la palabra «paz» oyóse un confuso rumor que se fué extendiendo de fila en fila. Porque todos aquellos pueblos ardían en cólera y apreciaban que se iba a perder el tiempo

difiriendo el combate, sospechando desde luego que aquellos discursos no tenían más objeto que aplacar el furor y quitarles la presa. Sobre todo, los mandurienses se mostraban iracundos en grado sumo, creyendo que todo esto no era si no un nuevo pretexto de Idomeneo para engañarles, y para evitarlo, interrumpieron más de una vez a Mentor, temerosos de que, con su elocuencia, persuadiese a los aliados a separarse de ellos. Y con esto comenzaban a desconfiar de todos los griegos que se les habían unido. Descubriéndolo Mentor, procuró avivar la desconfianza, con objeto de sembrar a su vez la división.

—He de confesar —dijo— que los mandurienses tienen sobrados motivos para quejarse, y aun para pedir satisfacción del daño recibido; pero no es justo que los griegos que han venido a estas costas para establecer sus colonias, se vayan haciendo sospechosos a los indígenas; antes bien, deben unirse y hacerse respetar de ellos. Han de ser moderados y han de abstenerse de ocupar las tierras de sus vecinos. Idomeneo ha tenido la desgracia de hacerse sospechoso; pero no es difícil desvanecer vuestra desconfianza. Aquí nos tenéis a Telémaco y a mí, que nos ofrecemos en rehenes, hasta tanto se cumpla cuanto en su nombre os prometa. Os ha irritado, ¡oh mandurienses!, que Idomeneo haya ocupado por sorpresa los desfiladeros, con lo cual puede pasar indemne a vuestro país, donde os retirasteis, dejándoles la llanura. Son, pues, estas torres el motivo verda-

dero de esta guerra. Responedme: ¿Existe algún otro?

Y, acercándose el jefe de los mandurienses, contestó:

—Hemos hecho lo imposible para evitar esta guerra. Los dioses son testigos de que no hemos renunciado a la paz; si ésta se perdió fué cuando los cretenses demostraron tan desmesurada ambición y cuando creímos que carecían de valor sus juramentos. Este pueblo atrevido nos ha reducido, a pesar nuestro, a la terrible necesidad de tomar contra él el partido desesperado de la guerra; porque ya no tendremos seguridad si no es destruyéndolo. Mientras sean dueños de los estrechos de nuestras montañas, ¿cómo es posible desconfiar que no ocuparán lo nuestro, reduciéndonos a la esclavitud? Si sólo deseasen la paz, se contentarían con las tierras que generosamente les hemos cedido, y no pondrían tanto empeño en conservar las entradas a nuestro país, sin formar designio alguno ambicioso. Mas, ¡oh sabio anciano!, Vos no les conocéis bien. No os empeñéis, ¡oh hombre favorecido de los dioses!, en retardar esta guerra justa y necesaria, sin la cual nunca Hesperia podrá gozar de paz verdadera. Esta nación ingrata, cruel y falsa, ha sido enviada por los dioses irritados para destruir la paz de que disfrutábamos y castigar nuestras culpas. Mas después de habernos castigado, ¡oh dioses!, entonces nos vengaréis; porque no seréis menos justos contra ellos que lo habéis sido con nosotros.

Este discurso conmovió profundamente a toda la asamblea; no parecía sino que Marte y Melona excitaban, de fila en fila, el ardor bélico que Mentor trataba de aplacar. Entonces Mentor habló de esta manera:

—Si no os ofreciera mas que promesas, bien haríais desconfiando de ellas; pero yo os ofrezco cosas reales y objetivas. Si no bastamos Telémaco y yo en rehenes, haré que os entreguer doce de los más nobles y valientes cretenses. Mas la razón exige de vosotros que también deis a Idomeo las correspondientes seguridades, porque Idomeo desea verdaderamente la paz como medida de prudencia y moderación, no por apego a una vida muelle o por flaqueza ante los peligros. Idomeo está dispuesto a vencer o a morir en la demanda; pero antepone las exigencias de la paz a la más clamorosa victoria. Se avergonzaría de ser vencido; pero teme ser injusto y no se avergüenza de reconocer sus yerros y procurar repararlos. Os ofrece la paz, teniendo las armas en la mano; y para que no parezca una paz forzada, no trata de imponeros condiciones humillantes. La quiere tal que a todos satisfaga, que ponga fin a los recelos, ahuyente cualquier resentimiento y quite todo motivo de desconfianza. Así que las intenciones de Idomeo son las mismas que podéis desear vosotros. Si me queréis oír con calma y sin prejuicios, sabré convenceros. Escuchadme, pues, ¡valerosas naciones, sabios caudillos tan estrechamente unidos!; oíd lo que en

nombre de Idomeneo vengo a ofreceros. No es justo que los suyos puedan entrar en las tierras de sus vecinos; pero tampoco lo es que éstos puedan entrar en las suyas. Para evitarlo, consiente que los pasos sean ocupados por gentes neutrales. Vosotros, Néstor y Filoctetes, aunque griegos de origen, no sois sospechosos, ni os habéis inclinado a favor de Idomeneo, porque al moveros contra él habéis demostrado que sólo deseáis la libertad y la paz de Hesperia; ni tenéis tampoco interés en que se destruya a Salento, nueva colonia que los griegos han fundado, como las vuestras propias; aunque sí impedir que Idomeneo usurpe los Estados de sus vecinos. Mantened el equilibrio entre unos y otros; y en lugar de llevar el hierro y el fuego a un pueblo que debéis amar, servid de jueces y medianeros. Quizá me digáis que las condiciones que os ofrezco serían aceptables si os cupiera la certeza de que Idomeneo las cumpliría de buena fe. A esto voy. Precisamente para vuestra seguridad estarán entre vosotros los rehenes, hasta tanto que los pasos fortificados se hallen en vuestro poder. ¿Por ventura do quedaréis satisfechos cuando esté en vuestra mano la paz de Hesperia y la misma de Salento y de Idomeneo? ¿De quién podréis desconfiar? Idomeneo es tan incapaz de engañaros que no duda fiarse de vuestra palabra, confiándoos la tranquilidad, la vida y la libertad de su pueblo y la suya propia. Habéis dicho que sólo deseáis una paz justa; ésta es la que se os ofrece; y no porque sea el miedo lo

que estimule a haceros estas proposiciones, como os he dicho; sino que la prudencia y la justicia son lo que mueven a Idomeneo a tomar este partido, ni da mucha importancia a vuestros recelos sobre su palabra o su flaqueza. Reconoce que en un principio cometió algunos errores, y ahora honradamente los confiesa, anticipándose a haceros las ofertas de paz, porque reconoce a su vez que fué vanidoso y soberbio al ocultar con tesón y orgullo sus errores. El que los confiesa ante el enemigo, ofreciendo repararlos, prueba también que esté determinado a no volver a incurrir en ellos; y aun el enemigo tiene mucho que temer de quien manifiesta una conducta tan sabia y virtuosa, a no ser que acepte la paz. Guardaos que la indiscreción no esté con vosotros. Si rehusáis la paz y la justicia que se os ofrece espontáneamente, la justicia y la paz serán vengadas, y lo que antes causara irritación a los dioses se volverá contra vosotros. Telémaco y yo defenderemos la buena causa; y pongo por testigo a los dioses del cielo y del infierno de las proposiciones que os he hecho.

Y terminó su discurso levantando en alto el ramo de olivo, señal de paz. Los jefes se hallaban admirados y aun deslumbrados por el fuego que irradiaba su mirada; pareció como si una majestad superior a cuanto se ve en los más grandes mortales estuviese en sus ojos y en su ademán. El encanto de sus palabras insinuantes y enérgicas había ganado los corazones, como aquellas pala-

bras encantadas que en el profundo silencio de la noche suspenden repentinamente el curso de la luna y las estrellas, calman el mar irritado y detienen el curso rápido de los ríos.

Estaba Mentor en medio de aquellos guerreros, como Baco en medio de los tigres que deponían su ferocidad al dulce encanto de su voz, y acercándose le lamían los pies y se sometían a sus caricias.

En un principio, todos los pueblos combatientes guardaron profundo silencio; los jefes se miraban los unos a los otros, sin tener palabras para contestar a Mentor, ni comprender quién fuese; los guerreros, inmóviles, no apartaban de él los ojos. Nadie se atrevía a hablar, temiendo impedir que se le oyese, si aun tenía algo que decir; y cuando todos conceptuaban que nada le faltaba, no obstante, como que deseasen que siguiera hablando. Todo lo que había manifestado se había grabado en lo más íntimo de su corazón; porque sus palabras atraían el afecto y el consentimiento de los que le escuchaban; todos estaban ávidos de escucharle y como suspensos para no perder una sola de las palabras de sus labios.

Después de un silencio bastante largo, se extendió un sordo murmullo; muy distante de aquel rumor que indica un estremecimiento de indignación general, tal murmullo era suave, de aprobación. Los semblantes manifestaban serenidad y calma; hasta caían las armas de las manos de los mandurienses. El feroz Falanto y sus lace-

demonios se admiraban, sintiéndose conmovidos, y los demás comenzaron a desear la paz, que tan gentilmente se les había ofrecido. Filoctetes, más sensible que nadie por la amarga experiencia de sus pasadas desgracias, no podía contener las lágrimas. La emoción embargaba a Néstor; sin poder decir palabra abrazó a Mentor, y todas las gentes, como si hubiese dado una consigna general, exclamaron llenas de alegría:

—¡Oh, sabio anciano! ¡Tú nos desarmas! ¡La paz! ¡La paz!...

Como Néstor no estaba en estado de ánimo de hacer un discurso, cuando, haciendo un esfuerzo quiso hablar, las tropas clamaron:

—¡La paz! ¡La paz!

Y los jefes contestaron:

—¡La paz! ¡La paz!...

Néstor se contentó, pues, con decir:

—Ya veis, ¡oh Mentor!, cuánto poder tiene la palabra de un hombre de bien. Cuando hablan la virtud y la prudencia, se amansan todas las pasiones. Nuestros justos resentimientos se han trocado en amistad y en deseos de una paz sólida. Aceptamos lo que habéis ofrecido.

Y al decir esto, todos los jefes levantaron su mano en señal de aprobación.

Corrió Mentor a las puertas de la ciudad de Salento y mandó a decir a Idomeneo que saliera de la ciudad sin precaución alguna. Entretanto, Néstor abrazaba a Telémaco, diciéndole:

—¡Oh, amable hijo del más sabio de todos los

griegos! Quieran los dioses que seas tan sabio y más feliz que él. ¿Nada has descubierto acerca de su destino? La memoria de tu padre, a quien tanto te pareces, ha contribuído a sofocar nuestra indignación.

Falanto, aunque duro y salvaje, a pesar de que nunca había visto a Ulises, no pudo ser insensible a sus desgracias y a las de su hijo. Ya le instaba a referir sus aventuras, cuando volvió Mentor con Idomeneo, seguido de toda la juventud cretense. Al verle, volvióse a encender el rencor en el ánimo de los aliados. Pero Mentor sofocó la indignación, a punto de estallar, diciendo:

—No tardemos en sellar esta santa alianza, de la cual han de ser los dioses testigos y defensores. ¡Si algún impío se atreviese a violarla, caigan sobre su cabeza perjurya y execrable los horribles males de la guerra; sea abominado de los dioses y de los hombres; no goce jamás del fruto de su perfidia; exciten su rabia y su desesperación las Furias infernales bajo las figuras más repugnantes; muera sin esperanza de sepultura; su cadáver sirva de pasto a las fieras, a los perros y a los buitres; véase en los infiernos sumido en los más profundos abismos del Tártaro y sea atormentado más cruelmente que Tántalo, Ixión y las Danaides!... Sea inalterable esta paz como lo son las rocas del Atlas que sostienen el cielo; respétenla los pueblos y gocen de sus frutos muchas generaciones; sean oídos con amor y veneración de nuestra última descendencia los hombres

que la juraron, y esta paz, establecida justiciaramente y de buena fe, sirva de modelo a todas las naciones del mundo y todos los pueblos que quieran ser felices imiten a los pueblos de la Hesperia.

Dichas estas palabras, juraron todos las condiciones ajustadas. Diéronse mutuamente doce rehenes; Telémaco quiere ser del número de los de Idomeneo; pero no se consiente que Mentor lo sea, porque los aliados desean que esté junto a Idomeneo para que responda de su conducta y de la de sus consejeros, hasta la ejecución de lo pactado. Inmoláronse, entre la ciudad y el campamento, cien terneras blancas como la nieve y cien toros blancos, con las astas doradas y adornadas con flores. El mugido de las víctimas que se inmolaban resonó hasta los montes vecinos; humeó por doquiera la sangre y corrió abundoso el vino de las libaciones. Los arúspides consultaron las entrañas palpitantes de las víctimas y el incienso subió de las aras, formando densa nube y llenando de fragancia la campiña.

Los soldados de ambos bandos comenzaban a contarse mutuamente las propias aventuras, descansando así de las fatigas y gustando anticipadamente de las dulzuras de la paz. Muchos de los que habían acompañado a Idomeneo en el sitio de Troya, reconocían a los que con Néstor sirvieron en la misma guerra. Abrazábanse tiernamente y se contaban lo que les había sucedido después de la ruina de aquella ciudad, que había sido ornamento de todo Asia. Se tendían sobre

el verde musgo, se coronaban de flores y bebían juntos y con abundancia el vino de Salento, celebrando la jornada.

Mentor habló así a los reyes y capitanes reunidos:

—De hoy en adelante no compondréis más que un solo pueblo, aunque bajo nombres diferentes. Los justos dioses, amantes de los hombres, quieren ser el vínculo eterno de su perfecta unión. La Humanidad no ha de ser más que una sola familia dispersa sobre el haz de la tierra. Todos los pueblos son hermanos, y como tales deben amarse. ¡Ay de los impíos, que buscan una gloria cruel en la sangre de sus hermanos, que es su propia sangre! Algunas veces es necesaria la guerra; mas es un oprobio del género humano hacerla muchas veces inevitable. No digáis, ¡oh reyes!, que debe desearse para adquirir gloria, porque la verdadera gloria sólo se halla en la moderación y en la bondad. Podrán lisonjear la vanidad y la ambición; pero en el interior se oye clamar: «Es indigno de la gloria el que la busca por medios injustos». Quien así lo hace, no merece la estimación de los hombres, porque los ha estimado en poco y por vanidad ha prodigado brutalmente su sangre. Feliz el rey que ama a sus súbditos y es amado de ellos, que se fía de sus vecinos y merece su confianza, que en lugar de hostilizarles impide que se hostilicen entre sí y hace de modo que todas las naciones envidien a su patria. Pensad reunidos de tanto en tanto, vosotros que gobernáis los

pueblos de la Hesperia. Cada tres años debéis celebrar una asamblea para renovar esta alianza con nuevo juramento, consolidando así la amistad prometida y deliberando sobre los intereses comunes. Mientras viváis unidos en este hermoso país, reinarán en él la paz, la gloria y la abundancia y seréis invencibles; únicamente la discordia, preparada por el infierno para tormento de los hombres, podría perturbar la dicha que os quieren conceder los dioses.

Néstor contestó:

—Distantes nos hallamos de desear injustamente la gloria; y os certifica de ello la facilidad con que hemos aceptado la paz: no tenemos codicia, y por ende no queremos engrandecernos en perjuicio de nuestros vecinos. Pero ¿qué podemos esperar de un rey cuya ley es el propio interés y en éste no desperdicia ocasión de invadir las tierras de sus vecinos? No me refiero directamente a Idomeneo, no; hablo de Adrasto, rey de los daunios, que a todos llena de temor. Desprecia a los dioses y juzga que los hombres sólo han nacido para su gloria, convirtiéndose en esclavos suyos. No quiere súbditos, sino esclavos y adoradores; pues se hace tributar honores divinos. La ciega fortuna le ha protegido hasta hoy. Nos apresurábamos a atacar a Salento para deshacernos del enemigo más débil, para volver luego las armas contra el más poderoso, que ya tiene ocupadas varias ciudades nuestras y ha vencido en algunos encuentros a los de Crotona. Todo es aceptable

para él si sirve para sus ambiciones; se vale de la violencia y del artificio para destruir a sus enemigos. Ha logrado acumular grandes tesoros; sus tropas son aguerridas y disciplinadas, experimentados sus capitanes, y vela por sí mismo sobre todos ellos; castiga con severidad las menores faltas y recompensa liberalmente los servicios que se le hacen. Su valentía ayuda y alienta a sus soldados. Sería un gran rey si la justicia y la buena fe fuéranle normas de conducta; pero no teme a los dioses y desprecia los dictados de la conciencia. No para mientes en la reputación, mirándola como un fantasma vano, que sólo atemoriza a las almas débiles; sólo considera bienes sólidos las riquezas, inspirar temor y hollar a todo el género humano. Pronto se presentarán sus ejércitos en nuestros dominios, y si la unión de estos pueblos no nos pone en estado de poderle resistir, habremos de dar por perdida nuestra libertad. Interesa a Idomeo tanto como a todos nosotros oponerse a ese rey que no puede tolerar la independencia de sus vecinos; y si fuésemos vencidos por él, igual desgracia amenazaría a Salento; prevengámonos, pues, todos unidos a resistirle.

Hablando Néstor de esta suerte, se iban acercando a las puertas de la ciudad; pues Idomeo había rogado a los reyes y caudillos principales que pasasen la noche dentro de las murallas.

LIBRO XII

ARGUMENTO: Los aliados piden auxilio a Idomeneo contra los daunios. Mentor procura que se contenten con Telémaco y cien nobles cretenses. Mentor revista la ciudad de Salento y sus puertos, y después de tomar informes de todo, aconseja a Idomeneo la promulgación de nuevas leyes comerciales y políticas, que separen al pueblo en siete estamentos, cuyo rango y nacimiento se distingán por sus trajes; le hace suprimir el lujo y las artes inútiles, procurando que los artesanos se dediquen a la labranza de los campos cuyo trabajo pone en honra.

El ejército levantó sus tiendas; la campaña pronto estuvo cubierta de pabellones de toda clase de colores, bajo los cuales los fatigados hesperios se entregaron en brazos del sueño. Cuando los reyes y su comitiva entraron en la ciudad, quedaron admirados ante el espectáculo de tantos edificios levantados en tan poco tiempo, y viendo que los cuidados de una larga guerra no habían impedido a los cretenses aquel embellecimiento y crecimiento insospechado.

Y esto hacía a su vez que se admirasen de la sabiduría y de la vigilancia de Idomeneo, deduciendo que, ajustada la paz con quien supo levantar tan hermoso reino, serían muy poderosos los aliados entrando juntos en la guerra contra los daunios. Y así, propusieron a Idomeneo a entrar en

ella; Idomeneo no pudo renunciar a tan justa invitación y les ofreció sus tropas. Mas Mentor comprendió que las fuerzas de Idomeneo no podían ser tan grandes como parecían; y por esto, apartándose con él, le dijo:

—Ya véis que no han sido inútiles mis cuidados; porque Salento ya está libre de los infortunios que la amenazaban. En vuestras manos está elevar su gloria hasta el firmamento e igualar vuestro gobierno al de Minos, vuestro abuelo. Os hablaré con la misma libertad de antes, porque he de suponer que deseáis que así lo haga y que ya detestáis la lisonja. Cuando estos reyes alababan vuestra magnificencia, yo pensaba conmigo mismo en la temeridad de vuestra conducta...

Al oír Idomeneo la palabra «temeridad», cambió de semblante, se le turbó la vista, el sonrojo cundió por sus mejillas y a punto estuvo de manifestar a Mentor su resentimiento. Viéndolo Mentor díjole con modestia, pero franco y atrevido:

—Bien conozco que os ha causado extrañeza la palabra «temeridad»; otro que yo hubiera hecho mal usándola, porque es lógico respetar a los reyes y atender delicadamente a su reprensión. Porque la verdad desnuda les hiere bastante, sin necesidad de usar palabras fuertes; pero creí que sabríais tolerar que os hablase sin contemplaciones, a fin de que pudierais conocer vuestros errores. Mi fin ha sido habituaros a conocer las cosas por sus verdaderos nombres y a comprender que cuando los demás os aconsejen acerca de

vuestra conducta, nunca se atreverán a hablaros como piensan en realidad. Si queréis no ser engañado, es preciso que comprendáis más de lo que os dicen sobre aquello que no os sea ventajoso. En cuanto a mí, estoy pronto a templar las palabras, según vuestra necesidad; pero no deja de ser muy útil que un hombre sin interés ni consecuencia os hable secretamente con dureza. Nadie más se atrevería a hacerlo así; y cuando la verdad se ofrece envuelta en disfraces, es difícil apreciarla toda.

Idomeneo, vuelto en sí de su primer impulso, se avergonzó de su nimiedad, contestando a Mentor:

—Ya véis lo que puede la costumbre de verse lisonjeado. Os debo la felicidad de mi nuevo reino y no hay verdad alguna que no me complazca en oír de vuestra boca; pero tened compasión de un rey envenenado por la adulación y que ni aun en la desgracia pudo encontrar hombres generosos que le dijeran la verdad. Porque nunca encontré quien me amase lo suficiente para querer desagradarme diciéndome la verdad desnuda.

Cuando decía estas palabras, las lágrimas asomaron a sus ojos y abrazaba afectuosamente a Mentor. Entonces, el venerable anciano le dijo:

—Me he visto y me veo obligado a deciros cosas duras; porque os engañaría si os ocultase la verdad. Si hasta ahora fuisteis engañado, es porque habéis querido serlo y teníais miedo a los consejeros demasiado sinceros. ¿Habéis buscado,

acaso, los hombres más desinteresados para escuchar sus consejos? ¿Habéis tenido cuidado de oír a los menos solícitos en aduláros, a los más imparciales en su conducta, a los más capaces de condenar vuestros impulsos pasionales e injustos sentimientos? Cuando habéis hallado al adulator, ¿le habéis huído por ventura? ¿Habéis desconfiado de él? No, sin duda no habéis obrado según el sentir de aquellos que aman la verdad y son dignos de apreciarla. Decía que los que tanto os elogian, os ocultan lo que es digno de ser vituperado; pues mientras teníais tantos enemigos a las puertas de vuestro reino, sólo os ocupabais de lo interior, construyendo estos magníficos edificios. Vos mismo confesáis que esto os ha consumido muchas vigilias. Habéis agotado vuestras riquezas sin cuidar del aumento de la población y del cultivo de las fértiles campiñas que rodean a la ciudad. Pero no es preciso hacer resaltar que los verdaderos fundamentos de la pujanza consisten en el logro de hombres buenos y numerosos y tierras bien cultivadas para alimentarlos. Para ello requeríase al principio una larga paz, con el fin de multiplicar los brazos, ciñéndoos a la agricultura y al afianzamiento de sabias leyes; pero la ambición os ha arrastrado hasta el borde del abismo; esforzándoos para parecer grande, habéis arriesgado la verdadera grandeza. Apresuraos a enmendar vuestros errores; suspended todas estas grandes obras; renunciad al lujo, que arruinará a vuestra ciudad; dejad que vuestro pueblo res-

pire la paz; dedicaos a procurar la abundancia que ha de facilitar los matrimonios. En tanto seréis rey en cuanto tengáis pueblos que gobernar; vuestro poder no puede medirse por las tierras que ocupéis, sino por el número de hombres que las habiten y os obedezcan. Poseéis un país bueno, aunque no muy grande, pobladlo de brazos innumerables, de hombres laboriosos e instruídos; procurad que os amen, y por tales medios seréis más poderoso y más feliz y más glorioso que todos los conquistadores que asolan reinos y provincias.

—¿Qué haré, pues, con estos reyes? —contestó Idomeneo—. ¿Por ventura puedo confesarles mi debilidad? Cierto que he descuidado la agricultura y aun el comercio, que tan fácil fuera establecer en esta costa, ocupándome únicamente en la construcción de la ciudad. ¿Será forzoso, querido Mentor, llenarme de vergüenza haciendo ver a los confederados mis indiscreciones? Si es preciso, lo haré, porque el buen rey que se consagra a la felicidad de sus pueblos, debe preferir la salud del reino a su propia fama.

—Dignos son estos nobles sentimientos —dijo Mentor— de un rey padre de su pueblo; en esa bondad, ya que no en la falsa opulencia de Salento, reconozco que vuestro corazón es digno de un gran rey. Dejadme a mí; yo les daré a entender que os halláis empeñado en restablecer en el trono de Itaca a Ulises, o a su hijo, si aquél ha dejado de existir, y que pretendéis arrojar por la fuerza,

de aquella isla, a los amantes de Penélope. Fácilmente comprenderán que esta empresa os exige numerosas tropas y consentirán que el auxilio que les podéis dar para luchar contra los daunios ha de ser escasa.

Al oír estas palabras Idomeneo se vió libre de la opresión de un gran peso.

—Salváis —dijo— mi honor y mi reputación. Mas ¿qué apariencia de verdad puede tener decir que quiero enviar mis tropas a Itaca para restablecer en su trono a Ulises o a su hijo Telémaco, cuando éste se ha comprometido a luchar contra los daunios?

—No os inquiete este recelo —objetó Mentor—. Sólo diré lo que sea cierto. Las naves que enviéis para restablecer vuestro comercio, irán a las costas del Epiro y harán dos cosas a un tiempo: llamar a las vuestras a los mercaderes extranjeros a quienes alejan de Salento excesivos impuestos, y procurar nuevas de Ulises. Si existe, no debe distar mucho de estos mares que separan la Grecia de la Italia, pues aseguran haberle visto en Feacia. Y aun cuando ninguna esperanza nos quedase de hallarle, harán vuestros bajeles a su hijo un señalado servicio; pues esparcirán en Itaca y en todos los países vecinos el terror del nombre del joven Telémaco, a quien creen muerto como a Ulises. Los amantes de Penélope se llenarán de sorpresa cuando sepan que puede regresar Telémaco sin dilación, con el auxilio de un aliado poderoso; recibirá consuelo aquélla, y

se negará a elegir nuevo esposo; los de Itaca no se atreverán a sacudir el yugo de su actual dominación; y de esta manera os ocuparéis en beneficio de Telémaco, mientras lo está él con los aliados en la guerra contra los daunios.

—¡Feliz el monarca que encuentra el auxilio de prudentes consejos! —exclamó Idomeneo—. El amigo sabio y leal presta mayores utilidades a un rey que los ejércitos victoriosos. ¡Pero más feliz todavía el que conoce su dicha, y sabe aprovecharse de ella haciendo buen uso de los consejos acertados! Porque ocurre muchas veces que alejan de su confianza a los hombres sabios y virtuosos, cuyo mérito les inspira temor, para dar oídos a los lisonjeros, cuya traición no temen. Yo cometí este error, y os referiré todas las desgracias que he sufrido por un falso amigo que lisonjeaba mis pasiones con la esperanza de que protegiese las suyas.

Fácilmente persuadió Mentor a los reyes confederados que debía cuidar Idomeneo de restablecer a Telémaco en Itaca, mientras que éste les acompañaba; y se contentaron con llevarle en su ejército a la cabeza de cien jóvenes cretenses, que eran la flor de la nobleza venida con este rey desde Creta. Habíalo aconsejado así Mentor a Idomeneo, diciéndole:

—Durante la paz debe cuidarse de multiplicar la población; pero deben enviarse a las guerras extranjeras a los jóvenes nobles, para evitar que la nación se afemine y llegue a ignorar el arte de la guerra. Esto basta para mantener toda ella en

cierta emulación de gloria, en la inclinación a las armas, en el desprecio de las fatigas y aun de la muerte, y, por último, en la experiencia del arte militar.

Partieron de Salento los confederados, satisfechos de Idomeneo, encantados de la sabiduría de Mentor, y llenos de gozo por llevar en su compañía al joven Telémaco, que no pudo sofocar los efectos de su dolor al separarse de su amigo. Mientras aquéllos se despedían de Idomeneo y le juraban una eterna alianza, abrazaba Mentor a Telémaco, anegado en lágrimas.

—Soy insensible —decía éste— al júbilo que debía inspirarme la gloria; sólo experimento la pena de dejarte. Paréceme que vuelvo a padecer el infortunio que me hicieron sufrir los egipcios arrebatándome de tus brazos y privándome hasta de la esperanza de volverte a ver.

—Bien diferente es esta separación —replicó Mentor con afabilidad para consolar a Telémaco—, porque es voluntaria; será de corta duración y corres a la victoria. Tu amor hacia mí debe ser más animoso y menos tierno: acostúmbrate a la ausencia, hijo querido; no siempre viviré contigo, y es preciso que la prudencia y la virtud te conduzcan más bien que mi presencia.

Al decir estas palabras, la diosa, que se ocultaba bajo la figura de Mentor, cubrió a Telémaco con su égida, y derramó sobre él el espíritu de sabiduría y de previsión, el valor intrépido y la moderación, que rara vez se hallan juntos.

—Corre —le decía— a los mayores peligros, siempre que ello sea útil; porque más deshonra a un príncipe evitarlos en los combates, que no ir jamás a la guerra, y no debe ser dudoso al soldado el valor de su caudillo. Si es necesario a un pueblo conservar los días del monarca, lo es todavía mucho más que nunca sea dudosa la reputación del valor de éste. Acuérdate de que el que manda debe dar ejemplo a los que obedecen, para animar a todo el ejército. No temas ningún peligro; y perece en la lid antes de que se dude de tu valor, porque los aduladores que más se esfuerzan a alejarte del riesgo serán los primeros que dirán en secreto que eres flaco de corazón, si lo logran con facilidad.

No busques los peligros inútiles, porque el valor no es virtud cuando no le dirige la prudencia, sino desprecio insensato de la vida y ardor brutal: el valor arrebatado nada tiene de seguro. El que no se domina en las ocasiones de peligro, es más fogoso que valiente; debes estar fuera de ti, para ser superior al temor, porque no se puede vencerle cuando el corazón se halla en estado natural. En esta situación, si no se huye, se pierde la libertad de ánimo que se necesitaría para dictar órdenes acertadas, aprovechar las ocasiones, destruir a sus enemigos y servir a la patria. Posee el ardor de un guerrero, pero no el discernimiento de un caudillo; y aun le falta el verdadero valor del simple soldado, porque éste debe conservar en la pelea la serenidad y moderación necesarias

para obedecer. El que se expone temerariamente, turba el orden y disciplina militar, presentando un ejemplo de temeridad que expone muchas veces a grandes desgracias a todo un ejército; y los que prefieren la vana ambición al interés de la causa común, merecen castigos en vez de recompensas.

Guárdate bien, hijo querido, de buscar con impaciencia la gloria, porque el verdadero medio de hallarla es aguardar tranquilamente la ocasión de alcanzarla. La virtud se hace más digna de respeto, cuando es sencilla, modesta y enemiga del fausto; y a medida que crece la necesidad de arrostrar el peligro, deben aumentar los auxilios de la previsión y del valor. Acuérdate que es preciso no excitar la envidia, y no seas por tu parte rival de la prosperidad de nadie; alaba siempre al que merezca elogio, pero con discernimiento, diciendo lo bueno complacido, y ocultando lo malo, condoliéndote de él.

Nunca decidas en presencia de esos caudillos llenos de una experiencia que te falta; escúchalos con deferencia; consulta con ellos; ruega a los más consumados que te instruyan, y no te avergüences de atribuir a sus instrucciones tus mejores hechos. Jamás des oídos a los que intenten excitar tu desconfianza y rivalidad: háblales con ingenuidad y confianza, y si crees que te han faltado, descúbreles tu corazón. Si son capaces de conocer la nobleza de semejante conducta, obtendrás su estimación y lograrás lo que desearas; y, si,

por el contrario, desconociesen tus sentimientos, penetrarás por ti mismo la injusticia que debes soportar, adoptarás medidas prudentes para no comprometerte mientras dure la guerra y de nada tendrás de que arrepentirte. Pero, sobre todo, nunca digas los motivos de queja contra los caudillos del ejército, como los aduladores que no hacen otra cosa que sembrar la discordia entre los súbditos. Yo continuaré aquí para asesorar a Idomeneo en beneficio de su pueblo y para enmendar los errores a que le han arrastrado los consejos de la adulación, al crear el nuevo reino.

Telémaco no pudo menos de manifestarse sorprendido y aun de despreciar la conducta de Idomeneo. A lo cual objetó Mentor severamente:

—¿Por ventura, te maravillas de que hayan obrado los hombres de más estimación y de que manifiesten sus debilidades, que son propias de los hombres y aun inseparables de la realeza? Es verdad que Idomeneo ha sido criado en medio del fausto y de la altivez; si es así, ¿qué filósofo podría encontrar defensa contra la adulación? Ciertamente se ha dejado llevar de los que obtuvieron su confianza; porque aun los reyes más sabios a veces son engañados, por muchas que sean las precauciones que tomen para evitarlo; porque un rey no puede pasar sin ministros que le ayuden, porque no puede hacerlo todo por sí mismo. Además, los reyes conocen con dificultad, porque los hombres que los rodean estén siempre enmascarados y emplean toda clase de artifi-

cios para engañarles. ¡Ah! ¡Demasiado lo experimentarás, Telémaco! No se encuentran en los hombres ni las virtudes ni los talentos que en ellos se busca. Por más que se les estudie y escudriñe, uno queda burlado todos los días. Jamás se consigue hacer de los mejores hombres lo que se necesitaría hacer de ellos para el público. Ellos tienen sus terquedades, sus incompatibilidades, sus competencias; y muy poco se logra persuadiéndoles y corrigiéndoles.

Cuanto mayor sea el número de pueblos que hay que gobernar, tanto debe serlo el de los ministros que hagan lo que uno no puede hacer por sí mismo; y cuanto más necesita uno de hombres a quienes deba confiar la autoridad, tanto más expuesto se halla a equivocarse. Critica hoy sin piedad a los reyes quien gobernaría mañana peor que ellos, y cometería los mismos yerros, con otros infinitamente mayores, si se le confiase el mismo poder. La condición privada, cuando con ella se junta alguna habilidad para hablar bien, encubre todos los defectos naturales, realza talentos que alucinan y hace aparecer a un hombre digno de todos los puestos de que está distante. La autoridad, empero, es la que pone todos los talentos a una cruda prueba y la que descubre grande imperfecciones.

Un alto rango es como ciertos vidrios, que abultan todos los objetos. Todos los defectos parece que crecen en los puestos elevados, donde tienen las más mínimas cosas grandes consecuen-

cias, y donde las faltas más leves tienen violentas reacciones. El mundo entero está ocupado en observar incesantemente a un solo hombre y en juzgarle con el mayor rigor. Los que le juzgan no tienen experiencia ninguna del estado en que se halla, ni conocen sus dificultades. Por bueno y sabio que sea un rey, al fin, es hombre; su talento tiene límites, y su virtud los tiene igualmente. Tiene sus hábitos, su genio, sus pasiones, de las que no es del todo dueño. Está sitiado por gentes interesadas y artificiosas, y no encuentra los auxilios que busca. Cada día incurre en algún error, a impulso de sus pasiones o de sus ministros. No bien ha enmendado un yerro, luego vuelve a reincidir en otro. Tal es la condición de los reyes más ilustrados y virtuosos.

Los reinados mejores y de mayor duración son demasiado cortos e imperfectos para enmendar en su último período aquello que involuntariamente se menoscabó al principio. Acompañan a la soberanía todas estas miserias, y la impotencia humana sucumbe bajo un peso abrumador. Es preciso compadecer y disculpar a los reyes. Son dignos de compasión por tener que gobernar a tantos hombres cuyas necesidades son infinitas, y que dan tantos sinsabores a los que anhelan gobernarles bien. Hablando francamente, los hombres merecen compasión por tener que ser gobernados por un rey que es semejante a ellos; pues para enderezarlos sería preciso un dios. Pero no son menos dignos de lástima los reyes, no siendo

sino hombres, es decir, débiles e imperfectos, por tener que gobernar a esa innumerable multitud de hombres corrompidos y engañosos.

—Idomeneo perdió por culpa suya el reino de sus mayores en Creta —respondió con viveza Telémaco—; y sin vuestros consejos hubiera perdido otro en Salento.

—Confieso —replicó Mentor— que ha incurrido en graves errores; pero ¡busca en Grecia y en los países más civilizados un rey que no los haya cometido! Los hombres más grandes tienen en su temperamento y en el carácter de su genio defectos que les arrastran, y los más dignos de elogio son aquellos que poseen bastante valor para conocer y reparar sus extravíos. ¿Piensas que el grande Ulises, tu padre, modelo de los reyes de Grecia, no tiene también sus debilidades y defectos? ¡Cuántas veces hubiera sucumbido a los peligros y dificultades con los que le burló la fortuna, si no le hubiese conducido Minerva paso a paso! ¡Qué de veces le ha detenido o enderezado para conducirlo siempre a la gloria por el camino de la virtud! No esperes aún hallarle sin imperfecciones cuando le veas reinar con tanta gloria en Itaca: algunas advertirás en él, sin duda. La Grecia, el Asia y todas las islas le han admirado a pesar de sus defectos, que mil calidades maravillosas hacen se les disimule. Demasiado feliz serás en poderle admirar y estudiarle sin cesar como a tu modelo.

Telémaco, acostúmbrate a no esperar de los

hombres más grandes otra cosa que lo que puede hacer la Humanidad. La inexperta juventud se entrega a una crítica presuntuosa que le hace ver con disgusto los modelos que le es preciso seguir, y que la conduce a una indocilidad incurable. No solamente debes amar, respetar, imitar a Ulises, aunque no sea perfecto, sino que debes estimar en mucho a Idomeneo, a pesar de lo que he reprendido en él. El es naturalmente sincero, recto, equitativo, liberal, benéfico; es perfecto su valor; detesta el fraude cuando le conoce y sigue libremente las verdaderas inclinaciones de su corazón. Sus prendas exteriores son grandes y proporcionadas al puesto que ocupa. La ingenuidad con que confiesa sus faltas, su mansedumbre, su sufrimiento para permitir le diga las cosas más desagradables, el valor con que enmienda públicamente sus yerros y se hace superior a la crítica humana, manifiestan un alma verdaderamente grande. La fortuna o el consejo de otro pueden preservar de ciertos errores al hombre de muy poca capacidad; mas sólo una virtud extraordinaria puede empeñar a un rey largo tiempo decidido por la adulación, a que repare sus desaciertos; y es mucho más glorioso levantarse de este modo que no haber caído jamás.

Ha incurrido Idomeneo en todos los yerros en que caen casi todos los reyes; pero casi ningún rey hace para corregirse lo que él acaba de hacer. En cuanto a mí, le estaba admirando más y más al mismo instante en que me permitía con-

tradecirle. Admírale tú también, querido Telémaco; por utilidad tuya más bien que por su reputación te doy este consejo.

Con estas palabras hizo conocer Mentor a Telémaco el peligro de ser injusto, dejándose llevar a una crítica rigurosa contra los demás hombres, y, sobre todo, contra aquellos que tienen a su cargo los trabajos y las dificultades del gobierno. Después dijo:

—Tiempo es ya de que partas, adiós. Yo te aguardaré, caro Telémaco. No olvides que el que teme a los dioses nada tiene que temer de los hombres. Te verás en los mayores peligros; pero sabe que Minerva no te abandonará.

Al oír Telémaco estas palabras, creyó que sentía la presencia de la diosa; y aun hubiera conocido ser ella quien las decía para llenarle de confianza, si la diosa no le hubiese recordado la idea de Mentor, añadiendo:

—No olvides, hijo mío, la solicitud con que te he cuidado durante la infancia para hacerte sabio y valeroso como Ulises. Nada hagas que no sea digno de estos grandes ejemplos y de las máximas de virtud que he procurado inspirarte.

Ya el sol comenzaba a elevarse y doraba las altas cimas de las montañas cuando salieron de Salento los reyes confederados, para reunirse con sus tropas. Acampadas éstas alrededor de la ciudad, se pusieron en marcha bajo el mando de sus caudillos. Relucía por todas partes el hierro de las agudas picas; ofuscaba la vista el brillo de los

escudos, y se elevaba hasta las nubes un torbellino de polvo. Idomeneo y Mentor acompañaron en el campo a los reyes aliados, que se alejaban de los muros de la ciudad. Por último, se separaron, después de haberse dado mutuas pruebas de verdadera amistad; y no dudaron ya los aliados que la paz sería duradera luego que conocieron el bondadoso corazón de Idomeneo, que les habían pintado muy diferente de lo que era; porque juzgaban de él, no por sus naturales sentimientos, sino por los consejos lisonjeros e injustos a que había dado oídos.

Después que hubo partido el ejército, Idomeneo condujo a Mentor por todos los barrios de la ciudad.

—Veamos —decía éste—, cuántos varones tenéis en la ciudad y en el campo; hagamos el censo de ellos. Examinemos cuántos labradores tenéis entre esos varones. Veamos cuánto llevan vuestras tierras, en los años medianos, de trigo, vino, aceite y demás cosas útiles. Con ello sabremos si la tierra da lo necesario para el sustento de todos sus moradores, y si produce de qué hacer un comercio útil de lo sobrante con los países extranjeros. Examinemos también cuántos buques tenéis y cuántos marineros; que ahí es por donde se ha de juzgar de vuestro poderío.

Fué a visitar el puerto, y entró en cada nave. Informóse de los países adonde iba cada una para el comercio, inquirendo cuáles géneros llevaba allí, y cuáles traía a su regreso; cuál era el gasto

del buque durante la navegación, los préstamos que se hacían unos a otros, los comerciantes, y las asociaciones que entre sí formaban, a fin de saber si eran equitativas y fielmente observadas las leyes; en fin, los azares del naufragio y las demás desgracias del comercio, para prevenir la ruina de los comerciantes, quienes, por la codicia del lucro, emprenden muy a menudo más allá de sus facultades.

Quiso que fuesen castigadas severamente todas las quiebras, porque las que estaban exentas de mala fe, casi nunca lo estaban de temeridad. Al propio tiempo puso reglas para lograr que fuese fácil no quebrar jamás. Instruyó magistrados, a quienes daban cuenta los comerciantes de haberes, de sus ganancias, de sus gastos y de sus empresas. Nunca se les permitía arriesgar el caudal ajeno, y ni aun podían aventurar más de la mitad del propio. Además, hacían en sociedad las especulaciones que no podían emprender por sí solos; y el buen orden de esas sociedades era inviolable, por el rigor de las penas impuestas a los que las quebrantasen. Por lo demás, era absoluta la libertad del comercio, y lejos de que se le incomodase con subsidios, se ofrecían recompensas a todos los comerciantes que lograsen atraer a Salento el comercio de alguna nueva nación.

Así fué que los pueblos acudieron en gran número. El comercio de la ciudad era semejante al flujo y reflujo del mar. Las riquezas entraban en

ella como vienen las olas por encima unas de otras. Todo se llevaba allí y salía libremente. Todo cuanto entraba era útil, y todo lo que salía dejaba, saliendo, otras riquezas en su lugar. La severa justicia presidía en el puerto en medio de tantas naciones. La franqueza, la buena fe, el candor, parecían que llamaban, desde lo alto de aquellas soberbias torres, a los mercaderes de las tierras más lejanas; y cada uno de esos mercaderes, ora viniese de las playas orientales donde cada día sale el sol del seno de las ondas, ora partiera de aquel vasto mar donde el sol, cansado de su carrera, va a apagar sus fuegos, vivía quieto y con toda seguridad en Salento lo mismo que en su patria.

Mentor visitó después los almacenes, las tiendas de artesanos y los mercados. Prohibió las mercancías de los países extranjeros que pudieran introducir el lujo y la molicie. Ordenó trajes, comidas, muebles, y la capacidad y adorno de las casas para las diversas condiciones. Desterró todo adorno de oro y plata, y dijo a Idomeneo:

—Sólo hallo un medio para que este pueblo sea moderado en sus gastos, y es que vos mismo le deis el ejemplo. Es necesario que tengáis cierta majestad en lo exterior; mas vuestra autoridad se señalará bastantemente por los guardias y ministros principales que os acompañen. Contentaos con un traje de lana muy fina teñida de púrpura: vistan igual tela los primeros personajes del estado, sin otra diferencia que en el co-

lor y una ligera bordadura de oro que llevaréis al extremo del vuestro. La variedad de colores servirá para distinguir las diferentes condiciones, sin necesidad de oro, plata, ni pedrerías.

Arreglad las condiciones para el nacimiento. Colocad en la primera a aquellos cuya nobleza sea más antigua y esclarecida. Los que tengan el mérito y la autoridad de los empleos se hallarán satisfechos con venir después de aquellas antiguas e ilustres familias que viven en la dilatada posesión de los primeros honores. Los que no les igualen en nobleza cederán sin dificultad, con tal que no les habituéis a desconocerse en una fortuna elevada en demasía y dispenséis elogios a la moderación de los que sean modestos en la prosperidad. La distinción menos expuesta a los tiros de la envidia, es aquella que proviene de una serie dilatada de ascendientes.

En cuanto a la virtud, será bastante estimulada, y no faltará celo para servir al estado, con tal que concedáis coronas y estatuas a las buenas acciones, y señaléis a éstas como el principio de nobleza para los hijos de aquellos que las habrán hecho.

Las personas de mayor jerarquía después de vos, vestirán de blanco, con una franja de oro en la parte inferior de su vestido. Llevarán al dedo un anillo de oro, y al cuello una medalla de oro con vuestra efigie. Los de la jerarquía inmediata, vestirán de azul con la franja de plata y el anillo, pero sin la medalla; los de la tercera,

de verde, sin franja, ni anillo, pero con la medalla de plata; los de la cuarta, de amarillo anaranjado; de color de rosa los de la quinta; de color pardo claro, los de la sexta, y los de la séptima, que serán los últimos del pueblo, de blanco amarillento.

Aquí tenéis los trajes de las siete condiciones diferentes, respecto de los hombres libres. Todos los esclavos vestirán de pardo obscuro. De esta manera, sin gasto ninguno, quedará distinguido cada uno según su condición respectiva, destrrándose de Salento las artes todas que se dirigen a mantener el fausto. Los que hoy se emplean en estas artes perniciosas, se dedicarán a las necesarias, que son en corto número, a la agricultura o al comercio. No se permitirá ninguna alteración en la clase de telas, ni en la hechura de los vestidos; porque es indigno que los hombres destinados a una vida seria y noble se entretengan en inventar adornos afectados, ni que permitan que sus esposas, a quienes serían menos vergonzosos tales entretenimientos, incurran jamás en semejantes excesos.

Mentor, como el diestro jardinero que corta de los árboles frutales las ramas inútiles, procuraba cortar el fausto que corrompía las costumbres, y lo reducía todo a una noble y frugal sencillez. Arregló al mismo tiempo los alimentos de los ciudadanos y esclavos.

—¡Qué vergüenza —decía—, hagan consistir su grandeza los hombres de más elevada clase en

los manjares que debilitan su alma y arruinan insensiblemente la salud de su cuerpo! Deben cifrar su dicha en su moderación, en su autoridad para hacer bien a los demás hombres, y en la reputación que sus buenas acciones deben merecerles. La sobriedad halla sabrosos los alimentos más simples. Ella es la que, además de la salud más robusta, ofrece los placeres más puros y constantes. Es necesario, pues, limitar vuestra comida a las mejores carnes, preparadas sin ningún aderezo; porque es un arte para emponzoñar a los hombres el de excitar su apetito más allá de la verdadera necesidad.

Conoció Idomeneo que había obrado mal permitiendo que los habitantes de su nueva ciudad relajasen y corrompiesen sus costumbres, violando las leyes de Minos acerca de la sobriedad; pero le hizo advertir Mentor que hasta las leyes, aunque renovadas, serían inútiles si el ejemplo del rey no les daba una autoridad que no podían adquirir en otra parte. Reformó Idomeneo su mesa sin dilación, admitiendo sólo en ella, pan exquisito, vino del país, que es muy agradable, pero en corta cantidad, y algunas carnes sencillas, como las comían los demás griegos durante el sitio de Troya. Nadie osó quejarse de una ley que el monarca se imponía a sí mismo; y cada uno se corrigió de la profusión y delicadeza en que comenzaban a abandonarse en las comidas.

Proscribió Mentor la música muelle y afeminada, que corrompía a la juventud. No condenó

con menos severidad la música báquica, que embriaga no menos que el vino, y engendra unas costumbres llenas de impudicia y desenfreno. Redujo la música a las festividades en los templos, para cantar las alabanzas de los dioses y de los héroes que dieran ejemplos de las más señaladas virtudes. Tampoco permitió sino en los templos, los grandes ornamentos de arquitectura, como las columnas, frontispicios y pórticos; suministró modelos de una arquitectura sencilla y elegante para edificar en corto espacio una casa cómoda y alegre, para una numerosa familia; de suerte que su situación fuese sana, los cuartos separados unos de otros, y que el orden y el aseo se mantuviesen fácilmente, y cuya construcción fuese de poco coste.

Quiso que todas las casas de alguna consideración tuviesen una sala y un pequeño peristilo, con aposentos reducidos para todas las personas libres; mas prohibió severamente la multitud superflua y la magnificencia de los cuartos. Estos diferentes modelos de casas, proporcionadas al número de cada familia, sirvieron para hermosear una parte de la ciudad, y para darle regularidad sin crecidas expensas; mientras que la otra parte, edificada según el capricho y fausto de los particulares, era menos agradable y cómoda, a pesar de su magnificencia. Aquella parte de la ciudad fué acabada en poco tiempo, porque la costa inmediata de la Grecia suministró buenos arquitectos, y se trajeron del Epiro

y de otros países gran número de operarios, con la condición de que después de acabar su trabajo se establecerían en las inmediaciones de Salento, y se les adjudicarían terrenos para ponerlos en cultivo y poblar la campiña.

Parecióle a Mentor la pintura y la escultura artes que no debían abandonarse; pero sin permitir se dedicasen muchos a ellas, en Salento. Estableció una escuela dirigida por profesores de gusto exquisito, que examinaban a los alumnos.

—Nada inferior, ni mediano —decía—, debe permitirse en estas artes, que no son absolutamente necesarias. Por tanto, no se han de admitir en ellas sino a jóvenes cuyo genio prometa mucho, y que tienda a la perfección. Los demás han nacido para las artes menos nobles, y han de ser empleados con mayor utilidad en las necesidades ordinarias de la república. No se debe emplear a los escultores y pintores sino para conservar la memoria de los hombres grandes y de los hechos heroicos. En los edificios públicos o en los sepulcros es donde debe conservarse el recuerdo de lo que se obró con una virtud extraordinaria para utilidad de la patria.

Pero la moderación y frugalidad de Mentor no impidieron los grandes edificios destinados a las carreras de caballos y carros, a los combates de luchadores, a los del cesto, y a todos los que ejercitan el cuerpo y le hacen más ágil y vigoroso.

Expulsó a los mercaderes que vendían varias

telas tejidas en países lejanos, bordaduras de alto precio, vasijas de oro y plata con efigies de dioses, de hombres y de animales, y licores y perfumes. Quiso que los muebles caseros fuesen sencillos y construidos de manera que durasen largo tiempo. De modo que los salentinos, que se lamentaban de su pobreza, comenzaron a experimentar las muchas riquezas superfluas que poseían; pero eran riquezas engañosas que los empobrecían, y se hacían efectivamente ricos a medida que tenían valor para desprenderse de ellas. «Enriquecerse es —decían— despreciar unas riquezas que consumen al estado, y disminuir sus menesteres reduciéndolos a las verdaderas necesidades de la naturaleza.»

Revistó los arsenales y almacenes para cerciorarse si se hallaban en buen estado las armas y demás pertrechos necesarios para la guerra; porque «siempre —decía— se debe estar en disposición de emprenderla, para no verse nunca reducido a la desgracia de hacerla». Halló que faltaban muchas cosas, y al momento reunió a los operarios para que labrasen el hierro, acero y alambre. Veíanse fraguas encendidas, y torbellinos de humo y de llamas semejantes al fuego subterráneo que vomita el monte Etna. Resonaba el martillo sobre el yunque, que se estremecía a los repetidos golpes. Los vecinos montes y las playas del mar retumbaban al ruido, de modo que uno creyera estar en la isla donde Vulcano, animando a los cíclopes, forja rayos para

el padre de los dioses: y por una sabia previsión, en el seno de la paz profunda se veían los preparativos de la guerra.

Después salió Mentor de la ciudad con Idomeo, y halló inculta una gran porción de tierras fértiles; otras no eran cultivadas sino a medias, por el descuido y miseria de los labradores, que carecían de brazos y de bueyes, y aun de valor y facultades para perfeccionar la agricultura. Viendo Mentor desolada aquella campiña, dijo al rey:

—Aquí la tierra pide, para enriquecer a sus habitantes; pero los habitantes faltan a la tierra. Hagamos que cultiven estas llanuras y colinas los muchos artesanos que existen en la ciudad, y cuya industria sirve únicamente para corromper las costumbres. Verdaderamente es una desgracia que estos hombres dedicados a las artes que requieren una vida sedentaria, no estén ejercitados en el trabajo; pero he aquí los medios de remediarlo. Dividiremos entre ellos los terrenos incultos, y llamaremos en su auxilio a los pueblos vecinos, que bajo su dirección harán los más penosos trabajos. Estos pueblos lo harán con tal que se les ofrezca recompensas proporcionadas en frutos de las mismas tierras que pongan en cultivo; podrán más tarde poseer parte de ellas, y ser incorporados por este medio a vuestro pueblo, que todavía no es bastante numeroso. Con tal que sean laboriosos y dóciles a las leyes, no tendréis mejores vasallos, y acrecentarán

vuestro poder. Vuestros artesanos de la ciudad, trasplantados al campo, criarán a sus hijos en el trabajo y en el amor a la vida campestre. Los albañiles extranjeros que vinieron para edificar la ciudad se obligaron a desmontar cierta porción de tierra, y también a cultivarla; agregadlos a vuestro pueblo cuando hayan acabado su trabajo. Estos operarios se complacerán en pasar su vida bajo una dominación que hoy es tan suave. Siendo robustos y laboriosos, servirá su ejemplo para excitar al trabajo a los artesanos de la ciudad, con quienes se mezclarán. En lo sucesivo estará poblado todo el país de familias robustas y dedicadas a la labranza.

No tengáis cuidado sobre la población; en breve será innumerable, con tal que facilitéis los matrimonios. El modo de facilitarlos es fácil; casi todos los hombres tienen inclinación para casarse, y sólo la miseria les impide realizarlo. Si no los cargáis de impuestos, vivirán sin gran trabajo con sus hijos y esposas, pues nunca es ingrata la tierra; alimenta siempre con sus frutos a los que la cultivan cuidadosamente; sólo niega sus beneficios a aquellos que son perezosos en darle su trabajo. Cuantos más hijos tienen los labradores, tanto más ricos son, si el príncipe no los empobrece; porque desde la infancia comienzan los hijos a ser útiles; apacenta el menor los carneros; los de más edad conducen ya los rebaños, y los mayores labran la tierra con su padre. Entretanto prepara la madre una comida

sencilla para el esposo y los queridos hijos, que han de regresar fatigados del trabajo del día; cuida de ordeñar las vacas y ovejas, y se ven correr arroyos de leche; enciende una gran lumbre, a cuyo derredor se entretienen en cantar, durante la noche, toda la familia inocente y pacífica, mientras llega la hora de entregarse al sueño; prepara quesos, castañas y las frutas conservadas tan frescas como si se acabasen de coger.

Regresa el pastor con su flauta y canta a la familia reunida las canciones nuevas que han aprendido en las aldeas vecinas. Entra el labrador con el arado, cuyos cansados bueyes andan inclinando la cabeza con pasos tardos y lentos a pesar del aguijón que les hostiga. Todos las penas del trabajo acaban con el día. Las adormideras, que por disposición de los dioses esparcen el sueño sobre la tierra, amansan con sus encantos las negras pesadumbres, y tienen toda la naturaleza en un dulce encanto; todos duermen sin prever los trabajos del día siguiente.

¡Felices esos hombres exentos de ambición, desconfianza y artificio, si les dan los dioses un buen rey que no turbe su inocente júbilo! Pero ¡qué horrible inhumanidad arrebatarles por ambición y ansia de fausto los dulces frutos de la tierra, que deben únicamente a la liberal Naturaleza y al sudor de su frente! La Naturaleza por sí sola arrojará de sus entrañas fecundas lo que baste a un infinito número de hombres moderados y laboriosos; pero el orgullo y la molicie de al-

gunos son los que sumen tantos otros en una espantosa pobreza.

—¿Qué haré —replicó Idomeneo—, si descuidan el cultivo los que diseminé por estas fértiles campiñas?

—Haced —respondió Mentor— lo contrario de lo que se hace comúnmente. Los príncipes codiciosos y faltos de previsión cuidan únicamente de cargar con impuestos a los vasallos vigilantes e industriosos en hacer fructificar sus haciendas, porque se prometen ser pagados más fácilmente; y al mismo tiempo cargan menos a aquellos a quienes la pereza hace más miserables. Desterrad este mal orden que agobia a los buenos, recompensa al vicio, e introduce una negligencia tan funesta al monarca como al estado. Poned tasas, estableced multas y, si es preciso, otras penas rigurosas contra los que descuiden sus campos, así como castigaríais al soldado que abandonase su puesto en la guerra; y, por el contrario, dad gracias y conceded exenciones a las familias que, multiplicándose, aumenten a proporción el cultivo de sus tierras. En breve se multiplicarán las familias y se animarán todos al trabajo, el cual llegará a ser honroso. Dejará de ser menospreciada la profesión de labrador, luego que no esté agobiada con tantos males. Volverá a honrarse el arado manejándole la mano victoriosa que haya defendido a la Patria. No será menos bien visto el cultivar, durante una dichosa paz, el patrimonio de los ascendientes,

que haberlo defendido con valor durante la guerra. Florecerán los campos; lo coronará Ceres con doradas espigas, y hollando Baco con su planta la uva, hará correr de las faldas de los montes raudales de vino más dulce que el néctar; resonarán los hondos valles al concierto de los pastores, que unirán sus voces con sus instrumentos, a orillas de cristalinos arroyos, en tanto que los ganados se apacentarán sobre la yerba, entre las flores, sin temor de los lobos.

¿No seréis demasiado feliz ¡oh Idomeneo, con ser el manantial de tantos bienes, haciendo vivir en tan amable sosiego a los pueblos a la sombra de vuestro nombre? Esta gloria, ¿no es más halagüeña que la de asolar la tierra, de esparcir por todas partes, y casi igualmente en el propio suelo, en medio aún de las victorias, que en el suelo de los extranjeros vencidos, la turbación, el horror, el desfallecimiento, la consternación, el hambre y la desesperación?

¡Feliz el monarca favorecido de los dioses y dotado de un corazón tan grande, que procura las delicias de su pueblo, y mostrar a todos los siglos cuadro tan risueño! Toda la tierra, lejos de resistirle, vendría a sus plantas para suplicarle se digne reinar sobre ella.

—Pero cuando los pueblos se vean en la abundancia y en la paz —respondió Idomeneo— los corromperán las delicias, y emplearán contra mí las fuerzas que les haya dado.

—Nada temáis —dijo Mentor—; eso es el pre-

texto de que se valen siempre para lisonjear a los príncipes que quieren agobiar con impuestos a sus pueblos. El remedio es fácil. Las leyes que acabamos de establecer para la agricultura harán su vida laboriosa; y en medio de la abundancia sólo tendrán lo necesario, porque hemos proscrito las artes que suministran lo superfluo. Esta misma abundancia será disminuída por la facilidad de los matrimonios y por la multiplicación de las familias. Siendo cada familia numerosa, y poseyendo un terreno corto, tendrán precisión de cultivarlo con un trabajo asiduo. La ociosidad y la molicie son las que hacen a los pueblos rebeldes e insolentes. Verdaderamente, ellos tendrán pan, y con abundancia; pero tendrán sólo pan y frutos de su propio suelo adquiridos con el sudor de su rostro.

A fin de mantener vuestro pueblo en esta moderación, ha de fijarse desde ahora la porción de terreno que pueda poseer cada familia. Ya sabéis que hemos dividido todo vuestro pueblo en siete clases, según las diferentes condiciones: no se ha de permitir que cada familia, en cada clase, pueda poseer más que la porción de terreno absolutamente necesaria para la subsistencia del número de personas de que conste. Siendo invariable esta regla, no podrán hacer los nobles adquisiciones sobre los pobres; todos tendrán terreno, pero cada uno no tendrá sino muy poco, y será excitado con esto a cultivarlo bien. Si después de una larga serie de tiempo faltasen

aquí las tierras, se fundarían colonias que acrecentarían el poder de este estado.

Creo, además, que debéis poner cuidado en que no se haga demasiado uso del vino. Si se han plantado viñas con exceso, es preciso arrancarlás: porque el vino es el origen de los mayores males entre los pueblos; causa enfermedades, riñas, sediciones, ociosidad, tedio al trabajo y desórdenes domésticos. Resérvese, pues, el vino como un remedio o cual raro licor que sólo se emplea para los sacrificios y las festividades extraordinarias. Pero no esperéis que esta importante regla sea observada, si vos mismo no dais el ejemplo.

Deben guardarse, además, inviolablemente, las leyes de Minos para la educación de la infancia. Es menester que se establezcan escuelas públicas donde se enseñe el temor a los dioses, el amor a la patria, el respeto a las leyes, y la preferencia del honor sobre los placeres y aun sobre la misma vida.

Es necesario que haya magistrados que vigilen sobre las familias y sobre las costumbres de los particulares. Velad vos mismo, vos que no sois rey, es decir, pastor del pueblo, sino para velar noche y día sobre vuestro rebaño; de este modo evitaréis gran número de excesos y crímenes; los que no podáis prevenir, castigadlos severamente al principio. Es una clemencia, hacer ejemplares desde luego que contengan la iniquidad. Con un poco de sangre derramada

oportunamente se ahorra mucha, y uno se pone en estado de ser temido sin usar con frecuencia del rigor.

Pero ¡qué máxima tan detestable la de creer que sólo puede hallarse la seguridad en la opresión de los vasallos! No facilitarles la instrucción, no encaminarlos a la virtud, no hacerse nunca amar, estrecharlos con el terror hasta la desesperación, ponerlos en la horrorosa necesidad o de no poder jamás respirar libremente, o de sacudir el yugo de vuestra dominación tiránica, ¿es este, acaso, el medio seguro de reinar sin inquietud? ¿Es el verdadero camino que conduce a la gloria?

Acordaos que los países donde la dominación del soberano es más absoluta, son aquellos donde los soberanos son menos poderosos. Lo arruinan todo; poseen solos todo el estado, pero también todo el estado desfallece; véanse incultos y casi desiertos los campos, cercénanse las ciudades de día en día y agótase el comercio.

El rey, que no puede serlo solo y que no es grande sino por sus pueblos, se aniquila poco a poco a sí mismo por el aniquilamiento insensible de los pueblos de quienes provienen su poder y sus riquezas. Ve su estado exhausto de dinero y de hombres; esta última pérdida es la mayor y más irreparable. Su poder absoluto hace tantos esclavos cuantos vasallos tiene. Le adulan, tiemblan a sus miradas; pero aguardan la más leve resolución: este poder monstruoso, llevado hasta

un extremo harto violento, no puede ser duradero; no tiene recurso ninguno en el corazón de los pueblos; ha cansado e irritado a todas las clases del estado; ha precisado a todos los individuos de ellas a suspirar por un camino que mejore su suerte. Derrocado el ídolo al primer golpe, se quiebra y son pisoteados sus pedazos. El desprecio, el odio, el temor, el resentimiento, la desconfianza, en una palabra, las pasiones todas, se arman contra la autoridad tan malquerida.

El rey que, en su vana prosperidad, no encontraba al consejero bastante atrevido para decirle la verdad, no encontrará en su desgracia ningún hombre que se digne disculparle, ni defenderle contra sus enemigos.

Después de este discurso, Idomeneo, persuadido por Mentor, repartió sin tardanza los terrenos baldíos, llenándolos con todos los artesanos inútiles, y ejecutó cuanto había sido resuelto. Solamente reservó para los albañiles las tierras que les tenía destinadas, y que no podían éstos cultivar sino después de concluídas las obras de la ciudad.

LIBRO XIII

ARGUMENTO: Idomeneo cuenta a Mentor la causa de sus infortunios, la ciega confianza que había puesto en Prótesis y los artificios de este favorito para hacer desaparecer de su reino al sabio y virtuoso Filocles; cómo habiendo sido prevenido de esta manera estuvo a punto de creer a Filocles culpable de una conspiración y de enviar a Timócrates para darle muerte en una expedición que le encargara. Habiendo fallado el golpe, Filocles le perdonó, retirándose a la isla de Samos, después de haber entregado el mando de la armada a Pilómenes, conforme al mandato de Idomeneo.

La fama del gobierno dulce y moderado de Idomeneo atrajo pueblos de todas partes que se reunieron para incorporarse al suyo, buscando la felicidad la tan amable dominación. Los campos de tanto tiempo cubiertos de espinas y abrojos ya prometen mieses en abundancia y frutos hasta ahora desconocidos. La tierra abre su seno al filo del arado y prepara sus tesoros para corresponder a los afanes del labrador; la esperanza brilla por todas partes. Véanse por valles y colinas los rebaños de carneros que retozan sobre la verde grama, y los grandes rebaños de bueyes y becerras cuyos mugidos resuenan en los ecos de las altas montañas; estos ganados, a su vez, abonan el campo. A Mentor débese su adquisición. Por su consejo, Idomeneo cambió con

un pueblo comarcano, llamado de los peucetes, las cosas superfluas que ya no quería en Salento, por esos ganados de que antes carecían los salentinos.

Al mismo tiempo la ciudad y los pueblos de sus alrededores, que tanta miseria habían sufrido y tanto habían huído del matrimonio, ahora se presentaban ungidos de juventud. Observando que Idomeneo se dejaba llevar de sentimientos humanos y que no deseaba sino ser su padre, ya no temieron al hambre ni a las demás calamidades que suelen afligir a la tierra. Todo eran gritos de júbilo, cantos de pastores y labriegos festejando nuevas bodas. Hubiérase dicho que el dios Pan, seguido de una turba de sátiros y faunos, bailaban con las ninfas al son de los caramillos, a la sombra de las selvas. Por doquiera reinaba la paz y con ella la alegría; pero con un gozo moderado, porque los placeres, que sólo servían de solaz en medio de las continuas fatigas, se mantenían así más sabrosos e inocentes.

Los ancianos, admirados al contemplar lo que antes no podían sospechar en el curso de una edad tan avanzada, lloraban de alegría levantando al cielo sus manos temblorosas. «¡Oh, gran Júpiter! —decían—, bendecid al rey que os imita y que es el mayor de los dones que nos habéis concedido. Ha nacido para bien de los hombres; premiadle los bienes todos que de él recibimos. Nuestros nietos, frutos de estos matrimonios que él fomenta, le deberán hasta el haber nacido,

y será verdadero padre de todos sus vasallos.» Los jóvenes y las doncellas que se casaban cantaban alabanzas a quien les deparaba tanta ventura. Su nombre se hallaba siempre a flor de labios y llenaba el corazón. Teníase como una dicha el poderle ver y se temía perderle; porque su pérdida hubiese sumido en el dolor a todas las familias.

Entonces Idomeneo manifestó a Mentor que nunca había sentido placer tan grato como el de ser amado y de hacer feliz a tanta gente. «Nunca lo hubiese creído —decía—; antes se me antojaba que toda la grandeza de los reyes consistía en hacerse temer creyendo que los demás hombres habían nacido para ellos; y me parecía pura fábula cuanto había oído decir de los reyes que habían tenido el amor y el afecto y la felicidad de sus pueblos; mas ahora he dado con la verdad. Mas es preciso que os cuente cómo desde niño fueron envenenando mi corazón las falsas ideas sobre la autoridad de los reyes».

Y entonces comenzó esta narración:

—Protésilas, poco mayor que yo, me ganó la voluntad entre todos los jóvenes a quienes amaba. Me gustaba su carácter vivo y despierto; compartió mis placeres, halagó mis inclinaciones y me inspiró desconfianza de otro compañero llamado Filocles, a quien yo también quería. Filocles temía a los dioses y era de ánimo grande, si bien modesto, y ponía su gloria no en encumbrarse, sino en vencerse a sí mismo y en no caer en nin-

guna vileza. Me hablaba de mis defectos sin subterfugios, y cuando no se determinaba a hablarme, su silencio y su tristeza me daban a entender claramente lo que me quería reprender. En un principio me agradó su sinceridad y muchas veces le prometí que le escucharía toda la vida con confianza a fin de librarme de los aduladores. El me decía cuanto debía hacer para seguir las huellas de Minos, mi abuelo; para procurar la felicidad de mi pueblo. Su sabiduría no llegaba a la vuestra; pero sus máximas eran excelentes; ahora lo reconozco. Los artificios de Protésilas, celoso y lleno de ambición, lograron que, poco a poco, me fuese cansando de Filocles. Como éste no tenía afán de entrometerse, dejaba prevalecer al otro, contentándose con decirme la verdad cuando le quería escuchar. Estaba atento a mi bien, no a su fortuna.

Protésilas me persuadió insensiblemente de que aquél tenía un genio díscolo y soberbio; que motejaba todos mis hechos; que nada me pedía, porque en su fiereza nada quería recibir de mí, aspirando a la reputación del hombre que se halla encumbrado sobre todos los demás. Añadió que con la misma libertad con que me hablaba de mis defectos, los hablaba a los demás; que daba a entender que no me apreciaba en nada y que, rebajando de este modo mi estimación, quería, por la ostentación de una virtud austera, prepararse el trono para sí.

Desde luego no creí que pensase destronarme;

porque en la virtud hay cierto candor, cierta ingenuidad, que imposibilita toda ficción; de modo que si se pone cuidado no hay engaño posible. Pero, en realidad, la aspereza de Filocles, echándome en cara mis defectos, comenzaba a cansarme. Las condescendencias de Protésilas y su mucho ingenio para proporcionarme nuevos placeres, aumentaban en mayor grado la paciencia que sufría por causa de la austeridad del otro.

Entretanto Protésilas no podía avenirse con que no prestase oídos a las cosas que contra su enemigo insinuaba, y así, determinó callar, esperando convencerme de sus palabras con alguna prueba más eficaz. He aquí cómo acabó de seducirme. Me aconsejó que enviase a Filocles con sus naves para atacar a los de Carpacia y, a fin de determinarme a esta expedición, díjome: «Bien sabéis que en los elogios que de él os hago no puede haber parcialidad; he de confesar, pues, que Filocles es hombre de valor y muy perito en las cosas de la guerra; os servirá mejor que cualquier otro, y yo prefiero el interés de vuestro servicio a mis resquemores personales».

Por mi parte gocé hallando en Protésilas tal rectitud y equidad de juicio, a quien había encomendado los negocios más importantes de mi gobierno. Y así le abracé, llevado de la alegría, y me consideré muy feliz de haber puesto mi confianza en este hombre superior, según pensaba, a todo interés y pasión. Mas ¡ah! ¡Cuán dignos

son de compasión los príncipes! Aquel hombre me conocía mejor que yo mismo podía conocerme; sabía que, generalmente, los reyes siempre recelan, ni se aplican demasiado a las cosas, recelosos por la continua experiencia de los artificios de los hombres corrompidos que les rodean; y desaplicados, porque se acostumbran, arrastrados por el placer, a tener quien medite por ellos, sin tomarse este trabajo por sí mismos. Así, previó discretamente que no le sería difícil despertar mi desconfianza, ni su envidia, de un hombre que no dejaría de engrandecerse con hechos heroicos, mientras que su ausencia le facilitaría muchas ocasiones para tenderle asechanzas.

Cuando Filocles partió, previó lo que le había de suceder. Y así me dijo:

—Acordaos de que no podré defenderme; que vos escucharéis a mi enemigo y que mientras en vuestro servicio me pongo, en peligro de morir, corro también el riesgo de tener por recompensa vuestro enojo...

—Os equivocáis —le dije—, Protésilas no habla de vos como vos habláis de él; os alaba, os aprecia, os juzga digno de los empleos más importantes; y si contra vos me hablase perdería toda mi confianza. Nada temáis, pues; idos y no penséis más que en servirme bien.

Y con esto Filocles partió, dejándome en una situación extraña.

Os lo he de confesar todo, Mentor; no apreciaba la necesidad de contar con varios hombres de

consejo, y como el fiarme de uno solo podía perjudicar mi prestigio y el acertado desempeño de gobierno, las prudentes sugerencias de Filocles habían sido eficaces y me habían libertado de muchas faltas peligrosas en que la audacia de Protésilas hubiera podido precipitarme; lo había observado bien. Pero había dejado que Protésilas cobrase ascendiente sobre mí, que, por cierto, me era difícil soportar. Me hallaba dolorido hallándome entre dos hombres desacordes entre sí; y en mi lasitud preferí perder algo a expensa de mis negocios, para respirar de mayor libertad. No osaba confesarme el motivo de la resolución tomada, y las torpes razones que no me atrevía a examinar influían secretamente en lo íntimo de mi corazón y eran el verdadero móvil de mi conducta.

Filocles sorprendió al enemigo ganando una plena victoria y apresuró el retorno, para poder dominar las malas artes de Protésilas, cuando éste, que no había tenido tiempo para llevarle a engaño, le escribió que era mi deseo practicar un desembarco en la isla de Carpacia, a fin de coger el fruto de la victoria. Efectivamente, me había persuadido que la conquista de aquella isla no sería difícil; pero lo dispuso de modo que faltaron a Filocles muchas de las cosas necesarias, y aun le sujetó a ciertas órdenes y produjo contratiempos que entorpecieron la empresa.

Entretanto se valió de un doméstico muy corrompido, que yo tenía cerca y que todo lo aee-

chaba para contárselo, aparentando ambos no tratarse ni mostrar conformidad en nada. Este siervo, llamado Timócrates, cierto día se llegó a mí para manifestarme con mucho secreto, que había descubierto una conspiración muy peligrosa, diciéndome: «Filocles se quiere servir de vuestra flota para proclamarse rey de la Carpacia; cuenta con los caudillos de la armada; los soldados están corrompidos con sus liberalidades y más aún con la licencia en que les deja que vivan, engreído de sus victorias. Aquí tenéis una carta que ha escrito a uno de sus amigos acerca de sus proyectos de proclamarse rey; se trata de una prueba que ahuyenta toda duda».

Yo leí la carta y parecióme escrita por Filocles; su letra estaba perfectamente imitada. Protésilas era quien, de acuerdo con Timócrates, la había escrito. Esta carta me sumió en una extraña sorpresa; la leí infinitas veces, sin poder persuadirme que fuera de Filocles, revolviendo en mi memoria perturbada las muchas pruebas de afecto que me había dado antes tan honrada y lealmente. Mas ¿qué podía hacer? ¿Cómo negar su valor a prueba tan convincente, cuanto que reconocía en ella la propia letra de Filocles?

Viendo Timócrates que yo no podía resistir a su artificio, lo llevó más lejos, agregando, perplejo: «¿Puedo hacer veros una palabra de esta carta digna de atención? Filocles dice a su amigo que puede hablar abiertamente con Protésilas sobre una cosa que le indica con una cifra; sin

duda Protésilas ha entrado en el complot y se han unido contra vos. Bien sabéis que Protésilas es quien os ha instigado para que enviarais a Filocles contra Carpacia. De algún tiempo a esta parte ha dejado de hablaros de él, cuando antes lo hacía con tanta frecuencia. Ahora, al contrario de antes, le alaba, le disculpa siempre; ya hace algún tiempo que se tratan con miramiento. No cabe duda que Protésilas y Filocles se han unido para repartirse la victoria de Carpacia. Fijaos también que se ha empeñado en que se acometiera, aun contra costumbre, y que expone vuestras naves al riesgo de perderse para colmar sus ambiciones. ¿Creéis que favorecería la de Filocles si no estuviesen unidos? No; no puede negarse que estos dos hombres se han unido para alzarse juntos con el poder, acaso para derribar vuestro trono. Cuando os hablo así, sé bien a qué peligros me expongo atrayendo su resentimiento, si a pesar de mis palabras seguís confiando en sus manos vuestra autoridad; mas ¿qué importa si es la verdad lo que os digo?»

Estas palabras de Timócrates me causaron honda impresión; tuve por cierta la traición de Filocles y desconfié de Protésilas como de amigo suyo. Timócrates, entretanto, me repetía: «Si aguardáis que Filocles se apodere de la Carpacia ya no os será posible oponeros a sus designios; daos prisa; ahora podéis aseguraros». Me causaba horror el gran disimulo de los hombres y no sabía de quién poderme fiar. Descubierta la traición

de Filocles, no había hombre en el mundo capaz de merecer mi confianza. Resuelto había la muerte de aquel hombre pérfido; pero temía a Protésilas, ni acertaba en el trato que debía darle. Temía encontrarle culpable y temía confiarme a él. Mas no pude menos de contarle mis recelos sobre Filocles. Aparentó sorpresa; me presentó su rectitud y la moderación de su conducta; me ponderó sus servicios; hizo, en una palabra, cuanto debía hacer para hacerme ver que estaba bien con él. Timócrates no perdía ocasión de hacerme ver esta armonía e inducirme a castigar a Filocles estando como estaba en mi poder. ¡Observad, amado Mentor, cuán desgraciados son los reyes expuestos a ser juguetes de los hombres que parece tiemblan a sus pies!

Creí dar un golpe de profunda política, desconcertando a Protésilas, y enviando secretamente a Timócrates a la armada, con el fin de asesinar a Filocles. Protésilas supo disimular hasta el fin, engañándome más, cuanto que se mostraba naturalmente como quien se deja engañar. Partió, pues, Timócrates, hallando a Filocles harto embarazado con el desembarco, porque Protésilas, no sabiendo si la fingida carta sería bastante para perderle, quiso tener a mano otros medios, tales como el poco éxito de la expedición en que me había hecho poner tantas esperanzas y que, malográndose, acarrearía la caída de Filocles. Pero éste sostenía la lucha con su heroísmo, su pericia y su amor a las tropas. El

ejército entero creía aquel desembarco muy temerario y hasta funesto para los cretenses; mas todos se esmeraban contribuyendo al éxito, como si de él dependiera su vida y su felicidad, y aun despreciaban con alegría la vida bajo un caudillo tan sabio y que tanto se hacía amar.

Timócrates hubo de temer la imposibilidad de hacer morir a un caudillo en medio de unas tropas que tanto le querían; pero la ambición furiosa es ciega. Timócrates no creía difícil poder contentar a Protésilas, afianzado con la esperanza de gobernar con él después de la muerte de Filocles. Protésilas no podía sufrir a un hombre de bien, cuya sola vista era un reproche secreto de sus crímenes, y que podía echar a tierra sus proyectos abriéndome los ojos.

Timócrates se aseguró de dos capitanes que siempre se hallaban junto a Filocles, prometiéndoles en nombre mío grandes recompensas; y en seguida dijo a Filocles: «He venido de parte del rey para comunicaros secretamente ante estos dos capitanes las órdenes del Rey». Filocles se encerró con ellos. Entonces Timócrates le dió una puñalada. El arma se escurrió sin llegar a la carne. Filocles, sin inmutarse, le arrancó el puñal y con él se defendió de los tres, gritando al mismo tiempo. Acudieron, forzaron la puerta y le sacaron de las manos de aquellos tres hombres que con su turbación anduvieron flojos en la refriega. Los hizo prender, y tanta fué la indignación del ejército que, a no haberla contenido Fi-

locles, los hubieran linchado. Seguidamente habló aparte con Timócrates, preguntándole afablemente qué era lo que le había inducido a cometer acción tan fea. Timócrates, que temía por su propia vida, se dió prisa en manifestar la orden de matarle que yo había escrito; y como los traidores son siempre unos cobardes, trató de salvarse, descubriendo la trama de la traición de Protésilas.

Filocles, admirado de ver tanta malicia en los hombres, se resolvió a seguir una conducta de ejemplar moderación; declaró ante toda la armada que Timócrates era inocente; lo puso en seguridad y lo envió a Creta; entregó el mando de la escuadra a Polímenes, a quien en la orden escrita de mi puño le destinaba yo, cuando hubiese muerto Filocles. Por fin, exhortó a las tropas a la fidelidad que me debían y por la noche se fué en una ligera barca que le condujo a Samos, donde vive tranquilamente en la pobreza y soledad, trabajando de estatuario para ganarse la vida, sin dar oídos a los hombres falaces e injustos y mucho menos a los reyes, a quienes cree los más infortunados y ciegos de entre los hombres.

Cuando llegaba aquí, Mentor interrumpió a Idomeneo, diciéndole:

—Y bien; ¿tardaste mucho tiempo en descubrir la verdad?

—No —contestó Idomeneo—. Poco a poco comprendí los artificios de Protésilas y de Timócrates; ellos mismos se descubrieron, porque los

malos no andan mucho tiempo unidos. Su división me descubrió la hondura del abismo en que me habían echado.

—¿No tomasteis medidas —objetó Mentor— para deshaceros del uno y del otro?

—¡Ay de mí! —exclamó Idomeneo—; ¿es que vos, mi querido Mentor, desconocéis la flaqueza y perplejidad de los reyes? Cuando se entregan a los hombres que aciertan a hacerse necesarios, ya no les queda esperanza de libertad. Los que más desprecian son los que mejor tratan y a quienes colman de beneficios. Protésilas me causaba horror y le dejaba, no obstante, toda la autoridad ¡Extraña ilusión! Me alegraba íntimamente de haberle conocido, y me faltaba fuerza para recuperar el poder que había dejado en sus manos. Por otra parte, él se acomodaba, me complacía, me adulaba las pasiones y dirigía activamente mis intereses. Ultimamente me disculpaba pensando que no conocía la verdadera virtud; consistiendo mi falta en no haber sabido elegir hombre de bien para la administración de mis cosas, imaginándome que no los había en el mundo y que la honradez no era más que un hermoso fantasma. «¿Qué me importa —pensaba— dar el escándalo de echar de mi lado a un hombre corrompido, si he de caer en manos de otro que no será más desinteresado ni más sincero que aquél?» En esto la escuadra mandada por Polímenes estuvo de vuelta. Yo no pensé más en la conquista de Carpacia, y Protésilas no pudo di-

simular suficientemente, sin que lo descubriera, la aflicción que le acongojaba sabiendo que Filocles se hallaba a salvo en la isla de Samos.

Entonces Mentor, interrumpiendo a Idomeneo, le preguntó si, después de aquella negra traición, seguía confiando sus negocios a Protésilas.

—Yo —contestó Idomeneo— era demasiado enemigo de los cuidados y poco aplicado para sacarlos de sus manos; porque esto suponía para mí perder mis comodidades y comenzar a instruir a otro; cosa que no tuve el valor de emprender, y así, preferí cerrar los ojos a fin de no ver las malas artes de Protésilas. Únicamente di a entender a ciertas personas que no me era desconocida su perfidia. Con esto me persuadía que el engaño era sólo a medias, porque daba a entender que sabía me engañaban. También, de tanto en tanto, le hacía comprender que su yugo me era insoportable. A menudo complacíame en contradecirle, en vituperar públicamente algo de lo que hacía y en decidir contra su dictamen; pero como él conocía demasiado mi desidia y mi pereza, poco le inquietaban mis enfados. Tornaba a sus empeños con decisión, empleando ora la insistencia, ora la maña y la insinuación; sobre todo, cuando advertía mi enojo, ponía cuidado en proporcionarme nuevas diversiones y hundirme más en la molicie o en meterme en algún empeño donde él se acreditaba de necesario y de celoso de mi reputación.

Aun cuando desconfiase de él, me arrastraba

siempre con la habilidad que tenía de adular mis pasiones; conocía de sobra mis secretos; me sacaba de apuros y hacía que todos temblasen ante mi poder. Por último, no pude resolverme a perderle. Manteniéndole en su destino, imposibilité a todas las personas honradas de asesorarme sobre las cosas que más convenían a mis intereses; desde entonces no se oyó en mis consejos un solo voto libre; la verdad se alejaba de mí; el error que prepara la caída de los reyes, me castigó por haber sacrificado a la cruel ambición de Protésilas a Filocles; y con este terrible ejemplo aun los más celosos del buen gobierno y de mi persona se sintieron relevados del deber de desengañarme. Yo mismo, querido Mentor, temía que la verdad rasgase la nube y que llegara a mí a pesar de los aduladores, porque su luz me importunaba, sin tener valor para seguirla. No obstante, mi conciencia me hacía temer el remordimiento de no salir de trance tan funesto. Mi indolencia y el ascendiente que Protésilas tenía sobre mi persona, me coaccionaban a la renuncia de la misma esperanza de recobrar mi libertad. Yo cerraba los ojos a tanta ignominia, ni quería que la viesan los ojos de los demás. Ya sabéis, mi querido Mentor, en cuánta altivez y vanidad críanse los reyes; nunca convienen en que yerran. Y así, cometen cien faltas, en el afán de encubrir una sola; dejándose engañar toda la vida antes que confesar su error o tomarse el trabajo de corregirlo. Estado propio de los príncipes débiles

y perezosos, y mi propio estado de ánimo era éste, cuando fué preciso partir para el sitio de Troya.

A mi salida dejé a Protésilas el gobierno, que ejerció durante mi ausencia con altivez e inhumanidad. Todo el reino de Creta gemía bajo su tiranía; pero nadie se atrevía a manifestarme la opresión de mi pueblo, porque todos sabían que la verdad me asustaba y que abandonaba a la crueldad de Protésilas a cuantos intentaban hablarme contra él. Y cuanto menos se atrevían a hablarme tanto mayor era el mal. Hasta obligó a echar de mi lado al valiente Merión (que, con tanta gloria me había seguido en el sitio de Troya), porque tuvo celos de él, como de cuantos amaba por ser virtuosos.

Es preciso que sepáis, querido Mentor, que toda mi desgracia procede de esto. La muerte de mi hijo no fué la causa principal de la revolución de los cretenses, sino la venganza de los dioses, irritados por mis flaquezas y el odio que Protésilas había excitado contra mí en el pueblo. Cuando derramé la sangre de mi hijo, los cretenses, cansados de tan riguroso gobierno, habían apurado la paciencia; lo horrible de mi acción no hizo sino dar ocasión a que se manifestase lo que por mucho tiempo anidaba en el corazón de todos.

Timócrates estaba conmigo en el sitio de Troya, y por cartas secretas daba noticia a Protésilas de cuanto sucedía junto a mí. Harto conocía que estaba cautivo; pero quería echarlo en ol-

vido por no tener esperanzas de librarme. A mi llegada se rebelaron los cretenses; entonces Protésilas y Timócrates fueron los primeros en huir. Sin duda, me hubiesen abandonado a no haber tenido que huir yo mismo casi tan pronto como ellos mismos. Parad mientes, querido Mentor, que los hombres más atrevidos durante la prosperidad, suelen ser también los más cobardes en la desgracia. Porque en escapándose de sus manos el poder, pierden la cabeza. Entonces se puede ver arrastrándose a los que estuvieron encumbrados; en tal momento han pasado de un extremo al contrario.

Mentor dijo a Idomeneo:

—¿De qué proviene que conociendo tan a fondo a estos dos malvados, los conserváis todavía a vuestro lado, como les veo? No me causa sorpresa que os hayan seguido, porque era su único camino de logro; aprecio también vuestra generosidad dándoles asilo en vuestro nuevo reino; mas ¿cómo todavía os entregáis a ellos, después de tan amargas experiencias?

—No sabéis —contestó Idomeneo— cuán inútiles resultan las experiencias para los príncipes muelles y desaplicados que viven sin reflexionar. Están descontentos de todo y no tienen el valor para corregir nada. Tantos años de costumbre son cadenas de hierro que me sujetan a estos dos hombres que me obsesionan a todas horas. Desde que estoy aquí me han metido en los gastos excesivos que habéis visto, ahogando este naciente rei-

no; y me han acarreado la guerra, que hubiera sido mi ruina si vos no hubieseis venido en mi auxilio. Porque pronto hubiese experimentado en Salento las mismas desgracias de Creta; mas, al fin, me habéis abierto los ojos y conferido el valor que necesitaba para salir de la esclavitud. Yo no sé lo que habéis hecho en mí; pero me siento otro desde que estáis conmigo.

Mentor preguntó a Idomeneo cuál era la conducta de Protésilas durante aquella mudanza de gobierno. Y contestó Idomeneo:

—Nada más artificioso que lo que ha hecho desde vuestra llegada. Al principio no perdonó medio de excitar en mí, aunque indirectamente, cierta desconfianza. Nada decía contra vos; pero de tanto en tanto, se acercaban a mí ciertas personas para advertirme que los dos extranjeros eran mucho de temer. «El uno —me decían— es el hijo del falaz Ulises; el otro, un hombre misterioso y de profundo ingenio; están acostumbrados a vagar de reino en reino. ¿Quién sabe si estos dos aventureros tienen algún designio preconcebido sobre vuestro reino? Ellos mismos cuentan que han sufrido grandes trabajos en todos los países por donde han pasado; he aquí un estado naciente e inseguro aún; la más ligera conmoción podría destruirlo.»

Protésilas callaba, aun cuando procurase hacerme vislumbrar el peligro de las reformas que me aconsejabais llevase a cabo. Procuraba cogerme del lado de mi propio interés, diciéndome:

«Si procuráis a los pueblos la abundancia, no trabajarán más; se harán altivos, desobedientes y estarán siempre dispuestos a la rebelión; la debilidad y la miseria son los únicos medios de que se mantengan sumisos y no resistan a vuestro poder». A veces, procuraba recobrar su astuta preponderancia sobre mí, cubriéndose con el pretexto del celo por mi servicio. «Queriendo aliviar los pueblos —decía— limitáis vuestra soberanía y así les causáis un daño irreparable; porque el pueblo, para su propio sosiego, debe estaros sometido.»

A todo esto contestaba que sabría mantener a los pueblos en la obediencia captándome su afecto, no relajando mi autoridad, aunque los aliviase; castigando con firmeza a los culpables; proporcionando a los niños una buena educación y sujetando a todo el pueblo a una disciplina severa que conservase intactas la sencillez, la sobriedad y el amor al trabajo. «¡Qué queréis! —exclamaba yo—. ¡Es que no es posible gobernar bien sin matar de hambre? ¡Qué inhumanidad! ¡Qué política más brutal! ¡Cuántos estados no existen tratados con dulzura y muy fieles a sus soberanos? Lo que engendra las revoluciones es la ambición y la turbulencia de los poderosos, cuando, no se les tiene a raya; la licencia de los demás, si no se ha acertado en reprimirla; la molicie, el lujo y la ociosidad, cuando se apodera de muchos; el número excesivo de milicias y el desdenar las ocupaciones útiles en tiempo de paz; en

fin, la desesperación de los pueblos maltratados, la soberbia, la flojedad de los reyes, incapaces por ella de velar sobre los demás miembros del estado y para evitar el desorden. Estos hechos causan las revoluciones, y no el pan que se deja comer en paz al labrador, que lo tiene bien ganado con el sudor de su frente.»

Cuando Protésilas hubo observado que yo me mostraba inflexible en estas máximas, tomó un rumbo opuesto al anterior, siguiendo los principios que no pudo destruir. Aparenta que los aprueba, que le han convencido y que me está agradecido por habérselos dado a conocer. Se adelanta a cuanto pudiera desear yo a favor de los pobres; es el primero que me informa de sus necesidades y que clama contra los gastos excesivos. Bien sabéis que os alaba y os manifiesta confianza, sin echar en olvido nada de cuanto puede complaceros. En cuanto a Timócrates, ya no está tan unido como antes con Protésilas y busca el modo de hacerse independiente. Protésilas le envidia, y precisamente por sus disenciones he ido descubriendo buena parte de su alevosía.

Mentor, sonriéndose, contestó a Idomeneo con las siguientes palabras:

—¡Pues qué! ¿A tanto llega vuestra debilidad, dejándoos tiranizar por dos sujetos cuyas traiciones conocéis tan bien?

—¡Ah! —contestó Idomeneo—. No sabéis el poder que ejercen los hombres falaces sobre un

rey débil e indolente que les ha entregado su persona y su gobierno. Además, como os dije, Protésilas entra ahora en todas vuestras propuestas de bien público.

Entonces Mentor, más gravemente, dijo:

—Demasiado observo cuánto aventajan los malvados a los buenos ante los reyes; de ello dais vos un terrible ejemplo. Decís que habéis abierto los ojos sobre Protésilas, y los cerráis confiando vuestro gobierno a ese hombre indigno de la vida. Sabed que los peores no son incapaces de obrar el bien alguna vez; y lo obran con la misma indiferencia con que obran el mal. Nada les cuesta obrar el mal, porque ni les cohibe la vergüenza ni les contiene la virtud; y obran el bien sin violentarse, porque su propia maldad les induce a practicarlo para parecer buenos y engañar así a sus semejantes. Hablando propiamente, los malos se hacen incapaces de practicar la virtud, aun cuando aparenten practicarla para añadir a sus vicios otro más: la hipocresía. Cuando queráis obrar el bien, Protésilas estará pronto a secundaros para conservar el poder; mas por poco que flaqueéis, os precipitará en vuestros antiguos extravíos para recabar de nuevo para sí y más libremente su natural engañoso y feroz. ¿Podréis vivir con honra y tranquilamente acosado por semejante hombre, mientras, como sabéis, el sabio y fiel Filocles, pobre y deshonrado, vive en la isla de Samos?

Bien conocéis, ¡oh Idomeneo!, que los hom-

bres engañosos y atrevidos que están presentes arrastran sólo a los príncipes débiles; añadid que los príncipes tienen aún otra desgracia peor: la de echar en olvido la virtud y la fidelidad del hombre ausente. La muchedumbre, que siempre rodea el hogar del príncipe, es causa de que nadie haga en ellos una impresión duradera; solamente llama su atención lo que está presente y les halaga; lo demás se borra bien pronto. Sobre todo, la virtud les mueve poco, porque el virtuoso no adula, sino que contradice y condena las debilidades. ¿Por qué extrañar, pues, que sean tan poco amados cuando ellos sólo aman su poder y sus placeres?

LIBRO XIV

ARGUMENTO: Mentor recomienda a Idomeneo desprenderse de Protésilas y Timócrates, enviándoles a la isla de Samos, retornando la privanza a Filocles. Es encargado Hegesipo de esta orden y la cumple con alegría; llega a Samos con aquellos dos, donde encuentra a un amigo que vive satisfecho en la pobreza y soledad. Conociendo Filocles que lo quieren los dioses, se embarca con Hegesipo y llega a Salento; Idomeneo le recibe amistosamente.

Después de aquellas palabras, Mentor persuadió a Idomeneo que se hacía preciso echar a Protésilas y Timócrates y llamar de nuevo a Filocles. La única dificultad que detenía al rey era que la severidad de Filocles le atemorizaba.

—Confieso —decía— que, sin poderlo remediar, temo su regreso, por más que le ame y le aprecie. Estoy tan acostumbrado, desde mis tiernos años, a los halagos, obsequios y condescendencias, que se me hace penoso hallar de nuevo ante mí a este hombre. Desde que dejé de hacer lo que me recomendaba, su aire de tristeza era como una condenación de mis faltas. Cuando se hallaba particularmente conmigo sus modales eran respetuosos y moderados, pero secos.

—¿No veis, por ventura —replicó Mentor—, que los príncipes viciados con los halagos toman

por seco y austero lo que no es sino libre e ingenuo? Hasta llegan a imaginarse que no se les sirve celosamente y que se sujetan a su autoridad porque se tiene un corazón servil y no se les adula cuando abusan injustamente de su poderío. Toda palabra llana y generosa les parece entonces una crítica altiva y sediciosa. Y tórnanse tan delicados que cuanto no es adulación les acongoja e irrita. Mas sigamos adelante. Yo supongo que Filocles es en realidad austero y seco; ¿por ventura, no vale más su austeridad que las lisonjas perniciosas de vuestros consejeros? ¿Dónde hallaréis el hombre sin defectos? ¿Y es de temer el decirnos la verdad? Mas ¿qué digo yo! ¿No se hace preciso para corregir vuestros defectos y para vencer esa repugnancia que sentís a la verdad en que os han sumido vuestros aduladores? Tenéis necesidad de un hombre que no ame más que a la verdad; que os ame a vos más de lo que vos os amáis; que os diga la verdad a pesar vuestro; que fuerce vuestras trincheras, y ese hombre es Filocles. Tened entendido que es afortunado el príncipe bajo cuyo gobierno nace un solo hombre dotado de esa rara condición generosa, que es el más rico tesoro del estado; y que el mayor castigo que se debe temer de los dioses es perder a ese hombre, si se hace indigno de él por no acertar a emplearle.

En cuanto a los defectos de la gente de bien, conviene saber conocerla y no dejar de servirse de ella. Enmendadla, si es preciso; no os entre-

guéis al celo indiscreto de los hombres, pero escuchadles favorablemente; honrad sus virtudes; mostrad en público que sabéis distinguirlos; guardaos mucho de ser como habéis sido hasta ahora. Los príncipes engreídos, como lo habéis sido vos, quedan satisfechos menospreciando a los perversos, pero no dejan de usar de sus servicios y de colmarlos de obsequios; se precian, por otra parte, de no desconocer a los hombres virtuosos, pero sus alabanzas son estériles, no se atreven a confiarles destino alguno, ni recibirlos en su trato familiar, ni derramar sobre ellos sus beneficios.

Entonces dijo Idomeneo que se avergonzaba de haber tardado tanto en rescatar la inocencia oprimida y en castigar a los que le habían engañado. Sin la más leve dificultad decidió Mentor al rey a deshacerse de su valido; porque en cuanto se logra que los privados sean sospechosos e importunos a sus soberanos, los príncipes, cansados y sin saber qué hacer, no desean más que desprenderse de ellos: la amistad se desvanece, los servicios se olvidan, la caída de los favoritos no les hace mella, con tal que no los vuelvan a ver.

Envió el rey secretamente a Hegesipo, que era uno de los primeros oficiales de su casa, a prender a Protésilas y Timócrates, llevarlos con buena custodia a la isla de Samos, dejarlos allí, y traer a Filocles de aquel lugar de destierro. Sorprendido con semejantes órdenes, no pudo Hegesipo contener lágrimas de alegría.

—Ahora sí que vais a contentar a vuestros

súbditos —dijo al rey—. Esos dos hombres han causado todas vuestras desgracias y las de vuestros pueblos; veinte años ha que hacen gemir a todos los hombres de bien; su opresión abruma a cuantos intentan llegar a vos por otro conducto que el suyo.

Prosiguió Hegesipo descubriendo al rey muchas de las alevosías y atrocidades cometidas por aquellos hombres, de las cuales jamás había oído hablar, porque nadie se había atrevido a acusarlos. Contóle también lo que había averiguado de cierta trama secreta para asesinar a Mentor. El rey se horrorizó de lo que escuchaba.

Hegesipo fué en seguida a prender a Protésilas en su casa. Era ésta menos espaciosa, pero más cómoda y alegre que la del rey, y de una arquitectura de mejor gusto; Protésilas la había adornado a costa de la sangre de los infelices. Hallábase a la sazón en una sala de mármol, tendido perezosamente junto al baño, en un lecho de púrpura recamado de oro: parecía rendido y acabado por sus trabajos; notábase en sus ojos y en sus cejas como un velo misterioso de agitación, de zozobra, de ferocidad. Los grandes estaban en derredor, sentados en alfombras, acomodando su semblante al de Protésilas, a quien observaban hasta en el movimiento de los párpados. Apenas entreabría la boca, cuando todo el mundo se preparaba a maravillarse de lo que iba a decir. Uno de sus principales le refería con ponderaciones ridículas lo que había hecho por el rey. Otro le

afirmaba que Júpiter, engañando a su madre, le había dado el ser, y que era hijo del padre de los dioses. Un poeta le venía a cantar versos, en que decía que Protésilas, adoctrinado por las musas, había igualado a Apolo en todas las obras del ingenio. Otro versificador, más vil y descarado, le llamaba inventor de las bellas artes y padre de los pueblos, que colmaba de felicidad, y le pintaba con el cuerno de la abundancia en la mano.

Protésilas escuchaba todas esas alabanzas con aire seco, distraído y desdeñoso, como quien está persuadido de merecerlas mayores, y harto favor dispensa con dejarse alabar. Hubo un adulator que se tomó la libertad de hablarle al oído para decirle alguna gracia contra la policía que Mentor trataba de establecer. Sonrióse Protésilas y al punto soltó la carcajada toda la reunión, aunque los más no podían saber aún lo que se había dicho. Pero Protésilas volvió a poner su gesto severo y dominante, y cada cual se encerró en el temor y en el silencio. Muchos nobles acechaban el momento en que se podría inclinar hacia ellos y escucharlos; parecían cortados y remisos, porque iban a pedirle gracias; sus posturas suplicantes hablaban por ellos; su humildad los asemejaba a una madre cuando, postrada al pie de los altares, pide a los dioses la salud de su hijo único. Todos se mostraban enternecidos, llenos de admiración a Protésilas, aunque todos alimentaban en el corazón un odio implacable contra él.

En este momento entra Hegesipo, coge la es-

pada de Protésilas, y le comunica, de parte del rey, que va a conducirlo a Samos. Al oír tales palabras, toda la arrogancia del valido cae como la roca que se desgaja de la cima de una montaña escarpada. Hélo trémulo y despavorido a los pies de Hegesipo; llora, vacila, tartamudea, tiembla; abraza las rodillas de ese hombre, a quien una hora antes no se dignaba honrar con una mirada. Todos los que antes le incensaban, al verle perdido para siempre, mudaron sus lisonjas en despiadas injurias.

Hegesipo no quiso darle tiempo ni para despedirse de su familia, ni para tomar ciertos escritos reservados. Todo fué confiscado y llevado al rey. Timócrates sufría igual suerte al mismo tiempo, siendo su sorpresa extrema, porque creía que su enemistad con Protésilas le libraría de verse envuelto en su ruina. Parten ambos en una nave que se había aparejado y llegan a Samos. Hegesipo deja a aquellos miserables, y, para colmo de su desgracia, los deja juntos. Allí se echan en cara uno a otro, con furor, los crímenes que han cometido y que les han acarreado su caída; se ven sin esperanza de volver jamás a Salento, y condenados a vivir lejos de sus mujeres y de sus hijos; no diré de sus amigos, porque no los tenían. Los que habían pasado tantos años en el fausto y los deleites, quedaban en una tierra desconocida, sin más recurso para vivir que su propio trabajo. Semejantes a dos fieras rabiosas, siempre estaban dispuestos a despedazarse mutuamente.

Entretanto, Hegesipo inquirió en qué parte de la isla moraba Filocles. Dijéronle que vivía bastante lejos de la población, en la cumbre de una montaña, donde se abría una gruta que le servía de casa. Todo el mundo le habló del extranjero con admiración.

—Desde su llegada a la isla —le decían— a nadie ha faltado; no hay quien no se le haya aficionado por su paciencia, laboriosidad y sosiego; aunque nada tiene, siempre parece contento. Lejos, como está aquí, de los negocios, sin bienes y sin autoridad, no por eso deja de favorecer a los que lo merecen, y tiene mil recursos para complacer a sus vecinos.

Hegesipo se encaminó hacia la gruta, que encuentra sola y abierta, porque la pobreza y la sencillez de las costumbres de Filocles le evitaban la necesidad de cerrar la puerta cuando salía. Una estera de juncos le servía de cama. Rara vez encendía lumbre, porque no comía cosa alguna cocida: durante el verano se alimentaba de frutas recién cogidas y en el invierno con dátiles e higos secos. Una fuente clara, que formaba cascada al despeñarse de la roca, le bastaba para aplacar la sed. No tenía en la gruta más que los instrumentos necesarios para la escultura y algunos libros en que solía leer a ciertas horas, no para engalanar el ingenio ni satisfacer la curiosidad, sino para instruirse, mientras descansaba de sus tareas y aprender a ser bueno. En cuanto a la escultura, sólo se aplicaba a ella para ejercitar las

fuerzas corporales, huir de la ociosidad y ganar la vida con absoluta independencia.

Al entrar en la gruta, admiró Hegesipo las obras que tenía empezadas. Reparó en un Júpiter, cuyo rostro sereno reflejaba tanta majestad, que en él se reconocía fácilmente al padre de los dioses y los hombres. En otra parte se veía a Marte con cierta altivez áspera y amenazante. Pero lo que más interesaba era una Minerva animando a las artes: tenía el semblante noble y dulce; la estatua era elevada y esbelta, y en actitud tan viva que parecía que iba a andar.

Hegesipo, habiéndose deleitado en contemplar aquellas estatuas, salió de la gruta, y divisó a lo lejos a Filocles, que, a la sombra de un árbol corpulento, leía recostado en el césped; vase hacia él, y Filocles, que le ve, no sabe qué pensar.

—¿No es aquél Hegesipo, con quien yo he vivido tanto tiempo en Creta? —se dijo a sí mismo—. Pero ¿a qué ni cómo había de venir a una isla tan lejana? ¿No será su sombra, que viene después de muerto de las orillas de la Estigia?

En estas dudas, se acercó Hegesipo tanto, que no pudo menos de asegurarse que era él y abrazarle.

—¿Sois vos de veras —le dijo—, mi querido y antiguo amigo? ¿Qué hado, qué tempestad, os ha arrojado a estas playas? ¿Por qué habéis abandonado a Creta? ¿Os arranca de nuestra patria alguna desgracia como la mía?

Hegesipo le respondió:

—No me trae la desgracia, sino, al contrario, el favor de los dioses. Refirióle la larga tiranía de Protésilas, sus confabulaciones con Timócrates, las calamidades de Idomeneo, la caída de este príncipe, su fuga a las costas de Hesperia, la fundación de Salento, la llegada de Mentor y Telémaco, las sabias máximas en que Mentor había imbuído en el ánimo del rey y la desgracia de los dos traidores, añadiendo que los había llevado a Samos para que allí padecieran el destierro que habían ellos hecho padecer a Filocles; y acabó comunicándole la orden que tenía de conducirle a Salento, donde el rey, convencido de su inocencia, quería confiarle el gobierno y colmarle de beneficios.

—¿Veis —le respondió Filocles— esa gruta, más propia para dar guarida a fieras que para ser habitación de hombres? Ahí he disfrutado hace tantos años más placeres y más tranquilidad que en los dorados palacios de Creta. Ya no me engañan los hombres, porque no los trato y no oigo sus palabras lisonjeras y venenosas; ya no los necesito; mis manos, endurecidas en el trabajo, me procuran fácilmente el simple sustento que me es necesario; me basta, como veis, para cubrirme esta ligera ropa. No teniendo deseos, gozando de esta profunda calma y dulce libertad de que la sabiduría de mis libros me enseña à hacer buen uso, ¿qué podría buscar entre los hombres envidiosos, falaces e inconstantes? No, no, querido Hegesipo; no mires con malos ojos mi felicidad.

Protésilas se ha hecho traición a sí mismo, queriendo hacérsela al rey, y perderme. Pero me ha proporcionado el mayor de los bienes; lejos de ocasionarme mal alguno, me ha libertado del tumulto y esclavitud de los negocios; le soy deudor de mi amada soledad y de todas las delicias inocentes que gozo en ella.

Volved, Hegesipo, volved con el rey; ayudadle a soportar las miserias de su grandeza, y haced a su lado lo que quisiérais que hiciese yo. Supuesto que ese sabio que llamáis Mentor le ha abierto, al fin, los ojos, tanto tiempo cerrados a la verdad, que le conserve junto a sí. A mí, después de mi naufragio, no me conviene dejar esta tierra, donde la tempestad me arrojó, para confiarme de nuevo a las ondas. ¡Dignos son los reyes de ser compadecidos! ¡Y dignos de compasión los que les sirven! Porque si son perversos, hacen sufrir mucho a los hombres y se preparan grandes tormentos en el Tártaro; si son buenos, han de vencer infinitas dificultades, han de evitar muchas celadas y han de sufrir muchos males. ¡Dejadme, pues, ¡oh Hegesipo!, de nuevo os lo suplico, en mi dichosa pobreza!

Filocles hablaba con gran vehemencia, y Hege-sipo le contemplaba admirado. Habíale visto en Creta durante largo tiempo, cuando tenía a su cargo lo más graves negocios, flaco, abatido y extenuado; porque su austeridad le consumía en el trabajo, ni podía dejar impune el vicio; quería en el despacho de los asuntos una exactitud que

jamás se encuentra; por esto el destino que ocupaba, acababan con su salud corporal. En cambio, ahora, en Samos, le hallaba grueso y robusto, como si, a pesar de los años, la juventud se le hubiese devuelto; porque la vida de sobriedad, tranquilidad y trabajo le habían constituido un nuevo temperamento.

—Os sorprende, sin duda, hallarme tan cambiado —díjole Filocles sonriendo—; la soledad me ha regalado esta lozanía y esta salud admirable; así que mis propios enemigos me han dado lo que aun con la mejor fortuna no hubiera quizá conseguido por mí. Ahora bien: ¿Queréis que pierda estos bienes tan verdaderos para tornar a los mentidos y sumirme en las antiguas miserias? No seáis más cruel que Protésilas; al menos no os duela de la felicidad que por él me ha venido.

Luego, Hegesipo le representó, aunque en vano, cuanto creyó preciso para conmooverle.

—¿Sois —le decía— insensible a la dicha de retornar a los brazos de vuestra familia y de los amigos, que suspiran por vuestro retorno, llenándoles de alegría la sola esperanza de abrazaros de nuevo? Y ya que teméis a los dioses y amáis vuestros deberes, ¿tenéis en nada el servicio del rey, ayudarle a obrar el bien que desea hacer para felicidad de sus pueblos? ¿Es lícito, por ventura, encerrarse en una filosofía salvaje, preferirse a todos los hombres, sacrificando su felicidad al propio descanso? Por lo demás, dis-

cretamente se atribuiría a rencor contra el rey; si éste os hizo mal es porque no os conocía bien; no quería el rey que pereciera el justo, el honrado Filocles, sino que pensó castigar a un hombre perverso. Mas ahora que os conoce y no os toma por otro, siente en su corazón el antiguo afecto; él os aguarda, os tiende los brazos y cuenta los días y las horas de vuestro regreso con impaciencia. ¿Tendréis valor bastante para permanecer inmovible ante los buenos deseos del rey y de vuestros mejores amigos?

Filocles, que ya a la vista de Hegesipo se había sentido conmovido, recobró el semblante de austeridad cuando escuchaba aquellos razonamientos. Permanecía inmóvil, cual la roca combatida vanamente por los vientos y donde las olas se estrellan gimiendo. Ni los ruegos ni las razones de Hegesipo entraban en su corazón. Ya estaba éste a punto de renunciar a vencerle, cuando Filocles, consultando a los dioses, descubrió por el vuelo de las aves, las entrañas de las víctimas y otros agüeros que debía seguir a Hegesipo.

Así las cosas, depuso su resistencia, disponiéndose para la partida, no sin pesadumbre, por alejarse de aquella soledad donde había pasado tan largos años.

—¡Ay! —clamaba—, te debo dejar, amada cueva, donde todas las noches venía el Sueño apacible trayéndome el descanso de los trabajos del día; aquí, en mi pobreza, hilaban las Parcas días de oro y seda.

Arrodillóse, llorando, y adoró a la Náyade, que tanto tiempo había apagado su sed con su clara corriente, y a las ninfas que habitaban en las montañas de los contornos. Eco oyó sus tristes voces y, con acentos lastimeros, las repitió a las divinidades campestres.

Filocles bajó a la ciudad, acompañado de Hege-sipo para embarcarse. Creyó que el desgraciado Protésilas, lleno de vergüenza y resentimiento, no querría verle; pero se engañaba, porque los perversos no tienen pudor y están siempre dispuestos a arrastrarse. Filocles se ocultaba modestamente para que no le viera aquel miserable, no queriendo aumentar su desgracia con la contemplación de la prosperidad que amanecía para el enemigo, que iba a engrandecerse sobre sus propias ruinas. Mas el mismo Protésilas buscaba con todo empeño a Filocles, a fin de inspirarle compasión y alcanzar de él que pidiera al rey clemencia y le permitiera retornar a Salento. Filocles era demasiado sincero para prometérselo, porque sabía bien cuán pernicioso sería su regreso; mas le habló afablemente, le demostró compasión, procuró consolarle y le axhortó a que aplacase a los dioses llevando una vida inmaculada y teniendo resignación en los trabajos. Como sabía que el rey le había desposeído a Protésilas de todos sus bienes malamente adquiridos, le prometió dos cosas, que luego cumplió con toda fidelidad: cuidar de su mujer y de sus hijos, que habían quedado en Salento en la más espantosa indigencia y expuestos a la in-

dignación popular, y enviarle algunos auxilios para socorrer su miseria en la lejana isla.

Hínchanse las velas con vientos propicios. Hégisipo, impaciente, procura acelerar la partida de Filocles. Protésilas los ve embarcarse; sus ojos se clavan, inmóviles, en la orilla de la mar y siguen al navío, que surca las olas y que el viento aleja; y cuando ya no alcanzan a verle, se le retrata en la memoria. Al fin, lleno de turbación y de furia, arrastrado por la desesperación, se arranca los cabellos, se revuelca en el polvo, echa en cara a los dioses su rigor, llama en vano a la muerte cruel, y ésta, sorda a sus ruegos, no se digna libertarle de tantos males, ni él mismo se atreve a dársela.

El navío, favorecido por Neptuno y los vientos, no tarda en arribar a Salento. Avisan al rey cuando entra en el puerto y al punto corre con Mentor al encuentro de Filocles; le abraza tiernamente y le manifiesta su pesar por haberle perseguido tan injustamente. Esta confesión, lejos de parecer flaqueza en un rey, fué considerada por todos los salentinos como una prueba elocuente de magnanimidad, de quien sabe levantarse sobre sus propias faltas y sabe confesarlas y enmendarlas con valentía. Todos lloraban de alegría al tornar a ver al hombre honrado que siempre había amado al pueblo, y al oír al rey hablando con tanta sabiduría y bondad.

Filocles recibía las muestras de deferencia del rey, respetuosa y modestamente, deseando con im-

paciencia substraerse a las manifestaciones de júbilo de aquel pueblo; pero tuvo que seguir al rey hasta palacio. Mentor y él no tardaron en inspirarse la misma confianza que si hubiesen vivido siempre juntos, aunque jamás se habían visto; esto es debido a que los dioses, que han negado ojos a los perversos para conocer a los buenos, los concede a los buenos para que se conozcan entre sí. Los que aman la virtud no pueden juntarse sin quedar enlazados por la misma virtud amada.

Las dos cuestiones principales que examinaron fueron la educación de los niños y la manera de vivir en tiempo de paz. Mentor decía que los niños pertenecen a los padres y a la república, porque son hijos del pueblo y constituyen su esperanza y su fuerza; cuando se han pervertido, ya no es tiempo de corregirlos, ni basta separarlos de los empleos cuando se hacen indignos, porque es mejor prevenir el mal que tener que castigarlo.

El rey añadía que es padre de todo su pueblo, y particularmente de la juventud, que es la flor del pueblo. En la flor se ha de preparar el fruto; por esto el rey no debe desdeñarse de velar, procurando la crianza que a los niños deba darse: ha de cuidar con esmero que se cumplan las leyes de Minos, que mandan educar al niño en el desprecio del dolor y de la muerte. Que pongan el honor en huir de los placeres y de las riquezas; que se tengan por vicios los más infames: la injusticia, la ingratitud y la molicie. Que desde la más tierna infancia se les enseñe a cantar las grandezas

de los héroes amados de los dioses que han realizado las gloriosas hazañas de la patria, mostrando el valor en los combates, y que los encantos de la música cautiven las almas para endulzar y purificar las costumbres. Que aprendan a ser afectuosos para con los amigos, fieles con los aliados, justos con los semejantes y aun con los más crueles enemigos; que teman menos a la muerte y a los tormentos que al más leve remordimiento de la conciencia. Cuando desde un principio se inculcan semejantes máximas en el corazón infantil, y se facilita su entrada en el corazón de los niños, pocos habrá que no se inflamen en el amor de la gloria y de la virtud.

Mentor añadía que es indispensable establecer escuelas públicas para acostumbrar a los jóvenes a los más rudos ejercicios corporales, que evitan aquella molicie y holganza que corrompen la mejor índole. Quería una variedad grande de juegos y de espectáculos para animar al pueblo que ejercitara principalmente los cuerpos, y por ello los hombres se hicieran diestros, flexibles y fuertes; proponía también premios para excitar una noble emulación. Pero lo que más apetecía, en defensa de las buenas costumbres, era que los jóvenes se casaran pronto, y que los padres, sin mira alguna de interés, les dejarán elegir mujeres de forma y carácter capaces de ganarles el corazón con sus gracias.

Mientras preparaban de esta manera los medios para lograr una juventud pura, inocente, trabaja-

dora, dócil y enamorada de la gloria, Filocles, aficionado a la guerra, decía a Mentor:

—En vano tendréis la juventud ocupada en todos estos ejercicios si la dejáis consumirse en una paz continua, en la cual ninguna idea puede conseguir de la guerra ni hallar ocasión de probar el valor. De esta manera debilitáis la nación, los ánimos se irán afeminando y las delicias no tardarán en corromper las costumbres. Otros pueblos belicosos la vencerán sin gran dificultad, y por haber querido evitar los males que la guerra proporciona, caerá en la más espantosa esclavitud.

Mentor le contestó:

—Los males de la guerra son más horribles de lo que pensáis; porque aniquilan los estados y les ponen en peligro de hundirse, aun cuando se logran señaladas victorias. Cualesquiera que sean las ventajas con que comienza, jamás se tiene seguridad de cuándo y cómo ha de concluir, exponiéndose a la tragedia de la adversa fortuna. Aun teniendo la superioridad de la fuerza, el más leve error, un pánico inexplicable, una nada, os arrebatara la victoria, que teníais por segura, y la entrega al enemigo. Y aun victorioso, destruyendo al enemigo se destruye uno a sí mismo; se despuebla al país, las tierras quedan sin cultivo, se olvida el comercio y, lo que es peor, se relaja el cumplimiento de las leyes y se pervierten las costumbres; la juventud sólo se entrega a los vicios; la necesidad imperiosa consiente la licencia más funesta entre las tropas; la justicia,

la policía, todo se resiente. Un rey que derrama la sangre de tantos hombres acarrea tantas desgracias a su país, a cambio de un poco de gloria o de un poco de tierra, es indigno de la fama que busca, mereciendo perder lo que posee por haber querido usurpar lo que no le pertenece.

Ved cómo puede ejercitarse el valor de un pueblo en tiempo de paz. Ya habéis visto los ejercicios corporales que hemos establecido, los premios que han de excitar la emulación, las máximas de gloria y de virtud que han de nutrir desde la cuna a los niños, cantando las hazañas de los héroes; añadid los medios de una vida sana y laboriosa. Y todavía no hay bastante; cuando un pueblo aliado tenga guerra, será preciso enviarle la flor de la juventud que denote afición a las armas y parezca capaz de aprovechar las lecciones de la experiencia. Así conservaréis entre vuestros aliados una reputación elevada, buscarán vuestra alianza, temerán perderla y sin tener la guerra en vuestra casa ni en vuestra costa podréis contar siempre con una juventud fuerte y aguerrida. Aunque estéis en paz, no habéis de dejar de honrar a los que se distinguen por su capacidad militar, porque el mejor modo de alejar la guerra y mantener una larga paz, es favorecer la profesión de las armas, distinguiendo a los que sobresalen en ella; tener quienes las hayan ejercitado en países extranjeros y conozcan las fuerzas, la disciplina militar y la manera de combatir de los pueblos vecinos; no es capaz de

acometer por ambición ni de ceder por flojedad. Cuando de este modo se prepara el estado para la guerra, puede conseguir ahuyentarla.

En cuanto a vuestros aliados, si están dispuestos a romper unos contra otros, os toca a vos intervenir como mediador. Con esto lograréis una sólida reputación y más fama que la de los conquistadores; ganáis el amor y el respeto de los extranjeros, que tendrán necesidad de vosotros, y reinaréis en sus estados por la confianza, reinando en el vuestro por la autoridad; venís a ser el depositario de los secretos, árbitro en los tratados, dueño de los corazones; vuestra reputación volará hasta los países más remotos: vuestro nombre se dilatará de nación en nación, como una fragancia deliciosa, hasta las tierras más apartadas. En esta situación, si os acometiera cualquier nación contra las reglas de la justicia, os hallará aguerrido y preparado y, lo que es mejor, amado y socorrido; todos vuestros vecinos se armarán a favor vuestro, persuadidos de que vuestra conservación es la de la seguridad pública. Y así tendréis una barrera más firme que las murallas de las ciudades y mejor que las plazas fortificadas; he aquí la verdadera gloria. Mas ¡cuán pocos reyes dejan de buscarla y aun se alejan de ella! Los más de ellos corren tras una sombra engañosa, y por no conocer el honor verdadero, le van dejando tras de sí.

Cuando Mentor se explicaba del modo dicho, Filocles tenía fijos los ojos en él lleno de admira-

ción; su vista iba de él al rey, y se alegraba viendo con qué avidez recogía Idomeneo en lo más íntimo de su corazón aquellas palabras que salían de la boca del extranjero como un río de sabiduría.

En tal guisa, Minerva, bajo la figura de Mentor, establecía en Salento las mejores leyes y los mejores fundamentos de gobierno, menos para que floreciera el reino de Idomeneo que para señalar a Telémaco, cuando volviese, un ejemplo palpitante de lo que puede hacer un gobierno sabio con el fin de labrar la felicidad de los pueblos y dar a un buen rey una gloria duradera.

LIBRO XV

ARGUMENTO: Telémaco, en el campo de los aliados, se gana el afecto de los principales caudillos y aun el de Filoctetes, mal dispuesto al principio contra él por causa de Ulises su padre. Filoctetes le cuenta sus aventuras y el origen de su aversión a Ulises; y le enseña los funestos efectos de la pasión del amor por la historia trágica de la muerte de Hércules. Explícale cómo obtuvo de éste las saetas fatales, sin las cuales no hubiera podido ser tomada la ciudad de Troya; cómo fué castigado por revelar el secreto de la muerte de Hércules, con todos los males que hubo de padecer en la isla de Lemnos; y, en fin, cómo Ulises se valió de Neoptolemo para decidirle a concurrir al sitio de Troya, donde le curaron sus heridas los hijos de Esculapio.

Entretanto, Telémaco demostraba su valentía entre los peligros de la guerra. Desde la salida de Salento puso cuidado en ganarse el afecto de los viejos caudillos, cuya reputación y experiencia rayaban en alto. Néstor, quien ya le había conocido en Pilos, y que amó siempre a Ulises, le trataba como si fuese su propio hijo... Le instruía apoyándose en ejemplos; le contaba las aventuras de su juventud y cuanto vió hacer a los héroes de antaño. Este sabio anciano había vivido tres edades del hombre y en su memoria aleteaba la historia de los tiempos añejos como si la tuviera grabada en mármol y bronce.

Desde luego, Filoctetes no tuvo, como Néstor

tanta inclinación a Telémaco; el odio que había alimentado en su corazón contra Ulises le alejaba de su hijo, y no podía ver sin amargura cuanto, al parecer, preparaban los dioses para aquel joven con el fin de igualarle a los héroes que habían destruído la ciudad de Troya. Mas al fin venció la modestia de Telémaco a los resentimientos de Filoctetes, quien no pudo menos de aficionarse a su sencilla y modesta virtud. Con frecuencia le buscaba y decíale:

—Hijo mío (pues yo no temo llamaros así), vuestro padre y yo fuimos enemigos; lo confieso, como también confieso que aun después de lograr abatir la soberbia de Troya, no quedó aplacado nuestro corazón; de modo que me ha costado mucho, en viéndoos, amar la virtud del hijo de Ulises. Muchas veces me he reconvenido de ello; mas al fin y al cabo, la virtud dulce, sencilla, cándida y modesta, todo lo vence.

Después se engolfó insensiblemente Filoctetes en la narración de cuanto había encendido en su corazón el odio contra Ulises.

—Es preciso —dijo— tomar la historia desde un principio. Yo acompañé al gran Hércules por todas partes, cuando limpiaba el haz de la tierra de los monstruos; en su presencia, los demás héroes asemejan débiles cañas frente al roble o son como avecillas ante el águila. De la pasión del amor derivaron sus desgracias y las mías y los desastres más espantosos. Hércules, vencedor de tantos monstruos, no pudo vencer esta pasión del

amor, y el pequeño Cupido se burlaba de él. Recordaba, no sin vergüenza, que echó en olvido las glorias hasta el punto de hilar junto a la reina de Lidia, Onfalia, como el más vil y afeminado de los hombres: tanto le había arrastrado el ciego amor. Muchas veces me confesó que esta parte de su vida empañaba su virtud y casi borraba sus heroísmos.

Mas, ¡oh dioses!, tal es la debilidad y la inconstancia de los hombres que llegan a prometérselo todo y no resisten a nada. ¡Ay de mí! Hércules máximo volvió a caer de nuevo en brazos del amor que solía detestar, y amó a Deyanira. Harto dichoso fuera de haber sido constante en el amor de la mujer que fué su esposa. Pero la juventud de Yola, en cuyo rostro aparecían las gracias, no tardó en cautivar su corazón. Deyanira se encendió en celos, y acordóse de aquella túnica fatal que el centauro Neso le había dejado al morir como remedio indefectible para reanimar el amor de Hércules cuando se entibiara por el amor a otra mujer; mas aquella túnica, empapada en la sangre venenosa del centauro, contenía el veneno de las saetas con que el monstruo había sido atravesado. Bien sabéis que las flechas de Hércules que mataron al pérfido centauro estaban tintas en la sangre de la hidra de Lerna, y que aquella sangre las envenenó de modo que cuantas heridas abrían eran incurables. Apenas púsose Hércules la túnica, cuando sintió un fuego terrible que le penetraba hasta la medula de los

huesos; daba gritos espantosos que resonaban en el monte Oeta y hacían vibrar los profundos valles; hasta el mar se conmovió; los toros más furiosos peleándose y lanzando hoscos mugidos no producían tan horrible estruendo. El infausto Licas, que le había llevado la túnica de parte de Deyanira, habiéndosele acercado, fué asido por Hércules, enloquecido de dolor, haciéndole voltear como la honda a la piedra, cuando el hondero tira hacia lejos; así Licas fué arrojado desde lo alto del monte por la mano poderosa de Hércules, cayendo en medio del mar, donde repentinamente vióse transformado en escollo, que conserva aún la figura humana, siempre combatido por las olas irritadas; erguido, causa pavor desde lejos a los prudentes pilotos.

Con la desgracia de Licas creí no poderme fiar más de Hércules; y así, procuré ocultarme en la hondura de las cavernas. Vile arrancar sin dificultad, con una mano, las altas sabinas y los recios robles que habían resistido a los vientos y a las tempestades; con la otra mano trataba, siempre inútilmente, arrancarse la túnica fatal, que se le había pegado a la piel, y era como piel de sus miembros. Despedazándola, despedazábase la misma piel y la carne; la sangre corría y empapaba la tierra. Después, arrebatado por el dolor, exclamó: «Tú ves, querido Filoctetes, los males de que me colman los dioses, ellos son justicieros, yo los he ofendido, violando al amor conyugal. Después de cantar victoria sobre tantos enemigos,

me he dejado vencer cobardemente por el amor de una extranjera; yo me muero, y me place morir para aplacar a los dioses. Pero, ¡oh querido amigo!, ¿por qué huyes? El exceso de mi dolor me ha hecho cometer con el infortunado Licas una crueldad que me echo en cara; él no conocía que el veneno empapaba aquella túnica y, por tanto, no merecía el castigo que le he dado. Pero ¿crees tú que me olvido de nuestra amistad y que atente contra tu vida? ¡No! Nunca dejaré de amar a Filoctetes. Filoctetes recibirá en su seno a mi alma cuando exhale el postrer suspiro. El recogerá mis cenizas. ¿Dónde está, pues, mi amado Filoctetes? ¡Filoctetes! ¡La única esperanza que me queda en este mundo!»

Habiendo dicho esto, corro hacia él; él me tiene de los brazos para abrazarme; mas luego se contiene, temiendo encender en mi pecho el mismo fuego que le consume. «¡Ay de mí! —exclamó— ¡No me atrevo a abrazarte! ¡Ni aun este consuelo me es permitido!» Y estando hablando de esta suerte, junta todos los árboles que acababa de abatir y levanta una pira en la cumbre de la montaña; sube tranquilamente encima, extiende la piel del león de Nemea, que le había servido de manto en otro tiempo, cuando iba de un extremo al otro de la tierra exterminando monstruos desgraciados; se apoya en su clava y me ordena que pegue fuego a la pira. Mis manos, trémulas y entorpecidas con el horror, no le podían negar este cruel obsequio, puesto que para él ya no era la

vida un don de los dioses, atormentándole de aquel modo; llegué a temer que, arrebatado por el exceso de sus dolores, se dejase arrastrar a acciones indignas de la virtud que habían acusado la admiración del universo. Cuando la llama comenzó a prender en la pira, exclamó: «Ahora conozco tu fidelidad a nuestra amistad, mi amado Filoctetes, porque prefieres el honor a la vida. ¡Los dioses te lo premien! Te dejo lo que de más precioso tengo en la tierra: estas flechas tintas en la sangre de la hidra de Lerna. Bien sabes que son incurables las heridas que hacen; con ellas serás invencible, como yo lo fui, y ningún mortal se atreverá a pelear contigo. Recuerda que muero fiel a nuestra amistad y no olvides cuanto te he amado. Mas si es cierto que tanta parte tomas en mis males, puedes darme un consuelo, y será el último: prométeme no revelar nunca a mortal alguno mi muerte, ni el lugar donde escondas mis cenizas». Yo se lo prometí, y, ¡pobre de mí!, hasta se lo juré, regando la pira con mis lágrimas. Un destello de alegría brilló en sus pupilas; mas de súbito, un torrente de llamas ahogó su voz, envolviéndole y casi arrebatándole de mi vista. Sin embargo, todavía acerté a verle entre las llamas, con un rostro tan sereno cual lo ofreciera estando coronado de flores y lleno de fragancia en medio de un festín delicioso, rodeado de amigos.

El fuego pronto consumió lo que de mortal y terrestre había en él, despojándole muy pronto de cuanto al nacer había recibido de su madre

Alcmene; mas conservó por la voluntad de Júpiter, esa naturaleza sutil e inmortal, esa llama celestial que es el verdadero principio de la vida que había recibido del padre de los dioses. Así se fué con ellos, a beber del néctar bajo las doradas bóvedas del luminoso Olimpo, donde le dieron por esposa a la dulce Hebe, diosa de la juventud, que escanciaba el néctar en la copa de Júpiter antes que Ganímedes recibiera este honroso destino.

Por lo que a mí respecta, aquellas flechas que me había dado para que fuese superior a los demás héroes, tornáronse en fuente inagotable de tormentos. Poco tiempo después los reyes, confederados, se unieron para vengar a Menelao del infame Paris, que le había robado a Helena, y destruir el imperio de Príamo. El oráculo de Apolo les manifestó que no podrían concluir felizmente aquella guerra a menos que tuviesen a su favor las flechas de Hércules.

Ulises, vuestro padre, que era el más esclarecido y el más industrioso en los consejos, se encargó de persuadirme a asistir a la guerra de Troya y a llevar conmigo las flechas, que él creía estaban en mi poder. Ya hacía bastante tiempo que Hércules había dejado de verse en la tierra; nadie oía hablar más de una nueva victoria del héroe; los monstruos y los malvados retornaban a sus andanzas, impunemente. Los griegos no sabían qué pensar de él; unos decían que había muerto; otros sostenían que debía hallarse cerca

de la helada Orsa, con el fin de subyugar a los escitas. Mas Ulises sostuvo que había muerto y se propuso hacérmelo confesar. Cuando me buscó, encontréme sin poderme consolar por la muerte del gran Alciades. Mucho le costó acercarse a mí, porque yo huía de los hombres, ni podía soportar la idea de separarme de las solledades del Monte Oeta, donde había perecido mi amigo; ni pensaba más que en recordar la imagen del héroe y de llorar a la vista de tan evocadores lugares. Mas la dulce y poderosa insinuación fluía de los labios de vuestro padre; mostrábase tan afligido como yo; lloró conmigo; supo ganarse sensiblemente mi corazón y apoderarse de mi confianza y me inclinó a favor de la confederación de los griegos que por tan justa causa querían pelear, ni podían vencer sin mi concurso. Jamás, empero, logró arrebatarme la noticia de la muerte de Hércules, que había jurado no revelar durante mi vida, si bien él nunca dudó de su muerte, y así me instaba a que le manifestase dónde reposaban sus cenizas...

¡Ay de mí! Me estremecía de horror de un perjurio, que tal hiciera manifestándole el secreto que por los dioses había jurado no descubrir nunca; pero tuve la debilidad de eludir mi juramento, no atreviéndome a violarle; los dioses me han castigado; di con el pie en el tierra sobre el lugar donde estaban depositadas las cenizas de Hércules y partí en seguida a incorporarme a los reyes, que me recibieron con la misma alegría

con que hubieran recibido a Hércules. Pasando por la islas de Lemnos, quise demostrar a los griegos el poder de mis flechas; cuando me preparaba para tirar a un gamo que corría por el bosque, por descuido hice caer la flecha del arco y me hice una herida de que todavía me resiento. Al punto experimenté los mismos dolores que había sentido Hércules; día y noche resonaron mis gemidos en toda la isla; la sangre negra y corrompida que manaba de mi herida infectaba el aire y esparcía por el campamento griego un hedor capaz de sofocar a los hombres más fuertes. Todo el ejército se horrorizaba, viéndome en semejante posición, y todos se persuadieron que era un castigo que los justos dioses me habían enviado.

Ulises, que me había empeñado en la guerra, fué el primero que me abandonó. Después supe que lo había hecho porque posponía a las razones de amistad y afecto particular, el bien de la patria. Tanta molestia causaban a todo el ejército mi herida, su infección y la violencia de mis gemidos, que no se podía sacrificar en el campamento. Mas luego, viéndome abandonado de los griegos por consejo de Ulises, su política me pareció horriblemente inhumana y alevosa. ¡Ah! Yo estaba ciego y no alcanzaba a pensar cuán justo era que los más sabios entre los hombres estuvieran contra mí, como los dioses irritados.

Permanecí solo, sin auxilio alguno, sin esperanza, sin consuelo, atormentado por terribles

dolores, en aquella isla desierta y salvaje, todo el tiempo que duró el sitio de Troya, no oyendo sino el ruido de las ondas del mar cuando se estrella-
ban contra las rocas. En esta soledad descubrí una cueva abierta en un peñascal que levantaba al cielo dos puntas como dos cabezas; de este peñasco salía una fuente clara. La cueva era guardada de alimañas salvajes, a cuya rabia estaba expuesto de noche y de día. Para acostarme, construí un lecho de hojas. Mis enseres quedaban reducidos a una vasija de madera toscamente labrada y unos vestidos harapientos con que me vendaba la herida para contener la sangre o para lavarla. Allí, abandonado de los hombres, perseguido por el furor de los dioses, pasaba el tiempo matando con mis flechas palomas y otras aves de las que volaban cerca de la cueva. Cuando podía matar alguna, me arrastraba por el suelo dolorosamente para recogerla, y así preparaba con mis manos las viandas.

Cierto es que los griegos, cuando partieron, me dejaron algunas provisiones; pero pronto desaparecieron éstas. Encendía fuego con pedernal. Esta vida tan espantosa me hubiera parecido dulce, si no fuese tan terrible mi dolor y si el recuerdo de mi triste aventura no estuviese siempre presente en mi memoria. ¿Cómo es posible —me decía— sacar a un hombre de su país como al único que puede vengar a Grecia y luego abandonarle en esta isla desierta durante su sueño?

Porque los griegos fuéronse cuando dormía.

Juzgad cuál sería mi sorpresa cuando desperté y cuántas serían mis lágrimas al despertar, viendo alejarse los navíos. Explorando aquella isla inculta y horrorosa, sólo en ella hallé dolor.

Porque allí no hay puerto, ni comercio, ni hospitalidad alguna, ni hombre que por su voluntad se llegue a ella; no viéndose más que a los desventurados que arrojan las tempestades, no siendo posible tener otras relaciones que con los náufra- gos; y aun los que iban llegando negábanse a llevarme consigo, para que pudiese retornar a mi patria, temiendo la cólera de los dioses y la de los griegos.

Diez años después aún sufría vergüenza, dolor y hambre; la herida me devoraba y la esperanza iba alejándose de mi corazón. De repente, viniendo de buscar plantas medicinales para mi llaga, percibo en el interior de mi cueva a un joven hermoso, lleno de gracia, pero de aspecto fiero, como el de un héroe. Me pareció estar en presencia de Aquiles, tanto se le parecía en su porte, su mirada y su andar. Adiviné en su rostro la compasión y el embarazo; le inducía a lástima el trabajo y la lentitud con que me iba arras- trando; los penetrantes y dolorosos gemidos que me arrancaba el dolor y repetían los ecos de la ribera le enternecieron el corazón.

—¡Oh, extranjero! —le dijo—. ¿Cuál desven- tura te atrajo a esta isla deshabitada? Reconozco el vestido griego, que me es tan querido. ¿Cómo tardas a abrir tus labios dejándome sen-

tir el acento de la lengua aprendida en mi infancia y que no he podido hablar con nadie desde hace mucho tiempo en esta soledad? No huyas viéndome tan desgraciado; tenme compasión.

Apenas Neoptolemo me hubo dicho que era griego, cuando exclamé:

—¡Oh, dulce palabra, después de tantos años de silencio, dolor y desconsuelo! ¡Oh, hijo amable! ¡Qué desgracia, qué tempestad o mejor qué viento favorable te ha traído aquí para dar término a mis infortunios?

El me contestó:

—Yo soy de la isla de Esciros, y allá voy; se dice que soy el hijo de Aquiles; ya lo sabes todo.

Mi curiosidad no se contentaba con palabras tan cortas, y así, le dije:

—¡Oh, hijo de un padre a quien tanto amé, confiado para su crianza a Licomedes! ¡Cómo has llegado hasta aquí? ¡De dónde vienes?

Respondióme que venía del sitio de Troya.

—Tú no eras de la primera expedición —le dije yo.

Y él contestó:

—¿Tú lo eres por ventura?

Entonces le dije:

—Tú no sabes, bien lo adivino, el nombre de Filoctetes ni sus infortunios. ¡Cuán desgraciado soy! Mis perseguidores me insultan en mi desgracia. La Grecia ignora cuánto padezco y esto aumenta mi dolor. Los atridas me pusieron en el estado que ves. ¡Los dioses se lo paguen!

Luego le conté cómo los griegos me habían abandonado. Ya habiendo oído mis quejas me contó las suyas.

—Después de la muerte de Aquiles —me dijo—; interrumpiéndole dije: «¡Qué! ¿Aquiles ha muerto? Perdona hijo mío que interrumpa tu narración con las lágrimas que debo a la memoria de tu padre». Neoptolemo me contestó: —Vuestra interrupción me llena de consuelo. ¡Cuán dulce es para mí ver cómo Filoctetes llora a mi padre!

Neoptolemo, reanudando su narración, dice: «Después de la muerte de Aquiles, Ulises y Fénix vinieron a buscarme, asegurándome que sin mí no sería posible expugnar a Troya. Poco les costó llevarme consigo, porque mi dolor por la muerte de Aquiles y el deseo de heredar su gloria me ofrecían estímulos suficientes para seguirles en la famosa guerra. Llegué a Sigea; el ejército se agolpaba en derredor mío, jurando los soldados que veían al mismo Aquiles; mas, ¡ah!, Aquiles ya no existía. En mi juventud e inexperiencia parecíame que podía contar para todo con los que hacían de mí tantas alabanzas. Y así comencé por pedir a los atridas las armas de mi padre.

—Tendrás —me contestan— todo lo que le pertenecía; pero sus armas están destinadas a Ulises.

Y me indigné, lloré, me enfurecí; mas Ulises, sin conmoverse, me decía:

—¡Joven! Tú no has estado con nosotros en los peligros de este largo sitio; no mereces todavía estas armas; hablas, pues, con sobrada arrogancia; ¡ni las tendrás nunca!

Injustamente despojado por Ulises, volví a Esciros, menos indignado contra él que contra los atridas. ¡Los dioses sean propicios a sus enemigos, sean lo que sean! Os lo dije todo.

Luego pregunté a Neoptolemo cómo no se había opuesto a esta injusticia Ajax Telamonio.

—Ya murió —contestó aquél.

Y dije a mi vez:

—Murió también y Ulises no...

¡Y, al contrario, su ejército florece!

En seguida le pedí nuevas sobre Antilope, hijo del sabio Néstor, y de Patrocles, tan querido de Aquiles.

—Todos han muerto— me contestó.

Y todavía dije:

—¡Cómo! ¡Muertos también? ¡Qué me dices? La cruel guerra siega a los buenos y deja a los malvados. ¿Ulises vive aún? ¿Vive por ventura Tersites? ¡He ahí la obra de los dioses, y aun los alabaremos!

Estando tan enfurecido contra vuestro padre, Neoptolemo seguía engañándome. He aquí las tristes palabras con que dió fin a la conversación:

—Voy a la isla de Esciros para vivir en paz en medio de su aspereza, lejos del ejército griego, donde la maldad prevalece en perjuicio de los

buenos. ¡Adiós! Me marchó. ¡Que los dioses os curen!

Entonces dije:

—¡Oh, hijo mío! Ruégote por los manes de tu padre, por tu madre, por lo que más ames, no me dejes en esta situación dolorosa en que me ves. No ignoro que he de ser muy penosa carga para ti; pero fuera una vergüenza abandonarme; échame en la proa, en la popa, aunque sea en la sentina, donde menos te incomode. Nada hay como un corazón noble, que tiene la gloria de ser bueno. No me dejes en esta soledad, donde no hay ni vestigios de hombres; llévame a tu patria o a Eubea, que no está lejos del monte Oeta de Traquino y de las soberbias márgenes del río Esperquio; vuélveme a mi padre. ¡Ah! Temo haya muerto. Le envié a decir que me mandara una nave; o ha muerto o los que me prometieron darle el encargo no lo han hecho. Ahora recurro a ti, hijo mío. Acuérdate de la fragilidad de las cosas humanas. Quien hállase en las prosperidad debe no abusar de ella, ayudando a los desgraciados.

El exceso del dolor me hacía hablarse de aquella suerte a Neoptolemo; y este, por fin, se ofreció a llevarme. Entonces exclamé de nuevo:

—¡Oh, amable Neoptolemo, digno de la gloria de tu padre! Compañero querido de este viaje, permíteme que me despida de esta triste morada. Ved donde he vivido; juzgad lo que tuve que padecer. Nadie lo hubiera resistido tanto; pero la

necesidad me enseñó y de ella aprenden los hombres lo que de otra suerte nunca supieran. Los que jamás padecen, no saben nada; no conocen ni lo bueno ni lo malo; ni conocen a los hombres ni se conocen a sí mismos.

Después de hablar así, tomé mi arco y mis flechas. Neoptolemo me pidió le permitiera besar armas tan célebres consagradas por Hércules invencible. Yo le dije:

—Haz cuanto te apetezca; tú eres, hijo mío, quien me devuelve la luz, mi patria, mi padre, agobiado por la ancianidad, mis amigos y hasta mí mismo; tú puedes tocar estas armas y gloríate de haber sido el único griego que haya merecido tocarlas.

Inmediatamente entró Neoptolemo en la cueva para admirarlas. En esto me asalta un dolor cruel que me enajena, ni sé lo que hago, y pido una espada para cortarme el pie, exclamando a gritos:

—¡Muerte deseada! ¿Por qué no vienes? ¡Oh, joven! Quémame al punto, como yo he quemado el hijo de Júpiter. ¡Oh, Tierra! ¡Recibe a un moribundo que ya no puede levantarse!

De aquel repentino enajenamiento, según mi costumbre, caí en un profundo letargo; empezó a calmarme un copioso sudor; de la herida corrió una sangre negra y corrupta. Muy fácil le hubiera sido a Neoptolemo quitarme las armas durante mi sueño y partir con ellas; pero siendo el hijo de Aquiles no había nacido para engañar. Cuando desperté pude observar su turbación;

suspiraba como un hombre que no sabe fingir y obra inconscientemente.

—¿Me quieres sorprender? —le dije—. ¿Qué hay?

—Es preciso —dijo— que vengáis conmigo al sitio de Troya.

Yo contesté al punto:

—¿Qué has dicho, hijo mío? Vuélveme ese arco. ¡Estoy vendido! No me arranques la vida. ¿Nada me respondes? —Mirándome tranquilamente nada le conmovía. —¡Oh, márgenes! ¡Oh, colinas de esta isla..., fieras alimañas, rocas y acantilados..., a vosotros me quejo! ¡Porque estáis acostumbrados a oír mis gemidos! ¿Ha de ser el hijo de Aquiles quien me traicione? El me roba el arco de Hércules; quiere arrastrarme al campo de los griegos para triunfar de mí; sin advertir que triunfaría sobre un cadáver, una sombra, una vana apariencia. ¡Oh, si me hubiera provocado cuando yo estaba fuerte! Y aun ahora se vale de mi sorpresa. ¿Qué he de hacer? ¡Vuelve, hijo mío; obra como tu padre, como quien eres! ¿Qué dices...? No me respondes. ¡Oh, roca! Me vuelvo a ti desnudo, sin el arco que me defendía de las fieras, miserable y abandonado; aquí moriré solo; las fieras me devorarán. Mas... tú no pareces perverso. ¡Dame mis armas y vuélvete!

Neoptolemo, con los ojos arrasados en llanto, decía en voz baja:

—Pluguiera a los dioses que no hubiese salido nunca de Esciros.

En esto exclamó:

—¿Qué veo? ¿No es Ulises?

Y al momento oigo una voz:

—Sí; yo soy.

Si el sombrío reino de Plutón se hubiera abierto y yo hubiese visto el negro Tártaro que los mismos dioses temen ver, lo confieso, no se hubiera apoderado de mí un terror más grande. Y volví a exclamar:

—Oh, tierra de Lemnos; invoco tu testimonio.

¡Oh, Sol! ¿Lo ves y lo comportas?

Ulises a esto dijo, sin inmutarse:

—Júpiter lo quiere y yo lo hago.

—¿Te atreves tú a nombrar a Júpiter? —dije—.

¿Ves a ese joven que no nació para el fraude y que padece cuando le obligas a ejecutar lo que le mandas?

—No es nuestro ánimo engañarte —dijo Ulises—, ni menos haceros mal alguno; venimos a redimiros, a curaros, a daros la gloria de destruir a Troya y a devolveros a vuestra patria. Sois vos mismo y no Ulises el enemigo de Filoctetes.

Entonces eché en cara de vuestro padre cuanto el furor me sugería.

—Ya que me abandonaste —le dije—, ¿por qué no me dejas en paz? Ve a buscar la gloria de los combates y de los deleites; goza de tu dicha con los atridas; déjame la miseria y el dolor. ¿Por qué quieres llevarme ahora? Yo ya no soy, estoy muerto. En otro tiempo creías que no podría partir y que mis gritos y mi infección

turbarían los sacrificios. ¿Por qué no lo crees ahora? ¡Oh, Ulises, autor de todos mis males! ¡Que los dioses te...! Mas, ¿qué digo? ¡Los dioses no me escuchan, sino que excitan más a mis enemigos contra mí! ¡Oh, tierra de mi patria que no volveré a ver...! ¡Oh, dioses, si aun queda entre vosotros alguno justo que se compadezca de mis males, castigad a Ulises! Sólo entonces quedará curado.

Mientras hablaba de esta suerte, vuestro padre me miraba con tranquilidad, reflejándose la compasión en su semblante; como quien, en vez de enfadarse más, tolera y aun disculpa el enajenamiento del infeliz que la fortuna exaspera. Parecíame una roca en la cumbre de una montaña burlándose del furor de los vendavales, inmóvil sobre sus raíces. Así, vuestro padre aguardaba silencioso que desahogase mi furor, porque sabía que no es preciso enardecer las pasiones de los hombres para traerlos a razón, sino cuando se empiezan a debilitar ellas mismas por la natural lasitud. Después me dijo estas palabras:

—Filoctetes, ¿qué habéis hecho de vuestro juicio y de vuestro valor? Es esta una ocasión que debéis aprovechar. Si os negáis a seguirnos para cumplir con los altos designios que sobre vos tiene Júpiter, me iré. Indigno seréis de ser el libertador de Grecia y el expugnador de Troya. Quedaos en Lemnos; estas armas que yo me llevo me darán la gloria que os estaba destinada. Neoptolemo, partamos ya; es inútil hablarle;

por la compasión de un hombre solo no hemos de sacrificar la salud de Grecia entera.

Entonces, como una leona que ve robar sus cachorros, tal me sentí yo; aquélla, entonces, llena la selva, con sus rugidos; y yo exclamaba: ¡Oh, cueva, ya no podré dejarte; tú serás mi tumba! ¡Morada del dolor mío! ¡Ya no comeré más; he perdido la esperanza! ¿Quién me dará una espada para darme la muerte? ¡Si al menos pudiéranme llevar las aves rapaces! ¡Ya no las mataré más con mis flechas! ¡Arco precioso, consagrado por las manos de Júpiter! ¡Amado Hércules, si conservas aún un poco de sentimiento, ¿cómo no te indignas? Porque tu arco ya no está en las manos de tu amigo, sino en las manos engañadoras e impuras de Ulises. Aves rapaces, feroces bestias, no huyáis de esta cueva, porque ya no tengo con qué defenderme. ¡Oh, mísero de mí! Ya no os puedo dañar; venid a devorarme; o bien que el rayo inexorable de Júpiter me hiera!

Vuestro padre, después de haber intentado persuadirme por todos los medios, pensó que lo mejor sería devolverme las armas; y haciendo señas a Neoptolemo, éste así lo hizo. Entonces le dije: «Digno hijo de Aquiles; bien demuestras que lo eres; mas déjame atravesar a mi enemigo». Y, en efecto, quise disparar una flecha contra vuestro padre; pero Neoptolemo me detuvo, diciéndome:

—La cólera os ciega y no os deja la acción indigna que queréis cometer.

Por lo que a Ulises respectaba, se mantenía tan tranquilamente ante las injurias, como ante mis flechas. Y me sentí influido por su intrepidez y su paciencia. Y tuve vergüenza de haberme querido servir de mis armas, en el primer ímpetu, para matar a quien había ordenado devolvérmelas. Mas como todavía no se había aplacado mi resentimiento, estaba inconsolable por debérselas a un hombre a quien tanto aborrecía. Entretanto, Neoptolemo me decía:

—Sabed que el divino Heleno, hijo de Príamo, habiendo salido de la ciudad de Troya por mandamiento e inspiración de los dioses, nos ha revelado lo que ha de suceder. La malaventurada Troya caerá, ha dicho; pero solamente por la expugnación de quien posea las flechas de Hércules. Ese hombre no podrá curarse sino cuando se halle ante los muros de Troya. Los hijos de Esculapio le curarán.

Entonces sentí dividido mi corazón; por una parte, me sentía subyugado por la suavidad de Neoptolemo y la sencillez con que me había devuelto mi arco; por otra, no sabía resolverme a vivir, si se hacía preciso ceder a Ulises; y este rencor me tenía suspenso.

«¿Me habrán de ver —decía conmigo mismo— con Ulises y los atridas? ¿Qué se pensará de mí?» En tal incertidumbre oigo como una voz sobrehumana, y vislumbro a Hércules en una nube resplandeciente, rodeado de rayos gloriosos. Con facilidad pude reconocer sus facciones siempre

rudas, su cuerpo vigoroso y sus ademanes sencillos; pero su estatura y majestad eran mayores que cuando domeñaba a los monstruos. Y díjome:

—En verdad me oyes; ves a Hércules. He dejado el alto Olimpo para manifestarte la voluntad de Júpiter. Bien sabes por medio de cuántos trabajos he ganado la inmortalidad; es preciso que vayas con el hijo de Aquiles para seguir mis huellas gloriosas. Sanarás; matarás con mis flechas a Paris, enviarás a Pean, tu padre, al monte Oeta con los preciosos despojos, que serán puestos sobre mi tumba como monumento a la victoria conseguida con mis flechas. Y tú, hijo de Aquiles, no podrás vencer sin Filoctetes, ni éste sin ti. Id, pues, como dos leones que juntos buscan la presa. Yo enviaré a Esculapio a Troya para curar a Filoctetes. Sobre todo, ¡oh griegos!, amad y guardad la religión; lo demás muere: ella jamás!

Habiendo oído estas palabras exclamé:

—¡Oh, día feliz, luz apacible que apareces después de tantos años! Te obedeceré y partiré después de saludar estos lugares. ¡Adiós, cueva amada; adiós, ninfas de estas húmedas praderas; ya no oiré el sordo rumor de estos mares; adiós, playa, donde tantas veces sufrí el embate de los vientos; adiós, riscos, en cuyas entrañas tantas veces Eco repitió mis pesadumbres... Adiós, dulces fuentecillas que tan amargas me fuisteis... ¡Adiós! ¡Oh, tierra de Lemnos! ¡Déjame partir

con felicidad, pues adonde voy llámanme los dioses y los amigos!

Y con esto partimos; llegamos al sitio de Troya. Macaon y Podalyre, por la divina ciencia de su padre Esculapio, me curaron; véisme en el estado feliz que me pusieron. Ya no sufro más; he recobrado mis fuerzas, aun cuando cojee un poco. Hice caer a Paris como al tímido cervatillo que cae al tiro de su cazador. Ilión quedó reducida a cenizas; y ya sabéis el resto. Sin embargo, aun conservaba un poco de rencor contra el sabio Ulises, cuando recordaba mis infortunios; mas la vista de un hijo que tanto se le parece y al cual no puedo menos de amar, me enternecen el corazón para con el mismo padre.

LIBRO XVI

ARGUMENTO: Telémaco, durante su estancia entre los aliados, encuentra dificultoso conducirse entre tantos reyes celosos los unos de los otros. Ocurren diferencias entre él y Falante por causa de unos prisioneros que ambos reclaman para sí. Mientras el caso es discutido en la asamblea de los aliados, Hípías, hermano de Falante, se apodera de los prisioneros para llevárselos a Salento. Telémaco, irritado, ataca a Hípías furiosamente y le derriba en singular combate. Mas pronto, arrepentido de su comportamiento, no piensa más que en los medios de reparar sus faltas. Entretanto, Adrasto, rey de los daunios, informado del desastre y consternación causados en el campamento de los aliados con motivo de las desavenencias entre Telémaco y Hípías, resuelve sorprenderles. Después de haberse apoderado de cien navíos para transportar sus tropas al campo de batalla, les pega fuego y comienza el ataque por el cuartel de Falante; muerte de su hermano Hípías. A sus golpes también es derribado Falante.

Después que Filoctetes hubo contado sus aventuras, Telémaco había permanecido como suspenso e inmóvil. Sus ojos estaban clavados en el grande hombre que hablaba. Todas las pasiones que habían agitado a Hércules, a Filoctetes, a Ulises, a Neoptolemo, se habían ido pintando sucesivamente en el rostro candoroso de Telémaco, al paso que se representaban en aquella narración. A veces, sin poder contenerse, interrumpía a Filoctetes con exclamaciones; otras, parecía pensativo, como quien medita profundamente sobre las consecuencias de los negocios.

Cuando Filoctetes pintó la turbación de Neoptolemo, que no sabía disimular, Telémaco parecía sentir la misma turbación, y en aquel momento se le habría tenido por Neoptolemo.

Entretanto el ejército de los aliados marchaba en buen orden contra Adrasto, rey de los daunos, que despreciaba a los dioses, y no trataba sino de engañar a los hombres. Con muchas dificultades se halló Telémaco para avenirse con tantos reyes celosos entre sí. Necesitábase no inspirar desconfianza, y ganarse la voluntad de todos. Su índole era buera y veraz; pero poco afectuosa; apenas se cuidaba él de lo que podía complacer a los demás; no era apegado a las riquezas, mas no sabía dar. Así, con un corazón noble e inclinado a lo bueno, no parecía obsequioso, ni sensible a la amistad, ni liberal, ni agradecido a los desvelos que por él se tomaban, ni atento para distinguir el mérito. Hacía su gusto sin reflexión. Su madre, Penélope, le había criado, a despecho de Mentor, con una altanería y orgullo que empañaban cuanto de más amable había en él. Considerábase como de otra naturaleza que los demás hombres, a quienes creía que los dioses habían puesto en el mundo para complacerle, servirle, anticipar sus deseos y consagrarsele enteramente como a una divinidad. La dicha de servirle era, en su juicio, sobrada recompensa para los que le servían. Jamás debía encontrarse cosa imposible cuando se trataba de satisfacerle: la menor tardanza irritaba su carácter ardiente.

Los que por esos indicios hubieran juzgado de su índole, le habrían juzgado incapaz de amar otra cosa que a sí mismo; nada le movía sino su gloria o su placer; pero la indiferencia con los demás, y el cuidado de sí mismo, provenían de la exaltación continua a que le arrastraba la violencia de sus pasiones. Habíale engraido su madre desde la cuna y era un dechado ejemplar de la desgracia de los que nacen en la grandeza. Los reveses de la fortuna, que experimentó desde la más temprana juventud, no habían podido mitigar su impetuosidad y altanería. Aunque destituido de todo, abandonado, expuesto a tantas calamidades, nada abatía su orgullo. Alzábale éste siempre, como se levanta sin cesar la palma flexible, por más esfuerzos que se hagan para doblarla.

Mientras Telémaco estaba al lado de Mentor, desaparecían sus defectos, y aun de día en día se aminoraban. Semejante a un corcel fogoso que retoza en los vastos prados sin detenerse en riscos tajados, precipicios, torrentes, que no conoce más que la voz y la mano del hombre capaz de domarle, Telémaco, lleno de noble ardor, no podía sujetarse sino a la vista de Mentor. Pero también una mirada de éste le paraba de repente en su mayor impetuosidad; porque desde luego entendía lo que tal mirada quería decir, y al punto volvían a llamar a su corazón todos los sentimientos virtuosos. La sabiduría de Mentor restituía en un momento a su rostro la dulzura

y la serenidad. Neptuno, cuando levanta el tridente y amenaza a las olas revueltas, no calma tan pronto las negras tempestades.

Cuando Telémaco se halló solo, todas sus pasiones, contenidas como un torrente atajado por un fuerte dique, volvieron a soltarse; fuéle imposible soportar la arrogancia de los lacedemonios, y la de Falante, que estaba a su cabeza. Esta colonia, fundadora de Tarento, se componía de gente moza, nacida durante el sitio de Troya y sin educación alguna; la ilegitimidad de su nacimiento, la disolución de sus madres, la licencia con que se habían criado, les daban no sé qué de bárbaro y feroz. Parecían más bien una banda de forajidos que una colonia griega.

Falante se había propuesto contradecir a Telémaco en todas ocasiones; en las asambleas le interrumpía a cada paso, despreciando su parecer como el de un joven inexperto; mofábase, tratándole de débil y afeminado; hacía notar a los caudillos del ejército sus más leves faltas. Procuraba sembrar por todas partes recelos, y hacer odioso el orgullo de Telémaco a todos los aliados.

Un día, habiendo hecho Telémaco varios prisioneros a los daunios, Falante pretendió que los cautivos le debían pertenecer, porque él era, decía, quien al frente de sus lacedemonios había derrotado aquella fuerza enemiga, y porque Telémaco, vencidos ya los daunios y puestos en fuga, no hubo más trabajo que el de salvarles la vida y

conducirlos al campamento. Telémaco sostenía, que, al contrario, él había evitado que Falante fuera vencido, y que la victoria conseguida era suya. Ambos fueron a defender su causa en la asamblea de los reyes confederados. Telémaco se arrebató de tal manera, que amenazó a Falante, y se hubieran embestido allí mismo si no los hubiesen contenido.

Falante tenía un hermano llamado Hípias, famoso en todo el ejército por su valor, fuerza y destreza. Pólux (decían los tarentinos) no le era superior en el combate del cesto; Cástor no le hubiera ganado a manejar un caballo; tenía la estatura y la fuerza de Hércules. Todo el ejército le temía; porque aun era más pendenciero y brutal que forzado y denodado.

Hípias, habiendo visto la arrogancia con que Telémaco amenazó a su hermano, va precipitadamente a tomar los prisioneros para llevárselos a Tarento, sin aguardar la decisión de la asamblea. Telémaco, a quien lo advirtieron secretamente, salió furioso. Del mismo modo que un jabalí lleno de espuma busca al cazador que le ha herido, así se le veía correr por el campo buscando con los ojos a su enemigo y blandiendo el dardo con que le quería atravesar; por fin le encuentra, y al verle aumenta su rabia. Aquel Telémaco no era el prudente joven adoctrinado por Minerva, bajo la figura de Mentor; era un frenético, un león enfurecido.

Con esto grita a Hípias: «Detente ¡oh el más vil

de los hombres! Detente. Vamos a ver si te es fácil arrebatarme los despojos que yo he ganado. No te los llevarás a Tarento; ve; baja ahora mismo a las tenebrosas márgenes de la Hestigia.» Dijo, y le arrojó el dardo; pero se le arrojó con tanta ira que no pudo medir bien el tiro, y el dardo no tocó a Hippias. Saca luego la espada, cuya guarnición era de oro, regalo que, al partir de Itaca le había hecho Laertes, como prenda de cariño. Laertes se había servido de ella con mucha gloria cuando era mozo, y estaba teñida con la sangre de varios caudillos de los epirotas, en una guerra de que salió vencedor. Apenas había desenvainado Telémaco esa espada cuando Hippias, que se propuso valerse de la ventaja de su fuerza, se echó encima para quitársela de las manos al mancebo. La espada se rompe en las manos de ambos: se cogen, se agarran uno a otro. Allí luchan como dos fieras implacables que procuran despedazarse; les salta fuego de los ojos; se juntan, se alejan, se bajan, se empinan, se embisten, tienen sed de sangre. Helos asidos, pie con pie, mano con mano, enlazados parecen uno solo. Pero Hippias, siendo de edad más adelantada, debía al parecer abrumar a Telémaco, que por su juventud era menos membrudo. Ya Telémaco, sin aliento, sentía que le flaqueaban las rodillas. Hippias, viéndole vacilar, hacía mayores esfuerzos. El hijo de Ulises iba a acabar, y hubiera sufrido la pena de su temeridad y arrebatos, si Minerva, que desde lejos velaba sobre él, y no le dejaba en

tal extremidad del peligro sino para instruirle, no hubiese inclinado la victoria a su favor.

No salió la diosa del palacio de Salento, pero envió a Iris, que es la veloz mensajera de los dioses. Esta, volando con ligeras alas, corta los inmensos espacios de los aires, dejando en pos de sí el largo rastro de luz que pinta una nube de mil varios colores; no descansó hasta llegar a la orilla del mar, en donde estaba acampado el numeroso ejército de los aliados: ve de lejos la contienda, el rastro y los esfuerzos de los dos combatientes; se estremece a la vista del peligro en que está el joven Telémaco, y se acerca, envuelta en una clara nube que había formado de vapores sutiles. En el momento en que Hipias, sintiendo toda su pujanza, se creyó vencedor, cubrió Iris al joven alumno de Minerva con la égida que la diosa le había confiado. Telémaco, a quien se le habían apurado las fuerzas, empieza a reanimarse. Al paso que se reanima él, Hipias se turba, sintiendo no sé qué de divino que le aturde y que le confunde. Telémaco le acosa y cierra con él, ya en una situación, ya en otra; le hace perder el equilibrio, no le deja un momento para afirmarse; al fin, le arroja al suelo y se le echa encima. Una corpulenta encina del monte Ida, cortada por el hacha a fuerza de mil golpes que han resonado en todo el bosque, no hace tan horroroso estruendo al caer; la tierra gime; cuando la rodea vacila.

Con esto Telémaco había recobrado la fuerza

y la prudencia. Apenas cayó Hípías, comprendió el hijo de Ulises la falta que había cometido en luchar así con el hermano de uno de los reyes que había ido a socorrer: revolvió en su memoria, lleno de confusión, los sabios consejos de Mentor: dióle vergüenza de su victoria, y conoció que merecía haber quedado vencido. Entretanto, Falante, arrebatado de furor, acudía a favorecer a su hermano; hubiera pasado con el dardo que llevaba a Telémaco si no hubiese temido pasar también a Hípías, que estaba en el suelo debajo de Telémaco. Fácil habría sido al hijo de Ulises quitar la vida a su enemigo; pero se le había aplacado el enojo, y no pensaba sino en reparar su falta mostrando moderación. Levantóse diciendo: «Hípías; me basta haberos enseñado a no menospreciar mi juventud; vivid: yo admiro vuestra fuerza y vuestro denuedo. Los dioses me han protegido, someteos a su poder: no pensemos más que en pelear juntos contra los daños».

Mientras Telémaco hablaba así, se levantaba Hípías, cubierto de polvo y sangre, corrido y furioso. Falante no se atrevía a quitarle la vida a quien acababa de dársela tan generosamente a su hermano; estaba suspenso y fuera de sí. Todos los reyes aliados acuden, y se llevan a un lado a Telémaco, y a otro a Falante y a Hípías, que, habiendo perdido su altivez, no osa levantar los ojos. El ejército entero se asombraba cada vez más de que Telémaco, en la tierna edad en que

los hombres no han adquirido aún toda su fuerza, hubiese podido derribar a Hípías, que parecía por su fuerza y su estatura uno de aquellos gigantes, hijos de la Tierra, que en otro tiempo intentaron arrojar del Olimpo a los inmortales.

Pero el hijo de Ulises estaba muy distante de gozar del placer de tal victoria. Mientras los demás no se cansaban de admirarle, retirado en su tienda se ruborizaba de su falta, y no pudiendo sufrirse a sí mismo, se lamentaba de su prontitud. Conocía cuán injusto y desacertado era en sus arrebatos, y encontraba algo de vano, débil y bajo en su desmedida altanería. Pensaba que la verdadera grandeza consiste en la moderación, la justicia, la modestia y la humanidad; lo veía, pero después de tantas recaídas, desconfiaba de poderse enmendar; así estaba luchando consigo mismo, y se le oía rugir como un león furioso.

Permaneció dos días encerrado solo en su tienda, sin poder resolverse a buscar sociedad alguna, y castigándose a sí mismo. «¡Ay de mí! —decía—. ¿Me atreveré a volver a la presencia de Mentor? ¿Soy yo hijo de Ulises, del más sabio y sufrido de los hombres? ¿He venido a traer la discordia y el desorden al ejército de los aliados? ¿Es su sangre, o la de los daunios, sus enemigos, la que yo debo derramar? He sido un temerario; ni aun he sabido lanzar mi dardo; me he expuesto con fuerzas desiguales a la superioridad de Hípías, de quien debía esperar la muerte con la

ofrenda de ser vencido. ¿Y qué mal hubiera? Ya no sería, no; ya no sería el temerario Telémaco, el joven insensato que con nada se enmienda: al acabar con la vida, habría acabado con mi vergüenza. ¡Ah! ¡Si a lo menos tuviera esperanzas de no volver a hacer lo que me aflige tanto haber hecho! ¡Qué felicidad! ¡Qué felicidad! Pero quizá antes que pase el día incurriré y haré por incurrir en las mismas faltas de que ahora tengo tanta vergüenza y horror. ¡Oh funesta victoria! ¡Oh alabanzas que no puedo sufrir, verdaderas y crueles reconveniencias a mi locura!»

En aquella soledad y desconsuelo, fueron a verle Néstor y Filoctetes. Néstor quiso hacerle conocer su desmán; pero viéndole al entrar tan afligido, el prudente anciano cambió sus graves amonestaciones en palabras de cariño para temprar su desesperación.

Los príncipes aliados estaban detenidos por aquella desavenencia, y no podían marchar contra los enemigos sino después de reconciliar a Telémaco con Falante y con Hípías. A cada instante se temía que las tropas de Tarento acometieran a los cien jóvenes cretenses que habían ido con Telémaco a la guerra: todo iba revuelto por culpa de Telémaco; y Telémaco, que se reconocía autor de tantos males presentes y peligros futuros, se abandonaba al amargo dolor. Todos los príncipes se hallaban en el mayor aprieto: no se atrevían a mover el ejército, te-

miendo que en la marcha los cretenses de Telémaco y los tarentinos de Falante trabaran la contienda. Costaba mucho tenerlos dentro del campo, donde se les guardaba con grande vigilancia. Néstor y Filoctetes iban y venían continuamente de la tienda de Telémaco a la del implacable Falante, que no respiraba más que venganza. La dulce elocuencia de Néstor y la autoridad de Filoctetes no podían ablandar aquel corazón feroz, que los rabiosos discursos de su hermano Hipias irritaban cada vez más y más. Telémaco era mucho más docil; pero estaba tan abatido, que nada le podía consolar.

Mientras los príncipes estaban agitados de aquel modo, todas las tropas se hallaban consternadas: parecía el campo una casa desconsolada que acaba de perder al padre de la familia, apoyo de todos los parientes y dulce esperanza de los tiernos hijos. En tal desorden y consternación, se oye de repente un estruendo horrible de carros, armas, relinchos de caballos, gritos de hombres, vencedores unos y deseosos de sangre otros; unos fugitivos, otros heridos o agonizantes. Una gran polvareda forma densa nube, llenando el aire y cortando la respiración. Escúchase un sordo rumor que evoca el del Etna vomitando llamas por la boca de sus entrañas abrasadas, cuando Vulcano forja con los cíclopes los rayos para el padre de los dioses. Y el pavor cohibe todos los corazones.

El discreto y vigilante Adrasto sorprende a

los aliados, después de haberles ocultado su marcha, y sabiendo la ruta que ellos siguen. Con pasmosa rapidez dió la vuelta a una casi inaccesible montaña, cuyos pasos se hallaban en poder de los aliados, quienes, poseyendo los desfiladeros, dábanse por seguros y aun pensaban caer de súbito sobre el enemigo que ocupaba la parte contraria. Adrasto, que para conocer el secreto del enemigo prodigaba el dinero, supo a tiempo tal resolución, porque Néstor y Filoctetes, caudillos, por otra parte, tan sabios y experimentados, no guardaban con la necesaria discreción los secretos de la empresa. Néstor, ya decaído por causa de su vejez, complaciase en demasía contando cuanto podía redundar en alabanza suya. Filoctetes era menos hablador; mas como era de un ánimo pronto, estimulándole algo se le arrancaba el secreto que se había prometido guardar. Los astutos habían hallado fácilmente la llave de su corazón para arrancarle los secretos más importantes, puesto que bastaba con irritarle; cuando así sucedía, rompía en amenazas, se mostraba impetuoso y arrebatado y se jactaba públicamente de poseer los medios seguros para el fin deseado. Y por poco que de estos medios dudase, entonces él, indiscretamente, los iba explicando, y con ello ponía de manifiesto el secreto más íntimamente guardado en el corazón. Porque no sabía guardar bien cosa alguna, como aquellos vasos preciosos, pero quebrados, por cuyas rajadas salen los más delicados licores.

Los traidores fueron sobornados por Adastro y no perdían ocasión que la flaqueza de ambos reyes les deparase. Continuamente adulaban la vanidad de Néstor, recordándole sus antiguas victorias; admiraban su previsión y jamás cansábanse de lisonjearle. Y, por otra parte, todo eran lazos tendidos al carácter incauto de Filoctetes, hablándole de las dificultades, de los contratiempos, de los peligros y de las faltas irremediables; con esto era natural que se impacientase, y entonces abandonábale la discreción y ya no era el de antes.

Telémaco, a pesar de los muchos defectos de que hemos hablado, era más discreto en la guarda de los secretos, porque se había acostumbrado en la desgracia, y la necesidad de librarse de los pretendientes de Penélope le habían acostumbrado a la prudencia. Sin mentir, sabía guardar el secreto, y aun sabía comportarse sin tener aquel aire reservado y misterioso que suelen tener las personas obligadas a guardar alguno; de modo que aparecía como si el secreto no le abrumase; siempre se le veía libre, natural y abierto, como quien lleva el corazón a flor de labios. Decía lo que podía decir sin riesgo y sabía contenerse cuando podía levantar sospechas o hacer presumir un secreto. Ni aun sus mejores amigos sabían más de lo que él creía conveniente revelarles para que se aprovecharan de sus consejos; únicamente con Mentor dejaba toda reserva. Confiábase a los demás por grados, en proporción a las prue-

bas que le habían dado de su amistad y de su sabiduría.

Telémaco observaba frecuentemente que las resoluciones de los consejos se divulgaban fácilmente por el campamento, y lo advirtió a Néstor y a Filoctetes. Mas estos hombres tan experimentados no prestaban gran atención a los saludables avisos de Telémaco. La ancianidad es indócil, porque la fuerza de la costumbre la encadena, ni hay remedio contra sus vicios. Los hombres de edad son como los árboles cuyo tronco fuerte y nudoso se vigorizó con los años y no se pueden enderezar, haciéndose inflexibles; tampoco ellos logran enderezarse, doblados como están por el peso de los hábitos que han envejecido con ellos, penetrándoles hasta la medula de los huesos. Aun cuando a veces los reconocen, ya es demasiado tarde y se duelen de ello; la tierna juventud es la única edad en que el hombre tiene verdadero poder sobre sí mismo para enmendarse.

Vivía en el campamento cierto délope llamado Eurymaco, lisonjero y entrometido, que acertaba a acomodarse a los deseos e inclinaciones de los principales, y fecundo y diestro en medios de agradarles; para él no había cosa alguna dificultosa; cuando se le pedía consejo o parecer siempre daba el más lisonjero. Alegre, burlón con los débiles, siempre condescendiente para con los temibles, hábil para tejer un elogio, grave con los graves, festivo con los festivos, nada le cos-

taba tomar cualquier forma. Desde luego más gustan éstos a los príncipes que los que, siendo sinceros y virtuosos, siempre permanecen ecuanimes, ni saben halagar las pasiones.

Eurymaco conocía la táctica guerrera; tenía capacidad para cargos gubernamentales; era un aventurero que se había agregado a Néstor, ganando su confianza; y así, no es de extrañar que lograra de Néstor, siempre vanidoso y amigo de ser adulado, cuanto le convenía saber. Aun cuando Filoctetes no se franqueaba con él, no obstante, su carácter impetuoso e impaciente facilitaba el mismo efecto que la confianza de Néstor. Eurymaco no tenía más que contradecirle e irritarle para hallar su secreto. Este hombre había recibido fuertes sumas de Adrasto para que le informase de los planes de los aliados. El rey de los daunios había enviado también al campo de los aliados a cierto número de desertores fingidos, que luego debían escaparse y retornar a su campo. Cuando Eurymaco tenía alguna noticia importante que comunicar a Adrasto, despachaba alguno de aquéllos. El engaño era difícil de descubrir, puesto que tales desertores no eran portadores de cartas, y así, aun cuando les cogieran, nada podía despertar sospechas. En semejante guisa, Eurymaco malograba los planes de los aliados. Cuando se tomaba alguna resolución, los daunios hacían lo posible para desbaratarla. Telémaco iba averiguando celosamente la causa de este hecho y excitaba a Néstor y a Filoctetes a mos-

trarse más desconfiados; pero baldío era su empeño; aquéllos estaban ciegos.

Se resolvió en consejo aguardar las tropas que ya estaban para llegar; durante la noche avanzaban secretamente cien navíos para conducir las más presto desde el punto de la difícil costa donde debían arribar hasta el paraje donde ellos acampaban. Se contaba, desde luego, con una seguridad completa, porque se habían tomado con tropas los pasos de la sierra vecina, casi inaccesible, de los Apeninos. El ejército acampaba a orillas del río Galese, muy cerca del mar. Aquella deliciosa campiña abundaba en pastos y en los frutos necesarios para alimentar al ejército. Adrasto se hallaba a espaldas de la montaña, calculándose que le sería imposible franquearla; mas como supo a tiempo que los aliados eran débiles y que se les enviaba un fuerte refuerzo; que las naves esperaban las tropas que estaban por llegar, y que el ejército se hallaba dividido por las disensiones de Telémaco y Falante, se apresuró a dar un largo rodeo; anduvo de noche y de día lo más velozmente posible, con objeto de apoderarse de las naves, pasando por caminos que se tenían por infranqueables. De este modo el arrojo y el trabajo constante superan todos los obstáculos, que no son nunca imposibles para los que saben osar y sufrir; los que se duermen, tomando lo difícil por imposible, bien merecen ser sorprendidos y acosados.

Cuando amanecía, Adrasto sorprendió las na-

ves de los aliados. Como estaban mal vigiladas y sin recelo alguno, se apoderaron de ellas sin resistencia; con ellas después transportaron muy a prisa sus tropas a las boca del Galese y pronto subieron por sus orillas. Los que estaban en los puestos avanzados del campamento por la parte del río, creyeron que aquellas eran las tropas que estaban aguardando y lanzaron los primeros gritos de alegría. Adrasto desembarcó con sus tropas antes de ser reconocido y cayeron éstas súbitamente sobre los confiados aliados, hallándoles sin orden, sin caudillo y sin armas.

La primera embestida contra el campamento dióse por la parte que ocupaban los tarentinos, mandados por Falante. Los daunios entraron con tanta furia que, sorprendida la juventud laacedemonia, no pudo resistir. Buscando sus armas se atropellaban unos y otros, en medio de la mayor confusión, cuando Adrasto ordenó pegar fuego a las tiendas. En seguida subieron las llamas, llegando hasta las nubes; el embate del incendio es como un torrente de fuego que invade la llanura, arrebatando con su ímpetu las grandes encinas, las mieses, las casas de campo, los establos y los rebaños. El viento llevaba violentamente, de tienda en tienda, el incendio, y pronto el campo asemejaba un bosque secular abrazado por el rasgo de una centella.

Antes que nadie, Falante ve el peligro; pero no puede contener el estrago. Conociendo que todos los suyos perecerán abrasados de no dejar

el campamento con gran prisa, y entendiendo, a la vez, cuán difícil era mantenerse sin orden frente a un enemigo victorioso, hace salir a su encuentro a la juventud lacedemonia medio desarmada. Adrasto no le deja respirar; por un lado, mesnadas de diestros arqueros hieren con sus flechas innumerables a la hueste de Falante; por otro lado, los honderos arrojan una granizada de piedras; Adrasto mismo, con la espada en la mano, marcha a la cabeza de los más decididos e intrépidos, persigue a la luz del incendio a las tropas fugitivas; con el cortante acero derriba a los que el fuego libertara; nada en sangre y no puede aún aplacar su sed de venganza; los leones y los tigres no le superan en furia cuando despedazan a pastores y ganados. Los soldados de Falante sucumben y el valor les abandona. La pálida muerte, guiada por una furia infernal con la cabeza erizada de sierpes, hiela en sus venas la sangre; los miembros entumecidos caen yertos; flaquean las rodillas y huye toda esperanza de poder huir.

La vergüenza y la desesperación dan fuerza y vigor a Falante, quien levanta sus manos y sus ojos hacia el cielo; ve caer a sus pies a su hermano Hipias bajo los golpes de la mano fulminante de Adrasto. Hipias, abatido, se revuelca en el suelo; sangre negra e hirviénte sale como un río de una profunda herida que le atraviesa el costado; sus ojos se obscurecen y su alma huye con la sangre. Falante, salpicado con la sangre de su propio

hermano y sin poderle asistir, vese envuelto en una nube de enemigos empeñados a su vez en derribarle; mil golpes quiebran su escudo; tiene el cuerpo cubierto de heridas; su voz no puede rehacer a sus tropas fugitivas; y no se apiadan de él los dioses que lo contemplan.

LIBRO XVII

ARGUMENTO: A la nueva de este desastre, revestido Telémaco de las armas divinas, se lanza hacia el campo, agrupa en torno suyo las tropas aliadas y dirige los movimientos con tanta sabiduría, que detiene un momento al enemigo victorioso. Y hubiese reportado una victoria completa, si una tempestad que inopinadamente vino no separase a los contendientes. Después del combate visita Telémaco a los caídos y les procura todos los consuelos de que tienen necesidad: principalmente cuida de Falante y de los funerales de Hípias, cuyas cenizas lleva él mismo a Falante, en una urna de oro.

Júpiter, rodeado de las celestes divinidades, contemplaba desde lo alto del Olimpo la carnicería de los aliados. Al mismo tiempo consultaba los inmutables hados, viendo los caudillos cuyas vidas aquel día había de cortar la tijera de las Parcas. Todos los dioses tenían fija la vista en Júpiter, con el fin de descubrir su voluntad. Mas el padre de los dioses y de los hombres dijo con voz dulce y majestuosa: «Veis el extremo a que están reducido los aliados; veis a Adrasto, que arrolla a todos sus enemigos, pues ese espectáculo es muy engañoso; la gloria y prosperidad de los malvados dura poco; el impío y fementido Adrasto no logrará completar su victoria. Este revés sucede a los aliados para enseñarlos a co-

rregirse y a guardar mejor el secreto de sus empresas. La sabia Minerva tiene dispuesta en eso una nueva gloria para el joven Telémaco, a quien cifra sus delicias». Aquí Júpiter cesó de hablar. Los dioses continuaban silenciosos observando el combate.

En tanto llegó a Néstor y a Filoctetes la noticia de que una parte del campamento estaba quemada; que las llamas, impelidas por el viento, iban cundiendo; que sus tropas se hallaban desordenadas, y que Falante no podía resistir más a los esfuerzos del enemigo. Apenas hieren sus oídos esas funestas palabras, corren ambos a las armas, juntan los capitanes, y mandan que a toda prisa salga la gente del campamento para preservarla del incendio.

Telémaco, que estaba sumido en el abatimiento y el desconsuelo, se olvida de su dolor: toma las armas, don precioso de la sabia Minerva, que, apareciéndosele con la figura de Mentor, aparentó que las había recibido de un excelente artífice de Salento, si bien las había hecho fabricar a Vulcano en las humeantes cavernas del Etna.

Eran tersas como un espejo, y brillantes como los rayos del sol. Veíase en ellas a Neptuno y a Palas disputándose la gloria de cuál pondría su nombre a una ciudad naciente. Neptuno daba en la tierra con su cetro, y se veía salir de ella un caballo impetuoso; saltábale fuego de los ojos, y la boca le arrojaba espuma, las crines flotaban a la merced del viento; las piernas, flexibles y ner-

viosas, se recogían con vigor y ligereza; no andaba, saltaba a fuerza de ijares, y con tanta velocidad que no dejaba señales de su huella: se creía oírle relinchar.

A la otra parte estaba Minerva dando a los habitantes de su nueva ciudad la oliva, fruto del árbol que había plantado; la rama de que el fruto pendía representaba la dulce paz, con la abundancia preferible a los trastornos de la guerra cuya imagen era el caballo. La diosa quedaba triunfante con sus simples y provechosos dones, y la soberbia Atenas recibía su nombre.

También se veía a Minerva juntando alrededor de sí a todas las bellas artes, representadas por tiernos niños con alas; refugiábanse éstos en torno de ella, asustados de los furores bárbaros de Marte, que todo lo destruye, como los corderillos baladores se refugian alrededor de su madre al ver al lobo hambriento, que, con las fauces abiertas y encendidas, se abalanza a ellos para devorarlos. Minerva, con rostro airado y desdeñoso, confundía por la superioridad de sus obras la loca temeridad de Aracne, que se había atrevido a disputarle la perfección en el tejido de los tapices. Se veía a esa desdichada, cuyos miembros extenuados se iban desfigurando y transformando en araña.

Por esta parte, volvía a representarse a Minerva cuando, en la guerra de los gigantes, servía al mismo Júpiter de consejera, y sostenía a los demás dioses admirados. También estaba como en las

orillas del Xanto y del Simois, con lanza y égida, llevando de la mano a Ulises, reanimando a las tropas fugitivas de los griegos, sosteniendo los esfuerzos de los más valientes caudillos troyanos y hasta del temible Héctor, y, por último, introduciendo a Ulises en la máquina fatal que debía, en una sola noche, derribar el imperio de Príamo.

Por otra parte, representaba el escudo de Ceres, en las fértiles campiñas de Etna, situadas en el centro de Sicilia, en actitud de reunir los pueblos dispersos, que buscaban la subsistencia cazando, o recogiendo las frutas silvestres que se caían de los árboles. Enseñábales a aquellos salvajes el arte de ablandar la tierra y sacar de su fecundo seno el alimento. Presentábales un arado, al cual hacía uncir bueyes. Se veía la tierra abriéndose en surcos por la reja del arado; luego se distinguían las doradas mieses que cubrían aquellos fértiles campos; el segador cortaba con la hoz los dulces frutos de la tierra, y recogía la recompensa de todas sus faenas. El hierro, destinado en otras partes a destruirlo todo, allí parecía que no se empleaba sino para facilitar la abundancia y reunir todos los placeres.

Las ninfas, coronadas de flores, bailaban en la campiña, junto a la margen de un río y una espesura; Pan tocaba la flauta, y los faunos y los sátiros, traviesos, saltaban en una esquina. Allí aparecía Baco, coronado de hiedra y apoyado con una mano en su tirso, teniendo en la otra una vid cubierta de pámpanos y racimos de uvas: belleza

afeminada con no sé qué de noble, apasionado y lánguido. Estaba representado cuando encontró a la infeliz Adriadna, sola, abandonada y llena de congoja en la playa ignota.

Por último, se veía un numeroso pueblo; ancianos que llevaban a los templos las primicias de sus frutos; jóvenes que volvían a sus esposas, cansados del trabajo del día, y a cuyo encuentro salían las mujeres con sus hijos pequeños, que llevaban de la mano, haciéndoles caricias. Veíanse también pastores que parecía que cantaban, bailando algunos al son del caramillo. Todo representaba la paz, la abundancia y las delicias; todo parecía risueño y venturoso. Hasta se veían en los prados retozar los lobos en medio de los carneros; el león y el tigre, depuesta su ferocidad, pastaban con los recentales; un zagal muy joven los guiaba, juntos y obedientes a su cayado, recordando aquella amable pintura todos los encantos de la edad de oro.

Telémaco, revestido ya de sus armas divinas, en vez de tomar el escudo propio, tomó la égida terrible que Minerva le había mandado por medio de Iris, pronta mensajera de los dioses. Sin que él lo notase, Iris le había quitado su escudo, y le había dado en su lugar aquella égida formidable aun para los dioses mismos.

En tal estado, sale del campamento para apagar el incendio; llama a su lado, con voz fuerte, a todos los caudillos del ejército, y su voz basta para reanimar a los aliados aturdidos. Los ojos

del joven guerrero centellean con un fuego divino. Se muestra siempre afable, siempre desembarazado y sereno, siempre atento al mando, como lo pudiera estar un anciano ocupado en la administración de su familia e instrucción de sus hijos. Mas él es pronto y rápido en dar órdenes; asemejaba al río impetuoso, que no solamente fluye precipitadamente sus ondas espumosas, sino que aun arrastra con su corriente a los más pesados bateles que sostiene.

Filoctetes, Néstor, los caudillos de mandurienes y demás pueblos, adivinan en el hijo de Ulises no sé decir qué autoridad que arrastra; le falta la experiencia de los años; los caudillos, no obstante, piden su consejo y sabiduría; los mismos celos, tan naturales entre los hombres, se apagan en todos los corazones; todos callan; todos admiran a Telémaco; todos se aprestan a obedecerle; nadie reflexiona, como si estuviesen acostumbrados a sus órdenes. El avanza, sube a una colina, desde donde observa la disposición de los enemigos; en seguida juzga que es preciso sorprenderles en el desorden en que están metidos, quemando el campo de los aliados. Da la vuelta, con toda diligencia, y los más experimentados caudillos le siguen. Ataca a los daunios por la espalda, cuando éstos creían que las tropas de los aliados estaban envueltas por las llamas del incendio. Esta sorpresa les perturba; caen bajo la mano de Telémaco, del mismo modo que caen las hojas en los últimos días del otoño de las flo-

restas, cuando el fiero aquilón, evocando al invierno, hace gemir los troncos de los viejos árboles y agita su ramaje... La tierra queda cubierta con los hombres que Telémaco abate. Con su dardo traspasa el corazón de Ificles, el más joven de los hijos de Adrasto; éste tuvo la osadía de presentarse a combatir con él para defender la vida de su padre, que pensaba salvar, dando muerte a Telémaco. El hijo de Ulises e Ificles eran ambos hermosos, vigorosos, llenos de osadía y de valor, de la misma talla, de la misma edad; ambos muy queridos de sus respectivos padres; más Ificles era como la flor que se abre en el campo y debe ser cortada por la hoz del segador. Luego Telémaco derriba a Euforión, el más famoso de los lidios que pasaron a la Etruria. Por último, su espada atraviesa a Cleómenes, recién casado, que tenía prometido a su esposa obsequiarla con los despojos del botín, y que no le volverá a ver.

Adrasto temblaba de coraje al ver a su hijo muerto, lo mismo que muchos de sus caudillos, y que la victoria se escapaba de sus manos. Falante, poco menos que abatido a sus pies, era como la víctima a medio degollar que se substraer del cuchillo sacrificial y huye lejos del altar. Faltábale sólo un momento a Adrasto para dar fin al lacedemonio. Falante, nadando en su propia sangre y en la de sus soldados, oye los gritos de Telémaco, que avanza en su auxilio. En este momento vuelve a éste la vida y la nube velada de sus ojos se disipa. Los daños, sintiendo este

ataque imprevisto, abandonan a Falante para oponerse a más poderosos enemigos. Adrasto es como el tigre que ve arrancar de sus garras, por los pastores, los rebaños que iba a destrozar. Telémaco le busca en medio de la confusión y quiere terminar la guerra de un golpe, librando a los aliados de su más implacable enemigo.

Pero Júpiter no quiere que el hijo de Ulises gane una victoria tan fácil y pronta; Minerva misma quiere que sufra mayores males, para mejor aprender a gobernar a los hombres. El impío Adrasto fué así conservado por el padre de los dioses, a fin de que Telémaco tuviese ocasión de adquirir glorias mayores y más virtud. Un nubarrón que Júpiter extendió en el aire, salvó a los daunios; un tronar terrible declaraba la voluntad de los dioses; hubiérase creído que las bóvedas eternas del alto Olimpo iban a derrumbarse sobre las cabezas de los mortales; los rayos hendieron el espacio del uno al otro polo; y cuando iluminaban los ojos con sus penetrantes destellos, caían sobre la tierra las tinieblas de la noche. Abundante lluvia, cayendo en aquel instante, separó definitivamente los bandos enemigos.

Adrasto aprovechó este socorro de los dioses, sin atribuirles este poder; por cuya ingratitud mereció una más terrible venganza. Se apresuró a hacer pasar a sus tropas entre el campamento medio quemado y las tierras pantanosas que se extendían hasta el río, y lo hizo con tanta industria y presteza, que esta retirada demostró clara-

mente cuál era su genio y su presencia de ánimo. Los aliados, animados por Telémaco, querían perseguirle; pero se les escapó de las manos, a la guisa que el pajarillo se escapa de las redes del cazador.

Los aliados entonces no pensaron sino en retornar al campamento a fin de reparar sus pérdidas. Y cuando entraron en el campo pudieron ver cuanto la guerra ofrece de lamentable: enfermos y heridos, faltos de fuerza para salir de sus tiendas, no habían podido huir del fuego y estaban medio quemados, dando gritos dolorosos. Telémaco sentía partírsele el corazón; no le fué posible reprimir las lágrimas; muchas veces apartó la vista lleno de horror y de compasión; no le era posible ver, sin estremecerse, aquellos cuerpos vivos condenados a una muerte lenta y cruel; parecíanles semejantes a la carne asada de las víctimas que se queman sobre los altares, cuyo olor se esparce por doquiera.

—¡Ay de mí! —gritó Telémaco—. Ved los males que la guerra produce. El furor que ciega los ojos de los mortales. Siendo escasos los días de la vida que les queda, ¿por qué son estos días tan miserables? ¿Por qué añadir más aflicciones a la amargura de que los dioses han llenado a la vida? Los hombres son hermanos y se despedazan mutuamente; menos crueles son las fieras: los leones no hacen la guerra a los leones, los tigres a los tigres; esos animales sólo acometen a los de especie diferente; únicamente el hombre, a pesar de su razón, hace lo que no hacen jamás los ani-

males que están desposeídos de ella. Además, ¿por qué estas guerras? ¿No hay en el universo sobra de tierra para que todos los hombres puedan cultivar su parte? Por una gloria falsa, por el vano título de conquistador, que le plugo al príncipe adquirir, ¿ha de haber bastante para encender estas guerras? Así, un solo hombre venido al mundo, dado al mundo por la cólera de los dioses, sacrifica brutalmente a muchos hombres a su vanidad; es preciso que todo perezca, que todo nade en sangre, que todo sea devorado por las llamas, que lo que escapa al hierro y al fuego perezca por hambre, a fin de que uno solo, que se burla de la eterna Humanidad, encuentre en la destrucción general su placer y su gloria. ¡Qué gloria más monstruosa! ¿No merecen ser aborrecidos y menospreciados de los hombres que así se olvidan de la Humanidad? No, no; bien lejos de ser semidioses, no llegan a ser ni hombres; deben ser por esto execración de los siglos en que ellos quieren ser admirados. ¡Oh, qué circunspectos deben ser los reyes antes de empeñarse en una guerra! Han de ser justas; pero no es así; y es preciso que lo sean para el bien general. La sangre de un pueblo no debe malograrse si no es para salvar al pueblo entero, en una extrema necesidad. Mas los consejeros aduladores, las falsas ideas de la gloria, los celos vanos, la avidez injusta que se cubre con hermosos pretextos, y, en fin, los compromisos insensiblemente contraídos, arrastran con frecuencia a los reyes a guerras en las que se halla la desgracia, en que sin

ser preciso todo se arriesga y en que se hace tanto mal a los enemigos como a sus propios pueblos.

Así discurría Telémaco.

Pero no se contentaba con deplorar los males de la guerra; también quería endulzarlos. Por esto se le veía ir a las tiendas para socorrer por sí mismo a los enfermos y moribundos, dándoles dinero y remedios, consolando y dándoles valor con sus amistosos discursos, y mandando visitar a los que no podía ver personalmente.

Entre los cretenses que habían ido con él había dos ancianos, llamados Traumáfilo y Nosófugo. El primero había estado con Idomeneo en el sitio de Troya y había aprendido de los hijos de Esculapio el arte de curar las llagas. Derramaba en las heridas más hondas y enconadas cierto licor odorífero que consumía las carnes muertas y corrompidas, sin necesidad de cortarlas, y formaba prontamente carnes nuevas, más sanas y hermosas que las primeras.

En cuanto a Nosófugo, no conoció a los hijos de Esculapio; pero había recibido por medio de Merion un libro sagrado y misterioso que Esculapio había dejado a sus hijos. Nosófugo era amigo de los dioses, había compuesto himnos en honor de los hijos de Latona y todos los días ofrecía a Apolo el sacrificio de un cordero blanco y sin tara; Apolo muchas veces le inspiraba. En cuanto veía un enfermo, conocía por sus ojos, el color de su piel, la complexión del cuerpo y la respiración,

la causa de la enfermedad. Unas veces daba remedios que hacían sudar, demostrando cómo el buen éxito de la transpiración disminuía o facilitada, descompone o restablece el organismo. Otras veces, para los síntomas de descomposición, daba ciertos brebajes que fortificaban poco a poco las partes nobles y, endulzando la sangre, rejuvenecían. Sin embargo, aseguraba que la falta de virtud y de valor es la causa de que tantas veces los hombres tienen necesidad de remedios.

—Es una vergüenza—decía— para los hombres que existan tantas enfermedades. Las buenas costumbres mantienen la salud. La intemperancia cambia en pasiones mortales los alimentos encargados de sostener la vida. Los placeres tomados sin moderación acortan más la vida del hombre que pueden alargarlos las medicinas. Los pobres padecen menos enfermedades que los ricos por abusos de la comida. Las viandas que halagan demasiado al paladar y que hacen comer más de lo necesario, en lugar de sustentar, envenenan. Los mismos remedios son verdaderos males cuando extenuan la naturaleza y sólo se deben usar en casos urgentes. El principal remedio para ser siempre inocente y útil, es la sobriedad, la templanza en los placeres, la tranquilidad del ánimo y el ejercicio corporal. Por tales medios la sangre se cría pura y benigna y se disipan los humores superfluos.

Por esto, el sabio Nosófugo era menos admirable por sus medicaciones que por el régimen que re-

comendaba y que hacía preservar de los males, haciendo innecesarios los remedios.

Telémaco envió a estos dos hombres a visitar a los enfermos y heridos del ejército. A muchos curaron con sus remedios, y a los más con el cuidado de dárselos a tiempo, procurando que se les tuviera aseados, impidiendo con la limpieza que el aire se corrompiera, y haciéndoles observar una sobriedad rigurosa durante la convalecencia.

Los soldados, agradecidos a tanto esmero, agradecían a los dioses por haberles enviado a Telémaco.

—No es éste un hombre —decían—; sin duda, es una divinidad en figura de hombre. Al menos, si es que es un hombre, es parecido a los dioses mucho más que los otros. No está en la tierra más que para obrar el bien y es más estimable aún por su afabilidad y virtud que por su valor. ¡Oh, si pudiéramos tenerle por rey! Mas los dioses le destinan para otro pueblo que aman y en el cual quieren renovar el siglo de oro.

Telémaco, cuando llegaba la noche, hacía la ronda, visitando los cuarteles del campamento, con el fin de evitar los ardidés de Adrasto; oía los elogios que de él se hacían y que no eran sospechosos de lisonja, como los que suelen oír los príncipes, suponiendo que no tienen modestia ni delicadeza bastante, y que basta alabarlos sin miramientos para ganarse su simpatía. Al hijo de Ulises sólo le agradaba la verdad, ni consentía otras alabanzas que las que le daban en secreto

y lejos de él, después de haberlas merecido. Su corazón no era insensible; sentía ese deleite puro y suave con que los dioses ungen la virtud y que los perversos, no habiéndolo probado, no pueden imaginar ni creer. Pero no se entregaba a este placer, porque de repente le venían a la memoria cuantas faltas había cometido; no echaba en olvido su natural altivez y su indiferencia hacia la Humanidad y se avergonzaba interiormente de ser tan duro y parecer tan humano. Así, volvía a la sabia Minerva toda la gloria que le daba y reputaba inmerecida.

—Vos sois —decía—, ¡oh gran diosa!, quien me habéis dado a Mentor para instruirme y corregir mi perversa índole; vos sois quien me dais la sabiduría para aprovecharme de mis faltas desconfiando de mí mismo. Vos sois quien contiene mis pasiones impetuosas; quien me hace gozar del placer de atender a los desgraciados; sin vos me vería aborrecido y sería digno de serlo; sin vos cometería irreparables faltas; sería como un niño que, desconociendo su flaqueza, deja a la madre y cae al primer paso que da.

Néstor y Filoctetes maravillábanse viendo a Telémaco tan afable y tan atento a captarse la voluntad de los hombres, tan obsequioso, pronto e ingenioso para prevenir las necesidades, de modo que reconocían en él a un hombre nuevo. Lo que más les sorprendió fué la parte activa que tomó en los funerales de Hípias; con sus propias manos retiró su cuerpo ensangrentado y desfigurado del

montón de cadáveres en que estaba echado; y sobre aquél vertió llanto abundante, diciendo:

—¡Oh, gran sombra; tú sabes bien cuánto estimé tu valor! Es cierto que tu fiereza me tuvo irritado; mas tus defectos provenían de tu ardiente juventud; y sé bien que en esta edad han de perdonarse los defectos. Sé cierto que hubiésemos sido amigos sinceros. Yo, por mi parte, no tenía razón. ¡Oh dioses! ¿Por qué me lo habéis quitado antes de que le hubiera podido obligar a amarme?

Luego Telémaco hizo lavar el cuerpo con licores odoríferos; después, por orden suya, preparóse la pira. Los grandes pinos, gimiendo bajo el golpe de las hachas, caen con estrépito desde lo alto de la montaña; las encinas, hijas seculares de la tierra, que parecen amenazar el cielo; los altos olmos; las hayas, cuyas cabezas tan verdes muéstranse adornadas de follaje, siendo la honra de las florestas, llegando hasta los bordes del río Galese... Allí se levanta una ordenada pira, que bien parece un gran bastimento; y las llamas comienzan a crepitar, y un torbellino de humo sube hasta el cielo.

Los lacedemonios se adelantan, con paso lento y lúgubre, con las picas vueltas y la vista baja; en sus rostros adustos se retrata el dolor más amargo; las lágrimas corren abundantemente de sus ojos. Seguíalos Ferécides, a quien más que el peso de los muchos años agobiaba la pena de sobrevivir a Hípias, criado por él desde la infancia.

Levantaba al cielo las manos y los ojos anegados en llanto. Desde la muerte de Hippias no había consentido tomar alimento alguno: el dulce sueño no había podido cerrar sus párpados, ni suspender un instante su agudo pesar: iba con pasos trémulos siguiendo al acompañamiento, sin saber adónde se encaminaba. No salía una palabra de su boca, porque su corazón estaba demasiado oprimido; y aquel silencio era el de la desesperación y del abatimiento; pero cuando vió la hoguera encendida, se enfureció de repente y exclamó:

—¡Oh, Hippias, Hippias, ya no volveré a verte! ¡Hippias no existe y yo vivo todavía! ¡Oh, mi querido Hippias, yo he sido el cruel, yo el feroz, que te ha enseñado a despreciar la muerte; yo creía que tus manos cerrarían mis ojos, y que tú recibirías mi último suspiro! ¡Oh, dioses crueles, habéis prolongado mi vida para que viera el fin de la de Hippias! ¡Oh, hijo querido que yo he criado, y que me has costado tantos afanes, ya no te veré más! Pero veré a tu madre, que morirá de tristeza, echándome en rostro tu muerte; veré a tu tierna esposa, maltratándose el pecho y arrancándose los cabellos, ¡y yo habré sido la causa! ¡Oh, sombra amada, llámame a las orillas de la Estigia; la luz me es odiosa; tú solo, mi querido Hippias, eres a quien yo quiero ver. ¡Hippias! ¡Hippias! ¡Hippias mío! Yo no vivo sino para cumplir con el último deber que me imponen tus cenizas.

Entretanto, el cadáver del joven Hippias fué puesto en un féretro cubierto de púrpura, oro y

plata. La muerte había apagado sus ojos, pero no había podido borrar su hermosura, y en su rostro pálido se distinguían las gracias; se veía su hermosa cabeza sobre un cuello más blanco que la nieve, aunque inclinada sobre el hombro; la larga cabellera negra, más hermosa que la de Atis o Ganimedes, que se iba a convertir en ceniza; en el costado se descubría la profunda herida por donde había perdido toda la sangre, haciéndole bajar al tenebroso reino de Plutón.

Telémaco iba triste y abatido detrás del féretro, echándole flores. Cuando llegaron a la pira, el hijo de Ulises no pudo ver que la llama penetrase en las ropas que envolvían el cadáver sin derramar lágrimas de nuevo.

—¡Adiós —dijo—, magnánimo Hippias! Ya que no me atrevo a llamarte amigo, aplácate. ¡Oh, sombra, que tanta gloria has merecido! Si no te amara, envidiaría tu felicidad; tú te has libertado de las miserias que todavía nos abruman a nosotros, y has salido de ellas por el camino más glorioso. ¡Ojalá me sea dado acabar como tú! ¡Que la Estigia no detenga tu sombra! ¡Que los Campos Elíseos se te abran! ¡Que la fama conserve tu nombre por todos los siglos y que tus cenizas descansen en paz!

Apenas hubo dicho estas palabras, cortadas por sollozos, cuando el ejército entero lanzó un grito; mucha aflicción excitaba Hippias, cuyas grandes hazañas se referían, no recordando, con el dolor de su muerte, si no sus buenas prendas, y olvi-

dando los defectos que le habían hecho contraer el ímpetu de su juventud y una mala educación. Pero aún conmovían más los tiernos sentimientos de Telémaco.

—¿Es ése —decían— aquel joven griego altivo, tan impetuoso, tan intratable? ¡Qué dulce se ha vuelto, qué humano, qué afable! Sin duda, Minerva, que ha amado tanto a su padre, le ama también a él; sin duda le ha colmado de los más preciosos dones, dándole con la sabiduría un corazón sensible a la amistad.

El cuerpo fué consumido por las llamas. El mismo Telémaco regó sus cenizas, todavía humeantes, con agua de olor; púsolas luego en una urna de oro, que coronó de flores, y la llevó a Falante. Estaba éste acostado, cubierto de heridas, y en su extrema debilidad se veía en el tenebroso umbral de los infiernos.

Asistíanle Traumáfilo y Nosófugo, enviados por Telémaco, todos los socorros de su arte; iba poco a poco recobrando el alma, pronta a fugarse; le reanimaban nuevas fuerzas insensiblemente; un vigor suave y penetrante, bálsamo de vida, se deslizaba por sus venas hasta el corazón y le arrancaba a las manos heladas de la muerte un calor agradable. En aquel momento, habiendo cesado el desmayo y seguidole el dolor, comenzó a sentir la pérdida de su hermano, que hasta entonces no había estado en situación de sentir.

—¡Ay de mí! —decía—. ¿Por qué se esmeran con tanto afán en hacerme vivir? ¿No valdría más

para mí morir y acompañar a mi querido Hípías? Yo le he visto perecer junto a mí. ¡Oh, Hípías, delicia de mi vida, hermano mío, mi querido hermano, tú no existes! ¡Y no podré ya verte, ni oírte, ni abrazarte, ni contarte mis penas, ni consolarte en las tuyas! ¡Oh, dioses enemigos de los hombres! ¡No hay para mí más Hípías! ¿Es posible? ¡Qué! ¿No es un sueño? No, no es sino muy verdad. ¡Oh, Hípías, te he perdido; yo te he visto morir, y es menester que yo viva tanto por lo menos cuanto sea necesario para vengarte: quiero inmolar a tus manes al cruel Adrasto teñido con tu sangre!

Mientras hablaba, procuraban mitigar su dolor los dos hombres divinos, temiendo que el mal se acrecentara y se frustrase el efecto de los remedios. En esto, ve a Telémaco, que se presenta delante de él. El primer ímpetu de su corazón se dividió en dos pasiones contrarias: conservaba cierto resentimiento de lo que había pasado entre Telémaco e Hípías, y el dolor de la pérdida de Hípías le enconaba todavía más; por otra parte, no podía ignorar que le debía la vida a Telémaco, el cual le había sacado sangriento y medio muerto de las manos de Adrasto. Pero cuando reparó en la urna de oro en que estaban encerradas las cenizas tan queridas de Hípías, rompió en un torrente de lágrimas, y al instante abrazó a Telémaco, sin poder hablarle, hasta que al cabo le dijo, con voz lánguida e interrumpida con los sollozos:

—Digno hijo de Ulises: vuestra virtud me obli-

ga a amaros; os debo este resto de vida que va a extinguirse; pero aún os debo algo que es mucho más caro. Sin vos, el cuerpo de mi hermano habría sido pasto de los buitres; sin vos, su sombra, privada de sepultura, erraría desgraciadamente por las orillas de la Estigia, siempre repelida por el inexorable Caronte. ¿He de deberle tanto a quien tanto he aborrecido? ¡Oh, dioses, premiadle, y libradme a mí de una vida tan infeliz! Y vos, Telémaco, para que nada falte a vuestra gloria, haced mis exequias como habéis hecho las de mi hermano.

Después quedó Falante extenuado y abatido por el dolor. Telémaco se mantuvo junto a él, sin atreverse a hablar, aguardando a que recobrara sus fuerzas. No tardó en volver de su desmayo, y entonces, tomando la urna de las manos de Telémaco, la besó muchas veces, la inundó de lágrimas y dijo:

—¡Oh, queridas, oh, preciosas cenizas, ¿cuándo se encerrarán aquí con vosotras las mías? Hípias, yo te sigo a los infiernos: Telémaco nos vengará a los dos.

Entretanto, el mal de Falante disminuía diariamente con los cuidados de los dos hombres que poseían la ciencia de Esculapio. Telémaco no los dejaba, estando casi siempre al lado del enfermo, a fin de estimularlos y adelantar la cura; y todo el ejército admiraba más la bondad con que asistía a su mayor enemigo que el valor y prudencia que había demostrado en la batalla, salvando a los aliados.

Al mismo tiempo, Telémaco se mostraba infatigable en los trabajos más rudos de la guerra: dormía poco, y le interrumpían el sueño las frecuentes noticias que a todas las horas del día y de la noche recibía, o la ronda de los cuarteles del campamento, que jamás hacía a las mismas horas dos veces seguidas, a fin de sorprender mejor a los menos vigilantes. Solía volver a su tienda cubierto de sudor y de polvo; su alimento era simple, porque vivía como los soldados, para darles ejemplo de sobriedad y de paciencia. Teniendo el ejército en el campamento pocos víveres, juzgó necesario cortar las murmuraciones de la tropa tomando voluntariamente parte en sus privaciones e incomodidades. Con tan penosa vida, lejos de debilitarse, se robustecía más y más su cuerpo; comenzaba a perder las gracias delicadas que son como la flor de la primera juventud, la tez se le ponía más morena y menos suave y sus miembros perdían en blancura y ganaban en fortaleza.

LIBRO XVIII

ARGUMENTO: Varios sueños persuaden a Telémaco que su padre Ulises ya no existe en la tierra; y ejecuta el designio que tenía preconcebido desde largo tiempo de buscarlo en los infiernos. Se ausenta del campo durante la noche, llegando a la famosa caverna Aquerontia; se introduce valerosamente en ella, llegando a las riberas de la Estigia, donde Caronte le recibe en su barca; se presenta a Plutón, quien le da su permiso para que busque a su padre en los infiernos; atraviesa el Tártaro, donde ve los tormentos que sufren los ingratos, los perjuros, los impíos, los hipócritas y, sobre todo, los malos reyes.

Entretanto, Adrasto, cuyas tropas se habían debilitado considerablemente en el combate, se había retirado detrás de la montaña de Aulon, guardando varios refuerzos para tentar de nuevo la sorpresa de los aliados; era semejante a un león hambriento que, ahuyentado, se recoge en las oscuras selvas y gana su caverna, en donde afila los dientes y las garras, acechando el momento favorable para despedazar los rebaños.

Telémaco tuvo cuidado de establecer una disciplina severa en el campo y no se ocupó más que de un pensamiento que había concebido y que ocultó a todos los caudillos del ejército. Mucho tiempo le agitaban todas las noches ensueños que le representaban a su padre Ulises. Su ima-

gen querida se le aparecía siempre hacia el fin de la noche, antes que la aurora saliera a despedir del cielo, con sus nacientes destellos, las inconstantes estrellas, y de la faz de la tierra el dulce sueño con sus vagarosas visiones. Ora creía ver a Ulises desnudo, en una isla afortunada, a orillas de un río, en una pradera esmaltada de flores, y rodeado de ninfas, que le echaban ropas para que se cubriera; ora se imaginaba oírlo hablar de un palacio resplandeciente de oro y marfil, en donde le estaban escuchando con deleite y admiración hombres coronados de flores. Otras veces solía aparecérsese de repente en festines, donde el júbilo brillaba en medio de las delicias, y donde se oían tiernos acentos acompañados de una lira más dulce que la lira de Apolo y las voces de todas las musas.

Telémaco, al despertarse, no podía dejar de entristecerse de aquellos tan agradables sueños.

—¡Oh, padre mío! —exclamaba—. ¡Oh, mi amado padre Ulises! Otros sueños espantosos me serían más dulces. Esas imágenes de felicidad me dan a entender que habéis bajado ya a la mansión de las almas bienaventuradas que los dioses remuneran de sus virtudes con una tranquilidad eterna. Me parece que veo los Campos Elíseos. ¡Oh! ¡Qué cruel es no tener esperanza! ¡Qué! ¿Nunca he de volver a veros, oh mi querido padre? ¿Nunca he de volver a abrazar a quien tanto me amaba, y a quien con tantos trabajos he buscado? ¿Nunca volveré a oír hablar aquella

boca de donde manaba la sabiduría? ¡Nunca más besaré aquellas manos queridas, aquellas manos victoriosas que han derribado a tantos enemigos? ¡Ya no castigarán a los insensatos pretendientes de Penélope, y nunca se levantará Itaca de su ruina! ¡Oh, dioses enemigos de mi padre, vosotros me enviáis estos siniestros sueños para arrebatarme a mi corazón toda esperanza; eso es arrancarme la vida! No; no puedo vivir en semejante incertidumbre. ¡Qué digo? ¡Ay de mí! Harto seguro estoy de que mi padre no existe. Voy a buscar su sombra hasta los infiernos. Teseo ha podido bajar; Teseo, el impío, que iba a ultrajar las divinidades infernales, y yo voy guiado de la piedad. Hércules ha descendido también; yo no soy Hércules, pero es bello atreverme a imitarle. Orfeo ha conseguido conmover con la relación de sus desgracias el corazón de ese dios que pintan como inexorable, alcanzando que le devolviese a Eurídice para traerla de nuevo a la vida. Yo soy más digno de compasión que Orfeo, porque mi pérdida es mayor. ¡Quién podrá comparar una joven semejante a todas las demás con el sabio Ulises, admirado de la Grecia entera? Vamos; muramos, si es menester. ¡Por qué se ha de temer la guadaña cuando se padece tanto en la vida? ¡Oh, Plutón! ¡Oh, Proserpina! Presto sabré si sois tan despiadados como se dice. ¡Oh, padre mío, después de haber recorrido en vano los mares y la tierra en busca vuestra, quiero ver si estáis en las lóbregas moradas de los muertos! Si los dioses

me niegan poseeros en la tierra y a luz del sol, quizá no me negarán ver, a lo menos, tu sombra en el reino de la noche.

Hablando así, Telémaco regaba el lecho con sus lágrimas y se levantaba procurando con la luz mitigar el punzante dolor que tales sueños le causaban; pero eran como una flecha clavada en el corazón, y la llevaba por todas partes consigo. En ese estado de angustia emprendió la bajada a los infiernos por un sitio famoso, que no estaba muy distante del campo. Llamábase Aqueron-tia, a causa de la espantosa caverna que allí había, por la cual se bajaba a la orilla del Aqueronte, que los mismos dioses temen invocar en sus juramentos. La población estaba sobre una roca, edificada como un nido puesto encima de un árbol; la caverna se encontraba a lo alto de la roca, y los tímidos mortales no se atrevían a llegar, cuidando los pastores de apartar de allí a sus ganados. El vapor azufrado de la laguna Estigia, que exhalaba continuamente aquella abertura, infectaba el aire. Alrededor no crecían ni flores ni hierba; no se sentían los dulces céfiros, ni las gracias tempranas de la primavera, ni los opimos dones del otoño; la tierra, árida siempre, desfallecía allí; sólo se encontraban algunos arbustos deshojados y tal cual fúnebre ciprés. Aun a lo lejos, en todo el contorno, negaba Ceres sus doradas mieses al labrador. Baco parecía que olvidaba las vanas promesas de sus dulces frutos: los racimos de uvas se secaban, en vez de madurar.

Las tristes náyades no hacían correr un raudal puro; sus ondas eran siempre amargas y turbias. Las aves no cantaban jamás en aquella tierra, cubierta de abrojos y espinas, sin una enramada adonde pudieran retirarse, e iban a cantar sus amores bajo un cielo más benigno. Allí no se oía más que el graznido del cuervo, y la voz lúgubre de los buhos: hasta la hierba era amarga, y los rebaños que la pacían no experimentaban la dulce alegría que les hace retozar. El toro huía de la becerra, y el pastor, sumido en la melancolía, olvidaba la zampoña y la flauta.

De aquella caverna salía de tiempo en tiempo un humo negro que formaba una especie de noche en mitad del día. Entonces, los pueblos comarcanos aumentaban sus sacrificios para aplacar a las divinidades infernales; pero las únicas víctimas que esas crueles divinidades se complacían en inmolar por medio de un funesto contagio, eran por lo común hombres en la flor de la edad o en su más temprana juventud.

Allí fué donde Telémaco se propuso descubrir el camino de la morada obscura de Plutón. Minerva, que velaba por él constantemente y le protegía con su égida, le había procurado el favor de este dios. El mismo Júpiter, a ruegos de Minerva, y por conducto de Mercurio, que todos los días baja a los infiernos a entregar a Caronte cierto número de muertos, había mandado decir al rey de las sombras que dejara entrar en su imperio al hijo de Ulises.

Huye Telémaco del campo durante la noche; camina con la claridad de la luna e invoca esta poderosa deidad, que, siendo en el cielo el astro resplandeciente de la noche, y en la tierra la casta Diana, es en los infiernos la formidable Hécate. Acogió propicia esta divinidad sus votos, porque su corazón era puro y le llevaba el amor piadoso que debe un hijo a su padre. Apenas se acercó a la entrada de la caverna, sintió rugir el imperio subterráneo. Temblaba la tierra bajo sus pies; el cielo se armó de rayos y centellas que parecía que caían sobre la tierra. El hijo de Ulises se conmovió; cubriósele todo el cuerpo de helado sudor; pero su valor le sostuvo, alzó los ojos y las manos al cielo, y exclamó:

—Excelsos dioses, yo acepto estos presagios, que tengo por felices; acabad vuestra obra.

Y, acelerando el paso, se presenta con denuedo en la entrada.

Con esto se disipó el humo espeso que hacía tan funesta para todos los animales la entrada de la caverna; el olor nauseabundo cesó un rato. Telémaco entró solo, porque ¿qué mortal se hubiera atrevido a seguirle? Dos cretenses que le habían acompañado hasta cierta distancia de la caverna, y a los cuales había confiado su designio, se quedaron temblando y medio muertos, en un templo harto lejos, haciendo votos, aunque con poca esperanza, de volver a ver a Telémaco.

En tanto, el hijo de Ulises, con la espada en la mano, penetra en aquellas horribles tinieblas.

No tarda en distinguir un reflejo débil y siniestro, como el que se ve durante la noche en la tierra; divisa las ligeras sombras que vuelan alrededor suyo, y las aparta con la espada; luego descubre las tristes márgenes del pantanoso río, cuyas aguas encenagadas y muertas no hacen más que revolverse. En la orilla encuentra a una multitud innumerable de muertos privados de sepultura, que se presentan en vano al despiadado Caronte. Este dios, cuya vejez eterna es siempre melancólica y enojada, si bien vigorosísima, las amenaza, las repele y recibe en su barca sin demora al joven griego. Al entrar, Telémaco oye los gemidos de una sombra que no podía consolarse.

—¿Cuál es —le dijo— vuestra desgracia? ¿Quién erais en la tierra?

La sombra le respondió:

—Yo era Nabofarzanes, rey de la soberbia Babilonia; todos los pueblos de Oriente temblaban al solo evocar de mi nombre; hacía que me adorasen los babilonios en un templo de mármol, donde estaba representado por una estatua de oro, ante la cual quemaban día y noche los más ricos perfumes de Etiopía; nadie se atrevió jamás a contradecirme sin ser al punto castigado; se inventaban todos los días nuevos placeres para hacerme la vida más deliciosa. Todavía era yo joven y robusto, ¡ay de mí! ¡Cuánta prosperidad no me quedaba que disfrutar aún en el trono! Pero una mujer a quien amaba, sin ser amado de ella, me ha hecho conocer que yo no era dios: me ha enve-

nenado, y ya nada soy. Ayer se depositaron con pompa mis cenizas en una urna de oro; hubo llanto, se mesaron los cabellos, se aparentó querer arrojar a las llamas de mi hoguera para morir conmigo, todavía van a gemir al pie del soberbio sepulcro en donde yacen mis cenizas; pero nadie siente mi muerte, mi memoria es aborrecida hasta de mi misma familia, y aquí abajo padezco desde ahora tratamientos horribles.

Telémaco, enternecido con aquel espectáculo, le dijo:

—¿Erais verdaderamente feliz durante vuestro reinado? ¿Gozabais de esa dulce paz sin la cual se queda oprimido y lánguido el corazón en medio de los deleites?

—No —respondió el babilonio—; ni aun entiendo lo que queréis decir. Los sabios ponderan esa paz como el único bien; por mi parte, nunca la he sentido: mi corazón estaba agitado continuamente por nuevos deseos, por el temor y la esperanza. Procuraba aturdirme a mí mismo con el trastorno de mis pasiones; cuidábame mucho de alimentar aquella embriaguez para que jamás se acabara, porque el intervalo más corto de razón tranquila me habría sido demasiado amargo. He ahí la paz que yo he gozado; cualquiera otra se me antoja fábula y ensueño; he ahí los bienes cuya pérdida me aflige.

Lloraba el babilonio, hablando así, como un cobarde estragado por la prosperidad, que no ha tenido costumbre de soportar el infortunio. A su

lado tenía varios esclavos que habían sido sacrificados para aumentar la pompa de sus exequias. Mercurio se los había entregado a Caronte con su rey, dándoles a ellos un poder absoluto sobre aquel mismo rey a quien habían servido en la tierra. Sus sombras no temían a la sombra de Nabofarzanes; sujetábanla con cadenas, y le hacían las más crueles indignidades. Una le decía:

—¿No éramos nosotros hombres como tú? ¿Cómo llevabas la locura de creerte dios? ¿Y no debías haberte acordado de que eras de la especie de los demás hombres?

Otra decía, para insultarle:

—Razón tenías de no querer que te miraran como a hombre, porque eres un monstruo sin humanidad.

Decíale otra:

—Y ¿en dónde están ahora tus aduladores? Ya no tienes qué dar, ¡miserable!, ya no puedes hacer daño; héte aquí convertido en esclavo de tus esclavos mismos; los dioses tardan en castigar, pero, al fin, castigan.

A tan duras palabras, Nabofarzanes se arrojaba de cara al suelo, mesándose los cabellos en un acceso de furor y desesperación.

Mas Caronte decía a los esclavos:

—Tiradle de la cadena; levantadle a su despecho; no ha de tener siquiera el consuelo de ocultar su vergüenza; es preciso que la vean las sombras todas de la Estigia, para que aparezca la justicia de los dioses, que han permitido tanto tiem-

po que ese impío reinara en el mundo. Esto aún no es, ¡oh babilonio!, sino el principio de tus tormentos; prepárate a ser juzgado por el inflexible Minos, juez de los infiernos.

Con el discurso del terrible Caronte, estaba ya la barca tocando a la orilla del imperio de Plutón: todas las sombras corrían a ver al mortal que en la barca aparecía vivo entre los muertos; pero en cuanto Telémaco pisó la ribera, huyeron todas, como las tinieblas de la noche que los primeros crepúsculos ahuyentan. Caronte, poniendo al joven griego una frente menos ceñuda y ojos menos torvos de lo que muestra habitualmente, le dijo:

—Mortal amado de los dioses, pues te es dado entrar en el reino de la noche, inaccesible a los demás vivientes, apresúrate a ir adonde los hados te llaman: ve por ese oscuro camino al palacio de Plutón, que hallarás en su trono, y te permitirá que entres en los lugares cuyo secreto me está vedado revelarte.

Telémaco se adelanta con pasos presurosos; ve por todas partes volar las sombras, más numerosas que los granos de arena que cubren las playas del mar, y en medio de la agitación de aquella multitud infinita, siente un horror santo en el silencio profundo de tan vastas regiones. El cabello se le eriza cuando llega a la negra morada de Plutón; siente que le flaquean las rodillas, le falta la voz y apenas puede pronunciar estas palabras dirigidas al dios:

—¡Estáis viendo, ¡oh terrible divinidad!, al hijo

del malhadado Ulises; vengo a preguntaros si mi padre ha descendido a vuestro imperio, o si todavía está errante sobre la tierra.

Plutón estaba en un trono de ébano; su rostro era pálido y severo; sus ojos, hundidos y centelleantes; su frente, ceñuda y amenazadora. Erase odiosa la vista de un hombre vivo, del mismo modo que es ofensiva la luz para los ojos de los animales que no acostumbran a salir de sus guaridas sino durante la noche. A su lado tenía su asiento Proserpina, que era la que únicamente atraía sus miradas, y al parecer dulcificaba un poco su corazón; gozaba la diosa de una juventud siempre florida; pero parecía que a sus gracias divinas iban unguadas la dureza y crueldad de su esposo.

Al pie del trono yacía la Muerte, pálida y voraz, con su cortante guadaña, que no paraba en afilar. Rodeábanla los negros Cuidados, las Desconfianzas crueles, la Venganza destilando sangre y cubierta de heridas, los Odios injustos, la Avaricia, que se roe a sí misma; la Desesperación, despedazándose con sus propias manos; la furiosa Ambición, que todo lo trastorna; la Traición, que quiere alimentarse de sangre, sin poder gozar de los males que causa; la Envidia, que vierte su mortal veneno alrededor de sí, y se convierte en rabia cuando no puede hacer daño; la Impiedad, que se abre en el insondable abismo en donde se precipita sin esperanza; los espectros horribles; las fantasmas que representan a los muertos para asustar a los vivos; los sueños espantosos,

los insomnios tan crueles como los ensueños tristes: todas esas imágenes funestas cercaban al soberbio Plutón y llenaban el alcázar que habita.

Respondió a Telémaco en voz baja, gimiendo las hondas entrañas del Erebo a su voz:

—Joven mortal: los hados te han hecho violar este sagrado asilo de las sombras; sigue tu alto destino; yo no te diré en dónde está tu padre, mas puedes buscarle. Supuesto que ha sido rey en la tierra, no tienes más que recorrer por un lado el negro Tártaro, donde los malos reyes son castigados, y por otro los Campos Elíseos, en donde los buenos son recompensados. Pero no puedes ir desde aquí a los Campos Elíseos sino pasando por el Tártaro; apresúrate a ir allá, y a salir de mi imperio.

Telémaco corre que vuela por aquellos espacios vacíos e inmensos: tan tarde se le hacía ver a su padre y alejarse de la horrorosa presencia del tirano temido de los vivos y de los muertos. Pronto ve cerca el negro Tártaro, de donde salía un humo negro y espeso, cuyo hedor pestilente mataría a los vivientes si se percibiera en su morada; el humo cubría un río de fuego, y torbellinos de llamas, cuyo estruendo, semejante al de los más impetuosos torrentes cuando se despeñan desde las altas rocas al fondo de los abismos, hacía que no se distinguiera lo que se oía en aquel triste lugar.

Telémaco, animado interiormente por Minerva, entra sin temor en el volcán. Lo que primero ve

es una multitud de hombres que habían vivido en las más humildes condiciones, y que eran castigados por haber buscado las riquezas con fraudes, alevosías y crueldades. Allí distinguió a muchos hipócritas impíos, que, con la máscara de amor a la religión, se habían servido de ella como de un buen pretexto para satisfacer su ambición, burlándose de los crédulos: los que así habían abusado de la virtud misma, si bien es el mayor don de los dioses, eran castigados como los más perversos de todos los hombres. Los hijos que habían degollado a sus padres, las esposas que se habían teñido las manos con la sangre de sus esposos, los traidores que habían entregado su patria al enemigo violando todos los juramentos, padecían penas menos crueles que aquellos hipócritas. Los tres jueces de los infiernos lo habían dispuesto de esa manera, y he aquí sus razones: porque semejantes hipócritas no se contentan con ser malos, como los demás impíos, sino que, además, quieren pasar por buenos, y con su mentida virtud son causa de que los hombres no se atrevan a fiarse de la verdadera. Los dioses, de quienes se han burlado y a quienes han atraído el desprecio de los hombres, se complacen en emplear todo su poder para vengarse de tal insulto.

Cerca de esos aparecían otros hombres no tenidos del vulgo por culpados y perseguidos sin piedad por la divina venganza, a saber: los ingratos, los mentirosos, los aduladores, que han alabado al vicio; los críticos malignos, que han procura-

do mancillar la virtud más pura; en fin, los que han juzgado temerariamente de las cosas por las apariencias, y han perjudicado de ese modo a la reputación de los inocentes. Pero la más castigada de todas las ingratitudes, y sin duda la más negra, era la tenida para con los dioses...

—¡Qué! —decía Minos—. Pasa por monstruo quien no agradece al padre o al amigo los beneficios que de ellos recibiera y se gloria de ingratitud hacia los dioses, de quienes recibe la vida y todos sus bienes. ¿No les debe, por ventura, el nacimiento, mejor aún que a sus propios padres?

Estos crímenes son los menos castigados e impunes entre los hombres y por ende son más castigados en el infierno, siendo objeto de una terrible venganza, de la cual nadie escapa.

Telémaco, viendo los tres jueces que estaban sentenciando a un hombre, se atrevió a preguntar qué crímenes había cometido. Con esto el mismo condenado tomó la palabra, confesando:

—Yo no he hecho mal alguno, más aún, tuve mi mayor placer obrando el bien; fui munífico, liberal, justo, compasivo. ¿Qué se me puede reprochar?

A lo cual Minos contestó:

—Nada se te reprocha relativo a tus relaciones con los hombres; pero ¿no debías más a los dioses que a los hombres? Entonces, ¿de qué justicia te glorias? No has faltado a los hombres, que nada son; has sido virtuoso en este respecto; mas los dioses, que lo han hecho todo han sido continua-

mente olvidados de ti; por esto ellos te olvidarán, abandonándote a ti mismo, ya que has querido ser tuyo y no suyo. Busca, si es posible, consuelo para tu corazón. Ahora estás separado de los hombres a quienes quisiste agradar; ahora estás solo con tu ídolo; sepas que no hay virtud verdadera sin la veneración y el amor a los dioses a quienes todo bien se debe. Tu falsa virtud ha deslumbrado a los hombres, pero porque son fáciles de engañar; mas ahora no es así. Los hombres juzgan sobre vicios y virtudes, según les llaman la atención o les gustan; son tan ciegos para lo bueno como para lo malo; he aquí que una luz divina retrueca sus juicios superficiales, esta luz con frecuencia condena lo que ellos aplauden y aprueba lo que ellos condenan.

A estas palabras el filósofo, como herido por un rayo, siente que no podrá sufrirse a sí mismo. La complacencia con que otras veces miraba su moderación, su valor y sus inclinaciones generosas, se cambia en desesperación. La vista de su propio corazón, enemigo de los dioses, le confiere un suplicio; se contempla y no puede menos de hacerlo; ve la vanidad de los juicios de los hombres a quienes quiso agradar con sus acciones; todo su interior se revoluciona con el mismo, y no se encuentra a sí mismo; le falta todo apoyo interior; su conciencia le da testimonio, recordándole su dulzura, se vuelve contra él y le reprocha amargamente la ilusión de todas sus virtudes que no dieron a las divinidades el culto

que merece quien es principio y fin; y se encuentra caído, consternado, lleno de angustia, de remordimientos y de desesperación. Las Furias no le atormentan, porque tiene bastante siendo entregado a sí mismo y que su corazón venga a los dioses menospreciados. Busca los lugares más sombríos para ocultarse a los otros muertos; busca las tinieblas y no puede hallarlas; una luz importuna le sigue por todas partes; por doquiera los rayos luminosos de la verdad vienen a vengar la verdad que él olvidara. Todo lo que amaba se le vuelve odioso, porque fué origen de los males que no podrán acabar nunca. Y se dice a sí mismo: «¡Oh, insensato! Luego yo desconocía a los dioses, a los hombres y a mí mismo. No; nada he conocido, puesto que no busqué el único y verdadero bien; todos mis pasos fueron extraviados; mi sabiduría era locura; mi virtud necio e impío orgullo; yo era mi mismo ídolo».

Luego Telémaco divisó a los reyes condenados por haber abusado del poder. Por una parte, una furia vengadora les ponía delante un espejo donde se reflejaban sus vicios; sin poder huirlo, veían su grosera vanidad, ansiosa de los encomios más ridículos, su dureza con los hombres a quienes debían haber proporcionado la felicidad, su insensibilidad para con la virtud, su temor al conocimiento de la verdad, su inclinación a los hombres más viles y aduladores, su falta de atención, su molicie, su indolencia, su desconfianza, su lujo desmesurado a despensas de sus pueblos,

su ambición comprando con sangre de su prójimo un poco de vanagloria, su crueldad buscando delicias entre las lágrimas y la desesperación de los desgraciados. En tal espejo se veían continuamente, y se encontraban más horribles que la Quimera vencida por Belerofonte; la Hidra de Lerna, muerta por Hércules, y el Can Cerbero vomitando por sus tres bocas abiertas sangre negra y ponzoñosa, capaz de infectar a todos los mortales que viven en la tierra.

Al mismo tiempo, otra furia, del otro lado, le repetía burlescamente las lisonjas que sus aduladores les habían hecho durante su vida y le presentaban otro espejo donde se veían cómo se les forjaba la lisonja; y el contraste era horrendo suplicio de su vanidad. Advertíase que los peores de aquellos reyes eran los que habían recibido los elogios más hinchados durante la vida, porque los malos son más temidos que los buenos y buscan sin pudor las adulaciones de los poetas y de los oradores de su tiempo.

En aquellas profundas tinieblas, donde sufren tantos insultos y escarnios, se les oía lamentarse; todo a su alrededor les repelía, les contradecía y les confundía. Al modo que, en la tierra, burlábanse de la vida de los hombres, pretendiendo que todo había sido creado para ellos, están sujetos en el Tártaro a todos los caprichos de ciertos esclavos que les hacen sufrir el más cruel cautiverio, y les sirven con dolor y sin esperanza de que pueda mitigarse nunca. Están condenados a recibir

los golpes de tales tiranos, como el yunque recibe los de los martillos de los cíclopes cuando Vulcano les estimula a trabajar en las fraguas del monte Etna.

Allí, Telémaco, vió semblantes pálidos, espantosos, angustiados. Una negra melancolía devoraba a esos criminales que a sí mismos se causan un horror que no pueden evitar, como si perteneciera a su propia naturaleza. Para su castigo no necesitan más que de sus mismas faltas; y así, las tienen de continuo ante los ojos, con toda su enormidad, como espectros horribles que les persiguen. Para librarse de ellos buscan una muerte más poderosa que la que quitó la vida de sus cuerpos. En la desesperación en que se hallan buscan a esa muerte que extinga el sentimiento y la razón. Piden a los abismos que los traguen a fin de librarse de los rayos vengadores de la verdad. Pero están destinados a la venganza, que ha de caer sobre ellos, indefectiblemente, gota a gota. Así, la verdad que temían es su suplicio; la ven, y no tienen ojos más que para verla, como se levanta contra ellos; su vista les atraviesa, les desgarrar, los arranca de sí propios, tal como el rayo que, sin destruir cosa alguna exterior, entra hasta lo más hondo de las entrañas. Como el metal en la fragua ardiente, así se funde el alma en este fuego vengador que nada consume; disuelve hasta los principios de vida y no deja morir jamás. Y así no encuentran un solo instante de reposo; la rabia es la vida y deliran por haber perdido toda esperanza.

¡Erizábanse los cabellos de Telémaco cuando éste contemplaba a los ancianos reyes de la Lidia castigados por haber preferido las delicias de una vida muelle al trabajo inseparable de la realeza, para alivio de los pueblos.

Estos reyes se reprochaban mutuamente su ceguera. Y uno decía a su propio hijo:

—¿No os había recomendado muchas veces en mi vejez y antes de mi muerte la reparación de los males que yo había causado?

Y el hijo respondía:

—¡Oh, padre infortunado! ¡Vos sois quien me ha perdido! Porque me arrastró vuestro propio ejemplo, a la soberbia, a la voluptuosidad, a la dureza con los hombres; viéndoos reinar con tanta indolencia, rodeado de viles aduladores, también hube de acostumbarme a la adulación y a los placeres. Yo creía que los demás hombres, con respecto a los reyes, eran como los caballos y las acémilas con respecto a éstos; es decir, animales de que no se hace caso hasta que se necesitan o ayudan a la comodidad. Yo lo creía así; porque vos me lo hiciste creer, y ahora padezco estos martirios por haberos escuchado. A estos cargos añadían horribles maldiciones, y tal era su encono que parecía que iban a despedazarse.

Alrededor de estos reyes revoloteaban, como buhos en la noche, las crueles sospechas, los miedos infundados, las faltas de confianza que vengán la dureza de los reyes, la insaciable voracidad de tesoros, la falsa gloria que siempre tira-

niza, la desidia muelle que aumenta todos los males que se padecen, sin proporcionar jamás placeres sólidos.

Veíanse a muchos de estos reyes severamente castigados, no tanto por los males obrados como por los bienes que debían haber hecho. Todos los crímenes de los pueblos que proceden de la negligencia en hacer cumplir las leyes, eran imputados a los reyes que deben reinar a fin de que las leyes reinen por su ministerio. Imputábanseles también todos los desórdenes que derivan del fausto, del lujo y de los demás excesos que echan a los hombres en una tesitura violenta y en la tentación de menospreciar las leyes para medrar. Sobre todo eran rigurosamente tratados los reyes que, en lugar de ser pastores buenos y vigilantes de sus pueblos, no pensaron sino en destrozar los rebaños como lobos devoradores.

Pero lo que llenó de mayor consternación a Telémaco fué contemplar en este abismo de tinieblas y de males a un gran número de reyes que habían pasado por la vida siendo tenidos por buenos. No obstante, habían sido condenados a las penas del Tártaro por haberse dejado gobernar por hombres viles y artificiosos. Eran castigados por los males obrados bajo su autoridad. Además, la mayor parte de reyes tales, no habían sido ni malos ni buenos, tan grande fué su debilidad; nunca habían temido desconocer la verdad, ni jamás sintieron el placer de la virtud, ni el deleite del bien hacer.

LIBRO XIX

ARGUMENTO: Telémaco entra en los Campos Eliseos, donde contempla deliciosamente la felicidad de que gozan los justos y, sobre todo, los buenos reyes que durante su vida gobernaron sabiamente. Es reconocido por Arcesio, su bisabuelo, el cual le asegura que Ulises vive y que pronto recobrará el trono de Itaca, donde su hijo reinará después de él. Arcesio da a Telémaco las más sabias instrucciones sobre el arte de reinar. Le pinta la recompensa de los reyes buenos que brillaron por su justicia y virtud, cuya gloria excederá a la del valor. Después de esta escena, Telémaco sale del tenebroso imperio de Plutón y retorna aceleradamente al campamento de los aliados.

Habiendo salido Telémaco de estos lugares, se sintió fortalecido, como si le hubiesen quitado de encima el peso de una montaña; y comprendió por su mismo consuelo lo horrible de los martirios que sufren aquellos encarcelados sin esperanza de salir. El espanto le dominaba cuando vió el rigor con que eran castigados los reyes, mayor que el usado con los demás mortales. «¡Pues qué! —decía—; ¡tantas obligaciones, tantos peligros, tantas asechanzas, tantas dificultades para conocer la verdad y defenderse de los otros y de sí mismo, y al fin tantos tormentos horribles en el infierno, después de una vida tan corta y tan llena de congoja, de envidia y de contradicciones. ¡Necio es quien desea reinar! ¡Feliz aquel que se

contenta con una condición modesta y apacible, en la que es menos difícil la virtud!»

Tales reflexiones hacía Telémaco consigo mismo, estremeciéndose y cayendo en una especie de abatimiento que le hizo sentir algo de la desesperación de los infortunados que había contemplado. Pero a medida que se alejaba de la triste morada de las tinieblas, del horror y de la desesperación, iba recobrando, paso a paso, su valor; respiraba y vislumbraba de lejos la dulce y pura luz de la morada de los héroes.

En aquel lugar habitaban todos los reyes que supieron gobernar sabiamente a los hombres; estaban separados del resto de los justos; cuanto sufrían los malos príncipes en el Tártaro a fuerza de suplicios infinitamente más rigurosos que los demás culpables de condición privada, en tal guisa los buenos reyes gozaban en los Campos Elíseos de una felicidad infinitamente mayor que la del resto de los hombres que habían amado la virtud sobre la tierra.

Telémaco se adelantó hacia esos reyes, que estaban en selvas fragantes, alfombradas de céspedes siempre frescos y floridos; regaba tan amenos sitios la onda pura de mil arroyuelos, que esparcía una frescura deliciosa: innumerables avecillas hacían resonar aquellas enramadas con sus cantos suaves. Se veían las flores de la primavera que nacían de las huellas mismas, junto con los más ópimos frutos del otoño que colgaban de los árboles. Allí nunca se sintieron los

ardores de la furiosa canícula; allí nunca osaron soplar, ni hacer sentir el riguroso invierno, los negros aquilones. Ni la Guerra, sedienta de sangre; ni la Envidia cruel que muerde con diente venenoso y lleva víboras enroscadas en el seno y los brazos; ni los Celos, ni el Temor, ni los vanos Deseos, se acercan jamás a aquella venturosa morada de la paz. En ella nunca se acaba el día y es desconocida la noche con su lóbrego velo; la luz más dulce y pura inunda el cuerpo de aquellos justos, y los rodea, como si los vistiera de sus rayos. Esa luz no se asemeja a la luz opaca que alumbra los ojos de los míseros mortales, y que no es sino tinieblas; mas que luz, es gloria celestial; penetra con mayor sutileza los cuerpos más espesos, que los rayos del sol el más puro cristal: no deslumbra, antes bien fortifica los ojos, y derrama en los interiores del alma cierta serenidad; de ella sola se alimentan los bienaventurados; sale de ellos y en ellos entra, penetrándolos y fundiéndose en su esencia como los alimentos se asimilan con nosotros. Ellos la ven, la sienten, la respiran, siéndoles un manantial inagotable de paz y de contento, y hallándose sumergidos en ese piélago de delicias como los peces en el mar, nada quieren; poséenlo todo sin tener cosa alguna, porque ese gozo de luz pura satisface el anhelo del corazón; todos sus deseos están cumplidos, y su plenitud los eleva sobre cuanto los hombres ávidos y hambrientos codician en la tierra; de nada les sirven todos los de-

leites que los cercan, porque el colmo de su felicidad viene de lo interior, y no les deja sentimiento alguno para lo que de delicioso ven fuera de sí; están como los dioses, que, hartos de néctar y ambrosía, no se dignarían alimentarse con los groseros manjares que se les presentan en la mesa más exquisita de los mortales. Todos los males huyen de aquellos sitios tranquilos: la muerte, las enfermedades, la pobreza, el dolor, los pesares, los remordimientos, los temores, hasta las esperanzas, que a veces cuestan tantas penas como los temores, las discordias, los disgustos, los enojos, no pueden tener allí entrada.

Si las altas montañas de Tracia, cuyas cimas, cubiertas de nieves y hielos desde el principio del mundo rasgan las nubes, fueran arrancadas de sus cimientos asidos al centro de la tierra, ni aun se conmovería el corazón de aquellos justos; sólo se compadecen de las miserias que agobian a los hombres que viven en el mundo; pero esa compasión es dulce y apacible y en nada menoscaba su inalterable felicidad. Juventud eterna, felicidad sin fin, gloria enteramente divina, he ahí lo que se pinta en sus semblantes; pero su alegría está exenta de toda liviandad e indecencia; es una alegría dulce, noble, llena de majestad; es un gusto sublime de la verdad y de la virtud, que los enajena: todos los instantes, sin interrupción, los pasan en el mismo arrobamiento de corazón en que está una madre al volver a ver al hijo querido que había creído muerto; y esa alegría,

que no tarda en disiparse para la madre, jamás huye del corazón de aquellos hombres; jamás se anortigua un momento; para ellos siempre es nueva, disfrutando como disfrutaban de todo el alborozo de la embriaguez, sin participar de su angustia y ofuscamiento.

Se entretenían hablando entre sí de lo que ven y de lo que gozan; desprecian las blandas delicias e ilusorias grandezas de su pasada condición, que deploran; recuerdan con placer los tristes si bien ligeros años en que tuvieron que luchar, para ser buenos, consigo mismos y con el torrente de los hombres corrompidos; admiran el favor de los dioses que los han conducido como de la mano hacia la virtud, por medio de tantos peligros. Su corazón se halla continuamente inundado de no sé qué de divino que, como un destello de la misma divinidad, se une a ellos: ven, disfrutaban su bienaventuranza, y conocen que es eterna. Cantando las alabanzas de los dioses no forman sino una sola voz, un pensamiento solo, un solo corazón: la misma felicidad produce como un flujo y reflujo en aquellas almas unidas.

En este arrobamiento divino los siglos corren con más rapidez que entre los mortales las horas, y, sin embargo, millares de siglos pasados no menoscaban su felicidad, siempre nueva y siempre cabal. Todos reinan juntos, no en tronos que la mano del hombre puede derribar, sino en el de sus propias almas, con inmutable poderío; porque no han menester de ser temibles con el

poder prestado de un pueblo vil y miserable. Ya no llevan esas falsas diademas, cuyo esplendor oculta tantos temores y negros desvelos; los dioses mismos los han coronado con sus manos, y sus coronas no se marchitan.

Telémaco, que buscaba a su padre con temor de hallarle en aquellos hermosos lugares, quedó tan extasiado con la paz y felicidad que inspiraban, que le hubiera querido encontrar; y le afligía por su parte tener que volver en seguida a la sociedad de los mortales. «Aquí es, decía, donde está la verdadera vida; nuestra existencia es una muerte.» Pero lo que le dejaba atónito era haber visto castigados en el Tártaro tantos reyes, y ver tan pocos en los Campos Elíseos, y conocía que hay pocos reyes con bastante firmeza y valor para resistirse a su propio deber, y rechazar la adulación de tantas personas como excitan sus pasiones. Así, son rarísimos los buenos reyes, y tan perversos los más, que los dioses no serían justos si, habiéndoles permitido abusar de su poder durante la vida, no los castigaran después de la muerte.

Telémaco, no viendo a su padre Ulises entre aquellos reyes, buscó al divino Laertes, su abuelo, mirando por todas partes. Mientras le buscaba inútilmente, se le acercó un anciano venerable y lleno de majestad. Su vejez no se parecía a la de los hombres que el peso de los años agobia sobre la tierra; solamente se veía que había llegado a ser viejo antes de morir; era una mezcla de cuanto

de grave tiene la ancianidad con todas las gracias de la juventud, porque las gracias renacen en los ancianos más decrepitos al punto que entran en los Campos Elíseos. Aquel hombre se adelantaba decidido, y miraba a Telémaco lleno de complacencia como a quien mucho amaba. Telémaco, que no le reconocía, estaba con inquietud y duda.

—Te perdono, querido hijo mío —le dijo el anciano—, que no me reconozcas. Yo soy Arcesio, padre de Laertes. Antes que Ulises, mi nieto, partiera para ir al sitio de Troya, había yo acabado mis días: tú eras una criatura en brazos de la nodriza, y desde entonces había concebido de ti grandes esperanzas, que no me engañaron, pues veo que has descendido al reino de Plutón para buscar a tu padre, y que los dioses te protegen en esta hazaña. ¡Oh, efebo feliz; los dioses te aman y te preparan gloria igual a la de tu padre! ¡Oh, feliz también yo que te puedo ver! No busques más a Ulises en estos lugares, porque todavía vive, y está reservado para levantar nuestra casa en la isla de Itaca. Laertes mismo, aunque agobiado por el peso de los años, goza aún de la vida y aguarda a que su hijo vuelva para cerrarle los ojos. Así pasan los hombres como las flores, que se abren por la mañana, y a la tarde se ven marchitas y holladas. Las generaciones de hombres corren como las ondas de un raudo río; nada puede parar al Tiempo, que arrastra en pos de sí lo que parece más inmóvil. Tú

mismo, hijo mío, mi querido hijo, que ahora gozas de una juventud lozana y fecunda en placeres, verás, tenlo presente, que esa hermosa edad no es sino una flor que se seca apenas se abre; veráste mudado insensiblèmente; las risueñas gracias, los dulces deleites que te acompañan, la fuerza, la salud, las alegrías se desvanecerán como un bello ensueño, de que no te quedará más que una tristísima memoria; vendrá la vejez lánguida y morosa, que te arrugará el rostro, te encorvará el cuerpo, te debilitará los miembros, secará en tu corazón la fuente del placer, te hará lo presente enojoso, tremendo lo venidero, y te volverá insensible a todo, menos al dolor. Parécete lejano ese tiempo: ¡ay, cómo te engañas, hijo mío! Ese Tiempo vuela, mírale cómo llega; lo que viene con tanta prisa, no dista mucho de ti, y el momento presente que huye está ya bien lejos, pues se aniquila cuando aun no hemos acabado de decirlo, y es imposible alcanzarle. Nunca, pues, cuentes, hijo mío, con lo presente; sino procura mantenerte en la senda difícil y áspera de la virtud con los ojos puestos en lo futuro. Prepárate, por medio de costumbres puras y amor a la justicia, lugar en la morada de la paz.

Pronto volverás a ver, al fin, a tu padre, que recobrará el trono de Itaca. Tú has nacido para reinar después de él; pero, ¡ay, hijo mío! ¡Cuán falaz es la regia condición! Mirada de lejos, no se ve sino grandeza, esplendor y delicias; pero

de cerca, todo es espinoso. Puede un particular, sin desdoro, entregarse a una vida dulce y obscura. Un rey no puede, sin deshonorarse, preferir las dulzuras y el ocio a las penosas funciones del gobierno; siendo de todos los que gobierna, no le es lícito ser suyo: sus más ligeras faltas son de infinitas consecuencias, porque causan la desgracia de los pueblos, y algunas veces para muchos siglos; debe reprimir la audacia de los malvados, defender la inocencia, disipar la calumnia. No le basta con no hacer mal alguno; es menester que haga todo el bien posible que el estado necesita. No es suficiente que haga bien por sí, ha de impedir también el mal que otros harían si no se les contuviera. Teme, pues, hijo mío; teme una condición tan peligrosa; ármate de valor contra tí mismo, contra tus pasiones y contra los aduladores.

Al decir tales palabras, parecía Arcesio animado de un fuego divino, y mostraba a Telémaco un semblante lleno de compasión por los males que acompañaban la dignidad real. «Cuando se toma —decía— para satisfacción propia, es una monstruosa tiranía; cuando se toma para cumplir con sus obligaciones, y dirigir a un pueblo numeroso como dirige un padre a sus hijos, es una esclavitud mortal que exige una valentía y una paciencia heroicas. Por esto disfrutaban aquí, ciertamente, los que han reinado con sincera virtud, cuanto la omnipotencia de los dioses puede conceder para completar la bienaventuranza.

Mientras Arcesio hablaba, sus palabras penetraban hasta lo más íntimo del corazón de Telémaco, quedándosele grabadas como en el bronce se graban las figuras indelebles que un diestro artifice forma con su buril para que las contemple la más remota Humanidad. Esas sabias palabras eran como una llama sutil que se deslizaba por las entrañas del joven Telémaco, que se sentía conmovido y abrasado, y parecía que un ardor divino le derretía el corazón. Lo que experimentaba en la parte más íntima de sí mismo, le consumía misteriosamente, sin poder contenerse ni soportarlo, ni resistir a tan violenta impresión; era un sentimiento vivo y delicioso, mezclado con un dolor capaz de acabar con la vida.

Después empezó Telémaco a respirar más libremente. Reconoció en el rostro de Arcesio mucha semejanza con Laertes; aun creía recordar confusamente haber visto en Ulises, su padre, facciones parecidas, cuando Ulises partió para el sitio de Troya. Ese recuerdo le enterneció; fluyeron de sus ojos lágrimas dulces, mezcladas de alegría; quiso abrazar a una persona tan amada; pero intentólo en vano muchas veces: la sombra incorpórea huía de sus brazos como un sueño engañoso se sustrae del hombre que cree tenerle asido cuando, ora con sediente boca persigue una agua fugitiva, ora agita los labios para formar palabras que su lengua entumecida no puede articular, alargando las manos con esfuerzo y no

pudiendo coger cosa alguna; así Telémaco no lograba satisfacer su ternura; ve a Arcesio, le oye, le habla, pero no puede tocarle. Al cabo le pregunta quiénes son los hombres que ve alrededor de él.

—Aquí ves, hijo mío —le respondió el sabio anciano—, a los varones que han sido el ornamento de su siglo, la honra y la felicidad del género humano. Ves a los pocos reyes que han sido dignos de serlo, y que han desempeñado fielmente las funciones de la divinidad en la tierra. Los otros que ves tan cerca de ellos, si bien separados por esa ligera nube, disfrutaban de menos gloria: son héroes, a la verdad, pero el galardón de su denuedo y hazañas militares no se puede comparar con el de los reyes sabios, justos y benéficos.

Entre esos héroes, éste es Teseo, que tiene el semblante algo triste; ha sentido la desgracia de ser demasiado crédulo con una mujer artificiosa y aun le aflige haber pedido injustamente a Neptuno la muerte cruel de su hijo Hipólito; ¡dichoso él si no hubiera sido tan pronto y fácil de irritar! Ves también a Aquiles, apoyado en su lanza por la herida que le hizo en el talón la mano del cobarde Paris, que le arrancó la vida.

Si hubiera sido tan prudente, justo y moderado como intrépido era, los dioses le hubieran concedido un largo reinado; pero han tenido piedad de los ptiotas y de los dólopes, cuyo rey debía de haber sido naturalmente después de Peleo, y no han querido entregar tantos pueblos al capri-

cho de un hombre impetuoso, más fácil de irritar que la mar más borrascosa. Las Parcas han cortado el hilo de sus días, y ha sido como una flor apenas abierta que el hierro del arado siega y que cae antes de acabarse el día en que se ha visto nacer. Los dioses no han querido servirse de él sino como de los torrentes y tempestades para castigar los crímenes de los hombres; han empleado a Aquiles para derribar los muros de Troya, vengando así el perjurio de Laomedonte y los culpables amores de Paris. Satisfechos con el servicio de ese instrumento de su cólera, se aplacaron, y negaron al llanto de Tetis consentir más tiempo en la tierra al joven héroe, que no era capaz más que de turbar a los hombres y destruir las ciudades y los imperios.

Pero ¿ves a ese otro con semblante tan enfurecido? Es Ajax, hijo de Telamón y primo de Aquiles; no ignoras sin duda la gloria que conquistó en las batallas. Después de la muerte de Aquiles pretendió que no se dieran a nadie sus armas más que a él; mas tu padre creyó que no debía cederlas a su deseo y los griegos decidieron en favor de Ulises. Con este disgusto, Ajax se mató; todavía su semblante refleja ira e indignación. No te acerques a él, querido Telémaco, no crea que vas a insultarle en su infortunio; además, es justo compadecerle. ¿No observas que nos mira con pesadumbre y que se interna en la espesura porque le somos odiosos? En este lado contempla a Héctor, que hubiera sido invenci-

ble, si el hijo de Tetis no hubiera vivido al mismo tiempo que él. He allí a Agamenón, que pasa ostentando todavía las señales de la perfidia de Clitemnestra. ¡Oh, hijo mío! Todavía me estremezco pensando en las desgracias de la familia del impío Tántalo. La discordia de sus dos hermanos Atreo y Triestes han llenado su casa de sangre y de horror. Como un crimen acarrea otros muchos, Agamenón, de vuelta de Troya, donde estuvo como caudillo de los griegos, no tuvo tiempo de gozar en paz la gloria conquistada; tal es el destino de la mayoría de los conquistadores. Todos estos hombres que ves fueron formidables en la guerra; pero no fueron virtuosos ni dignos de amor, y por esto habitan la segunda morada de los Campos Elíseos.

En cuanto a éstos, por haber reinado justiciaramente y haber amado a sus pueblos son amigos de los dioses, mientras Aquiles y Agamenón, llenos de querellas y de luchas, todavía conservan sus penas y naturales defectos. Mientras envano lamentan su vida y se afligen de no ser sino sombras impotentes y vacuas, los reyes justos, purificados por la luz divina de que se nutren, nada tienen que desear para su felicidad: miran lastimosamente las angustias de los mortales, pareciéndoles como juegos de niños los negocios más grandes que conturban a los hombres ambiciosos; sus corazones hállanse rebosantes de la verdad y de la virtud que sacan del manantial. No tienen que padecer ni por nadie ni por sí

mismos; no tienen deseos, ni necesidades, ni temores; para ellos todo se acabó menos la alegría.

Considera, hijo mío, al viejo monarca fundador del reino de Argos. Mira a Inaco en ese anciano tan apacible y majestuoso; las flores nacen bajo las plantas de sus pies; camina ligero como el vuelo del ave; tiene en su mano una lira de marfil y en éxtasis eterno canta las maravillas de los dioses. Exquisita fragancia brota de sus labios y de su corazón; la armonía de su lira arrebató a los hombres y a los dioses. Tal es la recompensa de su amor al pueblo que reuniera entre las nuevas anchas murallas para el cual sancionó leyes.

Del otro lado observarás, entre mirtos, a Cécrope, el egipcio que reinó en Atenas, ciudad consagrada a la sabia diosa cuyo nombre tiene. Cécrope, llevando consigo las leyes útiles del Egipto que han sido para Grecia fuente de las letras y de las buenas costumbres, suavizó a los indígenas feroces de las aldeas del Atica, uniéndolos con lazos sociales. Fué justo, humano, compasivo; dejó a los pueblos en la abundancia y a su familia en la medianía, no queriendo que sus hijos le sucedieran en el trono porque juzgaba que los había más dignos de él.

También quiero mostrarte en ese pequeño valle a Ericton, el inventor de la moneda, con cuyo invento se facilitó el comercio entre las islas de la Grecia; supo prever los inconvenientes anejos a la invención. «Aplicaos —decía a sus pueblos— a multiplicar en vuestro suelo las ri-

quezas naturales, que son las verdaderas; cultivad la tierra para que os sea abundante el trigo, el vino, el aceite y las frutas; tened rebaños innumerables que os alimenten con su leche y os cubran con su lana; de este modo estaréis alejados de la pobreza. Cuantos más hijos tengáis tanto más ricos seréis si sabéis inspirarles el amor al trabajo; porque la tierra es inagotable y se aumenta su fecundidad en proporción al número de los habitantes que sustenta; porque siempre paga liberalmente las fatigas que en ella se emplean, y sólo se vuelve ingrata y avara para quienes la cultivan negligentemente. Por esto os habéis de dedicar principalmente a las verdaderas riquezas, que son las que satisfacen las necesidades del hombre. En cuanto al dinero, no hay que hacer de él más caso que el que merezca cuando sea necesario para las guerras inevitables que hay que sostener contra un enemigo exterior o para el comercio de las cosas que hagan falta en el país. Y aun fuera deseable que desaparezca del comercio cuanto no sirve más que para fomentar el lujo, la vanidad o la molicie.◀

El sabio Ericton decía muchas veces: «Temo, hijos míos, haberos procurado un don funesto inventando la moneda. Preveo que ha de excitar la avaricia, la ambición y el lujo; que mantendrá un sin fin de artes que sólo servirá para enervaros y corromper las costumbres; que os hará enojosa la feliz sencillez en que estriban el sosiego y la seguridad de la vida, y que os llevará a tener en

menos la agricultura, que es el fundamento de la vida humana y el manantial de todos los bienes verdaderos. Mas los dioses me son testigo de la pureza de mis intenciones al daros un invento útil en sí mismo». Por último, Ericton hizo notar que, según lo tenía previsto, el dinero corrompería a los pueblos, y por esto se retiró a una montaña salvaje, donde vivió pobre, lejos de los hombres, hasta la vejez cansada, sin querer mezclarse más en el gobierno de las ciudades.

Poco tiempo después de él apareció en Grecia el famoso Triptolemo, a quien Ceres había enseñado el arte de cultivar las tierras y cubrir las todos los años de abundosas y doradas mieses. Supieron los hombres que ya conocieron el trigo la manera de sembrarlo, para que se multiplicara; pero ignoraban la perfección de la labranza, y por esto Triptolemo apareció, llevando en la mano el arado y ofreciendo los dones de la diosa a todos los pueblos que tuvieron el valor de vencer su natural pereza y darse asiduamente al trabajo. Triptolemo enseñó a los griegos a hendir la tierra y fertilizarla, desgarrando su seno; los segadores no tardaron en amontonar con infatigable ardor, al golpe de las cortantes guadañas, las doradas espigas que cubrían los campos. Los pueblos salvajes, dispersos por todas partes, en los bosques del Epiro y de la Etolia alimentándose de bellotas, dulcificaron sus costumbres y sometieron a las leyes, después de aprender a sembrar, a hacer crecer las mieses y alimentarse

con pan. Triptolèmo ofreció a los griegos el placer de no deber sus riquezas más que a su propio trabajo, encontrando en el campo cuanto hace a la vida cómoda y feliz. La abundancia, simple, inocente, que ofrece la agricultura, les trajo a la memoria los consejos de Erieton; entonces despreciaron el oro y las riquezas artificiales, que sólo lo son según la imaginación de los hombres, incitándoles a buscar placeres peligrosos y a huir del trabajo, donde hallarían todos los bienes reales si sus costumbres fuesen puras, en medio de la libertad. Aquí notóse que una tierra fértil y bien cultivada constituye el verdadero tesoro de una familia, si ésta sabe vivir frugalmente, como su padres vivieron. ¡Dichosos los griegos si se hubiesen mantenido firmes en estas máximas tan conformes para la conservación del poder, de la libertad y de la dicha, de que se hubieran hecho dignos por medio de una sólida virtud! ¡Mas, ah, ellos comienzan a admirar las falsas riquezas y descuidan las verdaderas, paso a paso, degenerando de aquella maravillosa simplicidad.

¡Oh, hijo mío, tú reinarás un día! Cuando llegue ese día, recuerda que es menester traer a los hombres a la agricultura, y honrar esa profesión, procurando aliviar a los que a ella se apliquen, y no permitiendo el ocio ni la ocupación en artes que fomenten el lujo y la molicie. Los dioses aman aquí, con predilección, a esos dos hombres que han sido tan sabios en la tierra. Ad-

vierte, hijo mío, que su gloria supera a la de Aquiles y de otros héroes que no han sobresalido más que en los combates, como la dulce primavera al invierno helado, o como la luz del sol al resplandor de la luna.

Mientras Arcesio hablaba, observó que Telémaco tenía los ojos fijos en un bosquecillo de laureles, y en un arroyo festoneado de violetas, rosas, lirios y otras muchas flores olorosas, cuyos vivos matices parecían los de Iris cuando baja del cielo a la tierra para anunciar a algún mortal la voluntad de los dioses. En aquel hermoso sitio estaba el gran Sesostris, a quien conoció Telémaco: parecía mil veces más majestuoso que cuando se sentaba en el trono de Egipto. Salían de sus ojos rayos de una luz dulce que deslumbraba los de Telémaco. Hubiérase creído, al verle, que estaba embriagado de néctar; tan arrebatado le tenía el espíritu divino sobre la razón humana para recompensar sus virtudes.

Telémaco dijo a Arcesio:

—Reconozco, padre mío, a Sesostris, al sabio rey de Egipto, a quien no hace mucho he visto allí.

—El es —respondió Arcesio—, y ves por su ejemplo cuán magníficos son los dioses en recompensar a los buenos reyes; pero debes saber que nada es toda esa felicidad en comparación de la que le estaba destinada, y de que gozaría, si la demasiada prosperidad no le hubiese hecho olvidar las reglas de la moderación y de la jus-

ticia. El empeño de abatir el orgullo e insolencia de los tirios le llevó a tomar su ciudad. Esta conquista le sugirió el deseo de otras: dejóse deslumbrar de la falsa gloria de los conquistadores, y subyugó, o, por mejor decir, devastó el Asia entera. A su vuelta a Egipto halló que su hermano se había apoderado del cetro, y que su injusto gobierno había alterado las mejores leyes del país. De modo que sus magníficas conquistas sólo le sirvieron para trastornar su propio reino. Lo que, empero, le hizo más indisculpable fué el haberse infatuado con su gloria hasta el punto de enganchar a su carro a los más soberbios de los reyes que había vencido. Después, conociendo su falta, se avergonzó de haber sido tan inhumano. Ese fué el fruto de sus victorias. He ahí lo que hacen contra sus estados y en perjuicio propio los conquistadores por querer usurpar los de sus vecinos. He ahí lo que destronó a un rey en lo demás tan justo y tan benéfico; y eso es lo que disminuye la gloria que los dioses le tenían preparada.

¿No ves a ese otro, hijo mío, cuya herida parece tan brillante? Ese es un rey de Caria, llamado Diocledes, que se sacrificó por su pueblo en una batalla, porque el oráculo había dicho, que, en la guerra entre los carienses y licios, la nación cuyo rey muriera saldría vencedora.

Contempla a este otro: es un sabio legislador que, habiendo dictado a su pueblo leyes propias para hacerle bueno y feliz, le tomó juramento

de no violar jamás ninguna de ellas durante su ausencia; después de lo cual partió, se desterró de su patria y murió pobre en tierra extraña para obligar a su pueblo a cumplir el juramento guardando siempre leyes tan provechosas.

Ese otro que ves es Eunésimo, rey de los pilienses, y uno de los ascendientes del sabio Néstor. En una peste que assolaba la tierra, y cubría de nuevas sombras las orillas del Aqueronte, pidió a los dioses que aplacaran su enojo, redimiendo con su muerte a tantos millares de inocentes. Los dioses acogieron su ruego, y le hicieron encontrar aquí el reinado verdadero, del cual todos los de la tierra no son sino vanas sombras. El anciano que ves coronado de flores es el famoso Belo, rey de Egipto y esposo de Anquinoe, hija del dios Nilo, que esconde el manantial de sus aguas, y enriquece el suelo que riega con sus inundaciones. Tuvo dos hijos: Danao, cuya historia sabes, y Egipto, que dió su nombre a aquel hermoso país. Belo se creía más rico con la abundancia que procuraba a su pueblo, y con el amor de sus súbditos, que con todos los tributos que hubiera podido imponerles. Esos varones, que tú crees muertos, viven, hijo mío, porque la muerte es la vida que se arrastra miserablemente en la tierra; sólo los nombres están mudados. ¡Plegue a los dioses hacerte tan bueno que merezcas esta vida bienaventurada que nada puede acabar ni afligir! Date prisa, que ya es tiempo, a ir a buscar a tu padre. ¡Ay! ¡Cuánta sangre verás

derramar aún antes de encontrarle! Pero ¡cuánta gloria te espera en los campos de la Hesperia! Ten presentes los consejos del sabio Mentor: si los sigues, tu fama será grande en todos los pueblos y por todos los siglos.

Dijo, y condujo en seguida a Telémaco hacia la puerta de marfil por donde pudo salir del tenebroso imperio de Plutón. Telémaco, arrasado en llanto, le despidió sin poderle abrazar; y saliendo de aquellas leves sombras retornó con prisa al campamento de los aliados después de hallar de nuevo en el camino a los dos jóvenes cretenses que le habían acompañado hasta las puertas de la cueva y que ya no esperaban volverlo a ver.

LIBRO XX

ARGUMENTO: Telémaco combate, en la asamblea de los caudillos del ejército, la falsa política que inspiró el dictamen de sorprender a Venusa, que las dos partes combatientes habían pactado dejar en depósito en manos de los laucianios. Demuestra la misma sabiduría con ocasión de un aventurero, llamado Acanto, que quería envenenarle, y de otro, Diosdoro, que ofrecía a los aliados la cabeza de Adrasto. En el combate que se traba seguidamente, Telémaco excita la admiración de todos por su valor y su prudencia; lleva la muerte consigo, buscando a Adrasto entre los enemigos, quien a su vez le busca a él, rodeado de sus tropas, que hacen una gran carnicería entre los aliados y en los capitanes de éstos. Viendo esto, Telémaco, indignado, se lanza contra Adrasto, derribándole, y le reduce a pedirle la vida. Telémaco le trata generosamente.

Con esto los caudillos del ejército se reunieron para deliberar sobre la conveniencia de la toma de Venusa. Era ésta una ciudad fuerte que Adrasto había usurpado a sus vecinos los apulianos-peucetes, los cuales habían entrado en la liga con objeto de obtener justicia contra aquella expoliación. Con el fin de aquietarlos, Adrasto había puesto aquella ciudad como prenda en manos de los lucanianos; pero había sobornado con dinero su guarnición lucana y por esto mandaba sobre ella; de modo que los lucanianos tenían menos poder efectivo que él en la ciudad de Venusa; y los apulianos que habían consenti-

do en que la guarnición de Venusa fuese lucania, se habían engañado.

Un ciudadano de Venusa, llamado Demofante, había ofrecido secretamente a los aliados entregarles por la noche una de las puertas de la ciudad. Era grande la ventaja, porque Adrasto había almacenado todas sus provisiones y pertrechos en un castillo inmediato a Venusa, que no se podía defender, tomada la ciudad. Filoctetes y Néstor habían manifestado que les parecía conveniente aprovechar una ocasión tan feliz. Todos los caudillos arrastrados por su autoridad, y alucinados con la utilidad de tan fácil empresa, aplaudieron esa opinión; pero Telémaco, llegado su turno, se esforzó cuanto pudo para disuadirlos.

—No ignoro —les dijo—, que si jamás existió hombre alguno digno de ser sorprendido y engañado, es Adrasto, quien tantas veces ha engañado a todo el mundo. Veo, además, que, sorprendiendo a Venusa, no haréis más que tomar posesión de una ciudad que os pertenece, pues es de los apulianos, que son uno de los pueblos de vuestra confederación. Confieso que podríais hacerlo con más apariencia de razón, cuanto que Adrasto, que ha puesto la ciudad en prenda, tiene sobornada la guarnición con su comandante, para entrar cuando le parezca oportuno. En fin, conozco como vosotros que, si tomarais a Venusa, al otro día seríais dueños de la fortaleza, en donde están todos los preparativos de guerra que Adras-

to ha reunido allí, y que con ese golpe acabaríais en dos días con esta guerra tan formidable. Pero ¿no vale más perecer que triunfar por tales medios? ¿Se ha de repeler el fraude con el fraude? ¿Habrá de decirse que tantos reyes confederados para castigar al impío Adrasto por sus engaños, son engañosos como él? Si no os es lícito hacer lo que Adrasto hace, él no es culpable, y nosotros hacemos mal en querer castigarle. ¡Qué! ¿La Hesperia entera, sostenida por tantas colonias griegas, y por héroes del sitio de Troya, no tiene otras armas contra la perfidia y los perjuros de Adrasto sino la perfidia y el perjurio?

Habéis jurado, por las cosas más sagradas, que dejaríais a Venusa en depósito entre las manos de los de Lucania. La guarnición lucaniana, decía, está corrompida por el oro de Adrasto; yo lo creo como vosotros; pero esta guarnición está a sueldo de los de Lucania, no se ha negado a obedecerles, ha conservado, a lo menos en apariencia, la neutralidad. Ni Adrasto ni los suyos han entrado jamás en Venusa; el tratado subsiste; los dioses no han olvidado vuestro juramento. ¿No se guardará la palabra empeñada, sino cuando falten pretextos para violarla? ¿No ha de serle fiel y religioso en los juramentos, sino cuando nada haya que ganar con el quebranto de la fe jurada? Si el amor a la virtud y el temor de los dioses no os mueven, que os muevan al menos vuestra reputación e interés. Si dais a los hombres el pernicioso ejemplo de faltar a la

palabra y quebrantar los juramentos por acabar con una guerra, ¿qué guerras no excitaréis con esa conducta impía? ¿Qué vecino tendréis que no deba temerlo todo de parte vuestra y detestaros? ¿Quién podrá en adelante en los mayores apuros fiarse de vosotros? ¿Qué seguridad podréis vosotros dar cuando queráis ser sinceros? ¿Será un tratado? Los habéis hollado. ¿Será un juramento? ¡Qué! ¿No se sabrá que no hacéis caso de los dioses cuando aguardáis alguna ventaja del perjurio? La paz para vosotros no tendrá más seguridad que la guerra. Todo lo que venga de vosotros se recibirá como una guerra, o enmascarada o abierta; seréis enemigos perpetuos de cuantos tengan la desgracia de ser vuestros: os serán imposibles todas las negociaciones que piden buen nombre, probidad y confianza; no os quedará recurso alguno para que se crea lo que prometáis. He aquí —añadió Telémaco— otro motivo más poderoso todavía, y que debe llamar vuestra atención, si aun os queda algún sentimiento de probidad y alguna previsión en provecho vuestro; este motivo es que tan engañoso proceder lastima por dentro vuestra confederación toda y va a arruinarla: vuestro perjuicio dará el triunfo a Adrasto.

Conmovida toda la asamblea con esas sabias palabras, le preguntó cómo se atrevía a decir que una acción que iba a dar una victoria cierta a la liga, la podía destruir.

—¿Cómo —contestó— podréis fiaros unos de

otros, si rompéis el único lazo de la sociedad y de la confianza, que es la buena fe? Después que hayáis sentado como máxima que se pueden violar las reglas de la honradez y de la felicidad por un gran provecho, ¿cuál de vosotros se fiará de quien también podrá hallar un gran provecho en faltarle a la palabra y en enseñarle? ¿Qué situación será la vuestra? ¿Cuál de vosotros no querrá evitar los artificios de su vecino con los suyos? ¿En qué vendrá a parar una liga de tantos pueblos, cuando se conviene entre ellos, por común deliberación, que es lícito sorprender al vecino y quebrantar la fe empeñada? ¿Cuál no será vuestra mutua desconfianza, vuestra división, vuestro ardor para destruiros unos a otros? Adrasto no necesitará atacaros; os bastaréis para destrozarnos, y justificaréis sus perfidias.

Reyes sabios y magnánimos, que, amestraados por la experiencia mandáis a innumerables pueblos, no desdeñéis escuchar los consejos de un joven. Si cayerais en los más espantosos extremos en que suele la guerra precipitar a los hombres, podríais volveros a levantar con vuestra vigilancia y los esfuerzos de vuestra virtud, porque el verdadero valor nunca se abate. Si, empero, rompieseis una vez el valladar del honor y de la buena fe, esa pérdida sería irreparable: ni podríais restablecer la confianza necesaria para el buen éxito de todos los negocios importantes, ni traer de nuevo a los hombres a los principios de la virtud, después de haberlos ense-

ñado a despreciarlos. ¿Qué teméis? ¿No tenéis bastante valor para vencer sin engañar? Vuestra virtud, unida a esas fuerzas de tantos pueblos, ¿no os basta? Peleemos; muramos si es menester antes de vencer tan indignamente. El impío Adrasto estará en vuestras manos, con tal que nos horrorice el imitar su villanía y mala fe.

Luego que Telémaco hubo acabado su discurso, conoció que la dulce persuasión había pasado de sus labios a lo más íntimo de los corazones. Notó un profundo silencio en la asamblea; pensaban todos, no en él ni en la gracia de sus palabras, sino en la fuerza de la verdad, que se sentía de la ilación de su razonamiento: el pasmo se retrataba en los semblantes. Por último, se levantó un murmullo sordo que se fué extendiendo poco a poco por la asamblea; mirábanse unos a otros, nadie osaba romper el silencio; aguardaban a que se declararan los caudillos del ejército, y cada cual procuraba, aunque con trabajo, contener sus sentimientos. Al cabo, el grave Néstor prorrumpió en estas palabras:

—Digno hijo de Ulises, los dioses os han hecho hablar, y Minerva, que tantas veces ha inspirado a vuestro padre, ha puesto en vuestra mente el consejo sabio y generoso que habéis dado. No miro yo vuestra juventud; sólo contemplo a Minerva en cuanto acabáis de decir. Habéis hablado en favor de la virtud: sin ella las mayores ventajas son verdaderas perfidias; sin ella, pronto se acarrea uno la venganza de sus enemigos, la

desconfianza de sus aliados, el odio de todos los hombres de bien y la justa cólera de los dioses. Dejemos, pues, a Venusa en poder de los de Lucania, y pensemos solamente en vencer a Adrasto con nuestro valor.

Dijo, y toda la asamblea aplaudió sus sabias palabras; pero mientras aplaudían fijaban todos la vista con asombro en el hijo de Ulises, y creían ver resplandecer en él la sabiduría de Minerva, que le inspiraba.

No tardó en suscitarse otro debate en la asamblea de los reyes, en donde no adquirió menos gloria. Adrasto, siempre cruel y alevoso, envió al campamento como tráfuga a cierto Acanto, con el fin de que envenenara a los caudillos más ilustres del ejército, y especialmente al joven Telémaco, que era ya el terror de los daunios, y a quien llevaba orden de hacer morir, no perdonando para conseguirlo medio alguno. Telémaco, que tenía demasiado valor y pureza para propender a la desconfianza, recibió sin dificultad y con afecto a aquel miserable que había visto a Ulises en Sicilia y le contaba las aventuras del héroe. Manténale, y procuraba consolarle en su infortunio, porque Acanto se quejaba de que Adrasto le había engañado y tratado indignamente. Pero eso era alimentar y abrigar en su pecho a una víbora ponzoñosa dispuesta a hacerle una herida mortal.

Sorprendieron a un desertor, llamado Arión, que Acanto había enviado a Adrasto para informarle del estado del campo de los aliados, y ase-

gurarle que al otro día envenenaría a los reyes principales y a Telémaco, en un festín que éste debía darles. Arión, cogido, declaró su traición. Sospechóse que estaba en inteligencia con Acanto, porque eran muy amigos; pero Acanto, profundamente disimulado e intrépido, se defendía con tanta maña, que ni le podían convencer ni descubrir el fondo de la conjuración.

Muchos de los reyes pensaron que, en la duda que existía, debía sacrificarse a Acanto en beneficio de la pública seguridad.

—Es preciso —decían— que muera, porque la vida de un hombre sólo nada es cuando se trata de asegurar la de tantos reyes. ¿Qué importa que muera un inocente, cuando se trata de conservar a los que representan a los dioses en medio de los hombres.

—¿Qué máxima tan inhumana! ¿Qué política tan bárbara! —exclamó Telémaco—. ¡Pues qué! ¿Tan pródigos seréis de sangre humana? Puestos como pastores de los hombres, ¿lo seréis únicamente para esquilmarles y degollarles en vez de apacentarlos? No, con esto os hacéis lobos crueles y no pastores; o, por lo menos, lo sois únicamente para esquilmar y degollar vuestros rebaños. Según vosotros, ya se es culpado siendo acusado; una sospecha os merece decretar la muerte; los inocentes estarán a merced de los envidiosos y calumniadores, y a medida que vaya creciendo en vuestro corazón la desconfianza tiránica será menester inmolrar nuevas víctimas.

Telémaco hablaba con tanta autoridad y vehemencia que arrebatava el ánimo y cubría de vergüenza a los autores de aquel infame consejo. Después, más serenamente, les dijo:

—Por mi parte, no deseo la vida si ha de ser a ese precio; prefiero que Acanto sea malvado a serlo yo, y que me quite la vida por una traición, a quitársela yo injustamente por una duda. Mas, escuchad, vosotros, que siendo reyes, sois jueces de los pueblos: la justicia se ha de administrar con justicia, prudencia y mansedumbre; dejad que interrogue en vuestra presencia a Acanto.

Y le interrogó acerca de su trato con Arión; le acosó con una infinidad de circunstancias; muchas veces aparentó querer enviarle a Adrasto como un tráfuga digno de castigo, para comprobar si tenía miedo de que así se le enviara; mas el semblante y la voz de Acanto mostráronse inmutables. Por último, no pudiendo arrancarle la verdad, díjole:

—Dadme vuestro anillo, que lo quiero enviar a Adrasto.

A esta demanda, Acanto se puso pálido, sobrecogiéndose. Telémaco tenía los ojos fijos en él; notóle el cambio y tomando el anillo dijo:

—Voy a mandarlo a Adrasto por medio de un lucanio llamado Polítropo, a quien conocéis, y que irá veladamente, como si fuera de vuestra parte. Si por este medio logramos descubrir vuestra inteligencia con Adrasto, se os hará morir en medio de crueles tormentos; y, al contrario, si

me confesáis vuestra falta, os perdonaré, contentándome con enviaros a una isla en la que de nada carezcáis.

Entonces Acanto declaró de plano y Telémaco obtuvo de los reyes que se le perdonara la vida, porque así lo tenía prometido. Desterráronle a una de las islas Equinades, donde vivió en paz.

Poco tiempo después, un daunio obscuro, pero de espíritu violento y atrevido, llamada Dióscoro, pasó una noche al campamento de los aliados, ofreciéndoles degollar al rey Adrasto en su tienda. Podía cumplirlo, porque es dueño de la vida de los otros quien en nada tiene la suya. Aquel hombre respiraba venganza, porque Adrasto le había robado a su mujer, a quien amaba con delirio, siendo igual a la misma Venus en hermosura. Estaba resuelto a matarle y recobrar a su mujer o a morir. Tenía inteligencias secretas para entrar de noche en la tienda del rey, y contaba con el auxilio de varios capitanes daunios que favorecían su empresa; pero les parecía necesario que al mismo tiempo atacaran los reyes aliados al campo de Adrasto, a fin de poder salvarle y sacar a su mujer más fácilmente con el tumulto. Si, muerto el rey, no podía sacar a su mujer, se contentaba con morir.

Luego que Dióscoro hubo explicado a los reyes su designio, todo el mundo se volvió hacia Telémaco, como para pedirle la decisión.

—Los dioses —dijo él—, que nos han preservado a los traidores, nos prohíben servirnos de

ellos. Aunque no tuviéramos bastante virtud para detestar la traición, nuestro interés sólo sería suficiente para que la desecháramos. Desde que la autorizáramos con nuestro ejemplo, mereceríamos que se volviera contra nosotros. ¿Quién desde ese momento estará seguro entre nosotros? Adrasto puede, acaso, evitar el golpe que le amenaza, y hacer que caiga sobre los reyes aliados. La guerra ya no será guerra; de ningún provecho servirán la prudencia y la virtud; sólo se verán alevosías, traiciones y asesinatos. Nosotros mismos sentiríamos las consecuencias, y lo mereceríamos, por haber autorizado el mayor de todos los males. Concluyo, pues, que es menester enviarle a Adrasto el traidor. Confieso que ese rey no lo merece; pero toda la Hesperia y toda la Grecia, que tienen los ojos puestos en nosotros, merecen que así procedamos para que nos estimen. Nosotros nos debemos a nosotros mismos y, sobre todo, a los dioses, para tener horror a la perfidia.

Con esto fué llevado Dióscoro a Adrasto, que tembló, pensando en el peligro en que había estado, no cesando de maravillarse de la generosidad de sus enemigos. Adrasto admiraba, a pesar suyo, lo que acababa de ver, sin atreverse a elogiarlo. La noble acción de los aliados excitaba en él un vergonzoso recuerdo de todas sus arterias, de todas sus crueldades. Procuraba menoscabar la generosidad de sus enemigos, y se avergonzaba de aparecer ingrato debiéndoles la vida;

pero los perversos se endurecen pronto para cuanto les pudiera conmover. Adrasto, que vió cómo se aumentaba de día en día la fama de los aliados, creyó que le era urgente hacer contra ellos alguna hazaña brillante; y como era incapaz de ninguna acción de virtud, quiso a lo menos procurar alguna ventaja señalada con las armas, y se apresuró a combatir.

Habiendo llegado el día de la batalla, cuando apenas la aurora abría al sol las puertas del oriente por un camino sembrado de rosas, el joven Telémaco, adelantándose a la vigilancia de los más viejos capitanes se apartó de los brazos del dulce sueño, y puso en movimiento a todos los oficiales. Su casco, cubierto de flotantes crines, brillaba ya en su cabeza, y su coraza, ajustada al cuerpo, deslumbraba los ojos a todo el ejército; la obra de Vulcano tenía, además de su belleza propia, el resplandor de la égida unida a las armas misteriosamente. Tenía la lanza en una mano, y con la otra indicaba los diversos puestos que era menester ocupar.

Minerva había comunicado a sus ojos un fuego divino, animándole con una majestad altiva que prometía ya la victoria. Telémaco marchaba, y todos los reyes, olvidados de su edad y de su carácter regio, seguían sus pasos, como impelidos de una fuerza superior. Ya no cabe en los ánimos la flaca emulación; todo cede al que Minerva guía invisiblemente de la mano. Su acción ni era impetuosa ni precipitada: se mostraba afable, se-

reno, sufrido, siempre dispuesto a escuchar a los demás, y a aprovecharse de sus consejos; pero altivo, previsor, atento a las necesidades más lejanas, disponiéndolo todo con oportunidad, sin embarazarse ni embarazar a los otros, disculpando las faltas, reparando los descuidos, salvando las dificultades, no pidiendo jamás demasiado a nadie, inspirando en todas partes libertad y confianza. Si daba órdenes, las daba en los términos más sencillos y claros, y las repetía para instruir mejor a los que debían ejecutarlas. Les conocía en los ojos si le habían entendido bien, haciéndoles en seguida explicar familiarmente el sentido de sus palabras, y el objeto principal de la orden dada. Probada así la capacidad del elegido, le enseñaba el modo de desempeñarlo, no le dejaba irse sin darle señales de aprecio y confianza para estimularle. De ese modo, cuantos comisionaba ponían todo esmero en complacerle y salir airoso, aunque libres del temor de que se les imputara el mal éxito, porque para él tenían disculpa las faltas que no procedían de mala voluntad.

El horizonte se enrojeció con los primeros rayos del sol, y la mar encendiéndose con los destellos del naciente día. Cubrían toda la costa hombres, armas, caballos y carros en movimiento: el ruido confuso que había era semejante al de las olas irritadas cuando Neptuno excita en sus profundos abismos las negras tempestades. Así comenzaba Marte con el aterrador estruendo de las armas y aparatos de la guerra a sembrar la ira de todos

los pechos. El campo estaba todo erizado de picas, como las espigas que cubren los fértiles surcos en la estación de las mieses. Ya se levantaba una nube de polvo que ocultaba a los ojos poco a poco la tierra y el cielo. Acercábanse el horror, los estragos, la despiadada muerte.

Apenas se arrojaron los primeros tiros, cuando Telémaco, levantando al cielo los ojos y las manos, profirió estas palabras:

—¡Oh, Júpiter, padre de los dioses y de los hombres, de nuestra parte veis la justicia y la paz que no hemos tenido vegüenza de solicitar. Si peleamos es a pesar nuestro, pues hubiéramos querido evitar la efusión de la sangre humana: nosotros no odiamos ni aun a este enemigo, si bien es cruel, pérfido y sacrílego. Ved y decidid: si debemos morir, vuestras son nuestras vidas; si debemos libertar la Hesperia y derribar al tirano, vuestro poder y la sabiduría de Minerva, vuestra hija, nos darán la victoria; el honor será vuestro. Vuestra mano tiene la balanza en que arregláis la suerte de los combates; nosotros peleamos por vos, y, pues sois justo, más es Adrasto enemigo vuestro que nuestro. Si vuestra causa triunfa, antes de acabarse el día correrá en vuestros altares la sangre de una hecatombe.

Dijo, y al punto lanza sus caballos fogosos y espumantes contra las filas más cerradas de los enemigos. El primero que encuentra es Perianдро Locraniano, cubierto con la piel de un león que había matado en la Cilicia, cuando viajaba

por ella; como Hércules, iba armado de una enorme maza; la estatura y la fuerza le daban el aspecto de los gigantes. Desde que vió a Telémaco, le inspiraron desprecio su juventud y hermoso rostro.

—¡Te está bien —dijo—, mujeril mancebo, disputarnos a nosotros la gloria de los combates! ¡Ve, niño, ve a buscar a tu padre entre los muertos!

Al decir esas palabras, levanta la pesada maza, llena de nudos y armada de puntas de hierro, semejante al mástil de un navío, todos temen el golpe de su caída. El hijo de Ulises, cuya cabeza amaga, esquiva el golpe y se abalanza contra Periandro con la rapidez de un águila que hiende los aires. La maza, al caer, rompe una rueda de un carro que estaba junto al de Telémaco. El joven griego, en tanto, hiere con un dardo a Periandro en la garganta; la sangre que le sale a borbotones, le ahoga la voz; sus caballos, fogosos, no sintiendo su mano desfallecida, y flotándoles en el cuello las riendas, le llevan de una parte a otra, hasta que cae del carro, con los ojos cerrados y el rostro desfigurado, cubierto de la palidez de la muerte. Telémaco le tuvo lástima, dió inmediatamente el cuerpo a sus esclavos y guardó como señal de su victoria la piel del león con la maza.

Buscó luego a Adrasto entre los combatientes; mas, buscándolo, precipita a los infiernos a una multitud de combatientes; Hileo, de cuyo carro tiraban dos corceles semejantes a los del sol, mantenidos en las vastas praderas que riega el Aufi-

do; Demoleonte, que en Sicilia había sido en otro tiempo casi igual a Erice en los combates del cesto; Crantor, que había hospedado a su amigo Hércules cuando este hijo de Júpiter, pasando por la Hesperia, quitó la vida al infante Caco; Mnecrates, que decían se asemejaba a Pólux en la lucha; Hipocoón, salaniano, que imitaba la destreza y gallardía de Cástor en el manejo del caballo; el famoso cazador Eurímedes, siempre teñido de sangre de los osos y jabalíes que mataba en las nevadas cumbres del helado Apenino, y que, según dicen, fué tan amado de Diana, que ella misma le enseñó a disparar las flechas; Nicostrato, vencedor de un gigante que vomitaba fuego en los riscos del monte Gárgano; Eleanto, que debía casarse con la joven Foloë, hija del río Liris. Esta había sido prometida por su padre al que la redimiera del poder de una serpiente alada, nacida en las orillas del río, que debía devorarla a los pocos días, según la predicción de un oráculo. El joven Eleanto, arrebatado de amor, se ofreció a matar al monstruo, y lo consiguió; pero no pudo gozar del galardón de su victoria, y mientras Foloë, preparándose a un dulce himeneo, aguardaba con impaciencia a su futuro esposo, supo que había ido con Adrasto a la guerra, y que la Parca había cortado cruelmente sus días. Llenó de gemidos las selvas y montañas vecinas del río, derramó torrentes de lágrimas, se arrancó el hermoso cabello rubio, no pensó más en las guirnaldas de flores que acostumbraba a

coger y acusó al cielo de injusticia. Como no cesaba de llorar ni de día ni de noche, los dioses, compadecidos de sus penas y excitados por las súplicas del río, pusieron término a su dolor. A fuerza de llorar, se convirtió en fuente, que, entrando en el seno de su padre, junta sus aguas con las del dios; pero el agua de esta fuente siempre es amarga. La hierba de sus orillas no florece y la única sombra que hay en tan tristes márgenes es la de algunos cipreses.

Luego que Adrasto supo que Telémaco llevaba por todas partes el terror, se apresuró a irle al encuentro. Había contado con la facilidad de vencer al hijo de Ulises, por su edad juvenil, y llevaba consigo a treinta daunianos de fuerzas, destreza y astucias extraordinarias, a los cuales había prometido grandes recompensas, si en la batalla podían acabar con Telémaco de cualquier modo que fuese. Si le hubiese hallado al principio del combate, aquellos treinta hombres, rodeando el carro de Telémaco, mientras le hubiera acometido de frente Adrasto, sin duda no hubiesen tenido mucho trabajo para matarle; pero Minerva les hizo extraviarse.

Adrasto creyó ver y oír a Telémaco en un sitio llano que formaba recodo al pie de una colina donde había una multitud de combatientes; corre, vuela, quiere hartarse de sangre; pero en vez de Telémaco, ve al viejo Néstor, que con trémula mano, arroja al acaso algunos tiros inútiles. Adrasto, ciego de furor, le iba a herir; pero

se precipitó alrededor de Néstor un tropel de pilianos.

Entonces, una nube de dardos y flechas obscureció el aire y cubrió a todos los que peleaban; no se oían más que los gritos lastimeros de los moribundos, y el ruido de las armas de los que caían en la refriega; la tierra gemía bajo el peso de un montón de cadáveres; por todas partes corrían arroyos de sangre. Belona y Marte, con las Furias infernales vestidas de ropas empapadas de sangre, saboreaban con crueles ojos aquel espectáculo, y atizaban la rabia en los corazones. Esas deidades, enemigas de los hombres, ahuyentaban de las dos partes la piedad generosa, el valor moderado, la dulce humanidad. En aquel tropel de hombres encarnizados no había más que estrago, venganza, desesperación y furor brutal; la sabia e invencible Palas, al verlo, se estremeció y retrocedió con horror.

Entretanto, Filoctetes, con paso lento y llevando en la mano las flechas de Hércules, iba a socorrer a Néstor. Adrasto, no habiendo podido llegar al divino anciano, había asestado sus tiros contra muchos pilianos, a quienes había dado la muerte. Por tierra estaba ya Eusilas, tan ligero en la carrera que apenas dejaba estampada en la arena las huellas de sus pasos, y más veloz que las corrientes rápidas del Eurotas y del Orfeo, ríos de su país. Habían caído Eutifrón, más hermoso que Hilas, y tan infatigable cazador como Hipólito; Pterelao, que había ido con Néstor al si-

tio de Troya, y que el mismo Aquiles había amado a causa de su valor y pujanza; Aristogitón, que, bañándose en las aguas del río Aqueloo, había recibido secretamente de aquel dios la virtud de tomar todas las formas. En efecto, era tan flexible y pronto en todos sus movimientos, que se escapaba de las manos de los más fuertes; pero Adrasto lo dejó inmóvil de una lanzada, y el alma huyó de él como la sangre.

Néstor, viendo caer a sus más valientes capitanes a los golpes del cruel Adrasto, como las doradas espigas en la estación de las mieses caen a los golpes de la hoz cortante de un infatigable segador, se olvidaba del peligro y arriesgaba inútilmente su vejez. Habíale abandonado su prudencia; no pensaba sino en seguir con la vista a su hijo Pisistrato, que, por su parte, mantenía con denuedo la pelea para alejar de su padre el peligro. Había llegado el momento fatal en que Pisistrato debía hacer conocer a Néstor cuánta desgracia suele ser el haber vivido demasiado.

Pisistrato dirigió a Adrasto una lanzada tan violenta, que el daunio, hubiera sucumbido, a no haberla evitado; y cuando Pisistrato, vacilante con aquel golpe en vano, volvía a ajustar su lanza, Adrasto le atravesó por el vientre con una jabalina. Empezáronle a salir las entrañas con un caño de sangre; su color se marchitó, como una flor que la mano de una ninfa coge en las praderas; sus ojos estaban ya casi apagados, y le faltaba la voz. Alceo, su ayo, que estaba junto

a él, lo sostuvo al caer, y apenas tuvo tiempo para llevarle a los brazos de su padre. Quiso el joven hablar, y dar las últimas pruebas de su filial ternura; mas, al abrir los labios, expiró.

Mientras Filoctetes derramaba en torno suyo la muerte y el horror para repeler los esfuerzos de Adrasto, Néstor tenía abrazado estrechamente el cuerpo de su hijo, llenando el aire de gritos y no pudiendo soportar la vida.

—¡Infeliz! —exclamaba—. ¿Por qué he sido padre y vivido tanto? ¡Ah, crueles hados! ¿Por qué no acabasteis conmigo, o en la cacería del jabalí de Calidón, o en el viaje de Colcos, o en el primer sitio de Troya? Hubiera muerto con gloria y sin amargura; ahora tengo que arrastrar una vejez dolorosa, despreciada e impotente, sin vida más que para padecer, sin sentimiento más que para la tristeza. ¡Oh, hijo mío! ¡Oh, mi querido Pisistrato! Cuando perdí a tu hermano Antíloco, me quedabas tú para consolarme: ya no te tengo a ti, ya no tengo nada, nada me consolará: todo se ha acabado para mí. La esperanza, único alivio de los pesares del hombre, no es bien que me pertenece. ¡Antíloco, Pisistrato, hijos queridos! Me parece que hoy es el día en que os pierdo a los dos: la muerte del uno abre la llaga que el otro me había hecho en lo profundo del corazón. ¡Ya no os volveré a ver! ¿Quién cerrará mis párpados? ¿Quién recogerá mis cenizas? ¡Oh, Pisistrato, has muerto como un valiente; así murió tu hermano; yo solo soy quien no puedo morir!

Al decir estas palabras fué a clavarse el dardo que tenía; pero le detuvieron la mano, y le arrebataron el cadáver de su hijo; y como el infeliz anciano se desmayaba, le condujeron a su tienda, donde, recobrado un poco, quiso volver al combate; mas le detuvieron, a pesar suyo.

Entretanto, Adrasto y Filoctetes se buscaban; les brotaban fuego los ojos, como al león y al leopardo que quieren despedazarse en los campos que riega el Caistro. Su vista feroz lanza amenazas, furor bélico, venganza implacable. Por donde quiera que van llevan con sus tiros una muerte cierta, y los guerreros todos los miran con espanto. Por fin se ven, Filoctetes va a disparar una de esas flechas terribles, que jamás yerran el golpe en sus manos, y cuyas heridas son incurables; pero Marte, que protegía al cruel e intrépido Adrasto, no podía consentir que tan pronto pereciera: quería, por medio suyo, prolongar los horrores de la guerra y aumentar la devastación. Guardábale aún la justicia de los dioses para castigar a los hombres y verter su sangre.

En el momento en que Filoctetes va a disparar, le hiere de un lanzazo Anfímaco, joven lucaniano, más hermoso que el decantado Nireo, que sólo a Aquiles cedía en belleza entre todos los griegos que pelearon en el sitio de Troya. Apenas se sintió herido Filoctetes, disparó la flecha contra Anfímaco, y le atravesó el corazón. Al punto se le apagaron los hermosos ojos negros, que cubrieron las tinieblas de la muerte; su boca, más encarnada

que las rosas que esparce por el horizonte la naciente aurora, perdió el color; empañó sus mejillas una palidez lívida; todo aquel rostro delicado y gracioso se desfiguró de repente. El mismo Filoctetes se compadeció. Los combatientes gimieron al ver caer al joven revolcándose en su sangre, y con los cabellos, tan hermosos como los de Apolo, arrastrados por el suelo.

Filoctetes, después de vencer a Anfímaco, tuvo que retirarse del combate; porque perdía con la sangre las fuerzas; hasta la herida antigua parecía que con los esfuerzos del combate se la quería abrir y renovar sus dolores, no habiendo podido curársela del todo los hijos de Esculapio con su divina ciencia. Héle allí que va a caer sobre el montón de cuerpos ensangrentados que le rodean. Arquidamas, el más altivo y diestro de todos los ebalianos, que había llevado consigo para fundar a Petilia, le arrebatava del combate en el momento que Adrasto le hubiera acabado sin dificultad a sus pies. Nada encuentra Adrasto que se atreva a resistirle, ni retardar su victoria. Todo cae, todo huye: es un torrente que, superando su cauce, arrastra con su furiosa corriente las mieses, los ganados, los pastores y las aldeas.

Telémaco percibió desde lejos los alaridos de los vencedores; vió el desorden de los suyos, que huían de Adrasto cual la manada de tímidos ciervos que atraviesa las vastas campiñas, las selvas, los montes y hasta los ríos más rápidos, cuando van perseguidos por los cazadores.

Grita Telémaco; la indignación aparece en sus ojos; deja los puestos en que tanto tiempo ha peleado con tanto peligro y tanta gloria. Corre para sostener a los suyos, cubierto de sangre de la multitud de enemigos que ha derribado, y desde lejos lanza un grito que oyen ambos ejércitos.

Minerva había dado en su voz un no sé qué de terrible, que repitieron las vecinas montañas. Nunca ha hecho Marte resonar su voz cruel con más fuerza en la Tracia al llamar a las Furias infernales: la Guerra y la Muerte. El grito de Telémaco anima a su gente, y hiela de terror a los enemigos; Adrasto mismo se turba con vergüenza. Le estremecen varios presagios funestos, y lo que le anima es más bien la desesperación que el valor sereno. Tres veces estuvieron para flaquearle las rodillas; tres veces retrocedió sin pensar lo que hacía; por todos sus miembros corría un frío sudor, y le cubría la palidez del desmayo; la voz, enronquecida y balbuciente, no podía acabar las palabras; parecía que los ojos, llenos de un fuego sombrío y fulminante, se le iban a salir de las órbitas; se le veía como Orestes, agitado por las Furias; todos sus movimientos eran convulsivos. Entonces empezó a creer que había dioses; se imaginó verlos irritados, y escuchar una voz sorda que salía de los profundo abismos para llamarle al tenebroso Tártaro; en todo sentía una mano celestial e invisible alzada sobre su cabeza, y que iba a descargar el golpe; la esperanza

estaba apagada en su corazón; su audacia se disipaba, como la luz del día desaparece cuando el sol se oculta en el seno de las olas, y la tierra se envuelve en las sombras de la noche.

El impío Adrasto (que los dioses hubieran tolerado por demás en la tierra, si los hombres no hubiesen necesitado de ese castigo) se acercaba, por último, a su término. Corre ciego de furia hacia su inevitable destino; con él van el horror, los voraces remordimientos, la consternación, la ira, la rabia, la desesperación. Apenas ve a Telémaco, cuando cree ver al Averno que se abre, y los torbellinos de llamas que salen del negro Flegeton para devorarlo. Grita, y la boca se le queda abierta, sin poder articular palabra, semejante a un hombre dormido, que en un ensueño fatídico abre la boca, y esforzándose en hablar, fáltanle las palabras. Con mano temblorosa lanza Adrasto su dardo contra Telémaco. Este, intrépidamente, como quien confía en los dioses, se cubre prontamente con el escudo; parece que la Victoria, cubriéndole con sus alas, tiene ya suspendida sobre su cabeza una corona; el valor sereno y apacible resplandece en sus ojos; tuviérasele por la misma Minerva, por la prudencia y mesura que ostenta en medio de los mayores peligros. El dardo da en el escudo y salta. Entonces, Adrasto se apresura a tirar la espada, para quitarle al hijo de Ulises la ventaja de servirse de su dardo. Telémaco, al ver a Adrasto con la espada en la mano, se da prisa en sacar la suya, y deja su dardo inútil.

Cuando vieron a los dos cerrarse en particular combate, los demás guerreros bajaron las armas en silencio para mirarlos atentamente, aguardando que aquel combate decidiera el destino de toda la guerra. Las dos espadas, brillantes como los relámpagos de donde salen los rayos, se cruzan muchas veces, y descargan golpes inútiles sobre las armaduras bruñidas, que resuenan con ellos. Ambos combatientes se tienden, se repliegan, se bajan, se levantan de repente, y, al fin, se cogen. La hiedra que nace al pie de un olmo abraza más estrechamente el tronco duro y nudoso con sus ramas enlazadas hasta la más alta cima del árbol que uno y otro combatiente se aprietan. Adrasto nada había perdido de su fuerza todavía; Telémaco aún tenía toda la suya. Aquél hace todos los esfuerzos para sorprender a su enemigo y que pierda pie. Trata de cogerle la espada al joven griego, aunque en vano; en el momento en que la busca, Telémaco le levanta del suelo y le tira en la arena. Entonces, el impío, que había despreciado siempre a los dioses, muestra un vil miedo a la muerte; se avergüenza de pedir la vida, no puede dejar de manifestar que la desea, y procura excitar la compasión de Telémaco.

—Hijo de Ulises —le dice—. ahora es cuando conozco a los justos dioses; castígame como lo he merecido; la desgracia solamente puede abrirle al hombre los ojos para la verdad; la veo que me condena. Pero que un rey desgraciado os haga acor-

daros de vuestro padre, que está lejos de Itaca y que os mueva el corazón.

Telémaco, que, habiéndole puesto encima las rodillas, tenía levantada la espada para degollarle, respondió inmediatamente:

—Yo sólo he buscado la victoria y la paz de las naciones que he venido a auxiliar; no me gusta derramar sangre. Vivid, pues, ¡oh Adrasto!; pero vivid para reparar vuestras faltas; restituid lo que habéis usurpado; restableced la justicia y el sosiego en la costa de la grande Hesperia, que habéis manchado con tantos estragos y traiciones: vivid, y sed otro hombre. Que vuestra caída os enseñe que los dioses son justos, que los malvados son infelices y se engañan buscando la felicidad en la violencia, en la inhumanidad y en la mentira; en fin, que nada es más dulce y feliz que la sencilla y constante virtud. Dadnos en rehenes a vuestro hijo Metrodoro con doce de los principales de vuestra nación.

Con estas palabras, Telémaco dejó a Adrasto levantarse y le tendió la mano, sin recelarse de su mala fe; pero, de repente, le arroja el pérfido un dardo corto que tenía escondido, y que hubiera pasado la armadura de Telémaco si no hubiese sido divina. Al momento, Adrasto corre a guarecerse de un árbol, para evitar la persecución del joven griego. Este exclama entonces:

—Daunios, bien lo veis, la victoria es nuestra; el impío no se salva sino por la alevosía. El que no teme a los dioses, teme a la muerte;

al contrario, el que los teme, sólo les teme a ellos.

Diciendo estas palabras, se adelanta hacia los daunios y hace señas a los suyos, que estaban al otro lado del árbol, para que corten el paso al aleroso Adrasto. Adrasto teme verse cogido, aparenta volver, y quiere arrollar a los cretenses que le salen al encuentro; pero Telémaco, pronto como el rayo lanzado por la mano del padre de los dioses, desde lo alto del Olimpo, sobre la cabeza de los criminales, cae encima de su enemigo; le agarra con mano vigorosa, le echa al suelo, como el cruel Aquilón derriba las tiernas mieses que doran la campiña. Aunque otra vez se atreve el impío a tentar si puede abusar del buen corazón de su vencedor, éste no le escucha; y, metiéndole la espada, le precipita en las llamas del negro Tártaro. digno castigo de sus crímenes.

LIBRO XXI

ARGUMENTO: Después de lo dicho, los daunios tienden la mano a los aliados en señal de reconciliación, y, como única condición de paz, piden que se les permita elegir como rey a uno de su nación. Los caudillos se reúnen para deliberar sobre la demanda de los daunios. Telémaco, después de rendir los últimos deberes para con Pisistrato, hijo de Néstor, retorna a la asamblea, cuyos miembros, en su mayoría, opinan que deben partirse el país de los daunios; ofrecen a Telémaco la fértil campiña de Arpino. Bien lejos de aceptar esta oferta, Telémaco se esfuerza en hacer ver que el interés común de los aliados está en dejar a los daunios sus tierras, dándoles por rey a Polidamas, famoso capitán de su nación, tan estimado por su sabiduría como por su valor. Los aliados consienten a esa propuesta, que llena de gozo a los daunios. Telémaco persuade a éstos a entregar la comarca de Arpi a Diómedes, rey de la Eto- lia, perseguido hasta entonces por la cólera de Venus, cuya sede troyana había abatido. Así terminan las conmociones, y los príncipes se separan para retornar a sus respectivos países.

Apenas sucumbió Adrasto, cuando los daunios, lejos de lamentar su derrota y la pérdida de su jefe, se regocijaron y tendieron las manos a los aliados en señal de paz y de reconciliación. Metrodoro, hijo de Adrasto, a quien su padre había criado con máximas de disimulo, injusticia e inhumanidad, huyó cobardemente. Un esclavo, cómplice de sus infamias y crueldades, emancipado por él y por él colmado de beneficios, al cual se había confiado en su fuga, no pensó más que en su provecho propio, y le hizo traición, ma-

tándolo por detrás cuando huía, cortándole la cabeza y presentándola en el campo de los aliados, con la esperanza de que recompensarían profusamente un crimen que ponía término a la guerra. Pero el malvado causó horror, y le hicieron morir. Telémaco, habiendo visto la cabeza de Metrodoro, que era joven de portentosa hermosura, y de índole excelente, a quien los placeres y los malos ejemplos habían pervertido, no pudo contener las lágrimas.

—¡Ah! —exclamó—, estos son los efectos que el veneno de la prosperidad causa en un príncipe joven; cuanto más elevación y vivacidad tiene, tanto más se aparta y aleja de todos los sentimientos de la virtud. Y ahora tal vez me sucedería eso a mí, si la adversidad en que, gracias a los dioses, he nacido y las lecciones de Mentor no me hubieran enseñado a refrenarme.»

Los daunios, reunidos, pidieron como única condición de paz que se les dejara elegir de entre ellos un rey que pudiese borrar con sus virtudes el oprobio de que el impío Adrasto había cubierto la corona. Dieron gracias a los dioses porque habían derribado al tirano; se agolpaban para besarle a Telémaco las manos bañadas con la sangre de aquel monstruo, y miraban su derrota como un triunfo. Así cayó en un momento, sin recurso alguno, el poderío que había estado amenazando la Hesperia, y que hacía temblar a tantos pueblos; no de otro modo que esos terrenos que parecen firmes e inmóviles y que, mira-

dos poco a poco, aunque se desprecia mucho el lento trabajo que enflaquece el pie, cuando nada indica que falta solidez, cuando todo se ve unido, cuando nada se mueve, corroídos los cimientos, se hundan de repente y abren un abismo; así ahonda a sus pies el precipicio por sí mismo todo poder injusto y engañoso, por más prosperidad que consiga con sus violencias. El fraude y la inhumanidad socavan poco a poco los fundamentos más sólidos de la autoridad legítima: la admiran, la temen, tiemblan en su presencia, mientras existe; pero cae, al fin, por su propio peso, y no se vuelve a levantar, porque ha destruído con sus propias manos los verdaderos apoyos de la buena fe y de la justicia, que atraen el amor y la confianza.

Los jefes del ejército se reunieron desde el día siguiente, para conceder un rey a los daunios. Daba placer ver los dos campos confundidos con una amistad tan inesperada, y los dos ejércitos no formando más que uno. El sabio Néstor no pudo asistir al consejo, porque el dolor, unido a la vejez, había marchitado su corazón, como la lluvia troncha y aja en la tarde la flor que era, por la mañana, al despuntar el alba, la gala y el honor del verde campo. Se le habían convertido los ojos en dos fuentes de lágrimas inagotables; huía de él el blando sueño que mitiga las penas más agudas; la esperanza, que es la vida del corazón del hombre, se había apagado en él. Todo alimento era amargo para aquel desventurado

anciano; la misma luz le era odiosa: su alma no ansiaba más que dejar el cuerpo y sumergirse en la eterna noche del imperio de Plutón. En vano le hablaban todos sus amigos; su desmayado corazón sentía repugnancia a todo afecto, como la siente un enfermo a los alimentos mejores. A cuanto le decían contestaba con gemidos y sollozos. De cuando en cuando se le oía exclamar: «¡Oh, Pisistrato, Pisistrato! ¡Pisistrato, hijo mío! ¡Me llamas! ¡Ya te sigo, Pisistrato! ¡Tú dulcificarás mi muerte! ¡Oh, querido hijo mío!, toda la felicidad a que aspiro es volverte a ver en las orillas de la Estigia». Pasaba horas enteras sin proferir una sola palabra, pero sí gimiendo y levantando al cielo las manos y los ojos anegados en llanto.

Entretanto los príncipes reunidos aguardaban a Telémaco, que estaba junto al cuerpo de Pisistrato, cubriéndolo de flores a manos llenas, derramando sobre él exquisitos aromas y vertiendo lágrimas amargas.

—¡Oh, mi querido compañero —decía—, nunca me olvidaré de haberte visto en Pilos, de haberte seguido a Esparta, ni de haberte vuelto a ver en las playas de la grande Hesperia! Te debo mil y mil afectuosos cuidados; yo te amaba, y tú me amabas también; he conocido tu valor, que hubiera sobrepujado al de muchos griegos famosos. ¡Ah! Te han hecho perecer con gloria; pero han arrebatado del mundo una virtud naciente, que hubiera igualado a la de tu

padre; sí, tu sabiduría y elocuencia en la edad madura habrían sido semejantes a las de ese anciano, admiración de toda Grecia. Ya poseías esa dulce persuasión a la cual nadie se puede resistir cuando habla, las maneras sencillas y graciosas de contar, la prudente moderación que es un encanto para calmar los ánimos irritados, la autoridad que viene de la sabiduría y de la fuerza de los buenos consejos. Cuando tú hablabas, todos te escuchaban, todos se inclinaban a ti, todos deseaban ver que tenías razón; tu palabra simple y sin atavíos penetraba dulcemente en el alma, como el rocío en la hierba que nace. ¡Ay! ¡Tantos bienes como poseíamos, hace algunas horas, nos han sido arrebatados para siempre! Pisistrato, a quien he abrazado esta mañana, ya no existe; no nos queda de él más que un doloroso recuerdo. A lo menos, si tú hubieras cerrado los ojos de Néstor antes que nosotros hubiéramos cerrado los tuyos, no vería lo que ve, no sería el más infeliz de todos los padres.

Después de estas palabras, Telémaco mandó lavar la herida sangrienta que Pisistrato tenía en el costado; hízole tender en una cama de púrpura, en donde, con la cabeza caída y la palidez de la muerte, parecía un árbol nuevo que, habiendo cubierto la tierra de sombra y levantado al cielo su frondosa copa, ha empezado a cortar el hacha afilada de algún leñador; separado de las raíces, privado de la tierra, madre fecunda que le nutrió en su seno, se seca, pierde su verdor,

no puede sostenerse, cae, y las ramas que ocultaban el cielo se arrastran en el polvo, mustias y secas las hojas, no quedando más que un tronco abatido y desnudo de todas sus galas. Tal estaba Pisistrato, despojo de la muerte, cuando llevaban su cadáver los que debían ponerle encima de la pira. Ya la llama subía al cielo. Una fuerza de pilios, con los ojos bajos y arrasados de lágrimas, vueltas las armas hacia tierra, le conducían lentamente. No tarda el cuerpo en quemarse; las cenizas se depositan luego en una urna de oro, y Telémaco, atento a todo, confía esta urna, como un gran tesoro, a Calímaco, ayo de Pisistrato.

—Guardad —le dice— estas cenizas tristes, las más preciosas reliquias del que tanto amabais; guardadlas para su padre. Pero esperad a que haya recobrado bastante fuerza para pedir las, y dádselas entonces; lo que en una ocasión irrita el dolor, en otra le mitiga.

Luego Telémaco entró en la asamblea de los monarcas aliados, donde todos guardaron silencio con el fin de oírle; este gesto le ruborizó no poco, y quedó coartado. Las alabanzas que de él hicieran públicamente con motivo de su actuación, aumentaron su rubor; se hubiera querido poder esconder; fué la primera vez que se encontró coartado e indeciso. Por último, pidió la gracia de no hacerle más elogios.

—No es porque no me halaguen —dijo—, sobre todo cuando vienen de parte de varones justicieros y virtuosos; pero temo no me lisonjeen

demasiado; porque las alabanzas pervierten, ensoberbecen e infatúan. Por esto convengo en que es preciso huírlas; y aun los elogios más sinceros actúan como los mentirosos. Los tiranos, que son los hombres más perversos, son los que más parentesco tienen con los aduladores. ¿Cuál es el placer de verse alabados como ellos? Las mejores alabanzas son las que me daréis estando ausente, si es que las he merecido. Si me creéis verdaderamente virtuoso, creed que es mi deseo ser modesto y huir de toda vanidad. Dejadme, pues, si me estimáis, y no me confundáis con el hombre deseoso de aplausos.

Habiendo hablado de esta suerte, no volvió a contestar a los que le encumbraban hasta el cielo, y con un aire de indiferencia hizo abortar los elogios que le daban. Se comenzó a creer que loarle le dolía, y así acabaron las alabanzas; pero la admiración aumentó. Todo el mundo supo la ternura que había testimoniado a Pisistrato y el celo con que le había tributado los últimos obsequios. Todo el ejército recibió el ejemplo de tal bondad de corazón, lo mismo que de los prodigios de sabiduría y de valor que había ofrecido. Y, en baja voz, se decían: «Es sabio y valiente, predilecto de los dioses y verdadero héroe de nuestro tiempo; es superior a los demás hombres: esto es lo que nos maravilla y asombra. Es humano, bueno, compasivo, fiel y afectuoso amigo; paciente, liberal, benéfico y se da entero a los que ama; es el encanto de los que con él viven; ha co-

rregido su altivez, indiferencia y arrogancia; y esto es lo provechoso, lo que llega al alma, lo que obliga a quererle e inspirar respeto, viendo sus virtudes. Por esto daríamos gozosos la vida por él».

Cuando estas conversaciones terminaron, se propuso la necesidad de nombrar rey para los daunios. La mayor parte de los príncipes asistentes al consejo opinaron que convenía dividir el país entre los reyes aliados, como tierras de conquista. Se ofreció a Telémaco la fértil comarca de Arpi, que dos veces durante el año ofrece los dones de Ceres, los dulces presentes de Baco y los verdes frutos del olivo consagrado a Minerva.

—Esta tierra —decíanle— os ha de hacer olvidar la pobre Itaca y sus cabañas, las rocas desnudas de Duliquia y los bosques salvajes de Zacynto. No busquéis más a vuestro padre, que sin duda ha perecido en los escollos del Promontorio de Cafarea, por venganza de Neauplio y la cólera de Neptuno; ni vuestra madre, que ya deben poseer sus pretendientes; ni vuestra patria, cuyas tierras no favorece el cielo, con esta que os ofrecemos.

El escuchaba con paciencia estos discursos; pero los roquizares de la Tracia y de la Tesalia no son más sordos y más insensibles a los llantos de los amantes desesperados que lo era Telémaco a tales ofrecimientos.

—Por mi parte —contestó—, no me mueven las riquezas, ni los placeres. Nada vale poseer

mayor extensión de tierra, ni mandar a mayor número de hombres. Esto importa sólo tener más cuidados y menos libertad; bastante es de suyo la vida desgraciada para los prudentes, para añadirle el trabajo de mandar a otros hombres indóciles, turbulentos, injustos, falaces o desagradecidos. Cuando se quiere ser señor de hombres en provecho propio, no pensando sino en los placeres y en la gloria personal, entonces se es impío, tirano y azote de la Humanidad. Al contrario, cuando se aspira a gobernar de acuerdo con los santos principios, entonces se es menos señor de sí mismo: no tiene más que trabajo, y éste indefinido. El pastor que no se comè el rebaño, que le defiende de los lobos, arriesgando su vida, que vela de día y de noche para guiarle a los buenos pastos, no se cuida de aumentar el número de carneros, quitándole los suyos al vecino; esto aumentaría sus fatigas. Aun cuando no haya gobernado nunca, he aprendido en las leyes y en los sabios que las hicieron lo penoso que es dirigir a los pueblos. Me doy por contento con mi pobre Itaca, por reducida que sea; harta gloria tendré si sé reinar en ella con justicia, piedad y valor; y aun no reinaré si quiero reinar demasiado pronto. ¡Plegue a los dioses que mi padre, salvado del furor de las ondas, torne a reinar hasta la más extremada vejez y que yo pueda aprender de él por mucho tiempo cómo se han de refrenar las pasiones para saber moderar las de mi pueblo.

Y agregó:

—Escuchad, ¡oh, príncipes!—, lo que debo decir para interés de todos. Si dais a los daños un rey justo, los gobernará justicieramente y les enseñará lo útil que es guardar la buena fe y no usurpar lo suyo a los vecinos; lo cual les ha sido imposible entender bajo la dominación de Adrasto. Cuando un rey sabio y moderado les gobierne, nada tendréis que temer de ellos, porque os deberán este rey, la paz y la prosperidad. Mas si preferís repartiros sus tierras, os presagio las siguientes calamidades: este pueblo, reducido a la desesperación, recurrirá de nuevo a la guerra; peleará justamente en defensa de su libertad, y los dioses, enemigos de la tiranía, se pondrán de su parte. Si los dioses lo hacen así, tarde o temprano os veréis confundidos y vuestra prosperidad se disipará como el humo; vuestros caudillos perderán su consejo y sabiduría; vuestros ejércitos, el valor, y vuestras tierras, su abundancia. Os cegaréis; seréis temerarios; impondréis silencio a los buenos varones, para no oír la verdad; caeréis de repente, y se dirá de vosotros: «¿Son esos los florecientes pueblos que daban leyes al mundo? Ahora huyen de sus enemigos y son la burla de las naciones». He aquí lo que los dioses han hecho; he ahí lo que merecen los pueblos injustos, soberbios e inhumanos. Además, tened presente que si os repartís esas tierras, todos los pueblos vecinos se aliarán contra vosotros; vuestra alianza formada para defender las libertades de la Hesperia contra el usurpador Adrasto, se

hará objeto de odio, y vosotros mismos os acusaréis razonablemente de querer usurpar la tiranía universal.

Pero quiero suponer que sois victoriosos sobre los daunios y sobre los demás pueblos; esta victoria os destruirá; he aquí cómo: Considerad que la repartición os desunirá a vosotros mismos; como esta repartición no se apoya en la justicia, no habrá reglas para atender justicieramente a las pretensiones de cada uno de vosotros; todos querrán unos bienes proporcionados a su poder; ninguno de vosotros tendrá bastante autoridad para hacer una partición pacífica, y eso podrá originar una guerra que ni vuestros nietos verán terminada. ¿No es preferible ser más justo y moderado que seguir las propias ambiciones con tanto peligro y a través de tantos infortunios? La paz profunda, los dulces e inocentes placeres que la acompañan, la feliz abundancia, la amistad entre vecinos, la gloria inseparable de la justicia, la autoridad que se adquiere por la buena fe, ser árbitro de los pueblos extranjeros, ¿no son bienes más apreciables que la necia vanidad de una conquista injusta? ¡Oh, príncipes! ¡Oh, reyes! Os hablo desinteresadamente; escuchad, pues, a quien os ama contradiciéndoos y enojándoos por proponeros la verdad.

Mientras Telémaco hablaba de esta suerte con una autoridad en nadie vista, estando atónitos y suspensos todos los príncipes, admirando la sabiduría de sus consejos, se oyó un ruido confuso

que se esparció por el campamento y llegó hasta el sitio en donde se tenía la junta. «Un extranjero —dijeron— acaba de arribar a nuestras costas con gente armada. El desconocido es de elevada presencia, todo en él parece heroico; se conoce fácilmente que ha padecido mucho tiempo, y que a fuerza de valor ha superado sus trabajos. Cuando al principio le han querido repeler los pueblos que guardan la costa, como a un enemigo invasor, después de sacar la espada con ademán intrépido, ha declarado que se defendería si le atacaban; pero que no pedía más que la paz y la hospitalidad. En seguida ha presentado un ramo de olivo. Le han oído, ha pedido que le conduzcan a los que gobiernan esta costa de la Hesperia, y le traen aquí para que hable a los reyes reunidos.»

Acabadas de decir esas palabras, se vió entrar al desconocido con una majestad que sorprendió a toda la asamblea. Se hubiera creído fácilmente que era el dios Marte cuando concentra en las montañas de Tracia sus huestes sanguinarias. El extranjero comenzó a hablar así:

—¡Oh, vosotros, pastores de los pueblos, que sin duda estáis aquí reunidos o para defender la patria de sus enemigos, o para hacer que florezcan las leyes más justas: escuchad a un hombre a quien la fortuna ha perseguido. ¡Plegue a los dioses que jamás experimentéis semejantes desdichas! Yo soy Diómedes, rey de Etolia, el que hirió a Venus en el sitio de Troya. La venganza de esa diosa me persigue por todo el universo.

Neptuno, que nada puede negar a la hija divina del mar, me ha entregado al furor de los vientos y las olas, que muchas veces han roto mis naves contra los escollos. La inexorable Venus me ha quitado la esperanza de volver a ver mi reino, mi familia y la dulce luz en que empecé a ver el día desde la cuna. No, ya no volveré a ver lo que más he amado del mundo. Después de tantos naufragios, vengo a estas playas desconocidas a buscar en ellas un poco de descanso y un asilo seguro. Si teméis a los dioses, sobre todo a Júpiter, que ampara a los extranjerios; si sois inclinados a la compasión, no me neguéis en estas dilatadas comarcas un rincón estéril, cualquier desierto, algún arenal, o las rocas más escarpadas, para fundar con mis compañeros una ciudad que sea a lo menos una triste imagen de nuestra perdida patria. No pedimos más que un poco de espacio que os sea inútil. Nosotros viviremos en paz con vosotros en alianza estrecha: vuestros enemigos lo serán nuestros, y entraremos en cuanto sea de vuestro interés; no os pedimos más que la libertad de vivir conforme a nuestras leyes.

En tanto que así hablaba Diómedes, Telémaco tenía los ojos puestos en él, y dejaba ver en su rostro todas las pasiones. Cuando Diómedes habló de sus largos infortunios, pensó que fuera su padre aquel hombre tan majestuoso. Luego que declaró que era Diómedes, el semblante de Telémaco se entristeció como se marchita una flor que acaba de ajar el soplo cruel de los negros aquí-

lones. Después de quejarse Diómedes de la larga cólera de una deidad, sus palabras le enternecieron, recordándole que su padre y él habían padecido los mismos infortunios; por último, derramando lágrimas de dolor y alegría, se arrojó a Diómedes para abrazarle.

—Yo soy el hijo de Ulises —le dijo—, al cual habéis conocido, no habiéndoos sido inútil cuando os apoderasteis de los famosos caballos de Reso. Los dioses le han tratado tan despiadadamente como a vos. Si no mienten los oráculos del Erebo, todavía vive; pero ¡ay! no vive para mí. He abandonado a Itaca para buscarle, y ahora ni puedo volver a Itaca ni encontrar a mi padre; juzgad por mi desdicha la compasión que me inspiran las vuestras. Esa es la única ventaja de los desgraciados, saber compadecerse de los padecimientos ajenos. Aunque aquí no soy más que un extranjero, puedo, ¡oh, gran Diómedes! (porque, a pesar de las miserias que han agobiado mi patria en mi infancia, no me han educado tan mal que ignore vuestra fama en los combates), puedo, ¡oh, el más invencible de todos los griegos, después de Aquiles!, proporcionaros algunos socorros. Estos príncipes que veis son humanos y saben que no hay virtud, ni verdadero valor, ni gloria estable sin humanidad. La adversidad derrama nuevo esplendor sobre la gloria de los grandes varones, a quienes falta algo, cuando no han sido desgraciados; porque su vida no presenta ejemplos de paciencia y firmeza; la virtud, cuando

padece, conmueve dulcemente todos los corazones que la aman. Dejad, pues, a nuestro cuidado el procuraros consuelo, que los dioses, al traerlos hacia nosotros, nos han hecho un presente' y debemos tenernos por muy satisfechos de poder dulcificar vuestras penas.

Mientras hablaba Telémaco, Diómedes, maravillado, le miraba atentamente y se sentía enternecido. Abrazábanse, como si hubieran estado unidos mucho tiempo antes con íntima amistad.

—¡Oh, digno hijo de Ulises!— exclamaba Diómedes—. Estoy viendo en vuestro semblante la dulzura del suyo; en vuestras razones, su gracia, la fuerza de su elocuencia en la vuestra, su nobleza en vuestros sentimientos, y en vuestras ideas su sabiduría.

En esto le abraza también Filoctetes con el grande hijo de Tideo, y ambos se cuentan sus tristes aventuras. Díjole en seguida Filoctetes:

—Sin duda os alegraréis de ver al sabio Néstor; acaba de perder a Pisistrato, único hijo que le quedaba; la vida no le guarda ya más que un camino de lágrimas para llegar al sepulcro. Venid a consolarle; un amigo desgraciado puede ofrecer a su corazón más eficaz consuelo que otro cualquiera.

Al punto se dirigieron a la tienda de Néstor, que apenas reconoció a Diómedes con la excesiva tristeza que tenía abatidos su espíritu y sentidos.

Al principio lloró Diómedes con él, y su vista fué para el anciano un incremento de dolor; pero

poco a poco la presencia de este amigo le fué apaciguando el ánimo. Se observó fácilmente que sus males se mitigaban un poco con el placer de referir lo que había padecido y de oír lo que le había sucedido a Diómedes.

Durante su conversación, los reyes, reunidos con Telémaco, examinaban lo que debían hacer. Telémaco les aconsejó que dieran a Diómedes el territorio de Arpi y que eligieran a Polidamas rey de los daunios, el cual era de su nación. Este Polidamas era un famoso capitán que Adrasto, por envidia, no le había querido emplear jamás, temiendo que se atribuyera a su habilidad parte de la gloria de sus triunfos, que quería toda para sí. Polidamas le había advertido, en particular, que exponía muchas veces su vida y la salud del estado en una guerra en que tenía contra él tantas naciones confederadas, y había procurado inclinarle a observar otra política más recta y moderada con sus vecinos. Pero los hombres que odian la verdad odian también al que se atreve a decir-la, sin que los mueva su sinceridad, celo y des-interés. Una prosperidad engañosa había endurecido el corazón de Adrasto para los consejos saludables; sin seguirlos, triunfaba todos los días de sus enemigos; la arrogancia, la mala fe, la violencia le aseguraban siempre la victoria; ninguno de los contratiempos con que le amenazaban las repetidas predicciones de Polidamas se realizaba. Adrasto se mofaba de una prudencia tímida que prevé siempre inconvenientes; Polidamas se le

hizo insoportable; le alejó de todos los puestos y le dejó consumirse en la soledad y la pobreza.

Al pronto Polidamas se sintió agobiado por esta desgracia; pero de ella sacó lo que le faltaba, pues le abrió los ojos y le hizo conocer la vanidad de las grandes fortunas; instruyóse a su costa y se alegró de haber sido desgraciado, aprendiendo poco a poco a callar, a vivir con estrechez, a nutrir pacíficamente su alma de la verdad, a cultivar las virtudes secretas, que son más apreciables que las brillantes, y, en fin, a no necesitar de los hombres. Fuése a vivir a la falda del Gárgano, en un desierto, donde le servía de techo una roca medio abovedada. Un arroyo que caía de la montaña le apagaba la sed; algunos árboles le daban frutas, y con dos esclavos que cultivaban un campo reducido, y a quienes ayudaba con sus propias manos, hallaba en la tierra el pago que ésta daba con usura a sus fatigas, no dejándole carecer de lo que necesitaba. Ni tenía solamente frutas y legumbres; cultivaba, además, toda especie de flores olorosas. Allí deploraba la desgracia de los pueblos que la ambición insensata de un rey arrastra a su ruina. Allí aguardaba a cada instante que los dioses, justos, aunque sufridos, derribaran a Adrasto. Cuanto más crecía su prosperidad tanto más cerca creía ver su caída inevitable, porque la imprudencia que sale bien de sus faltas y el poder que sube a los últimos excesos de la autoridad absoluta son los precursores de la destrucción de los reyes y de los reinos. Cuan-

do supo la derrota y muerte de Adrasto no manifestó la menor satisfacción ni de haber acertado ni de verse libre del tirano; sólo gimió por el temor de ver a los daunios esclavos.

Ese fué el hombre que Telémaco propuso para reinar. Ya hacía algún tiempo que estaba enterado de su valor y virtud, porque, siguiendo los consejos de Mentor, no dejaba de informarse en todas partes de las prendas y defectos de todos los que ocupaban algún empleo considerable, no sólo entre los aliados, sino también entre los enemigos. Su principal cuidado era descubrir y examinar dondequiera que fuese a los hombres que tenían alguna habilidad especial o una virtud eminente.

Los príncipes aliados manifestaron al principio cierta repugnancia a elevar a Polidamas a la dignidad regia.

—Hemos experimentado —decían— cuán formidable sea para sus vecinos un rey de los daunios cuando tiene afición a la guerra y la sabe hacer. Polidamas es un gran capitán y nos puede poner en mucho peligro.

Pero Telémaco les respondió:

—Polidamas, es verdad, conoce el arte de la guerra, mas es amigo de la paz, y esas dos cosas son las que se han de buscar. El que conoce las desgracias, peligros y dificultades de la guerra es mucho más capaz de evitarla que cualquier otro que nada de eso conoce. El ha aprendido a gozar de la felicidad de una vida sosegada; ha conde-

nado las empresas de Adrasto; ha previsto sus resultas funestas. Un príncipe débil, ignorante y sin experiencia es más de temer para vosotros que una persona que de todo se informará y todo lo decidirá por sí mismo. El príncipe débil e ignorante no verá sino por los ojos de algún privado con pasiones o de algún siniestro adulator turbulento y ambicioso, y así se encontrará empeñado ese príncipe ciego en la guerra sin quererla hacer. Nunca podréis estar seguros de él, porque él mismo no podrá estarlo de sí; os faltará a la palabra; no tardará en reduciros al extremo de tener que acabar con él o de que él acabe con vosotros. ¿No es más útil, más seguro y, al mismo tiempo, más justo y noble corresponder fielmente a la confianza de los daunios y darles un rey digno de gobernarlos?

Con estas palabras quedó persuadida la asamblea y fué propuesto Polidamas a los daunios, que aguardaban la resolución con impaciencia. Al oír el nombre de Polidamas, respondieron:

—Ahora conocemos que los príncipes aliados quieren proceder con lealtad y hacer con nosotros una paz duradera, pues nos proponen para rey un varón tan virtuoso y tan capaz de goberarnos. Si se nos hubiese señalado un cobarde, afeminado e ignorante, hubiéramos creído que se pretendía humillarnos y corromper la forma de nuestro gobierno, y tan dura y artificiosa conducta nos hubiera inspirado un vivo y profundo resentimiento; pero la elección de Polidamas prue-

ba verdadero candor. Los aliados no esperaban ciertamente de nosotros sino lo que es justo y noble, pues nos dan un rey que es incapaz de hacer cosa alguna contra la libertad y la gloria de nuestra nación; así, podemos protestar, a la faz de los justos dioses, que antes volverán hacia su nacimiento las corrientes de los ríos que dejemos nosotros de amar a tan benéficos reyes. ¡Ojalá llegue a nuestros últimos descendientes el recuerdo del beneficio que hoy recibimos y se renueve la paz de generación en generación, haciendo renacer el siglo de oro en toda la costa de la Esperia!

Propúsoles Telémaco en seguida que cedieran a Diómedes las campiñas de Arpi para fundar en ellas una colonia.

—Este nuevo pueblo —les dijo— os deberá su establecimiento en la comarca que no ocupáis. Acordaos que todos los hombres deben amarse; que la tierra es demasiado ancha para todos; que es menester tener vecinos, y que vale más tenerlos que os estén agradecidos por su acogida y establecimiento. Compadeceos del infortunio de un rey que no puede volver a su patria. Polidamas y Diomedes, unidos con los lazos de la justicia y la virtud, únicos que son duraderos, os mantendrán en una paz profunda y os harán temer de los pueblos vecinos que piensan en engrandecerse. Ya veis, daunos, que hemos dado a vuestra tierra y a vuestra gente un rey capaz de hacer subir al cielo vuestra gloria; dad por vuestra parte, pues

nosotros os lo pedimos, un terreno que os es inútil a un rey digno de toda especie de socorro.

Los daunios respondieron que nada podían negar a Telémaco, que les había procurado un rey como Polidamas. En seguida fueron a buscarle a su desierto y a ponerle en posesión del reino. Antes de partir dieron a Diómedes las fértiles llanuras de Arpi para fundar en ellas un nuevo estado. Los aliados se regocijaron mucho, porque aquella colonia de griegos podría ofrecer un auxilio poderoso a su partido en caso de que los daunios intentaran renovar las usurpaciones, cuyo mal ejemplo había dado Adrasto, y los príncipes no pensaron más que en separarse. Telémaco partió con las lágrimas en los ojos llevándose a los suyos, después de haber abrazado tiernamente al valeroso Diómedes, al sabio e inconsolable Néstor y al celebrado Filoctetes, digno heredero de las flechas de Hércules.

LIBRO XXII

ARGUMENTO: Telémaco, de regreso a Salento, admira el estado floreciente de la campiña y le choca no hallar en la ciudad aquella magnificencia que se veía en todas partes cuando partió. Mentor le da las razones de aquel cambio; le enseña en qué consisten las sólidas riquezas de un estado y le expone las máximas fundamentales del arte de gobernar. Telémaco abre su corazón a Mentor, revelándole el amor que siente hacia Antiope, hija de Idomeneo. Mentor alaba las buenas cualidades de esta princesa y le asegura que los dioses se la han destinado por esposa; pero que entretanto debe partir para Itaca.

El joven hijo de Ulises hervía de impaciencia por hallarse de nuevo junto a Mentor en Salento y por embarcarse con él para Itaca, donde esperaba habría llegado su padre. Cuando se acercó a Salento quedó admirado viendo la campiña, que había dejado inculta y desierta, cultivada como un jardín y llena de diligentes campesinos, y reconoció en ello la sabiduría de Mentor. Luego, entrando en la ciudad, advirtió que los artesanos abundaban menos que antes y que era menor la magnificencia. La mudanza no le causó buena impresión, porque era naturalmente inclinado al esplendor y a la cultura. Pero pronto se apoderaron de su ánimo otros pensamientos, viendo desde lejos a Idomeneo que se acercaba para re-

cibirle acompañado de Mentor. Entonces se sintió íntimamente conmovido de júbilo y ternura; a pesar de los triunfos conquistados en la guerra contra Adrasto, temió que Mentor no tuviera algo que reprenderle, y así, a medida que se iba acercando, procuraba descubrir en los ojos de su preceptor si le reprochaba algo.

Idomeneo abrazó a Telémaco como si fuese su propio hijo; después Telémaco se echó en brazos de Mentor y le bañó con sus lágrimas. Mentor le dijo:

—Yo estoy satisfecho de ti; has cometido grandes faltas, pero por ellas conocerás que no puedes fiarte de ti mismo. Con frecuencia se saca mayor provecho de las faltas que de las buenas acciones. Las grandes acciones hinchan el corazón e inspiran una presunción engañosa; las faltas obligan al hombre a entrar en sí mismo y le devuelven la sabiduría perdida durante los hechos felices. Has hecho grandes cosas; pero en verdad que por ti solo no las hubieras obrado. ¿No es cierto que al obrarlas notabas como si alguien te ayudase? Lo que te resta hacer es dar gracias a los dioses por lo que te han asistido. ¿No las hubieras echado a perder con tus prontitudes y tu imprudencia? ¿No has sentido cómo Minerva te transformaba en otro hombre, a fin de que hicieras lo que has hecho? Ella ha detenido tus defectos, como Neptuno cuando detiene las galernas y suspende el furor del oleaje.

Cuando Idomeneo escuchaba de labios de los

cretenses los sucesos de la guerra, Telémaco escuchaba los sabios consejos de Mentor. Entonces Telémaco miró por todas partes, y luego, dirigiéndose a Mentor, dijo:

—He aquí un cambio que yo no aprecio bien. ¿Hubo alguna calamidad en Salento durante mi ausencia? ¿Cómo es que ha desaparecido toda aquella magnificencia que se veía cuando partí? Ya no veo oro, ni plata, ni piedras preciosas; los vestidos son sencillos; las edificaciones menos vastas y más modestas; la ciudad ha quedado solitaria.

Mentor, sonriendo, le contestó:

—Qué vale más, ¿una soberbia ciudad cubierta de oro, mármol y plata con una campiña desatendida y estéril, o una campiña cultivada y fértil con una ciudad mediocre y de costumbres modestas? Una gran ciudad fuerte, poblada de artesanos ocupados en afeminar las costumbres, facilitando las delicias del vivir, cuando está rodeada de un reino pobre y sin cultivo, parece aquel monstruo cuya cabeza es enorme y cuyo cuerpo, extenuado y falto de alimento, muéstrase desproporcionado a la cabeza. Es el número de súbditos y la abundancia de alimentos lo que llena todo el país de verdadera riqueza. Idomeneo tiene ahora un pueblo numeroso e infatigable en el trabajo, que llena toda la amplitud del país. Todo su país no es más que una sola ciudad; Salento no es otra cosa que su centro. Hemos transportado de la ciudad al campo a los hombres que

se hallaban superfluos en la ciudad. Además, hemos atraído a numerosos extranjeros. Cuanto más se multipliquen estos hombres, más se multiplicarán los frutos de sus tierras con su trabajo, este aumento tan dulce y placentero aumenta más un reino que las conquistas. No hemos echado de la ciudad mas que las artes superfluas, que apartan a los hombres del campo para ocuparlos en trabajos corruptores de los ricos, echándoles en el fausto y la molicie; pero no hemos hecho ninguna mala pasada a las bellas artes ni a los hombres geniales que las pueden cultivar. Así, Idomeo es mucho más poderoso que antes fué admirado por su magnificencia. Aquel brillo deslumbrador ocultaba tanta debilidad y miseria que hubieran trastornado el reino; en el día cuenta con muchos más hombres y los alimenta mejor. Los hombres acostumbrados al trabajo y al desprecio de la vida por amor a las buenas leyes están dispuestos a la lucha en defensa de las tierras que sus propias manos cultivan. Este estado que creéis decadente no tardará en ser la maravilla de la Hesperia. Acuérdate, Telémaco, que en el gobierno de los pueblos hay dos cosas funestas, a las cuales casi nunca se aplica remedio oportuno: autoridad injusta y demasiado violenta de parte de los reyes y el lujo, que pervierte las costumbres. Cuando los reyes se acostumbran a conocer las leyes sobre las debilidades de su propia voluntad, ponen freno a sus pasiones y lo pueden todo; pero a fuerza de poderlo todo, minan los cimientos de su

poderío; no tienen regla cierta ni máximas de gobierno; cada cual se esmera en adularlos; no tienen pueblos; quédanle solamente esclavos, cuyo número se disminuye de día en día. ¿Quién ha de decirles la verdad? ¿Quién ha de poner límites a ese torrente? Todo cede; los sabios huyen, se esconden y gimen. Nada puede reducir a su cauce natural este poder que ha salido de sus diques, sino una súbita y violenta revolución; muchas veces el golpe que podría moderarle suele destruirle sin recurso. Nada amenaza tanto como una caída funesta de la autoridad llevada demasiado lejos. Se debe comparar a un arco cuando está muy tirante, que se rompe de improviso si no se afloja; pero, ¿quién se atreverá a aflojarlo? Idomeneo estaba pervertido hasta lo más íntimo por ese lisonjero poderío; había sido destronado; pero no había podido conocer su yerro. Ha sido menester que los dioses nos hayan enviado para que se desengañara de ese poder ciego y desmedido, y aun se ha necesitado hacer casi milagros para abrirle los ojos. Otro mal casi incurable es el lujo. Como el absolutismo envenena a los reyes, el lujo envenena a toda la nación. Dícese que el lujo sirve para alimentar a los pobres a expensas de los ricos, como si los pobres no pudieran ganar la vida más provechosamente multiplicando los frutos de la tierra, sin enervar a los ricos por medio del refinamiento de las delicias. Cuando una nación se habitúa a mirar como necesarias para la vida las cosas superfluas, todos

los días se inventan nuevas necesidades, y no se puede pasar sin lo que hace treinta años no se conocía. Llámase al lujo buen gusto, perfección de las artes y cultura de una nación. Este vicio, que trae en pos de sí otros infinitos, se alaba como virtud y extiende el contagio desde el rey hasta la última hez del pueblo. Los parientes inmediatos del rey quieren imitar su magnificencia; los grandes, la de los parientes del rey; las gentes medianas quieren igualarse con los grandes, porque, ¿quién se hace justicia? Los pequeños quieren pasar por medianos; todo el mundo hace más de lo que sus fuerzas le permiten, unos por fausto y para hacer ostentación de sus riquezas, otros por punto de honra mal entendida y para ocultar su pobreza. Los mismos que tienen bastante juicio para condenar tamaño desorden, no lo tienen para levantar la cabeza y dar los primeros ejemplos de la enmienda. Y una nación se arruina, las clases sociales se confunden. El ansia de adquirir bienes para sufragar un gasto vano corrompe las almas más puras: ya no se trata sino de ser rico; la pobreza es infamia. Sed sabio, ingenioso, bueno, instruid a los hombres, ganad batallas, salvad la patria, sacrificad toda vuestra hacienda, seréis despreciado si vuestros méritos no están realzados por el fausto. Hasta los que nada tienen quieren aparentar que poseen y gastan como si tuvieran; se toma prestado, se engaña, se emplean mil artificios indignos para llegar. Pero, ¿quién remediará estos males? Es menester cambiar el

gusto y los hábitos de una nación; es menester darle nuevas leyes. ¿Quién ha de acometer empresa tal sino un rey filósofo que, con el ejemplo de su propia moderación, sepa avergonzar a los que se dan a fastuosos dispendios y favorecer a los sabios, que se alegrarán de verse autorizados en su honesta frugalidad?

Telémaco, escuchando ese discurso, estaba como quien despierta de un sueño profundo: reconocía la verdad de aquellas palabras, que se grababan en su corazón como se imprimen en el mármol las facciones que quiere un sabio escultor, el cual les da terneza, vida y movimiento. Telémaco no respondía; pero, repasando en su mente cuanto acababa de oír, recorría con los ojos los cambios hechos en la ciudad. Después dijo a Mentor:

—Habéis hecho de Idomeneo el más sabio de los reyes: ni a él le conozco ni a su pueblo. Confieso también que lo que habéis hecho vos aquí es de mayor grandeza que las victorias que nosotros acabamos de conseguir. La casualidad y la fuerza tienen mucha parte en los sucesos favorables de la guerra, y es menester que partamos la gloria de los combates con nuestros soldados; pero vuestra obra es tan de una sola cabeza; habéis necesitado trabajar solo, y contra un rey y su pueblo entero, para corregirlos. El buen éxito de la guerra es siempre funesto y odioso: aquí todo es obra de una sabiduría celeste, todo es dulce, todo es puro, todo es amable, todo revela una autoridad superior al hombre. Cuando se busca

la gloria, ¿por qué no se ha de buscar en esta aplicación a hacer el bien? ¡Oh, qué mal conoce la gloria quien espera alcanzarla sólida, devastando la tierra y vertiendo la sangre humana!

Asomósele al rostro de Mentor la alegría que le causaba ver a Telémaco tan desengañado de las victorias y conquistas, a una edad en que era natural que estuviese embriagado con la gloria recién adquirida.

En seguida añadió Mentor:

—Es cierto que cuanto aquí ves es bueno y laudable; pero sabe que podrían hacerse cosas mejores. Idomeneo modera sus pasiones y procura gobernar su pueblo con justicia; sin embargo, aún no deja de cometer muchas faltas, que son consecuencias de sus faltas antiguas. Cuando los hombres se quieren separar del mal, parece que el mal los persigue todavía mucho tiempo; quédanles hábitos viciosos, una índole debilitada, errores inveterados y preocupaciones casi incurables. ¡Dichosos los que jamás se han extraviado! Esos pueden obrar bien con más perfección. Los dioses, ¡oh, Telémaco!, exigirán de ti más que de Idomeneo, porque conoces la verdad desde tu juventud y nunca has estado expuesto a las seducciones de una grande prosperidad.

—Idomeneo es sabio e ilustrado —continuaba Mentor.—; pero se ocupa demasiado de pormenores y no medita bastante acerca del conjunto de sus negocios para formar planes. La habilidad de un rey no consiste en hacerlo todo por si mismo:

grosera vanidad sería esperar realizarlo o querer persuadir a los otros que es uno capaz de ello. Un rey debe gobernar buscando y dirigiendo a los que han de gobernar bajo su mando: no es menester que entre en pormenores, porque así desempeñaría las funciones de sus subalternos; basta solamente con que se haga dar cuenta y con que sepa lo suficiente para entrar en un examen con discernimiento. Lo que es gobernar maravillosamente es elegir a los que han de gobernar y colocarlos según su capacidad. En gobernar a los que gobiernan está el supremo y perfecto gobierno. Es menester observarlos, experimentarlos, moderarlos, corregirlos, animarlos, elevarlos, rebajarlos, mudarlos de puesto y tenerlos siempre en la mano. Quererlo examinar todo por sí acusa desconfianza, pequeñez: eso es entregarse a una emulación de menudencias que consume el tiempo y despejo necesarios para las cosas grandes. Para formar grandes designios se necesita que el ánimo esté libre y sosegado; es menester pensar holgadamente y con cabal desembarazo del despacho de asuntos espinosos. El ingenio apurado por los pormenores es como el solaje del vino que no tiene fuerza ni regalo. Los que así gobiernan se determinan por lo presente, sin extender sus miras a lo futuro: déjense llevar del negocio del día en que están, y siendo el único que los tiene ocupados, los absorbe y les apoca el entendimiento, porque no se juzga sanamente de los negocios sino comparándolos entre sí y ordenándo-

los todos de manera que presenten consecuencia y proporción. Faltar a esa regla de gobierno es imitar a un músico que se contentara con hallar sonidos armoniosos, sin cuidarse de unirlos y combinarlos para formar una composición dulce y apasionada. Es también imitar al arquitecto que creyera acabadas sus obras por tener juntas grandes columnas y muchas piedras labradas, sin pensar en el orden de la construcción ni en las proporciones de los adornos; que mientras construyera una sala no se acordara que sería menester una escalera correspondiente, o cuando trabajara en el cuerpo del edificio no pensara en el patio o en el portal. Semejante obra no sería sino un conjunto monstruoso de partes magníficas, que no podrían convenir unas con otras, y lejos de honrar al autor sería un monumento eterno de su vergüenza, porque haría ver que no había tenido capacidad bastante para abrazar en su mente el plan general de todo su trabajo, y que era ingenio de una índole mezquina y subalterna. No lo dudes, mi querido Telémaco: el gobierno de un reino pide cierta armonía, como la música, y exactas proporciones, como la arquitectura.

Si quieres que me sirva todavía de la comparación de esas artes, te haré conocer cuán mediocres son los hombres que gobiernan ocupándose de los pormenores. El que en un coro no canta más que ciertas cosas, por más perfectamente que las cante no pasa de ser un cantor; el que lleva el concierto y arregla las partes es el

verdadero maestro de música. Del mismo modo el que labra las columnas o levanta un lado del edificio, no es más que un a bañil; pero el que ha ideado toda la fábrica y tiene en la cabeza todas las proporciones ése es el arquitecto. Así, los que instruyen más expedientes, los que trabajan más y despachan más asuntos son los que gobiernan menos; no son sino oficiales subalternos. La verdadera inteligencia que dirige el estado es la del que, sin hacer nada, lo hace hacer todo; que piensa, que inventa, que penetra lo venidero, que recapitula lo pasado, que compone, que adapta, que prepara de antemano; que se aferra continuamente para luchar contra la fortuna, como un nadador contra el torrente de agua; que vela noche y día porque nada dependa del acaso.

¿Crees, Telémaco, que un gran pintor se afana desde por la mañana hasta por la noche para despachar más prontamente sus obras? No; esa premura, ese trabajo servil apagarían todo el fuego de su imaginación; no trabajaría ya de ingenio, y es menester que todo lo haga irregularmente por inspiración cuando su gusto le mueve y cuando le excita el ánimo. ¿Crees que pasa el tiempo moliendo colores y preparando pinceles? No; esa es ocupación de sus discípulos. El se reserva la parte de pensar; no se cuida más que de trazar los rasgos atrevidos, que dan a sus figuras nobleza, vida y pasión. Tiene en su cabeza las ideas y sentimientos de los héroes que quiere representar: transpórtase a los siglos en que han vivido

y se pone en todas las circunstancias en que han estado; a ese entusiasmo necesita añadir cierto juicio que le contenga, para que todo sea verdadero, correcto y proporcionado. ¿Crees, Telémaco, menos elevación de ingenio y de esfuerzos de pensamiento para formar un gran rey que para formar un gran pintor? Deduce, pues, que la tarea de un rey debe ser pensar en grandes proyectos y buscar los hombres capaces de llevarlos a cabo bajo su dirección.

Telémaco le respondió:

—Me parece que he entendido cuanto habéis dicho; pero si las cosas fueran así, un rey se vería engañado muchas veces, no entrando por sí mismo en los pormenores.

—Tú eres quien se engaña —replicó Mentor—; lo que impide el ser engañado es el conocimiento general del gobierno. Las gentes que no tienen principios en los negocios y que carecen de verdadero discernimiento para juzgar a los demás van siempre como a tientas: es casualidad que no se engañen; no saben siquiera exactamente lo que buscan ni a qué se deben inclinar; no saben más que desconfiar, y desconfían más bien de los hombres honrados que les contradicen que de los engañosos que les adulan. Al contrario, los que tienen dotes de gobierno y conocimiento de los hombres, saben lo que deben buscar en ellos y los medios de conseguirlo: conocen, a lo menos, en general, si las personas de que se valen son instrumentos propios para sus designios y si entran

en sus miras para tender al objeto que se proponen. Como no se entregan a pormenores fatigosos, conservan el entendimiento más despejado para ver de una ojeada la totalidad de la obra y observar si camina hacia el fin principal. Si son engañosos, a lo menos no lo son en lo esencial. Están al mismo tiempo fuera del alcance de esas pobres envidias que señalan una inteligencia limitada y un alma baja; comprenden que no es posible evitar el engaño en los grandes negocios, porque es menester servirse de hombres en ellos, y los hombres son a menudo engañosos. Más se pierde con la irresolución, que nace la desconfianza, que se perdería con dejarse engañar un poco. Por feliz debe tenerse el que no es engañado sino en las cosas medianas; las grandes no dejan por eso de seguir adelante, y eso es lo único que debe inquietar a un hombre grande. Se ha de reprimir severamente cuando se descubra; pero es menester haber cuenta con él si no se quiere ser verdaderamente engañado. Un artesano en su tienda todo lo ve con sus ojos, todo lo hace con sus manos; pero un rey no puede verlo ni oírlo todo en un grande estado. Lo único que debe hacer es lo que no puede hacer otro: lo único que debe ver es lo que pertenece a la resolución de las cosas importantes.

Por último, dijo Mentor a Telémaco:

—Los dioses te aman y te preparan un reinado lleno de sabiduría. Cuanto aquí ves se ha hecho menos para gloria de Idomeneo que para ense-

fianza tuya. Todas las sabias instrucciones que admiras en Salento no son más que un bosquejo de lo que harás en Itaca algún día, si correspon-des con tus virtudes a tus altos designios. Mas ya es tiempo que partamos; Idomeneo nos tiene pre-parado un bajel para volver a nuestra patria.

A continuación Telémaco, aunque no sin tra-bajo, le reveló a su amigo una inclinación que le hacía mirar a Salento con pena.

—Tal vez —le dijo— me culparéis de enamo-rarme demasiado fácilmente por dondequiera que paso; pero mi corazón me reconvendría sin cesar si os ocultase que amo a Antíope, hija de Idome-neo. No, mi querido Mentor; no es una pasión ciega como la pasión de que me habéis curado en la isla de Calipso: he sondeado bien la profundi-dad de la herida que el amor me hizo, no pudien-do todavía pronunciar el nombre de Eucaris sin estremecerme; el tiempo y la ausencia no le han borrado del alma. Esta experiencia funesta me enseña a desconfiar de mí. Pero lo que yo siento por Antíope nada tiene de aquello: no es un amor violento; es inclinación, aprecio, convencimiento de que sería dichoso si pasara la vida con ella. Si los dioses me vuelven a mi padre y me permiten elegir una mujer, Antíope será mi esposa. Lo que me encanta más de ella es su silencio, su modes-tia, su recato, su asiduidad en el trabajo, su ha-bilidad para las labores de lana y el bordado, su aplicación al gobernar toda la casa de su padre desde que su madre ha muerto, su desprecio de

los vanos adornos, el olvido o la ignorancia de su hermosura en que parece que está. Cuando Idomeneo le manda guiar, al son de las flautas, los bailes de las jóvenes cretenses, se la tendría por la festiva Venus, que va seguida de las gracias. Cuando la lleva consigo a la caza por los bosques, parece majestuosa y diestra en el disparar el arco, como Diana en medio de sus ninfas. Ella sola no lo sabe, y todo el mundo la admira. Cuando entra en los templos de los dioses, llevando en la cabeza los canastillos con las cosas sagradas, se creería que es ella misma la deidad que habita en los templos. ¡Con qué timidez, con qué religión la he visto ofrecer sacrificios y desarmar la cólera de los dioses, cuando ha sido menester expiar alguna falta o conjurar algún funesto presagio! En fin, cuando se ve rodeada de doncellas, con una aguja de oro en la mano, se cree que es la misma Minerva que ha tomado en la tierra una forma humana y que inspira a los hombres las bellas artes: anima a las otras a trabajar; les aligera el trabajo y el fastidio con la dulzura de su voz, cantando las maravillosas historias de los dioses; la delicadeza de sus bordados supera la más exquisita pintura. ¡Dichoso el hombre a quien un dulce himeneo una con ella! No tendrá que temer sino el perderla y sobrevivirle.

Invoco a los dioses por testigos, mi querido Mentor, que estoy pronto a partir: yo amaré a Antíope toda mi vida; pero no retardaré un momento mi vuelta a Itaca. Si otro debe poseerla,

pasaré el resto de mis días en la tristeza y en la amargura; pero, en fin, la dejaré, aunque sepa que la ausencia puede hacérmela perder. No quiero hablarle a ella ni a su padre de mi amor, porque no debo hablar de él sino a vos solo, hasta que Ulises, vuelto a su trono, me haya declarado su consentimiento. Por ahí podéis conocer, mi querido Mentor, cuán diferente es esa inclinación de la llama con que me habéis visto ciego por Eucaris.

Mentor respondió:

—¡Oh Telémaco!, me convenzo de esa diferencia. Antíope es dulce, sencilla y recatada; sus manos no desdeñan el trabajo; prevé con mucha antelación y provee a todo; sabe callar y obra con presteza y sin precipitación; a todas horas está ocupada; nunca se confunde, porque hace cada cosa a su tiempo; el buen orden de la casa de su padre es gloria que la realza más que su hermosura. Aunque de todo se cuida y tenga que reprender, negar, ahorrar, cosas que hacen aborrecidas a las mujeres, sin embargo, se ha granjeado el cariño de toda la casa, lo cual consiste que no hay en ella, como en las otras mujeres, ni pasión, ni tenacidad, ni ligereza, ni capricho: bástale una mirada para que la entiendan, temiendo todos disgustarla; manda con claridad y solamente lo que se puede hacer; es bondadoso en reprender, y cuando reprende anima. El corazón de su padre encuentra en ella el descanso que el viajero, extenuado por los ardores del sol, halla en la sombra entre la fresca hierba. Tienes razón, Teléma-

co: Antíope es un tesoro digno de buscarse en las regiones más apartadas. Su entendimiento, como su cuerpo, jamás se adorna con vanos atavíos; su imaginación, aunque viva, está moderada por su juicio; no habla sino por necesidad, y cuando abre la boca corre de sus labios la dulce persuasión y las gracias candorosas. Desde que empieza a hablar calla todo el mundo, y ella se ruboriza, faltando poco para que suprima lo que ha querido decir cuando advierte que con tanta atención la escuchan. Apenas la hemos oído hablar.

¿Te acuerdas, Telémaco, de cierto día que su padre la hizo venir? Presentóse con los ojos bajos, cubierta de un gran velo, y no habló sino para templar el enojo de Idomeneo, que quería castigar rigurosamente a uno de sus esclavos: al principio participó de su sentimiento y luego le fué calmando, hasta que le hizo oír lo que podía disculpar al desdichado, y sin que el rey se pudiera creer reconvencido de su demasiado arrebato, le inspiró afectos de justicia y compasión. Así, cuando Tetis acaricia al viejo Nereo, no aplaca con más dulzura las olas irritadas. Así, Antíope, sin arrogarse autoridad alguna ni prevalerse de sus encantos, manejará el corazón de su esposo como ahora pulsa su lira cuando quiere hacer resonar la más tierna armonía. Te lo repito, Telémaco, ese amor es merecido; los dioses te la destinan; amas con un amor juicioso; es menester aguardar a que Ulises te la dé. Alabo el que no

hayas querido declararle tus sentimientos, y sabe que, si hubieras empleado algún medio indirecto para informarla de tus designios, te habría desairado, dejando de tenerte en estimación. Antíope no empeñará su fe a nadie; darála a quien su padre quiera, y no será esposa sino de un hombre que tema a los dioses y llene mejor todas las condiciones del decoro. ¿Has reparado que se presenta menos y baja más los ojos desde tu vuelta? Ella sabe lo que te ha sucedido de afortunado en la guerra; no ignora tu nacimiento ni tus aventuras, ni cuanto los dioses te han favorecido; eso es lo que le inspira tanta modestia, tanto recato. Vamos, Telémaco; vamos a Itaca; quédate sólo el hacerte encontrar a tu padre y ponerte en estado de obtener una esposa digna del siglo de oro; aunque fuese una pastora de la fría región de la Algida, en vez de ser, como es, hija del rey de Salento, deberás darte por muy feliz de poseerla.

LIBRO XXIII

ARGUMENTO: Idomeneo, deseando retener más a Telémaco y Mentor, habla a éste sobre muchos negocios embarazosos, deseando su consejo sobre los mismos. Mentor le señala la conducta que debe seguir con respecto a los mismos y expresa su necesidad de partir cuanto antes con Telémaco. Idomeneo intenta detenerlos, excitando el amor de Telémaco a Antiope; invítales a una cacería, disponiendo que su hija asista. Esta es atacada por un jabalí y la salva Telémaco; cuesta mucho a éste separarse de ella. Idomeneo siente una profunda tristeza cuando ve que no tiene más remedio que despedirles, en la cual recibe el consuelo de Mentor. Con esto se separan en medio de las más vivas demostraciones de estima y amistad.

Idomeneo, que temía la marcha de Telémaco y de Mentor, piensa en retardarla. Le representa a Mentor una serie de asuntos y, sobre todo, que no podría arreglar cierta desavenencia suscitada entre Diófenes, sacerdote de Júpiter Conservador, y Heliodoro, sacerdote de Apolo, sobre los augurios experimentados en el vuelo de las aves y las entrañas de las víctimas.

—¿Por qué —le respondió— queréis meteros en las cosas sagradas? Dejadlas a la decisión de los etruscos, que conservan la tradición de los oráculos más antiguos y están inspirados para ser intérpretes de los dioses: emplead vuestra autoridad solamente en sofocar esas disputas en

su nacimiento. No mostréis parcialidad ni aversión; contentaos con apoyar la decisión competente cuando esté pronunciada; acordaos que un rey debe ser sumiso a la religión, en lugar de protegerla, la pondrán en servidumbre. Son poderosos, y los demás hombres débiles, y que todo correrá peligro de alterarse al gusto de los reyes, si se les hace entrar en las cuestiones que tocan a las cosas sagradas. Dejad, pues, que las resuelvan con absoluta libertad los amigos de los dioses, y ceñíos a castigar a los que no se sometan a su juicio, cuando éste se declare.

En seguida se lamentó Idomeneo del embarazo en que le ponía una multitud de procesos entre varios particulares, para cuya sentencia le apuraban.

—Decidid todos los casos nuevos —contestó Mentor—, que os van a servir luego de máximas generales de jurisprudencia para la interpretación de las leyes; pero no os encarguéis jamás de juzgar las causas particulares, que todas se os echarían encima de tropel; seríais el único juez de vuestro pueblo, y los demás jueces, vuestros subalternos, vendrían a ser inútiles; os hallaríais abrumado, y los negocios de menor cuantía os robarían a los de grande importancia, sin lograr dar salida a todo el despacho de los asuntos inferiores. Guardaos, pues, de enredaros en semejante laberinto: remitid los pleitos particulares a los jueces ordinarios, y no hagáis más que lo que ningún otro puede hacer para aliviaros; de ese modo

desempeñaréis entonces las verdaderas funciones de rey.

—Me acosan, además, para que disponga ciertos casamientos —decía Idomeneo—. Las personas de nacimiento distinguido que me han seguido a la guerra, y sirviéndome han perdido cuantiosas haciendas, desean encontrar una especie de remuneración casándose con ciertas doncellas ricas; y no tengo más que decir una palabra para procurarles esas ventajas.

—Es cierto —contestó Mentor— que bastaría una palabra vuestra; pero esa sola palabra os saldría cara. ¿Querriais quitarles a los padres la libertad y consuelo de elegir a sus yernos, y por consecuencia a sus herederos? Eso fuera imponer a todas las familias la más rigurosa esclavitud y haceros responsable de las desgracias domésticas de vuestros ciudadanos. Hartas espinas tienen los casamientos sin añadirles además esa amargura. Si tenéis fieles servidores que recompensar, dadles tierras incultas; agregad a ellas distinciones y honores proporcionados a su categoría y servicios; aumentad el pago, si es menester, con dinero de vuestros ahorros; pero jamás os redimáis de vuestras deudas sacrificando las jóvenes ricas a disgusto de sus padres.

Idomeneo pasó de ese a otro punto.

—Los sibaritas —decía— se quejan de que les hemos usurpado tierras que les pertenecían, para darlas como campos incultos que labrar a los extranjeros que hemos atraído desde hace poco a

Salento. Si cedo, cualquiera creerá que le basta inventar pretensiones para darnos la ley.

—No es justo —contestó Mentor— creer a los sibaritas en su propia causa; pero tampoco lo es creerlos a vos en la vuestra.

—¿Quién, pues, ha de ser juez? —replicó Telémaco—. Ninguno puede serlo en su propio litigio; pero se debe tomar por árbitro a un pueblo vecino que a ninguna de las partes sea sospechoso; por ejemplo, los sipontinos: esos no tienen interés alguno contrario a los vuestros.

—Mas ¿he de someterme yo —replicó Idomeo— al juicio de cualquier árbitro? ¿No soy rey? ¿Tiene obligación un soberano de reconocer el fallo de los extranjeros para determinar la extensión de su dominio?

Mentor dijo:

—Supuesto que os queréis mantener firme, debéis estar muy seguro de la razón de vuestro derecho; por otra parte, los sibaritas no ceden, y sostienen que el suyo es incontestable. En semejante estado de sentimientos contrarios, es menester que un árbitro os avenga, o que decida la suerte de las armas: no hay medio. Si entrarais en una república en que no hubiese ni magistrados ni jueces, y que cada familia se creyese con derecho de hacerse justicia por sí y con la fuerza en todas sus pretensiones con los vecinos, deploraríais su desgracia, y os horrorizaríais de tan espantoso desorden, viendo armarse a unas familias contra otras. ¿Creéis que los dioses miran

con menos horror el mundo entero, que es la república universal, cuando cada pueblo, que no es otra cosa en ella que una gran familia, se arroga el derecho absoluto de tomarse por su mano y con la fuerza la justicia que pretende tener en sus pretensiones con los otros pueblos vecinos? Un particular que posee un campo, a título de herencia de sus mayores, no puede mantenerse en él sino por la autoridad de las leyes y el juicio del magistrado; si quisiera conservar por la fuerza lo que la justicia le ha dado, sería castigado severísimamente como sedicioso. ¿Pensáis que los reyes pueden emplear desde luego la violencia para sostener sus pretensiones, dejando de recurrir antes a todos los medios de la dulzura y de la humanidad? ¿No es la justicia más sagrada e inviolable para los reyes con respecto a comarcas enteras, que para las familias con respecto a algunas tierras labradas? ¿Será injusto y espoliador el que toma algunas aranzadas de campo, y justo y héroe el que arrebató provincias? Si uno se preocupa, si se engaña, si se obceca en los intereses mezquinos de los particulares, ¿no se ha de temer todavía más engañarse, obcecase en los grandes intereses del estado? ¿Se dará uno razón a sí mismo en materia en que con tanto fundamento debe cualquiera desconfiar de sí? ¿No se ha de temer el engañarse en casos en que el error de un hombre sólo acarrea consecuencias horribles? El error de un rey que sus pretensiones lisonjean suele causar estragos, hambres, ma-

tanzas, pérdidas y la depravación de las costumbres: calamidades cuyas resultas funestas alcanzan hasta los siglos más remotos. Un rey que siempre está rodeado de aduladores, ¿no debe temer que le adulen en semejantes circunstancias? Si acepta un árbitro para que arregle sus diferencias, muestra equidad, buena fe, moderación. Al mismo tiempo publica las sólidas razones en que se apoya su causa. El árbitro elegido es un medianero amistoso, y no un juez de rigor. A sus decisiones no va a darse una aquiescencia ciega, aunque se haya de tener mucho miramiento hacia él; no pronuncia un fallo a manera de juez soberano, sino que propone términos, y por sus consejos se sacrifica algo para conservar la paz. Si a pesar del esmero con que un rey ha tratado de conservar la paz viene la guerra, le queda, a lo menos, el testimonio de la conciencia, la estimación de sus vecinos y el justo amparo de los dioses.

Idomeneo, persuadido con ese razonamiento, consintió en que los Sipontinos fuesen mediadores entre él y los sibaritas.

Entonces el rey, viendo cómo se frustraban cuantos medios ponía para retener a los dos extranjeros, probó a sujetarlos con un lazo más fuerte. Había notado que Telémaco amaba a Antíope y quiso servirse de aquella pasión para encadenarle. Con ese objeto la hizo cantar muchas veces en los festines. Condescendió ella para no desobedecerle; pero con tanta modestia y melancolía, que se dejaba ver la pena que la afligía

mientras cantaba. Idomeneo quiso también que cantara la victoria ganada a los daunios y a Adrasto; pero Antíope no pudo resolverse a cantar las alabanzas de Telémaco; se excusó con respeto, y su padre no se atrevió a obligarla. Su voz dulce y patética penetraba en el corazón del hijo de Ulises, y el joven se conmovía todo. Idomeneo, que tenía los ojos fijos en él, se regocijaba de ver su turbación. Telémaco, empero, no se daba por entendido de los designios del rey, no pudiendo dejar de enternecerse, sin embargo, aunque la razón triunfara al cabo del sentimiento; porque no era ya aquel Telémaco, en otro tiempo avasallado por una pasión tiránica en la isla de Calipso. Mientras Antíope cantaba, guardaba él un profundo silencio; luego que cesaba de cantar, Telémaco se apresura a volver la conversación a otro asunto.

El rey, no pudiendo conseguir su intento por ese medio, tomó, por último, la determinación de organizar una gran cacería, de cuya diversión quiso que participara su hija. Antíope lloró, rehusando asistir a ella; pero le fué forzoso cumplir con lo mandado de una manera absoluta por su padre. Monta en un caballo fogoso y echando espuma, semejante a los que Cástor domaba para los combates: manéjale sin dificultad, y la sigue con ardor una multitud de doncellas, en medio de las cuales se parece a Diana en los bosques. El rey, que la mira, no se cansa de verla; al contemplarla, olvida todas sus pasadas desgracias.

Telémaco la ve también, y le encanta más aún la modestia de Antíope que su destreza y sus gracias.

Los perros iban dando alcance a un jabalí enorme y furioso como el de Calidón: sus largas cerdas eran duras y erizadas como dardos; los ojos le despedían centellas, llenos de sangre y fuego; oíanse desde lejos sus resoplidos, como el rumor de los vientos sediciosos cuando Eolo, para calmar las tempestades, los encierra en su caverna; con sus colmillos, largos y torcidos como la hoz afilada de los segadores, cortaba los troncos de los árboles. Cuantos perros se atrevían a acercársele quedaban despedazados, y los más denodados cazadores que le perseguían temían herirle. Antíope, veloz como los vientos, no temió acosarle de cerca: dispárale la jabalina, que le entra por encima de la paletilla. La sangre del feroz animal corre, y le embravece; vuélvese a la que le ha herido. De repente el caballo de Antíope, a pesar de sus bríos, se espanta y retrocede; el monstruoso jabalí cae sobre él, como las pesadas máquinas que derriban las murallas de las ciudades fuertes. El corcel vacila y da en tierra; Antíope se ve en el suelo, sin poder evitar el golpe fatal del colmillo de la fiera enfurecida contra ella. Pero Telémaco, atento al peligro de Antíope, se había ya apeado. Arrójase más pronto que los relámpagos entre el caballo caído y el jabalí que vuelve a vengar su sangre, y le mete casi todo el largo dardo que tiene en la mano al tremendo animal, que cae lleno de rabia.

Al instante le corta Telémaco la cabeza, que daba miedo vista de cerca, y pasmaba a todos los cazadores, y se la presenta a Antíope. Ruborízase ella, y consulta con los ojos a su padre, que, después de haberse sobrecogido de susto, está arrebatado de alegría al verla fuera de peligro, y le hace señal de que debe aceptar el regalo. Al tomarla, dijo a Telémaco:

—Recibo de vos con agradecimiento otro don mayor, pues os debo la vida.

Apenas hubo proferido esas palabras, temió haber dicho demasiado, y bajó los ojos. Telémaco, entonces, viendo su turbación, no se atrevió a decirle más que:

—¡Dichoso el hijo de Ulises, que ha conservado tan preciosa vida! ¡Y más dichoso aún si pudiera pasar la suya junto a vos!

Antíope, sin responderle, se confundió de repente entre sus jóvenes compañeras, y volvió a montar a caballo.

Desde aquel instante hubiera prometido Idomeneo su hija a Telémaco; pero aguardó a que se inflamara más su pasión dejándole en la incertidumbre, y aun creyó que así le detendría en Salento el deseo de asegurar su casamiento. Así discurría Idomeneo en su interior; pero los dioses burlan la sabiduría de los hombres. Lo que debía retener a Telémaco fué precisamente lo que aceleró su viaje; porque lo que empezaba a sentir le hizo con razón desconfiar de sí mismo. Mentor inspiró a Telémaco un impaciente deseo de re-

gresar a Itaca, y al mismo tiempo instó a Idomeneo para que le dejara partir. Ya estaba presta la nave; porque arreglaba todos los momentos de la vida de Telémaco para elevarle a la más alta gloria, y no le permitía estar en cada lugar más que lo necesario para ejercitar su virtud y hacerle adquirir experiencia. Mentor había cuidado de tener dispuesta aquella embarcación desde la llegada de Telémaco.

Pero Idomeneo, que había visto con mucha repugnancia los preparativos, cayó en una tristeza mortal, en un desconsuelo digno de lástima, en cuanto llegó el momento de que sus dos huéspedes, de quienes tanto auxilio había recibido, le abandonaran. Se encerraba en los sitios más secretos de su casa: allí se desahogaba gimiendo y derramando lágrimas; no se cuidaba de alimentarse; el sueño no mitigaba sus amargos pesares; se secaba, se consumía con sus angustias. Como un árbol lozano que cubre de sombra el suelo con sus frondosas ramas, y cuyo tronco empieza a roer un gusano, destruyendo los delicados conductos por donde corre el jugo que le nutre, aunque los vientos no le han desgajado, aunque la tierra le alimenta complacida, aunque el hacha del labriego le ha respetado siempre, se va deteriorando sin saberse la causa de su mal, y se marchita y se deshoja desnudándose de sus galas, y se reduce a un tronco cubierto de una corteza rota y a ramas secas, así parecía Idomeneo en su dolor.

Telémaco, enternecido, no se atrevía a hablarle; temiendo el día de la separación, buscaba pretextos para diferirla, y hubiera permanecido mucho tiempo en esa incertidumbre, si Mentor no le hubiera dicho:

—Me complaceo en verte tan mudado. Has nacido duro y altivo; nada te movía sino tus conveniencias e intereses; pero al cabo eres hombre, y empiezas, por la experiencia de tus males, a compadecer los de los otros. Sin esa compasión, no se gobierna a los hombres con bondad, virtud ni capacidad; con todo, es menester no llevarla al extremo, ni dar en la flaqueza del sentimiento. Yo hablaría de buena gana con Idomeneo para hacer que consienta en nuestra marcha, y te ahorraría el embarazo de una conversación tan desagradable; pero no quiero que la mala vergüenza y la timidez se apoderen de tu corazón. Necesitas acostumbrarte a mezclar el valor y la firmeza con la amistad tierna y afectuosa. Es menester huir de aumentar la aflicción de los hombres sin necesidad; pero es menester también tomar parte en sus penas cuando no se puede evitar el curárselas, y amortiguar el golpe que es imposible quitarles enteramente.

—Precisamente por eso mismo —replicó Telémaco— preferiría yo que vos fueseis, y no yo, quien le diera a Idomeneo la noticia de nuestra partida.

Mentor le dijo al punto:

—Te engañas, mi querido Telémaco: has na-

cido como los hijos de los reyes, criados en la púrpura, que quieren que todo se haga a su manera, y que toda la Naturaleza obedezca a su voluntad, sin tener fuerza para resistir cara a cara a nadie. No es eso porque se interesen por los hombres y teman, afligirlos; sino porque no quieren, por conveniencia propia, ver semblantes tristes y descontentos a su alrededor. Las penas y miserias de la Humanidad no les mueven, si no las tienen delante de los ojos; cuando de ellas se les habla, se enfadan y entristecen; para agradecerles, es menester decir siempre que todo va bien; y mientras están rodeados de placeres, no quieren ver ni oír cosa que interrumpa su alegría. ¿Se ha de reprender, castigar, desengañar a alguien, resistir a las instancias y pasiones de un infortunio? Antes que hablar ellos mismos con una afable entereza, siempre darán el encargo a cualquiera. En esas ocasiones preferirían dejarse arrancar las gracias más injustas, echarían a perder los negocios más importantes, por falta de saber oponerse a las personas a quienes han de tratar todos los días. Semejante debilidad, que todos les conocen, hace que cada cual procure sacar su provecho: se insta, se importuna, se acosa, y acosando se logra lo que se pretende. Al principio se les adula e inciensa para insinuarse; pero después que se ha ganado su confianza y que se ocupa cerca de ellos puestos de alguna autoridad, se les lleva lejos, se les impone el yugo, bajo el cual gimen, y que muchas veces quieren sacudir

en vano, porque toda la vida pesa sobre su cuello. Ponen su punto en que nadie crea que se dejan gobernar, y siempre son gobernados, no pudiendo pasar sin serlo; porque se parecen a los débiles sarmientos de una vid, que, no teniendo fuerza para sostenerse, se enredan al tronco de cualquier árbol corpulento. No puedo sufrir que caigas en tal falta, que hace del rey un gobernante imbécil. Ahora eres muy joven, y como tal, no te atreves a hablar a Idomeneo, y en cuanto salgas de Salento olvidarás su aflicción; no te enternece su dolor; lo que te embaraza es su presencia. Ve y habla a Idomeneo tú mismo; aprende en esta ocasión a ser cariñoso y firme; manifiéstale el sentimiento que te causa dejarle, pero le has de manifestar resueltamente la necesidad de nuestra partida.

Telémaco ni osaba resistir a Mentor ni encontrarse con Idomeneo; tenía vergüenza de su propio temor, y no tenía valor para vencerla; daba unos pasos, vacilaba y volvía atrás para manifestar a Mentor otro cualquier motivo de dilación. Mas una sola mirada de Mentor bastaba para hacerle enmudecer y disipar sus especiosos pretextos.

Decía Mentor:

—¿Es este el vencedor de los daunios, es el vencedor de la gran Hesperia, el hijo del sabio Ulises, el que después de él ha de ser el mentor de la Grecia? ¡Y no se atreve a decirle a Idomeneo que tiene necesidad de retornar a Itaca, su patria, para ver a su padre! ¡Oh, pueblo de Itaca,

que infeliz serás si algún día tienes por rey a quien no sabe dominar una mala vergüenza y sacrifica los mayores intereses a sus debilidades! ¡Ves, ¡oh, Telémaco!, la diferencia que va entre el valor de los combates y el valor en la conducta? No has temido a las armas de Adrasto y temes ahora a la tristeza de Idomeneo. Es lo que siempre deshonra a los príncipes después de las victorias; después de demostrarse como héroe en la guerra, se demuestran los más débiles de los hombres en ocasiones ordinarias como la presente.

Telémaco, apreciando la verdad de palabras tales, y herido en su pundonor, parte en seguida, haciéndose sordo a sus debilidades; mas apenas se encuentra en presencia de Idomeneo, decaído y agobiado de tristeza, témense mutuamente, ni se atreven a mirarse. Sin hablar se entienden; ni el uno ni el otro se atrevían a romper el silencio, y rompieron a llorar. En fin, Idomeneo, en el exceso de su dolor, exclamó:

—¿De qué sirve esmerarse en buscar la virtud, si tan mal se recompensa a los que la aman? ¡Después de haberme dado a conocer mis flaquezas, me abandonan! Así volveré a caer en mis infortunios; que no me hablen más de gobernar bien; no me es posible; estoy cansado de los hombres. Tu padre no existe. Le buscas en vano. Itaca está en poder de tus enemigos y os harán perecer; sin duda, alguno de ellos será ya esposo de Penélope. Durante mi vida tendrás también un poder absoluto; quédate aquí; serás mi yerno y mi here-

dero, mi confianza no tendrá límites. Si te muestras insensible a todo esto, al menos déjame a Mentor, que es todo mi recurso. Habla; respóndeme; no me cierres tu corazón; ten piedad del más infeliz de los hombres. ¡Qué! ¿Nada contestas...? ¡Ah! Ahora entiendo cuán crueles se portan los dioses conmigo. ¡Ahora lo siento más rigurosamente que en Creta, cuando inmolé con mis manos a mi propio hijo...!

Telémaco, turbado y tembloroso, contestó:

—Yo no me pertenezco; los hados me llaman a mi patria. Mentor, que posee la sabiduría de los dioses, me ordena en su nombre que parta. ¿Qué queréis que haga? ¿He de renunciar a mi padre, a mi madre, a mi patria, que debe serme más querida que ellos? Destinado a reinar, no puedo seguir una vida dulce y placentera, ni ceder a mis propias inclinaciones. Sin duda vuestro reino es más rico y poderoso que el de mi padre; no obstante, mi deber es preferir el que los dioses me destinan al que tenéis la bondad de ofrecermelo. Me tendría por el ser más feliz si Antíope fuese mi esposa, sin esperanza alguna de vuestro trono; para merecerla es preciso ir adonde los dioses me llaman y que mi padre sea quien os la pida para mí. ¿No me prometisteis enviarme a Itaca? ¿No he combatido con Adrasto en unión de los aliados, fiado en vuestra promesa? Ya es hora de reparar mis infortunios domésticos. Los dioses que me confiaron a Mentor, han dado a Mentor el hijo de Ulises para que cumpla sus destinos.

¿Queréis que pierda a Mentor después de haberlo perdido todo? No tengo bienes, ni asilo, ni padre, ni madre, ni patria...; todo es inseguro; solamente me queda el sabio y virtuoso varón, que es el don más precioso de Júpiter. Decidid si es posible que yo piense en renunciar a él y consentir que me abandone. Antes moriría. Mi vida es nada; quitádmela si queréis; mas no me quitéis a Mentor.

La voz de Telémaco iba fortaleciéndose y su timidez disipándose. Idomeneo no sabía qué contestar, ni encontraba argumentos para oponerse a lo que había dicho el hijo de Ulises. Pero sus miradas y sus gestos movían a piedad. En esto, apareciendo Mentor, le dirige las siguientes palabras:

—No os aflijáis; nos separamos, mas la sabiduría de los dioses, cuyos consejos preside, estará con vos; daos por satisfecho que Júpiter nos haya enviado para salvar vuestro reino y apartaros de vuestros extravíos. Os hemos restituído Filocles, y él os aconsejará fielmente; el temor a los dioses, el amor a la virtud, el afecto a los pueblos, la piedad para con los menesterosos, animarán vuestro corazón. Servíos de él con toda confianza y sin envidia. El mayor de los servicios que de él podéis esperar es que siempre os diga la verdad. El principal valor de un buen rey consiste en buscar verdaderos amigos que le digan sus faltas. Si los tenéis, nuestra ausencia nada os perjudicará y seréis dichoso. La adulación se insinúa como una serpiente; si ella encuentra el camino de vuestro corazón, os perderéis. No ten-

gáis la debilidad de dejaros abatir por el dolor; esforzaos en ser virtuoso. He dicho a Filocles lo que debe hacer por aliviaros y para que nunca abuse de vuestra confianza: puedo responderos de él; los dioses os le han dado, como a mí me dieron a Telémaco. Sigamos todos nuestro destino. Si alguna vez necesitáis de mí, después que haya dejado a Telémaco en su patria, volveré a vuestro lado; gran placer tendría en ello. Yo no deseo ni bienes ni poder; no quiero sino ayudar a los que desean la justicia y la bondad. No podré olvidarme jamás de la confianza y buena amistad que me habéis manifestado.

Idomeneo, después de haber escuchado a Mentor, se sintió repentinamente cambiado, y su corazón se tranquilizó, como Neptuno con el tridente calma las olas embravecidas y las negras borrascas. Quedábale solamente un dolor dulce y sosegado, cierta melancolía y sentimiento. El calor, la confianza, la virtud, la esperanza en los dioses renacían en él.

—¡Y bien! —dijo—. ¡Es preciso perderlo todo y no desanimarse! Acordaos de Idomeneo cuando lleguéis a Itaca, que sabréis hacer prosperar con vuestra sabiduría. No olvidéis que Salento es obra vuestra y que habéis dejado aquí un rey desgraciado que sólo confía en vos. Id, digno hijo de Ulises; no os quiero detener más; no debo resistir a los dioses que me prestaron tan rico tesoro. Partid, Mentor, el mayor y el más sabio de los hombres, si es que es humano cuanto habéis

hecho y no sois alguna deidad que ha tomado forma humana para consuelo y ayuda de los mortales. Conducid al hijo de Ulises, quien más feliz es teniéndoos que venciendo a Adrasto. Partid; me faltan palabras; perdonadme. Id; vivid en paz y sed felices. ¡Hermosos días aquellos en que os he tenido junto a mí! ¡Días cuyo valor no he conocido bastante! ¡Nunca volveréis, ni volverán mis ojos a ver lo que han visto!

Mentor se aprovechó de estos momentos para partir, y abrazó a Filocles, cuyas lágrimas le bañaron. Telémaco fué a dar la mano a Mentor para desasirse de las de Idomeneo; pero Idomeneo, tomando el camino de la playa, se puso entre Mentor y Telémaco; mirábalos y suspiraba; su conversación era cortada por los gemidos.

En esto óyense gritos junto al mar, cuyas riberas están cubiertas de marinos; tersan las jarcias, izan las velas, soplan los vientos favorables. Telémaco y Mentor se despiden de Idomeneo con lágrimas en los ojos; éste les estrecha entre sus brazos y luego sigue con los ojos la ruta del navío.

LIBRO XXIV

ARGUMENTO: Durante la navegación, Telémaco escucha de labios de Mentor los principios de una sabia gobernación y, en particular, los medios de conocer a los hombres, de escogerles y de emplearles en los oficios públicos, según sus respectivos talentos. Durante esta conversación la calma del mar obliga a la nave a dar fondo junto a una isla adonde Ulises acababa de llegar. Telémaco le encuentra y le habla sin conocerlo; pero después de haberlo visto embarcar, siente una turbación secreta que no acierta a explicarse. Mentor se la explica y le asegura que pronto hallará a su padre; pero aún prueba su paciencia retardando su partida, con objeto de hacer un sacrificio a Minerva. Al fin, la diosa, echando su figura de Mentor, toma su forma verdadera y se da a conocer. Da a Telémaco sus últimas exhortaciones y desaparece. Luego Telémaco parte, arriba a Itaca y encuentra a su padre en casa del fiel Eumeo.

Ya se hinchán las velas, se levantan las anclas y parece que la tierra huye. El piloto experimentado divisa las lejanas montañas de Leucates, cuya cumbre ocúltase en un turbión de heladas nieves y los montes Acroceraunios que ostentan su orgullosa frente sobre el cielo después de haber sido heridas tantas veces por el rayo.

Durante esta navegación Telémaco dijo a Mentor:

—Ahora creo haber entendido las reglas de la gobernación que me habéis explicado. De pronto me parecían como un sueño; pero ya se desenvuelven en mi espíritu y se ofrecen más claramente: como las cosas parecen sombrías y confusas como saliendo de un caos cuando la luz,

que crece insensiblemente, les rinde, por decirlo así, sus figuras y naturales colores. Estoy bien persuadido de que el punto esencial de la gobernación consiste en discernir bien las diferentes clases de espíritus, para escogerlos y aplicarlos según su diversidad de talentos; pero me falta saber cómo puedo conocer a los hombres.

Entonces Mentor contestó:

—Es indispensable estudiar a los hombres para conocerlos; y para conocerlos es preciso tratarlos con frecuencia. Los reyes deben conversar con sus súbditos, hacerles hablar, consultarles, probarles por medio de modestos empleos en que puedan dar cuenta de sí, para ver si serán capaces de más penosos cuidados. ¿Cómo, querido Telémaco, aprendiste en Itaca a conocer los caballos? A fuerza de verlos y de observar sus defectos y perfecciones con las gentes experimentadas. De la misma manera, hablad con frecuencia de las prendas y faltas de los hombres con varones prudentes y virtuosos que hayan estudiado mucho tiempo su carácter, y aprenderás insensiblemente tales como son y lo que de ellos se puede esperar. ¿Cómo has conocido los buenos y los malos poetas? La frecuente lectura y la conversación con personas de refinado gusto poético. ¿Qué es lo que te ha hecho apreciar la buena música? La misma aplicación en observar los juicios de los grandes músicos. ¿Cómo se puede confiar gobernar bien, cuando no se conoce a los hombres? ¿Cómo se puede conocerlos, sin tratarlos nunca?

No es vivir con ellos verlos en público, porque en público sólo se dicen cosas estudiadas, preparadas con arte; se ha de verlos en particular, cuando salen del corazón los más profundos pensamientos, cuando se les puede sondear para descubrir sus principios. Mas es preciso comenzar sabiendo lo que tiene que ser el hombre, a fin de juzgar con tino al corazón humano; es preciso discernir el verdadero mérito para distinguir al que lo tiene de quien no lo tiene.

—Se habla sin cesar de la virtud y del mérito sin saber en qué consisten precisamente. Para la inmensa mayoría de cuantos se honran hablando de ambas cosas, son únicamente dos bellos nombres, sin un sentido bien determinado. Para conocer a los que son sensatos y virtuosos, precísanse principios indudables de justicia, razón y virtud. Es preciso conocer las máximas de un gobierno bueno y sabio para conocer a los hombres que las practican y a los que se apartan sutilmente de ellas. En una palabra: para medir es preciso tener la medida. Para juzgar a los hombres es preciso la regla de los principios a que se adapten nuestros juicios. Conviene saber ciertamente cuál es el fin de la vida humana y el fin que se debe proponer el que gobierna a los hombres. Finalidad esencial es no querer jamás la autoridad y la grandeza para sí mismo, porque esta ambiciosa pretensión sólo es capaz de satisfacer un orgullo y una tiranía, y en las infinitas penas de la gobernación de un país, todo se debe

sacrificar para que los hombres sean buenos y felices. De otra suerte se va a tientas, como el navío en alta mar sin piloto que consulte las estrellas y sin conocer las costas a que quiere hacer rumbo; así no es posible evitar el naufragio.

Con frecuencia los príncipes no conocen lo que deben buscar en los hombres, por no saber en qué consiste la verdadera virtud. Esta tiene para ellos algo de áspera; les parece rígida en demasía; les espanta; les enoja, y a la postre inclínanse hacia la adulación; entonces ya es imposible hallar sinceridad y virtud y corren detrás de la lisonja, de un vano fantasma de mentida gloria que les imposibilita de hallar la verdadera, y no tardan mucho en acostumbrarse a creer que en el mundo no hay virtud verdadera; porque los buenos conocen a los malvados, pero los malvados no conocen a los buenos. No atreviéndose a presentarse, confían de todos por igual; se esconden, se encierran, recelan de las cosas más leves, temen a los hombres y se hacen temer de ellos. Aunque quieran pasar sin ser conocidos, se les conoce; porque la malicia y malignidad se introduce y lo adivina todo; y entretanto ellos desconocen a todos. Los que les rodean, interesados desde luego, se regocijan viéndoles inaccesibles. Un rey que se aparta de los hombres, se aparta también de la verdad; cuanto le pudiera abrir los ojos, se mancilla con calumnias viles y se aparta de él. Esos reyes gastan la vida en una grandeza salvaje y feroz, siempre con el temor de que se les

engaña, siempre se les engaña, sin poderlo evitar y sin dejar de merecerlo. Tratando solamente con un reducido número de personas se exponen a contagiarse con sus pasiones y errores, porque aun los buenos tienen sus faltas y sus preocupaciones. Además, dando lugar a los chismosos —gente vil y de mala ralea—, que siempre se alimentan de ponzoña e infectan las cosas más inocentes, aumentan las levas, inventan el mal para no dejar de hacer daño, y su propio interés juega con la desconfianza y la curiosidad indigna de un príncipe débil y asombradizo.

Interésate, pues, querido Telémaco, en el conocimiento de los hombres; examínalos; hazlos hablar a unos de otros; experimentalos poco a poco; pero no te entregues a ninguno de ellos. Aprovechate de sus experiencias cuando pienses te engañan tus juicios; porque alguna vez te engañarás; la picardía de los malvados es mucha, vistiéndose el ropaje de los buenos. Por esto mismo, no te precipites en los juicios ni en bien ni en mal acerca de nadie; pues tanto peligro se corre por una que por otra parte; tus mismos errores te han de servir para instruirte más. Si encuentras talento y virtud en hombre, puedes y debes utilizarle con toda confianza; porque las personas honradas quieren que se les reconozca su rectitud y prefieren la estimación y la confianza a los más ricos tesoros. Pero no los echéis a perder dándoles un poder absoluto; que hay quien habría sido siempre virtuoso y deja de serlo

cuando su señor le ha dado demasiada libertad y demasiadas riquezas. Quien tenga la dicha de ser tan amado de los dioses que se dignen dejándole encontrar en su reino a dos o tres verdaderos amigos sabios y virtuosos, pronto encontrará por su medio a otros, que se les parezcan, para ocupar los cargos inferiores. Los buenos en quienes confía el rey le facilitarán el discernimiento sobre los demás.

Respondió Telémaco:

—Bien; pero ¿debo servirme de los malos —como he oído decir— cuando son hábiles?

—Muchas veces —contestó Mentor— tendrás la necesidad de servirte de ellos. En una nación agitada y en desorden se encuentra con frecuencia a gentes que gozan de autoridad: tienen empleos importantes que no se les puede quitar, o han ganado la confianza de poderosos con quienes no se puede romper; y es a esos mismos preciso tratarlos con miramiento, porque son temibles y pueden causar grandes trastornos. Por esto es conveniente servirse de ellos por algún tiempo; pero se debe intentar ir paulatinamente a su inutilización. Pero guárdate bien de darles toda la confianza que desean y no merecen. Porque abusarían de ella, manejándote según el secreto que les has confiado; esta cadena es más difícil de romper que las de hierro. Empléalos en asuntos eventuales; trátalos bien; oblígales por sus mismas pasiones a que te sean fieles; porque sólo así los podrás tener seguros. Pero no les

hagas partícipes de tus secretos. Ten siempre la mano sobre un registro que les haga moverse a tu arbitrio y que nunca tengan la clave ni de tus secretos ni de tus resoluciones... Cuando el estado esté sosegado y le dirijan hombres sabios y discretos de quienes estés seguro, irán poco a poco los malvados perdiendo su importancia; entonces no será justo dejar de tratarlo bien, porque nunca es lícito ser ingrato ni aun con los malvados; pero tratándolos bien será menester procurar se hagan buenos. Es preciso tolerarles ciertos defectos que se perdonan a los hombres; no obstante, importa relevarles poco a poco en la autoridad y reprimir los daños que hicieran abiertamente, si se les dejase obrar. Sobre todo, es un mal que el bien se haga por malos; y aunque a veces sea inevitable, se ha de procurar que poco a poco desaparezca. El príncipe sabio que no quiera más que el orden de la justicia, no necesitará con el tiempo de hombres corrompidos y falaces; con el tiempo tendrá a mano hombres buenos en número suficiente. Mas no es bastante encontrar sujetos buenos en la nación; es también necesario formar a otros.

—Eso debe ser muy embarazoso —objetó Telémaco.

—Nada absolutamente —contestó Mentor—. La atención del monarca en buscar a hombres buenos estimula grandemente a los demás y excita y anima a cuantos tienen talento y virtudes, y todos se esfuerzan. ¡Cuántos hombres langui-

decen en una obscuridad y tornaríanse grandes hombres si la emulación y la esperanza del éxito les animase al trabajo! Así, si otorgas recompensas y honores al genio y a la virtud, muchos serán los que se formen a sí mismos. Has de ejercitar los talentos; has de experimentar el alcance de la inteligencia; has de poner a prueba la sinceridad de la virtud. Los que asciendan a los destinos importantes, se habrán educado a tus ojos en los oficios secundarios. Toda su vida les habrás seguido paso a paso, y los juzgarás, no por sus palabras, sino por la serie de sus acciones.

Mientras Mentor razonaba de esta suerte con Telémaco, apercibieron un bajel feacio que había anclado en una pequeña isla salvaje y desierta rodeada de cantiles. Al mismo tiempo dejó de soplar el viento y aun los blandos céfiros parecía que retenían su aliento; las velas, abatidas, no podían mover el barco; el esfuerzo de los remeros, ya fatigados, resultaba inútil; fué preciso arribar a la isla, que mejor era un escollo que una tierra apta para que la habitasen los hombres. En días de menos calma no se hubiera podido atracar sin gran peligro.

Los feacios, que esperaban el viento, no parecían menos impacientes que los salentinos de poder continuar la navegación. Telémaco avanzó hacia ellos, hacia los escarpados roquizares, y pregunta al primero que encuentra si habían visto a Ulises, rey de Itaca, en el palacio del rey Alcinoos.

Aquel a quien había dirigido la palabra no fué casualmente feacio; era un extranjero desconocido, que tenía un aire majestuoso, pero de tristeza y abatimiento. Apenas prestó atención a las palabras de Telémaco; pero después contestó:

—Ulises, no os engañáis, ha sido hospedado por el rey Alcinoo, como por quien teme a Júpiter y practica la virtud de la hospitalidad; pero ya no está en su casa y le buscaréis inútilmente en ella; ha partido para volver a Itaca si los dioses, aplacados, le permiten, al fin, que pueda saludar a los dioses pennates.

Apenas terminó de pronunciar sus palabras el extranjero lleno de melancolía, se internó precipitadamente en una espesa selva y subió a lo alto de una roca, desde donde púsose a contemplar el mar, huyendo de los hombres que veía y presa de gran pesadumbre por aquella detención inesperada.

Telémaco le miraba fijamente; cuanto más le miraba mayores eran su emoción y maravilla.

—Ese hombre —dijo a Mentor— me ha contestado como un hombre que apenas atiende a lo que se le pregunta y que está lleno de amargura. Desde que soy un desgraciado compadezco mucho a todos los que lo son y siento que mi corazón, sin saber por qué, toma parte en la pena de ese extranjero. Mal me ha acogido; apenas se ha dignado contestarme; pero me es imposible dejar de desear que termine su aflicción.

Mentor, sonriendo, contestó:

—He aquí para qué sirven los infortunios de la vida: para hacer a los príncipes moderados y compasivos con los demás hombres.

—Es un extranjero —replicó el anciano— a quien no conocemos; pero dicen que se llama Cleomenes, que ha nacido en Frigia y que un oráculo había vaticinado a su madre antes de su nacimiento que sería rey con tal que no permaneciera en su patria, porque si permanecía en ella los dioses harían sentir su cólera a los frigios con una peste cruel. Luego de nacer, sus padres le entregaron a unos marineros, que le llevaron a Lesbos. Allí fué criado secretamente a expensas de su patria, que tanto interés tenía en que estuviese lejos. Creció pronto y se hizo robusto, agradable y diestro en todos los ejercicios corporales, siendo iguales los adelantos que señalaron su gusto e ingenio en las ciencias y las bellas artes. Pero en ninguna parte le pudieron tolerar: la predicción de su destino llegó a ser famosa, y por dondequiera que iba se le reconocía al instante; todos los reyes temían que les arrebatara la diadema. Así va errante desde su juventud y no puede encontrar en el mundo un punto en donde le sea permitido detenerse. Ha estado en muchos países lejanos del suyo; pero apenas ha llegado a cualquier pueblo cuando se ha descubierto su nacimiento y el oráculo que le acompaña. Aunque se esconda y que en cada pueblo se entregue a un género de vida obscuro, su inteligencia, según dicen, brilla siempre a pesar suyo, ya para la guerra, ya para

las letras, ya para los negocios más importantes; siempre se ofrece en cada país una ocasión imprevista que le arrastra y le hace conocer del público. Su mérito forma su desgracia, porque le hace temer y le excluye de todos los países en que quiere habitar. Su destino es ser estimado, querido, admirado en todas partes; pero de todas desterrado. Ya no es joven y, sin embargo, todavía no ha podido encontrar ni en Asia ni en Grecia una costa en donde le hayan consentido vivir con sosiego. Parece hombre sin ambición y no busca la fortuna, porque se alegraría de que jamás le hubiese prometido el oráculo la dignidad real. Ninguna esperanza le queda de ver a su patria, sabiendo que no la llevaría sino el luto y las lágrimas de todas las familias. La corona, que de tantos padecimientos le ha sido causa, no le parece de desear, y corre en pos de ella, contra su voluntad, de reino en reino, mientras ella le huye, como para burlarse del infeliz hasta su vejez. ¡Funesto don de los dioses, que turba todos sus días mejores y que no le procurará sino fatigas en la edad en que el hombre acabado no necesita más que descanso! Dice que va a la Tracia a buscar algún pueblo salvaje y sin leyes que pueda reunir, civilizar y gobernar durante un corto espacio de años y que entonces, cumplido el oráculo y no teniendo por qué temerle en los otros reinos más florecientes, se propone retirarse a una aldea de la Caria en donde se entregará a la agricultura, que ama con pasión. Es hombre sabio y moderado, teme

a los dioses, conoce bien a los hombres y sabe, sin estimarlos, vivir con ellos en paz. Eso es lo que se cuenta del extranjero por quien me habéis preguntado.

Durante la conversación volvía Telémaco la vista muchas veces hacia el mar, que empezaba a agitarse. El viento levantaba las olas, que se iban a estrellar en las rocas, blanqueándolas con su espuma. En aquel momento dijo el anciano a Telémaco:

—Es menester que parta; mis compañeros no pueden aguardarme.

Dichas estas palabras corrió a la orilla: todos se embarcan; no se oye más que la confusa gritería de los marineros, que arden con la impaciencia de darse a la vela.

El desconocido, llamado Cleomenes, había corrido algún tiempo por el interior de la isla, subiendo a la punta de todos los peñascos y contemplado desde allí el inmenso espacio de los mares con profunda tristeza. Telémaco, que no le perdía de vista, no había cesado de observar sus pasos. Su corazón se enternecía en favor de un hombre virtuoso, errante, desgraciado, destinado a las cosas más altas y juguete al mismo tiempo de una fortuna rigurosa, lejos de su país. «A lo menos— decía entre sí—, volveré tal vez a Itaca; pero ese Cleomenes jamás podrá volver a Frigia.» El ejemplo de otro más infeliz aún que él mitigaba su pena. Por último, aquel extranjero, viendo la nave dispuesta, había bajado de las rocas escar-

padas con la prontitud y agilidad que Apolo cuando en los bosques de Licia, atándose la rubia cabellera, atraviesa los precipicios para herir con sus flechas los ciervos y los jabalíes. Ya está el desconocido en el navío, que corta las amarras olas y se aleja de la tierra.

Apodérase entonces del corazón de Telémaco una sensación misteriosa de dolor: se aflige sin saber la causa; le caen las lágrimas de los ojos, y nada le consuela como llorar. Al mismo tiempo repara en los marineros de Salento, que están en la orilla acostados sobre la hierba, y todos duermen profundamente. El cansancio y abatimiento los habían sumido en un dulce sueño, habiendo derramado el poder de Minerva todas las húmedas adormideras de la noche sobre sus miembros en medio del día. Telémaco se queda atónito al ver el letargo universal de los salentinos cuando los feacios han estado tan atentos y diligentes para aprovecharse del viento favorable; pero todavía le llama más la atención la nave feacia que va a desaparecer entre las olas, que el ir a despertar a los salentinos; encadena sus ojos con sorpresa y turbación secreta a aquel navío ya lejano, cuyas velas apenas alcanzan a distinguir por lo poco que blanquean en lo azulado de las aguas. No escucha a Mentor, que le habla, y está fuera de sí, en un arrobamiento parecido al de las médames cuando tienen en la mano el tirso y hacen resonar con sus gritos extravagantes las orillas del Hebro y las montañas de Ródope y de Ismara.

Al fin, vuelve de aquella especie de encantamiento y rompe en llanto. Mentor le dice entonces:

—No me extraña, querido Telémaco, verte llorar; la causa de tu dolor, desconocida para ti, no es desconocida para Mentor: la Naturaleza habla y se hace sentir, enterneciendo así vuestro corazón. El extranjero que te ha producido tan viva emoción es el grande Ulises; lo que un viejo feacio te ha contado de él, dándole el nombre de Cleomenes, no es sino ficción, inventada para mejor ocultar la vuelta de tu padre a su reino. De aquí va derecho a Itaca; ya está cerca del puerto y ve, al fin, los lugares tanto tiempo deseados. Tus ojos le han visto, como te lo habían presagiado, pero sin conocerle; pronto le verás y os reconoceréis uno a otro, no pudiendo permitir los dioses ese reconocimiento fuera de Itaca. No se ha conmovido su corazón menos que el tuyo; mas es demasiado prudente para descubrirse a mortal alguno en un lugar en que podría exponerse a las traiciones e insultos de los amantes de Penélope. Ulises, tu padre, es el más sabio de los hombres; su corazón es como un pozo profundo, de donde sería imposible sacar un secreto. Aunque ama la verdad, y jamás dice cosa alguna que la lastime, no la revela sino por necesidad, porque la prudencia le tiene los labios cerrados, como un sello, para toda palabra inútil. ¡Cuán conmovido ha estado mientras te hablaba! ¡Cuánta violencia le ha costado no descubrirse! ¡Cuánto ha padecido

al verte! Ese era el motivo de su tristeza y abatimiento.

Mientras hablaba así Mentor, Telémaco, enternecido y turbado, no podía contener un torrente de lágrimas; los sollozos le impidieron mucho tiempo responder, hasta que, al fin, exclamó:

—¡Ay, mi querido Mentor!; bien sabía yo que había en ese desconocido algo que me llevaba hacia él y me conmovía las entrañas. Mas, ¿por qué no me habéis dicho que era Ulises antes de que partiera, supuesto que le conocíais? ¿Por qué le habéis dejado partir sin hablarle ni manifestar que le conocíais? ¿Qué misterio es ese? ¿He de ser yo siempre infeliz? ¿Quieren los dioses, irritados, tenerme como a Tántalo, sediento, que el agua engañosa burla, hayen lo de sus ávidos labios? ¡Ulises! ¡Ulises! ¿Os he perdido para siempre? ¿Quizá no volveré a verle! ¿Acaso los amantes de Penélope le harán caer en las asechanzas que a mí me preparaban! A lo menos, si yo le siguiera, moriría con él. ¡Oh, Ulises! ¡Oh, Ulises! Si la tempestad no os echa todavía sobre algún escollo (que todo lo temo de la fortuna enemiga), tiemblo de miedo no sea que lleguéis a Itaca con tan funesta suerte como Agamenón a Micenas. Pero, querido Mentor, ¿por qué me habéis enviado mi felicidad? Ahora le abrazaría; ya estaría con él en el puerto de Itaca; los dos pelearíamos para vencer a todos nuestros enemigos.

Mentor le contestó, sonriéndose:

—Esta es, mi querido Telémaco, la condición

del hombre: porque has visto a tu padre, sin conocerle, te abandonas al mayor desconsuelo. ¡Cuánto no hubieras dado ayer por estar seguro de que no había muerto! ¡Hoy lo estás por tus mismos ojos, y esa seguridad, que debería colmarte de júbilo, te deja en la amargura! Así siempre cuenta por nada el corazón enfermo de los mortales lo que más ha deseado, desde que lo posee, sobrándole el ingenio para atormentarse por lo que todavía no ha logrado. Los dioses te mantienen suspenso, a fin de ejercitar tu paciencia. Este tiempo no ha sido perdido; sabe que es el mejor aprovechado de tu vida, porque te ejercita en la más necesaria de todas las virtudes para los que están destinados a mandar. Es menester ser paciente, para hacerse dueño de sí y de los otros: la impaciencia, que se cree fuerza y vigor del alma, no es más que debilidad e impotencia para soportar la pena. El que no sabe aguardar y sufrir es como el que no sabe callar un secreto: uno y otro carecen de firmeza para contenerse, como un hombre que corre en un carro y no tiene bastante fuerza en la mano para sujetar a tiempo sus fogosos caballos, los cuales, no obedeciendo al freno, se precipitan y, disparados, derriban y hacen pedazos al hombre débil a quien se le escapan. Así arrastran al impaciente sus indómitos y feroces deseos a un abismo de infortunios: cuanto mayor es su poderío, tanto más funesta le es la impaciencia; nada aguarda, para nada se toma el tiempo de calcular; toma la violencia para sa-

tisfacerse; desgaja las ramas para coger el fruto antes de que esté maduro; rompe las puertas por no esperar a que se las abran; quiere segar cuando el prudente labrador sientra; cuanto hace, deprisa y fuera de razón, le sale mal, y no puede durar más tiempo que sus volubles deseos. Tales son los insensatos proyectos de quien cree que todo le es posible y que, entregándose a sus deseos impacientes, abusa de su poder. Para enseñarte a tener paciencia, mi querido Telémaco, te ejercitan en ella los dioses, que, al parecer, juegan contigo en la vida errante, en que te hacen estar siempre incierto. Lo que deseas, se te presenta y huye como un sueño ligero que, al despertar, se desvanece, a fin de que sepas que las mismas cosas que se creen seguras en las manos se escapan en el momento. Las lecciones más sabias de Ulises te hubieran aprovechado tanto como te aprovecharán su ausencia y los trabajos que has pasado buscándole.

En seguida quiso Mentor hacer la última prueba con la paciencia de Telémaco. Cuando el joven iba con ardor a los marineros para acelerar la partida, Mentor le detuvo de improviso y le propuso el hacer en la orilla del mar un sacrificio a Minerva. Telémaco se presta con docilidad a lo que Mentor quiere. Se erigen dos altares de césped; humea el incienso; corre la sangre de las víctimas. Telémaco dirige al cielo tiernas suspiros y reconoce la poderosa protección de la diosa.

Cuando se acabó el sacrificio siguió a Mentor

por las sendas sombrías de un cercano bosquecillo. Allí advierte de repente que el rostro de su amigo toma una forma nueva: las arrugas de la frente se desvanecen como las sombras cuando la aurora, con sus dedos de rosa, abre las puertas del oriente e inflama todo el horizonte; los ojos, cóncavos y austeros, se mudan en ojos azules de una celestial dulzura y llenos de fuego divino; la cana y desaliñada barba desaparece y se muestran a la vista de Telémaco, deslumbrado unas facciones nobles y altivas, con mezcla de suavidad y de gracia. Reconoce el semblante de una mujer con una tez más tersa que una flor delicada recién abierta al sol; vése la blancura de la azucena y el carmín de las nacientes rosas. En ese rostro brilla una juventud eterna, con una majestad simple y natural; sus cabellos, sueltos, esparcen la fragancia de la ambrosía, y su traje resplandece como los vivos colores con que el sol, al salir, pinta las opacas bóvedas del cielo y las nubes, que llega a dorar. La deidad no toca la tierra con el pie; deslízase ligeramente por el aire, como una ave la hiende con sus alas; tiene en la poderosa mano una lanza brillante, capaz de hacer temblar a las ciudades y naciones más belicosas, y que al mismo Marte causaría espanto; su voz es dulce y apacible, pero sonora y penetrante; todas sus palabras son dardos de fuego que se clavan en el corazón de Telémaco, haciéndole sentir no sé qué dolor delicioso; encima del casco lleva el ave melancólica de Atenas y en el pecho brilla la formidable

égida. A estas señales reconoce Telémaco a Minerva.

—¡Oh, diosa!—exclama—. ¡Con que sois vos misma la que os habéis dignado guiar al hijo de Ulises, por el amor de su padre!...

Quería proseguir, pero le faltó la voz, esforzándose en vano a pronunciar con los labios los pensamientos que le salían con impetuosidad de lo íntimo del alma; la divinidad que miraba le confundía, y se hallaba como quien se siente oprimido de un sueño hasta perder la respiración y con la agitación penosa de los labios no puede articular una palabra.

Al fin, Minerva le habló así:

—Hijo de Ulises, escúchame por última vez. Yo no he instruído a mortal alguno con el esmero que a ti: te he llevado de la mano por medio de naufragios, regiones desconocidas, guerras sangrientas y cuantos males pueden probar el corazón del hombre. Te he mostrado con experiencias sensibles los verdaderos y los falsos principios para reinar. Tus faltas no han sido menos útiles que tus infortunios, porque, ¿cuál es el que puede gobernar sabiamente sin haber padecido jamás ni haberse aprovechado nunca de las desgracias en que sus faltas le han precipitado?

Has llenado, como tu padre, las tierras y los mares de tus tristes aventuras. Ve, ahora eres digno de seguir sus huellas. No te queda más que una corta y fácil travesía hasta Itaca, adonde arriba en este instante; ayúdale a combatir y obe-

décele como el menor de sus súbditos, para dar ejemplo a los demás. Ulises te dará por esposa a Antíope, con la cual serás dichoso, por haber buscado menos la hermosura que el recato y la virtud. Cuando reines, pon toda tu gloria en procurar que renazca el siglo de oro: oye a todos, cree a pocos, guárdate de confiar demasiado en ti mismo, teme engañarte; pero nunca temas hacer ver a los otros que has sido engañado.

Ama a los pueblos; no olvides hacer que ellos te amen. El temor es necesario cuando el amor falta; pero es menester emplearle siempre con pesar, como los remedios más violentos y peligrosos.

Antes de acometer cualquier empresa considera siempre de antemano las consecuencias; prevé los más terribles inconvenientes y ten entendido que el verdadero valor consiste en conocer bien todos los peligros y en despreciarlos cuando son inevitables. Quien no quiere mirarlos, no tiene bastante valor para soportar su vista con serenidad; el que los ve todos, evita los que se pueden evitar y arrostra los demás sin conmoverse; es el único que merece ser tenido por varón prudente y magnánimo.

Huye de la molicie, del fausto, de la profusión; glóriate de la sencillez: que tus virtudes y buenas acciones sean el ornamento de tu persona y de tu palacio; que sean los guardias que te rodeen, y que de ti aprendan todos en lo que consiste el verdadero honor. Nunca olvides que los reyes no

reinan para su propia gloria, sino para bien de sus pueblos. El bien que hacen se extiende hasta los siglos más remotos; el mal que hacen se propaga de generación en generación hasta la más lejana posteridad. Un mal reinado es la causa muchas veces de la calamidad de muchos siglos.

Sobre todo, ten cuenta con tu honor, que es enemigo que llevarás contigo por todas partes hasta la muerte; penetrará en tus consejos, y te hará traición si le escuchas. Ese defecto hace perder las ocasiones más importantes; inspira inclinaciones y aversiones pueriles en perjuicio de los mayores intereses; obliga a decidir los negocios más graves por razones mezquinas; ofusca la inteligencia, mengua el valor y vuelve al hombre desigual, débil, bajo e insoportable. Desconfía de semejante enemigo.

Teme a los dioses, ¡oh, Telémaco! Ese temor es el tesoro más rico del corazón del hombre: con él adquirirás sabiduría, justicia, paz, alegría, los paceres puros, la verdadera libertad, la dulce abundancia y la gloria sin mancilla.

Yo te dejo, ¡oh, hijo de Ulises!; pero mi sabiduría nunca te abandonará con tal de que siempre estés convencido de que nada te será posible sin ella. Tiempo es de que aprendas a ir solo. No me he separado de ti en Egipto y en Salento para irte acostumbrando a verte privado de esa dulzura, como se despecha a los niños, luego que es menester quitarles la leche para darles alimento más sólido.

Apenas hubo acabado la diosa su discurso cuando se remontó a los aires y se envolvió en una nube de oro y azul, en que desapareció. Telémaco, suspirando, atónito y fuera de sí, se prosternó, levantando las manos al cielo; después fué a despertar a sus compañeros, se apresuró a partir, llegó a Itaca y reconoció a su padre en casa del fiel Eumeo.

FIN DEL TOMO II Y ÚLTIMO

NOMENCLATOR DEL TOMO II

- ACROCERAINIOS.** — Montes de la Químera, en el Epiro.
- AGAMENÓN.** — Rey de Micenas. Habiendo vuelto de la guerra de Troya cargado de laureles, fué asesinado por Egisto en su propia casa, ayudando a éste Climenestra, su propia mujer, que durante su ausencia le había deshonrado.
- AQUELOO.** — Hermoso joven, hijo del Océano y de Tetis, padre de las sirenas.
- AQUERONTIA.** — Ciudad de la Apulia (Italia). A sus pies hallábase la caverna donde el río Aqueronte se precipita con estruendo. Llamábanle los poetas *Puerta del Averno*. Por ella, según la leyenda, entró Hércules para libertar a Cerbero.
- AQUILES.** — Había sido bañado en las aguas de la Estigia tres veces por su madre; este baño le hizo invulnerable menos en el talón, que fué por donde su madre le tuvo.
- ARACNEA.** — Hija de Idomón de Lidia. Minerva la transformó en araña, por ponderar que trabajaba mejor en los telares que aquella diosa, a quien atribuían el invento del tapiz.
- ARCESIO.** — Hijo de Júpiter, padre de Laertes divino.
- ARIADNA.** — Hija de Minos y Parsifae. Dió a Teseo un hilo para gularse en el laberinto sin perderse, y le siguió hasta la isla de Naxos, donde aquel ingrato la abandonó al furor de las fieras. Allí la vió Baco, enamorándose de ella.
- ARPI.** — Región de la Apulia, cuya capital era Argos-Hipión.
- ATIS.** — Efebo de singular hermosura, muy amado de Cibeles. Presidía los sacrificios en honor de esta diosa, con la condición de observar rigurosa castidad; habiendo violado el voto, se enfureció tanto consigo mismo, que se hizo eunuco. Entonces Cibeles le transformó en pino.
- ATREO y TIESTES.** — Hijos de Penépole e Hipodamia; se aborrecieron el uno al otro. Tiestes deshonró el tálamo de su hermano y huyó. Atreo, que tenía en su poder a los hijos de Tiestes, fin-

gió que todo lo había olvidado y convidó a su hermano; en el convite éste comió la carne de sus propios hijos; después de la comida, Atreo enseñó a Tiestes las cabezas y manos de aquellos. Tiestes se valió después de su hijo natural, Egisto, para que le vengara de su hermano.

- ATRIDAS.** — Así llámase generalmente los hijos de Atreo, Agamenón y Menelao.
- AUFIDO.** — Río que nace en el Apenino, desembocando junto a Venecia.
- AULÓN (Caulo).** — Montaña de la Calabria ulterior, hacia el cabo Estilo (Italia).
- AVE melancólica de Atenas.** — Llámase así al buho, cuyo vuelo miraban los de Atenas como presagio de la victoria, porque el buho está consagrado a Minerva.
- BELEROFONTE.** — Hijo de Glauco, rey de Corinto. Estenobea le acusó de haberla querido deshonorar, porque no consintió a sus insinuaciones sexuales. El marido de ésta, llamado Pretos, rey de Argos, dando fe a la falsa deposición, envió a Belerofonte a Jobates, rey de Licia, para que éste le echara al mar; pero los dioses le fueron propicios, salvándole la vida después de pelear con la Quimera y vencerla, jinete en el caballo Pegaso.
- CACO.** — Hijo de Vulcano. Era pastor y ladrón; vivía en las cercanías de Aventino. Robó los bueyes de Hércules, llevándose los a su cueva. Los poetas le ponen tres bocas y le dan la cualidad de echar fuego.
- CALIDÓN.** — Antigua ciudad de la Etolia, devastada por un monstruoso jabalí, que Meleagro se propuso matar; lo que no le fué posible hasta que Teseo le ayudó.
- CARPACIA,** isla de. — A la entrada del archipiélago griego, entre Candia y Rodas. Su nombre actual es *Escarpeno*.
- CARONTE.** — Hijo de Erebo y la noche; barquero del infierno, pasa a las almas en su barca a través de la Estigia y por los ríos del Tártaro.
- COLCOS.** — Donde existía el vellocino de oro que motivó el viaje de los Argonautas.
- DEYANIRA.** — Hija de Eneo, rey de la Etolia. Por ella mató Hércules al centauro Neso con una flecha mojada en la sangre ponzoñosa de la Hidra. Cuando Neso estuvo cerca de la muerte dió su vestido ensangrentado a Deyanira y ésta lo envió a Hércules, quien, habiéndoselo puesto, fué preso de las Furias, muriendo abrasado. Llena Deyanira de desesperación, se dió la muerte con la clava de su esposo.
- DOLEPES.** — Pueblos descendientes de la Tesalia. Su rey, Peleo, enviólos al sitio de Troya al mando de Fénix.
- DULIQUIO.** — Pequeña isla del mar de Grecia.
- EBALIA.** — Pueblo de Italia, vecino al de Tarento.

- ESCAMANDRO** o *Xanto*. — Río del antiguo reino de Troya.
- ESCIRO**. — Una de las islas griegas, situada a la entrada del golfo de Zetón, cerca del Negroponto.
- ESCULAPIO**. — Hijo del dios Apolo y de la ninfa Coronis. Fué tan sabio en medicina (llámasele aún hoy «Padre de la medicina»), que los paganos le hicieron dios, adorándole bajo la forma de una serpiente. Sus templos principales estuvieron en el Eidauro y Pérgamo.
- EQUINADES**. — Situadas en la desembocadura del río Aquelloo, en el Epiro.
- EREBO**. — Dios del infierno, padre de la noche, engendrado por el caos y las sombras.
- ERICTON**. — Cuarto rey de Atenas, hijo de la Tierra y Vulcano. Inventó el uso de los carros.
- EUBEA**. — Hoy Negroponto. Isla del archipiélago griego.
- EUMEO**. — Homero, mayoral de los ganados de Ulises; cuidaba de los demás pastores, y en su casa hospedóse Ulises cuando desembarcó después de la odisea.
- EUROTAS** (Basilopotauros-Iris). — Río de la Morea.
- FEACENSES**. — Habitantes de la isla de Corcira (Corfú), en el mar Jónico.
- FLEGETONTE**. — Uno de los ríos infernales, cuya corriente es de fuego y cuya espuma llamas.
- GALESE**. — Río del reino de Nápoles, que nace en las cercanías de Oria (Otranto), desembocando en el golfo de Tarento, después de haber recorrido tierras de poniente.
- HECATOMBE**. — Sacrificio de cien bueyes sin mácula.
- HEBE**. — Hija de Juno. No tenía padre. Escanciando néctar a Júpiter, padre de los dioses, tuvo la indiscreción de dejar caer la pátera, perdiendo su destino en el Olimpo, que ocupó luego Ganímedes.
- HEBRO**. — Río de la Tracia.
- HÉRCULES**. — El máximo de los héroes griegos. Su vida entre los mortales fué un tejido de proezas. Una de ellas la separación de las Columnas (Calpe y Abyla), a fin de pasar hasta más allá del Mediterráneo para combatir con los gigantes. Apasionado perdidamente de Anfala, por su amor llegó a afeminarse de tal modo que se vistió de mujer e hiló junto a su madre.
- HILAS**. — Hermosísimo efebo. Fué arrebatado por las ninfas al querer recobrar el cántaro que había dejado caer en la corriente; pero su desaparición fué por alguien tenida como un robo.
- HIPÓLITO**. — Hijo de Teseo y Hipólita. Fué acusado por Fedre, su madrastra, de haberla querido deshonorar. Teseo, demasiado crédulo, desterró a Hipólito y pidió a Neptuno que castigara el crimen imputado falsamente; así, Hipólito, yendo en su carro,

- huyendo de su padre, halló en las orillas del mar un monstruo marino que, espantando a sus caballos, hizo que el carro volcara, muriendo el joven príncipe destrozado sobre las rocas.
- IRIS.** — Hija de Taumas y Electra. Fué la mensajera de Juno y diosa de la lluvia.
- ISMARA.** — Montaña de la Tracia.
- LERNA.** — Lago del territorio de Argos, donde vivía la Hidra de siete cabezas, muerta por Hércules.
- LESBOS.** — Isla del archipiélago, cercana a la Anatolia.
- LEUCATES.** — Promontorio del Epiro.
- LICOMEDES.** — La madre de Aquiles, queriendo que su hijo no fuera al sitio de Troya, le envió, disfrazado de mujer, a la corte de Licomedes, rey del Esciro, donde se enamoró de Deidamia, de la cual tuvo a Pirro o Neoptolemo.
- LIRIS.** — Río que desagua en Gaeta.
- MERIÓN.** — Auriga del rey Idomeneo y caudillo de la escuadra, muy bizarro y experimentado, que Idomeneo llevó a Troya.
- MEBADES** o *bacantes.* — Sacerdotisas de Baco.
- NAUPLIO.** — Rey de Eubea. Irritado porque los caudillos griegos condenaron a muerte injustamente a Palamedes por artificios de Ulises, hizo encender hogueras en el monte Cafareo, en la isla Eubea, frente al Helesponto, con el fin de atraer a los griegos y hacer que su flota se estrellara contra los escollos. Frustróse el intento porque Ulises y Dióscoro tomaron otro rumbo.
- NEMEA.** — Bosque de la Acaya. En él Hércules dió muerte a un león, con cuya piel se hizo el vestido que usó todo el resto de su vida.
- NIREO.** — Rey de Naxos; era tan hermoso como cobarde.
- ORTA.** — Monte de la Tesalia, situado entre el Parnaso y el Pindo; fué famoso por el sepulcro de Hércules Máximo.
- PAN.** — El dios de los pastores. Enamorado de la ninfa Sirínice, fué transformado en caramillo o flauta pastoril.
- PARCAS.** — Fueron tres: Cloto, Atropos y Láquesis. hijas del Erebo y la Noche; presiden el destino de los hombres y la muerte. hilando los días de los hombres. Cloto prepara la rueca, Láquesis hila y Atropos corta el hilo; significándose con ello, en la poesía clásica, el nacimiento, la duración de la vida y la muerte de los hombres.
- PEUCETES.** — Pueblos cercanos a los *daunios*, que habitaban junto a Bari (Italia).
- PÓLUX.** — Hijo de Júpiter y Leda. Comparte la inmortalidad con Cástor, pasando alternativamente, según la leyenda mitológica, un año en el cielo y otro en los Campos Eliseos.
- PTIOTES.** — Pueblos de Tesalia, gobernados por el rey Peleo.

QUIMERA. — Montaña de la Lidia; en la cumbre había un cráter volcánico; en su derredor los leones tenían sus guaridas; en las vertientes pastaban las cabras montaraces y a sus pies se extendían grandes pantanos poblados de serpientes. Dice la fábula de ella que es un monstruo con cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de dragón, que vomita eternas llamas por sus fauces, siempre abiertas.

RODOPE. — Monte de la Tracia.

SAMOS, isla de. — En la costa de la Anatolia; fué considerada como la cuna del arte de la alfarería.

SIBARITAS. — Pueblos de la Magna Grecia (Italia), que llenaban 25 poderosas ciudades. Sibaris, su capital, fué arruinada por los crotoniatas.

SIGEA. — Cabo de la Natonia, a la entrada del golfo de Gallípoli, frente a la punta de Romania.

SIMOIS. — Afluente del río Escamandro.

TÁRTARO. — Lugar del infierno, donde los malos son atormentados.

TERSITES. — Soldado griego, famoso por ser contrahecho y por su cobardía y locuacidad. Como tenía la mala costumbre de entrometerse para contradecir a los más discretos y capaces, Aquiles de una puñada le mató.

TESEO. — Hijo de Egeo, rey de Atenas. Bajó a los infiernos con Pirítoo con el fin de robar a Proserpina. Plutón le hizo encadenar y así estuvo cautivo hasta que Hércules le libertó.

TRIPTOLEMO. — Hijo de Celeo o de Eulasio, rey de Eleusis. Su padre había hospedado a Ceres cuando buscaba a su hija Proserpina, robada por Plutón. Ceres, en agradecimiento, enseñó a Triptolemo el arte de cultivar las sementeras.

VENUSA (Venosa, Italia). — Ciudad etruscogriega.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
LIBRO XI. — Telémaco, intrigado por la tardanza de Mentor, hace abrir las puertas de Salento y marcha hacia el campo enemigo. Su presencia contribuye a que sean aceptadas las condiciones de paz que Mentor había ofrecido en nombre de Idomeneo. Entrada amistosa de los reyes confederados en la ciudad de Salento. Entrega de rehenes. Sacrificios para sellar la alianza jurada.....	5
LIBRO XII. — Los aliados piden auxilio a Idomeneo contra los daunios. Mentor procura que se contenten con Telémaco y cien nobles cretenses. Mentor revista la ciudad de Salento y sus puertos, y después de tomar informe de todo, aconseja a Idomeneo la promulgación de nuevas leyes comerciales y políticas, que separen al pueblo en siete estamentos, cuyo rango y nacimiento se distingan por sus trajes; le hace suprimir el lujo y las artes inútiles, procurando que los artesanos se dediquen a la labranza de los campos cuyo trabajo pone en honra.....	19
LIBRO XIII. — Idomeneo cuenta a Mentor la causa de sus infortunios, la ciega confianza que había puesto en Prótesis y los artificios de este favorito para hacer desaparecer de su lado al sabio y virtuoso Filocles; cómo habiendo sido prevenido de esta manera estuvo a punto de creer a Filocles culpable de una conspiración y de enviar a Timócrates para darle muerte en una expedición que le encargara. Habiendo fallado el golpe, Filocles le perdonó, retirándose a la isla de Samos, después de haber entregado el mando de la armada a Pilómenes, conforme al mandato de Idomeneo.....	53
LIBRO XIV. — Mentor recomienda a Idomeneo desprenderse de Protésilas y Timócrates, enviándoles a la isla	

de Samos, retornando la privanza a Filocles. Es encargado Hegesipo de esta orden y la cumple con alegría; llega a Samos con aquellos dos, donde encuentra a un amigo que vive satisfecho en la pobreza y soledad. Conociendo Filocles que lo quieren los dioses, se embarca con Hegesipo y llega a Salento; Idomeneo le recibe amistosamente.....

75

LIBRO XV. — Telémaco, en el campo de los aliados, se gana el afecto de los principales caudillos y aun el de Filoctetes, mal dispuesto al principio contra él por causa de Ulises su padre. Filoctete le cuenta sus aventuras y el origen de su avesión a Ulises; y le enseña los funestos efectos de la pasión del amor por la historia trágica de la muerte de Hércules. Explicale cómo obtuvo de éste las saetas fatales, sin las cuales no hubiera podido ser tomada la ciudad de Troya; cómo fué castigado por revelar el secreto de la muerte de Hércules, con todos los males que hubo de padecer en la isla de Lemnos, y, en fin, cómo Ulises se valió de Neoptolemo para decidirle a concurrir al sitio de Troya, donde le curaron sus heridas los hijos de Esculapio.....

95

LIBRO XVI. — Telémaco, durante su estancia entre los aliados, encuentra dificultoso conducirse entre tantos reyes celosos los unos de los otros. Ocurren diferencias entre él y Falante por causa de unos prisioneros que ambos reclaman para sí. Mientras el caso es discutido en la asamblea de los aliados, Hípias, hermano de Falante, se apodera de los prisioneros para llevárselos a Salento. Telémaco, irritado, ataca a Hípias furiosamente y le derriba en singular combate. Mas pronto, arrepentido de su comportamiento, no piensa más que en los medios de reparar sus faltas. Entretanto, Adrasto, rey de los daunios, informado del desastre y conternación causados en el campamento de los aliados con motivo de las desavenencias entre Telémaco y Hípias, resuelve sorprenderles. Después de haberse apoderado de cien navíos para transportar sus tropas al campo de batalla, les pega fuego y comienza el ataque por el cuartel de Falante; muerte de su hermano Hípias. A sus golpes también es derribado Falante.....

118

LIBRO XVII. — A la nueva de este desastre, revestido Telémaco de las armas divinas, se lanza hacia el campo, agrupa en torno suyo las tropas aliadas y dirige los movimientos con tanta sabiduría, que detiene un momento al enemigo victorioso. Y hubiese reportado

una victoria completa, si una tempestad que inopinadamente vino no separase a los contendientes. Después del combate visita Telémaco a los caídos y les procura todos los consuelos de que tienen necesidad: principalmente cuida de Falante y de los funerales de Hipias, cuyas cenizas lleva él mismo a Falante, en una urna de oro.....

137

LIBRO XVIII.— Varios sueños persuaden a Telémaco que su padre Ulises ya no existe en la tierra; y ejecuta el designio que tenía preconcebido desde largo tiempo de buscarlo en los infiernos. Se ausenta del campo durante la noche, llegando a la famosa caverna Aquerontia; se introduce valerosamente en ella, llegando a las riberas de la Estigia, donde Caronte le recibe en su barca; se presenta a Plutón, quien le da su permiso para que busque a su padre en los infiernos; atraviesa el Tártaro, donde ve los tormentos que sufren los ingratos, los perjuros, los impíos, los hipócritas, y, sobre todo, los malos reyes.....

158

LIBRO XIX.— Telémaco entra en los Campos Elíseos, donde contempla deliciosamente la felicidad de que gozan los justos y, sobre todo, los buenos reyes que durante su vida gobernaron sabiamente. Es reconocido por Arcesio, su bisabuelo, el cual le asegura que Ulises vive y que pronto recobrará el trono de Itaca, donde su hijo reinará después de él. Arcesio da a Telémaco las más sabias instrucciones sobre el arte de reinar. Le pinta la recompensa de los reyes buenos que brillaron por su justicia y virtud, cuya gloria excederá a la del valor. Después de esta escena, Telémaco sale del tenebroso imperio de Plutón y retorna aceleradamente al campamento de los aliados.

178

LIBRO XX.— Telémaco combate, en la asamblea de los caudillos del ejército, la falsa política que inspiró el dictamen de sorprender a Venusa, que las dos partes combatientes habían pactado dejar en depósito en manos de los lauquianos. Demuestra la misma sabiduría con ocasión de un aventurero, llamado Acanto, que quería envenenarle, y de otro, Diosdoro, que ofrecía a los aliados la cabeza de Adrasto. En el combate que se traba seguidamente, Telémaco excita la admiración de todos por su valor y su prudencia; lleva la muerte consigo, buscando a Adrasto entre los enemigos, quien a su vez le busca a él, rodeado de sus tropas, que hacen una gran carnicería entre los aliados y en los capitanes de éstos. Viendo esto, Telémaco,

indignado, se lanza contra Adrasto, derribándole, y le reduce a pedirle la vida. Telémaco le trata generosamente..... 199

LIBRO XXI. — Después de lo dicho, los daunios tienen la mano a los aliados en señal de reconciliación, y, como única condición de paz, piden que se les permita elegir como rey a uno de su nación. Los caudillos se reúnen para deliberar sobre la demanda de los daunios. Telémaco, después de rendir los últimos deberes para con Pisistrato, hijo de Néstor, retorna a la asamblea, cuyos miembros, en su mayoría, opinan que deben partirse el país de los daunios; ofrecen a Telémaco la fértil campiña de Arpino. Bien lejos de aceptar esta oferta, Telémaco se esfuerza en hacer ver que el interés común de los aliados está en dejar a los daunios sus tierras, dándoles por rey a Polidamas, famoso capitán de su nación, tan estimado por su sabiduría como por su valor. Los aliados consienten a esa propuesta, que llena de gozo a los daunios. Telémaco persuade a éstos a entregar la comarca de Arpi a Diómedes, rey de la Etolia, perseguido hasta entonces por la cólera de Venus, cuya sede troyana había abatido. Así terminan las conmociones, y los príncipes se separan para retornar a sus respectivos países..... 226

LIBRO XXII. — Telémaco, de regreso a Salento, admira el estado floreciente de la campiña y le choca no hallar en la ciudad aquella magnificencia que se veía en todas partes cuando partió. Mentor le da las razones de aquel cambio; le enseña en qué consisten las sólidas riquezas de un estado y le expone las máximas fundamentales del arte de gobernar. Telémaco abre su corazón a Mentor, revelándole el amor que siente hacia Antiope, hija de Idomeneo. Mentor alaba las buenas cualidades de esta princesa y le asegura que los dioses se la han destinado por esposa; pero que entretanto debe partir para Itaca..... 247

LIBRO XXIII. — Idomeneo, deseando retener más a Telémaco y Mentor, habla a éste sobre muchos negocios embarazosos, deseando su consejo sobre los mismos. Mentor le señala la conducta que debe seguir con respecto a los mismos y expresa su necesidad de partir cuanto antes con Telémaco. Idomeneo intenta detenerlos, excitando el amor de Telémaco a Antiope; invítalos a una cacería, disponiendo que su hija asista. Esta es atacada por un jabalí y la salva Telémaco; cuesta mucho a éste separarse de ella. Idomeneo sien-

te una profunda tristeza cuando ve que no tiene más remedio que despedirles, en la cual recibe el consuelo de Mentor. Con esto se separan en medio de las más vivas demostraciones de estima y amistad..... 265

LIBRO XXIV. — Durante la navegación, Telémaco escucha de labios de Mentor los principios de una sabia gobernación y, en particular, los medios de conocer a los hombres, de escogerles y de emplearles en los oficios públicos, según sus respectivos talentos. Durante esta conversación la calma del mar obliga a la nave a dar fondo junto a una isla adonde Ulises acababa de llegar. Telémaco le encuentra y le habla sin conocerlo; pero después de haberlo visto embarcar, siente una turbación secreta que no acierta a explicarse. Mentor se la explica y le asegura que pronto hallará a su padre; pero aún prueba su paciencia retardando su partida, con objeto de hacer un sacrificio a Minerva. Al fin, la diosa, echando su figura de Mentor, toma su forma verdadera y se da a conocer. Da a Telémaco sus últimas exhortaciones y desaparece. Luego Telémaco parte, arriba a Itaca y encuentra a su padre en casa del fiel Eumeo..... 283

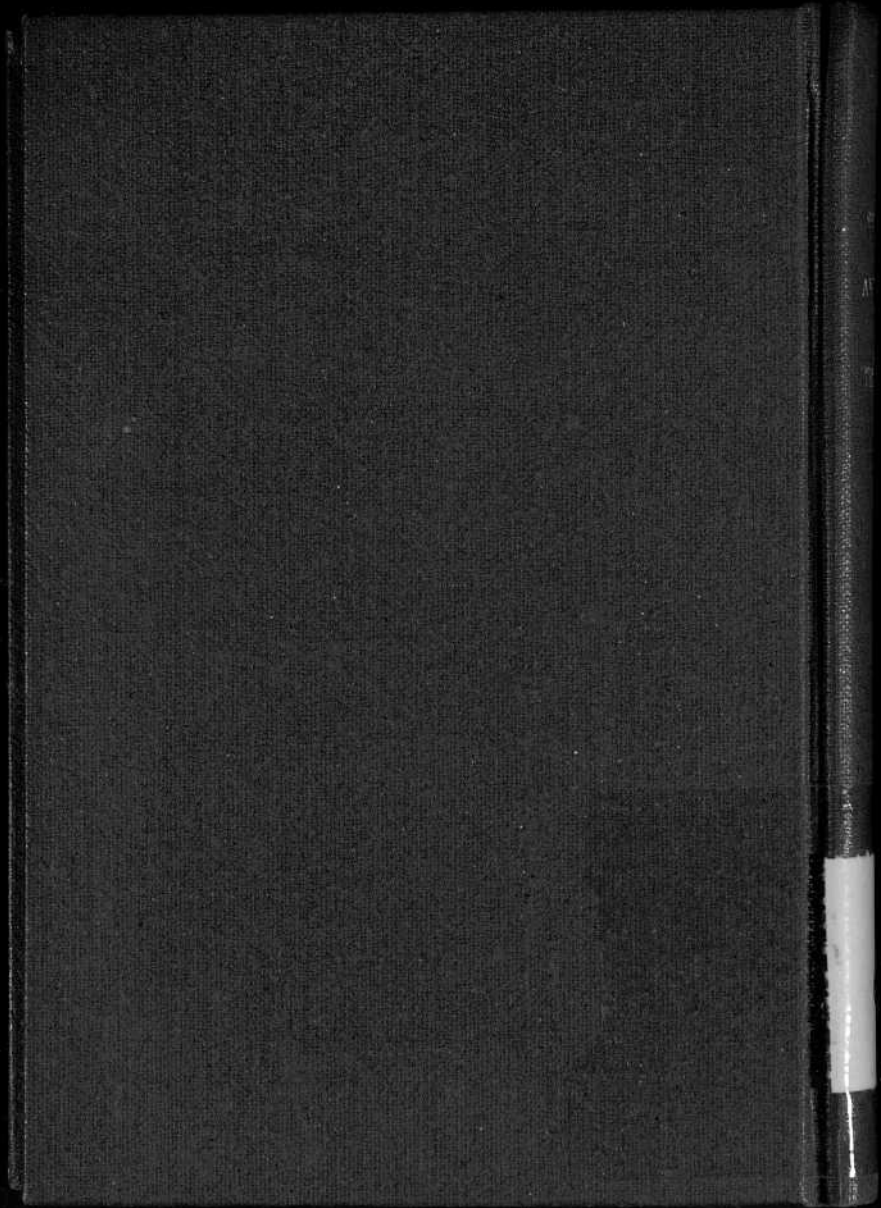


B.P. de Soria



61179282

DR 6506



FENELON

AVENTURAS
DE
TELEMACO

II

DR
6506